

JOSÉ ANTONIO CALVO GÓMEZ
DAVID SÁNCHEZ SÁNCHEZ
(EDS.)

CASTILLA A FINALES DEL SIGLO XV. EL TIEMPO DE LA REINA

Actas de la I Jornada Académica
sobre Isabel la Católica (1451-1504)



UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE ÁVILA

CASTILLA A FINALES DEL SIGLO XV. EL TIEMPO DE LA REINA

Coordinador de la Jornada:
JOSÉ ANTONIO CALVO GÓMEZ
jantonio.calvo@ucavila.es

Organizador de la Jornada:

GRUPO DE INVESTIGACIÓN “TERRITORIO, HISTORIA Y PATRIMONIO DE LA IGLESIA”
JOSÉ ANTONIO CALVO GÓMEZ (DIR.), LOURDES DE MIGUEL SÁEZ, BEATRIZ JIMÉNEZ
JIMÉNEZ,

DAVID SÁNCHEZ SÁNCHEZ, PABLO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, JUAN PABLO LÓPEZ GARCÍA,

FRANCISCO JAVIER ROJO ALIQUE

Con la colaboración de:

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE ÁVILA, CAPÍTULO DE NOBLES CABALLEROS Y DAMAS DE
LA REINA ISABEL
LA CATÓLICA, ACADEMIA DE LA HISPANIDAD, OBISPADO DE ÁVILA, FUNDACIÓN ÁVILA



Soporte técnico:

MARÍA SÁEZ DE PROPIOS (comunicación), CARLOS ROMÁN VARELA (desarrollo web),
JORGE SERRANO HERNÁNDEZ (edición de vídeo), PABLO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ (in-
formática),
ISABEL RUBIO ABELLA, JOEL MARTÍN GONZÁLEZ, IGNACIO GUTIÉRREZ MORALES, AN-
DRÉS COLOMA BLANCO, IGNACIO PERAL YUSTE

Edición del texto:

JOSÉ ANTONIO CALVO GÓMEZ, DAVID SÁNCHEZ SÁNCHEZ

Edita:

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE ÁVILA

Patrocina:

CAPÍTULO DE NOBLES CABALLEROS Y DAMAS DE LA REINA ISABEL LA CATÓLICA

Fotografías:

ROBERTO GARCÍA-LUBÉN BARTHE, BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA, MUSEO NA-

ACIONAL DEL PRADO,
CAPILLA REAL DE GRANADA, PATRIMONIO NACIONAL, BIBLIOTECA NACIONAL DE PA-
RÍS, LOS AUTORES.

Fotografía de la portada:

VIRGEN DE LOS REYES CATÓLICOS. ANÓNIMO.

© ARCHIVO FOTOGRÁFICO MUSEO NACIONAL DEL PRADO.

JOSÉ ANTONIO CALVO GÓMEZ
DAVID SÁNCHEZ SÁNCHEZ
(eds.)

**CASTILLA A FINALES
DEL SIGLO XV
EL TIEMPO DE LA REINA**

**Actas de la I Jornada Académica
sobre Isabel la Católica (1451-1504)**



UCAV
www.ucavila.es

2019

Jornada Académica sobre Isabel la Católica (1º. 2018. Ávila)

Castilla a finales del siglo XV: el tiempo de la Reina : actas de la I Jornada Académica sobre Isabel la Católica (1451-1504) / José Antonio Calvo Gómez, David Sánchez Sánchez, eds. – Ávila: Universidad Católica de Ávila, 2019. – 264 p. ; 24 cm. – (Humanidades (UCAV) ; 2)

ISBN 978-84-9040-548-2

1. Isabel I, Reina de España (1451-1504) – Congresos 2. Castilla (Reino) – Historia – Reyes Católicos, 1479-1516 – Congresos

I. Calvo Gómez, José Antonio II. Sánchez Sánchez, David

DP163

94(460.18)“1454/74”

© De los textos: los autores

© Servicio de Publicaciones

Universidad Católica de Ávila

C/. Canteros, s/n. 05005 Ávila

Tlf. 920 25 10 20

publicaciones@ucavila.es

www.ucavila.es

© Primera edición: mayo 2019



Obra bajo Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

Diseño: Imprenta KADMOS

eISBN: 978-84-9040-548-2

Imprenta KADMOS

SALAMANCA, 2019

Índice

NOTA DE LOS EDITORES

INAUGURACIÓN DE LA PRIMERA JORNADA ACADÉMICA SOBRE ISABEL LA CATÓLICA

PRESENTACIÓN DE LA JORNADA

CONFERENCIA INAUGURAL

Victoriano Martín Martín

La revolución de las comunidades de Castilla y la teoría del consentimiento

LA MONARQUÍA BAJOMEDIEVAL PENINSULAR

Daniel Jesús García Riol

Nobleza y monarquía en la Castilla del siglo XV

Beatriz Jiménez Jiménez

La intervención de la monarquía en la gestión eclesial durante el siglo XV

LAS BELLAS ARTES EN CASTILLA

David Sánchez Sánchez

La imagen de la monarquía. El ideario artístico de Isabel la Católica

José María Gómez Gómez

Lengua y literatura española en época de los Reyes Católicos

ECONOMÍA Y SOCIEDAD A FINALES DE LA EDAD MEDIA

María Peana Chivite Cebolla

El surgimiento de una nueva era. Herencia y evolución de la economía a finales del siglo XV

Juana Sánchez-Gey Venegas

Algunas mujeres humanistas en tiempo de Isabel la Católica

Lourdes de Miguel Sáez

Rupturas y continuidades del pensamiento jurídico a
finales de la Edad Media

CONFERENCIA DE CLAUSURA

Luis Manuel de la Prada y Hernández-Olivares

Caput in capite. Las Cortes de Toledo de 1480: Los
cimientos del Estado Moderno

ACTO DE CLAUSURA

ANEXO GRÁFICO

CONTRACUBIERTA

Nota de los editores

El Grupo de Investigación “Territorio, Historia y Patrimonio de la Iglesia”, de la Universidad Católica de Ávila, en colaboración con el Capítulo de Nobles Caballeros y Damas de la Reina Isabel, la Academia de la Hispanidad y la Cátedra “Isabel la Católica” de la misma universidad, organizó la I Jornada Académica sobre Isabel la Católica, titulada *Castilla a finales del siglo XV. El tiempo de la Reina*.

Los actos centrales de esta reunión científica se desarrollaron el día 21 de abril de 2018 en el Palacio Los Serrano, de la Fundación Ávila, donde se dio cita un destacado conjunto de autores de las principales ciencias humanas y sociales: la Historia, la Literatura, el Derecho, la Economía, el Arte, la Filosofía. Sus conclusiones contribuyeron a establecer una aproximación interdisciplinar a la época en la que vivió la reina Isabel. La aportación intelectual, que recoge esta publicación, se enriqueció con un programa cultural complementario que se desarrolló el día 20, en Ávila, donde está enterrado el príncipe don Juan, primogénito de los Reyes Católicos; y el día 22, en Madrigal de las Altas Torres, cuna de la Reina.

La iniciativa, que ahora da sus primeros frutos, surgió como respuesta al interés por recuperar y poner en valor la figura de la Reina, protagonista indiscutible de la unificación territorial de España y su transición hacia la Modernidad. Su gestión como titular de la Corona castellana durante tres décadas dio paso a una de las etapas más creativas del panorama nacional, en muchos órdenes. Esta I Jornada Académica ha querido establecer el marco de interpretación apropiado a través del análisis de la situación histórica de la segunda mitad del siglo XV y los primeros años del siglo XVI. Se trata, sin duda, de una época en la que se sucedieron cambios fundamentales de orden social e institucional.

Esta publicación, que conserva el título de la Jornada, recoge las actas de la conferencia inaugural, de las siete ponencias que se pronunciaron con esta ocasión, divididas en tres bloques temáticos, y la conferencia de clausura. Se han conservado también las palabras que los organizadores y autoridades dirigieron a los asistentes.

Queremos agradecer la colaboración de todas las instituciones participantes; en particular la Universidad Católica de Ávila, representada singularmente por la Cátedra Isabel la Católica, que acogió inmediatamente esta iniciativa con un apoyo institucional de primer orden; la Fundación Ávila, que cedió sus instalaciones para la celebración de este evento; y el Capítulo de Nobles Caballeros y Damas de la Reina Isabel y su institución cultural propia, la Academia de la Hispanidad, permanente referencia ideológica de la memoria de la Reina y patrocinador principal de esta Jornada. Hacemos extensible nuestro agradecimiento a las distintas autoridades civiles, eclesiásticas y académicas que participaron en el acto; a los ponentes, que pusieron a disposición de la comunidad científica sus mejores conocimientos; y a todos los inscritos para asistir a las diversas conferencias, en gran número, que contribuyeron, en último término, al éxito de la Jornada.

Los editores.

Ávila, 12 de marzo de 2019.



Inauguración de la Primera Jornada Académica sobre Isabel la Católica

La celebración de esta Primera Jornada Académica sobre Isabel la Católica, que organiza la Universidad Católica de Ávila, supone un hito muy destacado en el conocimiento y estudio de nuestra Reina, pues nació en Madrigal de las Altas Torres, y nos permitirá no solo ahondar en su figura, sino que nos llevará, por medio de un viaje a través del tiempo, a conocer la Castilla de finales del siglo XV.

Felicito a los responsables de la organización de esta Jornada Académica por el acierto que han tenido a la hora de programarla y de elegir el prestigioso plantel de especialistas que durante todo el día nos descubrirán muchos aspectos de la reina Isabel. No es fácil reunir a tan destacados especialistas en tan diferentes materias como hoy se han dado cita en Ávila.

Una figura tan importante se aborda desde ciencias como el Derecho, la Economía, la Historia, el Arte, la Filosofía o la Literatura. Poco a poco, se irán desgranando aspectos esenciales de una época que se puede calificar de extraordinaria dentro de la historia de España, en la que se vivieron grandes transformaciones que sentaron las bases de un nuevo país, de un nuevo estado, cambios que, sin duda, estuvieron liderados por la reina Isabel la Católica.

Es un lujo para los abulenses que en el día de hoy, entre nosotros, tengamos la suerte de contar con tantos y tan destacados especialistas. Sean todos ustedes bienvenidos a Ávila, en la que deseo se sientan como en su propia casa.

Hoy tendremos nueva luz sobre Isabel la Católica y sobre la Castilla que la vio nacer y sobre la España que forjó, en lo que podemos denominar la apasionante aventura de la historia que, como no puede ser de otra forma, es también un reflejo de lo que hoy somos, a través de nuestras raíces y patrimonio histórico comunes. Es una oportunidad única para que los abulenses nos acerquemos a esta figura histórica, para conocerla mejor,

para sentirla con más intensidad, con nueva luz, para descubrir nuestra historia y el sustrato en ella que se asienta. Muchas gracias.

En estos tiempos de feminismo, ¿cómo no resaltar a esta gran mujer, abulense, como santa Teresa, y, como ella, reina, madre y “fémina inquieta y andariega”? Grandes mujeres ambas, decisivas en la historia de España, del mundo y de la Iglesia; tan distintas, tan parecidas e incomprendidas ambas. Me gustaría resaltar sus parecidos.

1. Ambas, “féminas”. Y, por ello, madres, a pesar de cierto “feminismo”, que no es tal.

Isabel fue madre de sus 5 hijos. Se ocupó personalmente por su formación y ¡con qué fe y fortaleza aceptó su destino! “El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó”, dijo al enterarse de la muerte de su hijo Juan. Madre también, como debe ser una reina, de sus hijos castellanos, e incluso de los del reino de Aragón. Fue gran aliada de los catalanes, que se apoyaron en ella para que intercediera ante su marido, según afirma el escritor británico Giles Tremlett[1]. Madre, en fin, también de sus hijos, tan queridos y protegidos, los indios.

Teresa es “la Santa Madre”, de carmelitas y de tantos a quienes alimenta con sus escritos, intercesión y vida. Madre también de los indios. Su noticia le impulsó a las fundaciones[2].

Y ambas son reinas. Isabel, con un título político; pero ambas, sobre todo, por el bautismo y Teresa, además, por la consagración: es la esposa del Rey que habita en su Castillo Interior.

Ambas “féminas” y, por ello, fuertes. Ambas se impusieron a un mundo masculino lleno de intrigas; se impusieron a los muchos obstáculos que impedían la voluntad de Dios:

Isabel, en la política. Con firmeza impuso su autoridad, sin dejarse manipular por nadie, y ya desde jovencita, con la decisión de casarse con quien ella quería. Con autoridad gobernó Castilla, sin depender de nadie, ni de su marido Fernando, formando con él un gobierno dual armónico –“tanto monta...”– y

forjando la unidad de Castilla, dividida en banderías, la de España, y la unidad de la fe; promoviendo la reforma católica y la hazaña misionera.

Teresa, en la Iglesia. Firme en la fe, llevó adelante la reforma carmelitana. Sin pretensión de poder, de rebelión, de nada que no fuese cumplir la voluntad de Dios; humilde, haciendo sencilla y determinadamente “lo poquito” que era en ella. ¡Fuerte su amor al trabajar por la unidad de la Iglesia, rota por los luteranos y por su expansión misionera!

“Determinada determinación” en ambas. Por la humildad y confianza en Dios.

“Ambas féminas”, bellas, simpáticas, con grandes dotes naturales, de corazón ardiente... pero ambas puras, templadas, austeras, con gran dominio de su afectividad. “Féminas” y, como tales, concretas, realistas, atentas a la persona –sin acepción, a grandes y a humildes–. Femeninas, pero viriles (no varoniles, sino viriles, de “vis, viris”, fuerza).

2. Ambas “inquietas y andariegas”, contemplativas en la acción. Isabel era contemplativa en medio de absorbentes ocupaciones: combates, audiencias judiciales, reuniones diplomáticas, actos públicos, firmas de tratados, ceremonias religiosas, etc. Isabel pasó su vida a caballo, pacificando reinos y haciendo de España una realidad nacional. Teresa era activa en su contemplación. Nada de quietismo ni de descuido por lo que sucede en el mundo en ambas.

Ambas, Marta y María, que, como dice la Santa, “han de ir juntas”. La Reina no descuidaba la oración y la penitencia; la Santa no descuidó el gobierno de sus hijas y los trabajos de las fundaciones. Y ambas, en obediencia siempre a los confesores y a la santa Iglesia.

El profesor Guzmán Carriquiry, vicepresidente de la Pontificia Comisión para América Latina, en el encuentro plenario de esta comisión, tan solo hace un mes, en Roma, pronunció una conferencia cuyo tema era: “Mujeres que han marcado pautas

de transformación cultural en la historia de América Latina”. Entre ellas destaca en primer lugar –no sin advertir que no es “políticamente correcto”– a la reina Isabel la Católica:

De Isabel no solo sorprende la determinación y fuerza de una mujer para ser reina en un mundo masculino hecho de violencias e insidias, sino también protagonista de la formación del primer estado nacional que iba dejando atrás los mundos feudales europeos y cuya conclusión de la reconquista [...] alimentaría las energías de la expansión de la cristiandad hispánica hacia [...] el Nuevo Mundo americano. Nos importa especialmente destacar la figura de esta reina católica porque fue protagonista de aquel ambiente de la reforma católica en la Península Ibérica –cronológicamente anterior a la reforma protestante y al concilio de Trento– sin la cual no es posible comprender la impresionante gesta misionera en el Nuevo Mundo.

Y más adelante, el profesor Carriquiry menciona a santa Teresa:

En 1604, se fundó el primer Carmelo en Puebla de los Ángeles, que tanto hubiera llenado de gozo a santa Teresa de Jesús, que tuvo siempre presente al mundo americano en sus oraciones y desvelos misioneros [...]. Estas contemplativas [...] son un pulmón orante que hace circular la vida cristiana en la Iglesia [...]. Un impresionante testimonio de libertad de la mujer se expresa en ellas.

Mujeres fuertes, actuantes y orantes, como las necesita la Iglesia y el mundo, monjas o laicas, llegando de un modo u otro a las periferias, sin abandonar los dos centros, donde se cuecen las decisiones políticas y donde se cuecen los amores entre la Reina y el Rey de reyes.

Su paralelismo está muy bien argumentado por don Alejandro Pidal y Mon, político y académico, tío de santa Maravillas, en una conferencia, digna de leer: “Doña Isabel la Católica y santa Teresa de Jesús. Paralelo entre una reina y una santa”. Dice:

¿En qué pueden, si deben parecerse, cosas tan fundamentalmente diversas como una reina y una monja? ¿No sería hasta peligroso alguna vez que se parecieran demasiado? [...] ¿No podría ser tan perjudicial el misticismo en el gobierno como la majestad en la celda? [...] Precisamente, el trovador más entusiasta de la reina doña Isabel, al saludarla por su advenimiento al trono con un largo doctrinal debuen gobierno, le hace esta misma reflexión:

El rezar de los salterios/ El decir bien de las horas,/Dejad á las oradoras/ Qu’ están en los monasterios;/ Vos, señora, por regir/ vuestros pueblos e regiones,/ por facerlos bien vivir./ Ca no vos demandarán/ cuenta de lo que rezáis./ Ni si vos disciplináis/ no

vos lo preguntarán;/ De justicia, si fecistes,/ despojada de pasión,/ si los culpados punistes/ o malos ejemplos distes,/ de esto será la cuestión.

Y, sin embargo, a pesar de estas como apariencias de verdad que ofrecen al superficial observador las cosas [...], en el fondo de una y de otra condición [...], de una y de otra misión, palpita una misma virtud, se levanta una misma fuerza y se trasluce un mismo fin.

Porque Isabel rezó y se disciplinó e hizo justicia y dio buenos ejemplos. Detalladamente lo prueba don Alejandro Pidal y Mon en su conferencia, que aconsejamos leer.

El beato Juan de Palafox y Mendoza decía también:

Cuando las leí (las cartas de Isabel la Católica) [...] hice concepto de que eran tan parecidos estos dos naturales entendimientos y espíritus de la señora Reina y santa Teresa, que me pareció que si la Santa hubiera sido reina, fuera otra católica doña Isabel; y si esta esclarecida princesa fuese religiosa [...] fuera otra santa Teresa.

Entonces, ¿ambas, santas...? De santa Teresa, el juicio está dado. De la Sierva de Dios, la Iglesia lo dará cuando lo vea oportuno. Entretanto, encomendemos a ambas los gobernantes, la unidad de España y de la Iglesia, la evangelización de América y la mujer.

Buenos días, señor obispo, autoridades, señoras y señores. Bienvenidos todos al Palacio Los Serrano, sede de la Fundación Ávila. Quiero agradecer a la Universidad Católica de Ávila que haya escogido este lugar para realizar sus Jornadas sobre la Reina Católica, jornadas que nos van a servir para conocer un poco más a un personaje que nos toca muy de cerca. Nació en Madrigal de las Altas Torres y vivió en Arévalo; una mujer de una categoría espiritual y humana fuera de lo corriente y que puso a nuestra tierra en el camino de la modernidad y del futuro.

Estoy segura de que cuando acaben estos días de estudio y de trabajo, habremos conseguido entender mejor muchos de los sucesos que ocurrieron en aquella época y servirán para adquirir nuevos datos que permitan dibujar una imagen real de una de las mujeres más grandes de la historia de España, que además gobernó al lado de un gran hombre. Por lo cual, y sobre todo en aquel tiempo, hace más difícil su relevancia. Yo les deseo que al finalizar estos días hayan conseguido los objetivos que se han marcado al preparar esta actividad. Muchas gracias.

[1]. TREMLETT, G. (2017), *Isabel la católica. La primera gran reina de Europa*. Barcelona: Debate.

[2]. TERESA DE JESÚS, *Fundaciones*, cap. 1.



Presentación de la Jornada



José Antonio CALVO GÓMEZ

*Director de Grupo de Investigación "Territorio, Historia y Patrimonio de la Iglesia"
de la Universidad Católica de Ávila. Coordinador de la Jornada Académica*
jantonio.calvo@usavila.es

Estimada doña María Dolores, presidenta de la Fundación Ávila, que nos ha recibido en su casa para celebrar esta actividad; querida doña Lydia, presidenta del Consejo Directivo de la Universidad; estimada doña Patricia, teniente de alcalde del Ayuntamiento de Ávila; amigo don Raúl, gran maestro del Capítulo de la reina Isabel; amigos todos:

Me corresponde ahora dirigirles unas palabras de bienvenida, de agradecimiento y de presentación de esta Primera Jornada Académica sobre la reina Isabel la Católica.

Como saben, hemos querido señalar un título directo, conciso: "Castilla a finales del siglo XV. El tiempo de la Reina" para identificar, inmediatamente, el objeto de nuestro interés.

En primer lugar, me uno a las palabras de bienvenida que ya se han expresado en esta mesa. En particular, quiero que sean bienvenidos todos ustedes, caballeros y damas de la reina Isabel que, junto a sus autoridades capitulares, han querido fortalecer y dignificar, con su presencia y participación este espacio intelectual.

Bienvenidos todos los miembros de la Academia de la Hispanidad y, naturalmente, bienvenidos todos los abulenses y miembros de la Universidad Católica que tanto interés han prestado desde el primer momento en que se propuso la celebración de esta actividad en nuestra ciudad.

Inmediatamente, añado unas palabras de agradecimiento a todos los que, desde su posición personal e institucional, han hecho posible este momento.

De nuevo, me dirijo a usted, doña María Dolores Ruiz-Ayúcar. Gracias a la Fundación Ávila que preside y a los responsables de esta casa, el Palacio Los Serrano, que tan amablemente nos han cedido para la celebración de este evento. Gracias por la precisión con la que nos han obligado a llevar cada cosa, que es garantía de calidad organizativa y nos permite que hoy la universidad y la sociedad abulense puedan disponer de unas instalaciones de primer orden que dignifican lo que hemos preparado con tanto interés.

Gracias también a usted, doña Patricia Rodríguez, teniente de alcalde del Ayuntamiento de Ávila. En su persona, agradezco al alcalde, al consistorio y, en general, a la sociedad abulense su participación en esta inauguración y su ayuda desinteresada. La cobertura de los medios de comunicación ha sido extraordinaria ya desde que se anunció este espacio. El apoyo institucional ha sido decisivo para llegar a este momento. Su presencia aquí dignifica esta hora y hace que, lo que hemos preparado con tanto interés, sea recibido de una manera especial por todos los abulenses. Muchas gracias.

Gracias también a usted, doña Lydia Jiménez y, en su persona, a toda la Universidad Católica de Ávila. Sería complicado recordar a todos los que han ido interviniendo en cada paso que nos ha traído hasta aquí.

Quiero agradecer su trabajo, de una manera especial, al consejo de gobierno y a la cátedra Isabel la Católica, por su apoyo institucional; al grupo de investigación, por su respaldo organizativo; a los técnicos informáticos que han creado el espacio virtual y ahora están recogiendo estas palabras; a los encargados de la oficina de comunicación; a los alumnos que colaboran en el desarrollo de cada panel. Seguro que olvido a muchos. Gracias a todos los que han sentido como obra suya la organi-

zación de este momento y, en un protagonismo más o menos patente, hayan facilitado la resolución de tantas pequeñas dificultades como han ido surgiendo.

Gracias finalmente a usted, don Raúl Baz, a su equipo de gobierno, y a todos los miembros del Capítulo de Nobles Caballeros y Damas de la Reina Isabel y de su institución cultural propia, la Academia de la Hispanidad, con su director, don Luis Manuel de la Prada, al frente. Gracias porque este acto se ha hecho como respuesta a su petición pública, decidida, de recuperar la persona y la obra de una de las mujeres más extraordinarias de la historia.

Desde que los conocí, supe que mi contribución a esta causa podría estar, también, en el establecimiento de un seminario permanente de investigación sobre la Reina, que damos comienzo en esta hora. Gracias por haber mantenido la tensión para que este proyecto no haya quedado solo en buenas intenciones.

La tercera palabra, que se refiere a la presentación de la Jornada, la resumo en dos sencillas expresiones. En primer lugar, diré que hemos elaborado un programa con afecto, con un interés que va más allá de la mera elucubración intelectual, en el que se trata, sobre todo, de crear el marco para la correcta interpretación de la Reina. Creemos que su figura es extraordinaria. Sabemos que su legado es sobrenatural. Por eso, en esta primera edición del seminario permanente sobre la reina Isabel la Católica, queríamos saber de dónde venía, sobre qué base tuvo que asentar sus decisiones, cuáles fueron sus condicionantes que, en ocasiones, facilitaron su obra y, en muchos casos, fueron el primer obstáculo que tuvo que superar para llegar adonde se había propuesto con tanta decisión.

En segundo lugar, creo que, al revisar el índice de los participantes, no hace falta explicar que hemos querido dar voz, en este foro de debate, a las tres piezas de este pequeño engranaje que, en sinergia constructiva, se han empeñado en esta obra.

La Academia de la Hispanidad, como institución cultural del Capítulo de la Reina, se hace presente en los académicos Daniel Jesús García Riol, José María Gómez, Juana Sánchez y, sobre todo, en su director, Luis Manuel de la Prada y Hernández-Olivares.

La Universidad Católica de Ávila aporta algunos de sus mejores investigadores en los distintos campos del saber humanístico, en particular resalto la intervención de los profesores Victoriano Martín y Peana Chivite.

El tercer brazo lo constituyen los miembros del grupo de investigación Territorio, Historia y Patrimonio de la Iglesia, de la propia Universidad, la mayoría también profesores: Beatriz Jiménez, David Sánchez y Lourdes de Miguel. Cada uno ha aceptado el reto de ofrecer, desde su disciplina científica, el panorama histórico que permita comprender mejor el siglo que nos ocupa, el siglo de la Reina. Estoy seguro de que no van a defraudar porque, además de su competencia intelectual, que me consta sobrada, han asumido un proyecto que les implica personalmente y hace que el cariño y el interés estén asegurados.

Gracias muy sinceramente a todos, queridos ponentes, por haber querido añadir horas a vuestras ya prolongadas jornadas de trabajo para ofrecer a la sociedad abulense, a la Universidad Católica y al Capítulo de la Reina lo mejor de vuestras investigaciones.

Termino con una petición. La reina Isabel encarna algunos de los mejores proyectos de nuestra sociedad, de nuestra tierra castellana. Junto al agradecimiento a todos ustedes por su presencia y apoyo, les exhorto vivamente a recuperar su figura, a estudiarla con mayor interés si cabe, a crear espacios de investigación en nuestra ciudad en los que podamos comprender, con mayor precisión, su vida personal, su obra, su legado.

Ávila de Isabel. Isabel de Ávila. Si un día estuvimos a su lado para sostener la libertad del pueblo castellano, hoy, como sociedad y como Iglesia, debemos estar de nuevo a su lado en el co-

nocimiento de una historia que nos han robado. Que no nos hagan nuestra historia los que nos quieren mal. Bien podemos llegar nosotros a saber lo que somos. Y, en este ser pueblo castellano, tierra abulense, Isabel la Católica no es, a mi juicio, la que menos nos representa.

Creo que queda claro que este seminario permanente que hemos querido iniciar al cumplirse el aniversario de su nacimiento en la villa abulense de Madrigal de las Altas Torres, es nuestra primera aportación a esta obra. Vendrán más, estoy seguro. Confío en que así sea. Trataremos de que así sea.

Muchas gracias, de nuevo, y bienvenidos.



Conferencia inaugural

Moderador:

Francisco TRULLÉN GALVE

Ponente:

Victoriano MARTÍN MARTÍN

Victoriano Martín Martín

Constituye todo un honor para mí presentar, dentro de la Primera Jornada Académica sobre Isabel La Católica, al profesor Victoriano Martín Martín. Este ilustre abulense, que alcanzó el grado de doctor en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad Complutense de Madrid en el año 1980, ha desarrollado una brillante actividad académica en diversas universidades españolas, llegando a alcanzar la cátedra de Historia del Pensamiento Económico en la Universidad Rey Juan Carlos y colaborar, al presente, dentro del Claustro de Doctores, con nuestra querida Universidad Católica de Ávila.

Nuestro conferenciante ha dirigido numerosos proyectos de I+D en convocatorias públicas, ha participado en importantes contratos I+D de especial relevancia con empresas y administraciones, es autor de brillantes publicaciones y documentos científico-técnicos, ha dirigido sobresalientes tesis doctorales, ha impartido multitud de conferencias y dirigido innumerables cursos y seminarios. Esta brillante trayectoria hace que haya sido nombrado académico de número de la Real Academia de Doctores de España dentro de la sección de Ciencias Políticas y de la Economía.

En aras de brevedad, principio de cortesía, cedo ya la palabra a nuestro conferenciante, quien pronunciará la lección inaugural “La revolución de las Comunidades de Castilla y la teoría del consentimiento”.

Francisco TRULLÉN GALVE

*Director de la Cátedra Isabel la Católica
Universidad Católica de Ávila*



Victoriano MARTÍN MARTÍN

Catedrático de Historia del Pensamiento Económico

victoriano.martin@ucavila.es

La revolución de las comunidades de Castilla y la teoría del consentimiento

Ahora que acabamos de celebrar en Villalar el día de la Comunidad Autónoma, conviene recordar el origen democrático de las Comunidades de Castilla. Desde la época medieval, se fue generalizando en la Filosofía Política de los teólogos la idea de que el poder tiene su origen en Dios que lo trasmite a la comunidad y es la comunidad, mediante contrato, quien lo cede al príncipe a fin de que vele por la paz y el bienestar de la comunidad. De ahí que el príncipe necesite el consentimiento de la comunidad ante cualquier decisión que afecte al bienestar de la misma. Esta teoría del poder político está presente en la obra de los teólogos de Salamanca al menos desde Alfonso Fernández de Madrigal.

Desde el Centro de Estudios de Economía y Filosofía Política Luis de Molina de la Universidad Católica de Ávila, estamos intentando construir una hipótesis, tal vez demasiado arriesgada, de que el comportamiento de los comuneros estaría justificado en la teoría del consentimiento. Ahora bien, mientras que, desde la Filosofía Política, aparece claro que las medidas adoptadas por Carlos V necesitaban la aprobación de los representantes del pueblo, las cosas se complican cuando intentamos

analizar el funcionamiento de las instituciones de Castilla del siglo XII al XVI, esto es, de las denominadas Comunidades de Castilla.

Existe una corriente minoritaria que defiende la presencia del pueblo en las Cortes y su participación en la toma de decisiones, y a ella voy a dedicar el grueso de este artículo. Antes quiero hacerme eco de la opinión autorizada del profesor de origen abulense Ángel Barrios, tristemente desaparecido. De “tópicos mixtificantes peor establecidos” califica el profesor Barrios “a la interpretación de los concejos castellanos como asambleas populares abiertas, expresión de la ‘democracia’, participación y autonomía que caracterizarían la vida política de los habitantes de las ciudades o villas medievales [...] De la asamblea vecinal, si es que existió en un primer momento, no queda absolutamente nada (en el siglo XIII)”[1]. Pues bien, una síntesis de la corriente minoritaria la encontramos en una obra de Viriato Díaz Pérez, *La Revolución Comunera del Paraguay y sus antecedentes hispánicos*, 1930[2]. De esta obra y de otra que citaremos más abajo tomamos las siguientes notas. De acuerdo con este autor, las Cortes de Castilla y León se componían de “nobleza, clero y estado llano”-este último, estamento o clase social, estaba formado por el común de la gente del pueblo, frente a los nobles, los eclesiásticos y los militares- llamados los “tres brazos del reino. Y sin la asistencia de uno de estos tres elementos no eran válidas”. Las ciudades “designaban sus representantes”, “procuradores” que tenían voz y voto. Este autor identifica la historia de las Cortes peninsulares con la historia de la libertad. Cita algunas decisiones tomadas por las Cortes. Las de León de 1188 resuelven “que solo a las Cortes compete declarar la paz y la guerra”. Las de 1258, en Valladolid, limitan los gastos reales. Las de 1282, en Cataluña, obtienen la facultad de hacer e interpretar las leyes, “no pudiendo derogarlas ni el rey”. Las de 1388, en Palencia nombran una comisión de diputados para fiscalizar las cuentas públicas. Y refiriéndose a la revolución de las Comunidades de Castilla (1520-1521) afirma

que “cuando Carlos V se encuentra con que las Cortes le niegan dinero para sus guerras, le reclaman la reducción del ejército, o la independencia del poder judicial, o la reducción de letrados, las disuelve violentamente”. Y va más lejos a afirmar que “el monarca mata las libertades escritas con la disolución de las Cortes, de la misma forma que mata las libertades vivientes en Villalar”.

Parece que el origen de las Comunidades de Castilla y Aragón, como tales, arranca de los primeros siglos de la reconquista española. Alcanzan notoriedad en el siglo XII. En esta época se denominaba “comunidad” al régimen especial de un territorio cuyos habitantes, mancomunados en obligaciones y derechos, formaban una especie de hermandad dependiente en lo político de una ciudad libre importante, que, a su vez, no dependía de otro señor distinto del mismo rey. Los monarcas podían donar un territorio a una ciudad dando lugar a una comunidad. La comunidad era una entidad “popular y colectiva en la que los pobladores tenían una igualdad de derechos y obligaciones constituyendo una especie de célula autónoma en que convivían todas las energías del municipio, del concejo, del cual dependían y al que tenían obligación de defender por igual, nobles y pecheros, en caso de peligro y ofensa”.

En estas comunidades españolas, en el siglo XII, los vecinos del concejo se reunían cada tres años y elegían el cargo de regidor por sufragio universal. En las asambleas concejiles de las comunidades a las que asistía el regidor se debatían los intereses de la administración local así como cuestiones relacionadas con el poder real. Según este autor, las comunidades venían a ser un pequeño estado popular en cierto sentido autónomo, una especie de oasis de libertad.

Existe otra publicación antigua escrita por Wladimiro Piskorski titulada *Las Cortes de Castilla en el periodo de tránsito de la Edad Media a la Moderna 1188-1520*, aparecida en Kiev en 1897, traducida por un ilustre abulense, don Claudio Sánchez-

Albornoz, en 1930[3]. Como fuente fundamental, el trabajo se ha servido de las actas de las cortes tal como han sido editadas por la Real Academia de la Historia de Madrid, de las colecciones de documentos publicados por Marina y Benavides, de las crónicas desde fines del siglo XII a principios del XVI, en las ediciones de Rossel y de la Academia, de las antiguas colecciones de Colmenares, Salazar y Castro y otros, de la colección de los antiguos documentos legales de Castilla en la edición de Alcubilla y finalmente del material manuscrito reunido en parte en la Biblioteca Nacional de París y principalmente en los archivos y bibliotecas españolas.

Piskorski cita a Antonio Sánchez Moguel[4], que escribe lo siguiente: “No falta quien repita aun hoy día que las libertades –que defendían los liberales de Cádiz– no eran en modo alguno conquistas del Enciclopedismo y de la Revolución Francesa sino restauración feliz de las antiguas libertades españolas, muertas a manos de los Austrias”, diciendo: “Cuando al morir en Villalar Padilla, morir vio en él su libertad Castilla”.

Gracias al temprano desarrollo de la libertad política de los municipios, adquirieron las Comunidades de Castilla y León sus fueros municipales, que se convirtieron en un medio de defensa de sus derechos contra su quebrantamiento por el rey o por los señores.

La fuerza y la firmeza de esta institución dependieron, por tanto, por completo de la resistencia que la capa media de la sociedad pudo oponer a los elementos enemigos en la defensa de sus derechos e intereses. Mientras las columnas de la vida municipal conservaron su importancia y fuerza, mientras las Comunidades poseyeron una amplia autonomía y no penetraron en ellas elementos extraños, tuvieron las cortes, como exponente del poder de las ciudades, una gran influencia en el gobierno y en la legislación del estado y sirvieron en cierta manera como eje alrededor del cual se concentraba toda la vida política de la sociedad. El siglo XIII y una considerable parte del

XIV fueron la época del florecimiento de la vida municipal y del más alto poder de las cortes, cuya importancia no cedía a la de la misma autoridad real. Pero desde mediados del siglo XIV el equilibrio de poderes se alteró a favor del poder real.

Pero tal vez todo este relato es demasiado optimista; de ahí la necesidad de revisar la documentación disponible a fin de contrastar la hipótesis enunciada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BARRIOS GARCÍA, Á. (1983-1984). *Estructuras agrarias y de poder en Castilla. El ejemplo de Ávila (1085-1320)*. 2 vols. Salamanca: Universidad de Salamanca.

DÍAZ PÉREZ, V. (1930). *La Revolución Comunera del Paraguay y sus antecedentes hispánicos*. Palma de Mallorca: Mossèn Alcover.

PISKORSKI, W. (1930). *Las Cortes de Castilla en el periodo de tránsito de la Edad Media a la Moderna 1188-1520*. Barcelona: Universidad de Barcelona.

SÁNCHEZ MOGUEL, A. (1896). *Naturaleza política y literaria de las cortes peninsulares anteriores al sistema constitucional. Discurso de apertura en la Universidad de Madrid*. Madrid: Universidad de Madrid.

[1]. BARRIOS GARCÍA, Á. (1984). *Estructuras agrarias y de poder en Castilla. El ejemplo de Ávila (1085-1320)*. vol. 1, 154-159. Salamanca: Universidad de Salamanca.

[2]. DÍAZ PÉREZ, V. (1930). *La Revolución Comunera del Paraguay y sus antecedentes hispánicos*. Palma de Mallorca: Mossèn Alcover.

[3]. PISKORSKI, W. (1930). *Las Cortes de Castilla en el periodo de tránsito de la Edad Media a la Moderna 1188-1520*. Barcelona: Universidad de Barcelona.

[4]. SÁNCHEZ MOGUEL, A. (1896). *Naturaleza política y literaria de las cortes peninsulares anteriores al sistema constitucional. Discurso de apertura en la Universidad de Madrid*, 23. Madrid: Universidad de Madrid.



La monarquía bajomedieval peninsular

Moderador:
Luis Manuel DE LA PRADA HERNÁNDEZ-OLIVARES

Ponente:
Daniel Jesús GARCÍA RIOL
Beatriz JIMÉNEZ JIMÉNEZ

Daniel Jesús García Riol

Daniel Jesús García Riol es doctor en Historia por la UNED, licenciado en Geografía e Historia por la Universidad Complutense de Madrid, máster en Métodos y técnicas avanzadas de investigación histórica y en Derecho nobiliario y gremial, Heráldica y Genealogía, y diplomado en Paleografía y Diplomática españolas (UNED). Es profesor de Geografía e Historia, funcionario de carrera de Enseñanza Secundaria, profesor titular de Historia y examiner teacher del International Baccalaureat Organization y profesor colaborador de la Universidad de Castilla-La Mancha. Es miembro de las Academias International of Social Sciences, de Letras e Artes de Portugal, de Genealogía, Nobleza y Armas Alfonso XIII y de la Academia de la Hispanidad, de la que es vicedirector. Es miembro de honor de la Sociedad Heráldica Española y de la Institución Científica Carlo-magno. Pertenece al Real Colegio Heráldico de España e Indias, la Sociedad Española de Estudios Medievales, la Cofradía Internacional de Investigadores de Toledo y el Capítulo de Isabel la Católica, siendo vocal de su junta de gobierno.

Beatriz Jiménez Jiménez

Beatriz Jiménez Jiménez es doctoranda en Historia por la Universidad de Salamanca, licenciada en Historia por la Universidad de Valladolid y en Turismo por la Universidad de Salamanca; máster en Gestión de industrias culturales y patrimonio (Universidad de Valladolid) y en Bioética (Universidad Católica de Ávila), y titulada del Curso superior en gestión de recursos turísticos y de viajes (ESINE). Actualmente realiza su tesis doctoral en la Universidad de Salamanca sobre la historia de la Orden de los Jerónimos en Ávila. Es miembro del grupo de investigación Territorio, Historia y Patrimonio de la Iglesia. A pesar de su juventud, cuenta con una brillante experiencia en dirección y gestión de bienes culturales y patrimoniales, habiendo sido concejal del excelentísimo Ayuntamiento de Ávila entre 2011 y 2015. Actualmente trabaja como orientadora en la facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas de la Universidad Católica de Ávila en la que también imparte, como profesora universitaria asistente, las asignaturas de Geografía de España y Mundial, Historia de España en el s. XX e Historia de la Integración Europea, colaborando, asimismo, en el Servicio de Publicaciones de dicha universidad.

Luis Manuel DE LA PRADA HERNÁNDEZ-OLIVARES

Director de la Academia de la Hispanidad



Daniel Jesús GARCÍA RIOL

Vicedirector de la Academia de la Hispanidad
v-director.academiahispanidad@capitulodeisabellacatolica.es

Nobleza y monarquía en la Castilla del siglo XV

1. INTRODUCCIÓN

“No hay más Castilla, sino más guerras habría”. Con estas esclarecedoras palabras escribía el cronista Hernando del Pulgar al obispo de Coria en 1473. El reino está sumido en la anarquía. El condestable Miguel Lucas de Iranzo ha sido asesinado en Jaén. Facciones nobiliarias se hacen la guerra y oprimen en su provecho a los pueblos y ciudades. La Corona se tambalea al albur de los grandes de Castilla.

¿Por qué en una etapa caracterizada por la progresiva afirmación del poder monárquico, la nobleza aspiraba de forma descarnada a ser la rectora de la vida política, social, económica y aún cultural y artística del reino?[1] ¿Por qué la Corona no era capaz de imponerse a los nobles y vertebrar un modelo estable de relaciones de poder? ¿Se trataba solo de una debilidad propia de los monarcas reinantes o más bien se debía a una cuestión profundamente estructural a la que tan solo los Reyes Católicos, con la singularidad de su reinado, pudieron hacer frente, y no sin problemas?

El intento de ofrecer algunas respuestas a éstas y otras cuestiones con ellas relacionadas, será el objetivo de la presente ponencia.

Para Luis Suárez Fernández, el destino histórico de Castilla en el siglo XV se inscribe entre dos guerras civiles, la de 1368 y la de 1474. La primera, revuelta victoriosa de la nobleza contra Pedro I, permite a una rama bastarda de la dinastía, los Trastámara, asentarse en el trono. La segunda termina con la derrota de un importante sector de la nobleza e inaugura una nueva etapa, bajo la dirección de los Reyes Católicos, con la creación y los primeros pasos de un Estado Moderno[2].

Entre aquellas dos guerras civiles, se situaría una revolución social que tendrá como consecuencia la formación de una aristocracia de nuevo cuño, potente, dinámica y ambiciosa.

¿Era la consecuencia lógica de la evolución de los tiempos o por el contrario se inscribía en el triunfo del faccionalismo nobiliario, desarrollado al máximo con la Casa de Trastámara en el trono castellano?

Según Joseph Pérez, cabría interpretar la historia castellana del siglo XV como un vasto proceso de aristocratización: la economía, la sociedad, la cultura, se vieron arrastradas hacia él por el impulso de una nobleza dominante que aspiraba a una estructura contractual, ligando al monarca, en un juego de deberes y derechos, a un muy reducido y selecto grupo de linajes que reunían riqueza y poder. Estos linajes nobiliarios pugnaban por aumentar su caudal, por alzarse a puestos de primera fila en el gobierno. Lo que estaba en juego era si el monarca podría, o no, ejercer un poder personal de tipo político[3].

Como grupo social privilegiado constituido como clase dominante y cuyo poder se vinculaba a la posesión de tierras y hombres, la nobleza castellana del siglo XV había pasado de ser el círculo de parientes del rey, al advenimiento de los Trastámara, a una nobleza de servicio desde el reinado de Enrique III[4].

En efecto, esta nobleza, volcada en mostrar su lealtad y capacidad política, encajaba mejor en las necesidades de la nueva

monarquía que aquella que se vinculaba solo por lazos de sangre con el monarca.

Apoyada sobre las bases de señoríos que en ocasiones no eran suficientemente productivos, y, ambicionando mayores rentas, la nobleza se mostraba ávida de poder e influencia. Sus alianzas matrimoniales la convertían en una poderosa oligarquía capaz de articular ligas y confederaciones que podían, sin lugar a dudas, hacer sentir su peso en el rumbo de la política del reino. En muchas ocasiones, el equilibrio, la paz y la estabilidad en la turbulenta Castilla del siglo XV, solían lograrse con cesiones reales de rentas, vasallos y tierras que engrosaban los patrimonios nobiliarios.

En una Castilla donde casi la mitad de los territorios, y al menos un tercio de la población, formaban parte de señoríos; no es de extrañar la constante búsqueda de transferencias de rentas regias a la nobleza.

Los De la Cueva, Álvarez de Toledo, Mendoza, Velasco, Fonseca, Pimentel, Estúñiga, Ponce, Osorio, Manrique y otros; fueron capaces de reforzar su posición y adaptarse con éxito a la evolución de la relación de poder entre la Corona y el estamento nobiliario.

La alta nobleza castellana, como veremos, incorporará como tarea primordial, la consolidación a lo largo del siglo XV, de las bases de su predominio social y de su poder económico, al tiempo que ejercerá una gran capacidad de participación política, a pesar del fortalecimiento de la autoridad regia. Esta intervención en el poder político se manifestaría no solo al frente de sus estados señoriales o en el gobierno de las principales ciudades castellanas, sino también en el desempeño de los altos cargos de la Casa y Corte: canciller mayor del sello mayor, canciller mayor de la porridad, notario mayor, entre otros[5].

Otro cargo cortesano significativo de raigambre nobiliaria era el de mayordomo mayor del rey, ya que desde esta posición se tenía un acceso continuado a la real persona y a los recursos

hacendísticos del monarca, que familias como los Mendoza o personajes como Juan Pacheco, marqués de Villena, supieron aprovechar muy bien[6].

Tabla 1.

El cargo de mayordomo mayor del rey en tiempos de Juan II, Enrique IV e Isabel I

MAYORDOMO MAYOR DEL REY	PERIODO DE SERVICIO	REINADO
Juan Hurtado de Mendoza	(1391-1419)	Enrique III y Juan II
Juan Hurtado de Mendoza, hijo	(1419-1426)	Juan II
Ruy de Mendoza	(1426-1454)	Juan II
Juan Pacheco	(1454-1474)	Enrique IV
Diego López Pacheco	(1474-1480)	Isabel I
Juan Chacón de Alvarnárez	(1480-1503)	Isabel I

Elaboración del autor.

Para el mejor servicio de la Casa del Rey, existían toda una serie de cargos que también copaba la nobleza. El más importante de ellos era el de mayordomo mayor de la Casa del Rey, un oficio palatino de carácter económico-doméstico, controlado por los contadores mayores, y que se ocupaba sobre todo de la organización económica de la Casa del Rey. En el reinado de Enrique IV ocuparon este puesto personajes de la importancia de Gómez de Cáceres, Beltrán de la Cueva y Andrés Cabera.

Otros cargos de la Casa del Rey, muchos de los cuales eran desempeñados por oficiales subalternos, también aparecen en manos de la nobleza. Los poderosos de Castilla se adornarán con cargos palatinos que muchas veces no ejercen personalmente, pero cuyas rentas no dejarán de percibir con puntualidad. Entre esos cargos destacaremos el de camarero mayor del rey, en manos del linaje de los Velasco desde tiempos de Enrique II; el de camarero mayor de la Cámara de los Paños, en manos del linaje de los Téllez Girón desde finales del reinado de

Juan II o el de camarero mayor de la Cámara de las Armas, controlado por los Vázquez de Acuña, también finalizando el reinado de Juan II[7].

Con un rango inferior, pero no menos apetecibles para la nobleza, estaban los oficios palatinos de copero mayor, reposero mayor, aposentador mayor, dispensero mayor, guarda mayor, alcaide de los donceles, jefe de las caballerizas reales, oficiales del cuchillo, etc. Los Estúñiga, Mendoza, Fonseca, Sarmiento, Fernández de Córdoba y otros linajes, estarán vinculados a estos y otros oficios cortesanos.

Otro símbolo de la concentración de las más altas dignidades del reino en manos de los linajes más poderosos, fue la conversión en hereditarios de los cargos de Almirante de Castilla –en manos de los Enríquez desde 1405– y de condestable de Castilla –en manos de los Velasco desde 1473–.

Como bien podemos comprender, son numerosos los aspectos de análisis que nos auxiliarían a la hora de tipificar a la nobleza castellana que conformó el tiempo en el que nacería y tendría lugar la vida de nuestra reina Isabel.

Pero entre ellos, vamos a reflexionar sobre algunos tan significativos como el proceso de avance hacia la monarquía autoritaria, el faccionalismo como mal endémico de la nobleza castellana, la importancia que los maestrazgos de las órdenes militares de caballería hispánicas tuvieron el tablero de juego político del siglo XV y, por supuesto, la imprescindible política de sumisión y control de la nobleza ejercida por Isabel y Fernando desde los duros tiempos de la guerra civil castellana por la sucesión de Enrique IV.

2. EL LARGO CAMINO HACIA LA MONARQUÍA AUTORITARIA

Según Nieto Soria, el paulatino desligamiento del rey con respecto a la ley constituye uno de los rasgos más característicos de la evolución del modelo monárquico en la Castilla del siglo XV, algo que queda expresado simbólicamente en la cláusula cancilleresca “de mi poderío real absoluto”, a la que se recu-

rría para justificar una decisión real susceptible de ser contraria a alguna norma vigente[8].

De forma lenta pero decidida, la imagen de un rey legislador no atado por las leyes, se va confirmando como uno de los rasgos dominantes del régimen político castellano del siglo XV. La nobleza, afectada por este nuevo planteamiento, tuvo que incorporar la existencia del “poderío real absoluto” a sus propios conceptos políticos, y plegarse, o no, a él, según lo indicaran las circunstancias, para proteger sus propios intereses políticos y estamentales.

Aunque existen precedentes en el reinado de Juan I, será bajo Enrique III cuando la idea de “poder real absoluto” se abra camino. En efecto, el rey “Doliente” indica en 1395 que el monarca actúa como: “... rey e señor, de mi poderío real ordenado, e aún, si menester es, absoluto...”. Expresión que para Ladero Quesada indica que, aun partiendo de la excepcionalidad, el rey asume que es conveniente recurrir a ese poder real, ordenado y absoluto, cuando las circunstancias así lo exijan[9].

Bajo Juan II la idea de un poder real por encima de las leyes ordinarias sigue consolidándose. Es más, desde el propio entorno de la realeza se crea y difunde un discurso político que cabría considerar como la caracterización absolutista del poder real en su implicación de superioridad del rey sobre la ley. Además, y para lograr una más poderosa argumentación, comienzan a menudear las referencias tocantes al origen divino del poder regio:

... Tan grande es el derecho del poder del rey, que todas las leyes e todos los derechos tiene so sy, e no lo ha de los honbres, mas de Dios, cuyo lugar tiene en todas las cosas temporales. El qual non es tenido de juzgar según los dichos de los honbres, mas aún debe e puede juzgar según su conciencia...[10].

Pero no solamente los cronistas nos ofrecen el reflejo de esa construcción autoritaria del poder real. Algunas obras literarias de ese mismo periodo comienzan a plasmar esa nueva realidad política. Así, en el *Cancionero de Baena* se dice:

*Que sin poder absoluto
del noble rrey castellano
quanto yo afane e afano
es árbol seco syn fructo.*

También Juan de Mena, en su célebre *Laberinto de Fortuna*, además de ensalzar la figura del condestable Álvaro de Luna, aboga por reforzar el poder del rey frente a una aristocracia que se muestra reacia al afianzamiento de la autoridad real.

Esta situación será denunciada como peligrosa en las Cortes de Valladolid de 1442 o las de Olmedo de 1445. En ambas reuniones, los procuradores de las ciudades advierten de las graves implicaciones que el uso abusivo del poder real puede llegar a tener, y así lo vuelven a poner de manifiesto las Cortes de Valladolid de 1447.

Aunque Juan II parezca avenirse, su política regia irá acentuando los rasgos claramente autoritarios, y no limitados por las normas, con que quiere caracterizar el poder que ostenta como monarca. Incluso durante el reinado de Enrique IV, a pesar de las complejas vicisitudes del mismo y de la debilidad de la Corona, esos elementos de poder real se van a seguir asentando.

Siguiendo la interpretación de Nieto Soria, podemos considerar que, a mediados del siglo XV, el reconocimiento de un poder absoluto en manos del monarca era un principio gubernativo respecto del que existía una evidente sensibilización política, como lo demuestra su diferente utilización por los distintos monarcas, según el programa político que se pretendía desarrollar en cada caso[11].

En efecto, la relación entre monarquía y poder real absoluto no se polarizaba en una opción absolutista y otra antiabsolutista, sino que las opciones efectivas en juego eran monarquía ordinariamente absoluta o excepcionalmente absoluta.

Afirma también Nieto Soria que, desde los criterios nobiliario-señoriales, tal como quedaron expresados en la Sentencia Arbitral de Medina del Campo de 1465, se reconocía la necesidad de un marco de discrecionalidad regia en el que se establecía una relación tan estrecha entre gracia y poder absoluto que no se entendía la una sin la otra, aceptándose la necesidad de esa componente graciosa de la función regia^[12].

Bajo el reinado de Enrique IV, entraríamos en una fase en la que comenzaba a superarse, desde la perspectiva nobiliaria, la idea de un poder ordinario, sujeto al cumplimiento de las leyes, y un poder extraordinario y excepcional en el que se encuadraba el ejercicio de la dimensión absoluta del poder real, pareciendo percibirse desde la nobleza una tendencia a la normalización de esa dimensión absoluta del poder regio.

Consecuencia de todo lo anteriormente expuesto, y continuando con la interpretación de Nieto Soria, hasta para la nobleza más decididamente partidaria de la más rigurosa limitación del poder real, no era deseable la eliminación del “poderío real absoluto”, ya que en él se apreciaban evidentes utilidades, no resultando, por tanto, contradictorias, la aceptación de una cierta dimensión absoluta del poder regio y la defensa de los intereses nobiliarios.

Solo así podríamos llegar a comprender por qué los Reyes Católicos interpretan como natural, y junto a ellos la nobleza que apoya su causa, el recurso a ese poder real absoluto y fundamentan sobre él muchas de sus decisiones, sentando las bases de la monarquía autoritaria.

Isabel y Fernando consideraban que la Corona era la fuente de toda justicia y que, por ello, podían intervenir incluso en asuntos de jurisdicción señorial. No solo eso, su deseo por que se impartiera una justicia equitativa les impulsó a convocar, durante su reinado, largas audiencias públicas en las que dispensaban personalmente justicia.

Su rectitud en estos menesteres los llevaría a ordenar, en 1480, al jurista Díaz de Montalvo, que realizara una compilación de las ordenanzas reales de Castilla; sin duda un paso muy importante en las labores de codificación legal que culminarían bajo el reinado de Felipe II.

Según Elliot, la consolidación de la autoridad real en las esferas de la administración y la justicia entrañó necesariamente una pérdida de libertad para los súbditos de la Corona. Pero, tras largos años de guerra civil y conflictos nobiliarios, éste era un precio que, la mayoría de ellos, estaba dispuesto a pagar de muy buen grado[13].

Sacudirse el control del señorío para pasar a depender de la administración real era percibido por muchas comunidades como una liberación, aunque implicara un mayor grado de sumisión a la Corona.

La personalidad y compromiso con la justicia de Isabel y Fernando, y su demostrada capacidad para dar forma institucional a las aspiraciones de sus súbditos, lograron que se moldeara una provechosa identificación entre los reyes y su pueblo. Se caminaba hacia un modelo de características nacionales en el que los gobernados se sentían partícipes de la deseada regeneración, al tiempo que fortalecían, por útiles y justos, los rasgos autoritarios de la política de sus monarcas.

3. EL FACCIÓNALISMO COMO MAL ENDÉMICO DE LA NOBLEZA CASTELLANA

Comenzábamos con una frase de Hernando del Pulgar; a su autoría pertenece también el siguiente fragmento que ilustra, como pocos, la realidad del faccionalismo nobiliario castellano:

Vuestra casa fue receptáculo de caballeros airados y descontentos, inventora de ligas y conjuraciones contra el cetro real, favorecedora de desobedientes y de escándalos en el reino [...] Dejad ya, señor de ser causa de escándalos y sangre. Dejad ya, señor de rebelar y favorecer rebeldes a sus Reyes y Señores. Cesad ya, por Dios, se-

ñor, cesad y al menos tened compasión de esta atribulada tierra... No hay bajo el cielo reino más deshonrado que el dividido[14].

Esta denuncia procede de una *Letra* que Del Pulgar dirige al belicoso arzobispo de Toledo, Alfonso Carrillo; todo un ejemplo, ciertamente paradigmático, del faccionalismo nobiliario en tiempos de Enrique IV y de los Reyes Católicos.

Pero esta actitud de la nobleza venía de lejos: los Castro y los Lara en la minoría de Alfonso VIII, la rebelión del futuro Sancho IV contra su padre el rey Alfonso X el Sabio y el propio advenimiento de los Trastámara al trono castellano tras una cruenta y agotadora guerra civil contra el rey don Pedro I. Las *mercedes enriqueñas* posteriores, no hicieron sino reforzar el poder de una nobleza que afrontaba los siglos bajomedievales en unas condiciones de clara preponderancia. Monarcas como Juan II o Enrique IV, concederán títulos nobiliarios de gran relieve.

Tabla 2.
Principales títulos ducales y marquesados concedidos
en tiempos de Juan II y Enrique IV

NOMBRE	TÍTULO NOBILIARIO	MONARCA QUE LO CONCEDE
Gabriel Fernández Manrique (1412-1482)	I duque de Galisteo	Juan II
Íñigo López de Mendoza (1398-1458)	I marqués de Santillana	Juan II
Juan Fernández pacheco y Téllez de Girón (1419-1474)	I marqués de Villena	Juan II
	I duque de Escalona	Enrique IV
Rodrigo Alonso Pimentel (1441-1499)	I duque de Benavente	Enrique IV
Beltrán de la Cueva (1435-1492)	I duque de Alburquerque	Enrique IV

Álvaro de Estúñiga y Guzmán (1410-1488)	I duque de Arévalo	Enrique IV
García Álvarez de Toledo y Carrillo de Toledo (1424-1588)	I duque de Alba de Tormes	Enrique IV
	I marqués de Co- ria	
Alvar Pérez Osorio (1430-1471)	I marqués de Astorga	Enrique IV

Elaboración del autor.

Poseedores de dinero, tierras y hombres; unidos por estrechos vínculos familiares; no dudarán en poner en marcha sus mesnadas y reunir huestes al servicio de interesadas ligas, unas veces a favor de la Corona, otras en su contra, pero siempre sirviendo a sus propios intereses.

El faccionalismo es parte integrante de las señas de identidad de la alta nobleza de la Castilla del siglo XV. Las *confederaciones pactadas* y las luchas de facción son los medios para la obtención de rentas y patrimonio. La implicación en bandos y parcialidades fue para los nobles un recurso sistemático. Alinearse junto a una parcialidad determinada, comprometiendo la posición del monarca mediante una inestabilidad calculada, era el mecanismo infalible por el que los nobles contaban con ser recompensados.

Los conflictos internos, pues, no eran sobrevenidos, sino creados expreso para colocar al rey en una posición, lo suficientemente difícil, como para que éste tuviera que recurrir al socorro de sus nobles. Según Monsalvo Antón, se trataba más de un juego de intereses que una defensa de principios políticos[15].

Para actuar de este modo, la nobleza precisaba de justificaciones que ocultaran su verdadero propósito inicial: la privanza de don Álvaro de Luna, la desmedida influencia en la corte de don Beltrán de la Cueva, los derechos del Infante don Alfonso frente a Enrique IV, o el sostenimiento de la causa de Juana la

Beltraneja frente a Isabel. Y todo ello aderezado con una estudiada gama de argumentarios, entre los que no faltaban, por supuesto: la causa del rey, la paz del reino o el bien común.

Para la alta nobleza, crear conflictos era algo muy provechoso. El faccionalismo era la práctica que conducía a los objetivos deseados: señoríos, rentas, cargos... Cuanto más potente fuera la alianza nobiliaria más fácil resultaría forzar la voluntad real, obteniendo con ello suculentas recompensas[16].

Enemigos, como vimos, de la preponderancia estable de un privado como lo fuera don Álvaro de Luna, bajo Juan II, clamarán y se alzarán para evitar cualquier pérdida de poder, aunque ante el monarca invoquen los supremos intereses de la Corona. En efecto, son conocidas, por ejemplo, las cartas del almirante de Castilla, del conde de Benavente y de otros prelados y caballeros dirigidas a Juan II implorándole que cese de repartir mercedes de villas y lugares. En su argumentación afirman ser cada vez menos los lugares que no están enajenados y que esa práctica solo llevará al empobrecimiento de la Corona, al incremento de la presión fiscal y al empobrecimiento del pueblo, que debería ser considerado el verdadero tesoro del monarca.

Si el rey no se aviene a razones, vuelven a reproducirse las ligas y facciones nobiliarias. Éstas no dudarán en buscar los apoyos que fueran necesarios tanto dentro como fuera de Castilla. En la primera batalla de Olmedo de 1445, por ejemplo, se aliaban con los rebeldes castellanos al rey don Juan II, fuerzas procedentes de Navarra y de Aragón.

Los lazos de sangre que unían a los Trastámara aragoneses y a los castellanos también propiciarán la participación directa, e intensa, de los infantes de Aragón, aquellos que recordara Jorge Manrique en sus *Coplas*, hijos de Fernando I, en las luchas faccionales de la nobleza castellana.

La profesora Asenjo González interpretó con acierto esta posición de la nobleza; sabedora de su posición de oligarquía aristocrática que gestionaba la administración del reino, bene-

ficiándose de mercedes y privilegios reales concedidos con generosidad[17].

Pero la base social castellana se ensanchaba gracias al despegue demográfico, al desarrollo agropecuario, al incremento de la producción textil y de los intercambios comerciales. Y ello hacía que la incipiente burguesía urbana tratara de buscar una relación directa con la monarquía sin contar con la tutela nobiliaria.

Ante esta situación cambiante, la nobleza optó por una clara huida hacia adelante, forjando alianzas y pactos que dirigían un selecto grupo de linajes aristocráticos y que ahondaron el faccionalismo existente, con interminables disputas internobiliarias y con la monarquía misma.

Así se escribe nuestro siglo XV en los reinados de Juan II, Enrique IV y en los años de la guerra civil castellana que debieron sufrir los Reyes Católicos.

Pero la llegada y el afianzamiento de Isabel y Fernando en el trono van a suponer la aplicación de sus altos ideales en la acción de gobierno. Los Reyes Católicos creían firmemente en la justicia real, en una buena monarquía que fuera capaz de proteger al débil y humillar al soberbio. En su concepto providencialista, restaurar el orden, practicar el buen gobierno y garantizar los derechos de sus súbditos; eran tareas fundamentales para un rey cristiano.

Por eso no es de extrañar la alegría con la que son recibidos la paz y el orden que Isabel y Fernando traen después de tantas zozobras y desmanes, de tantas décadas de faccionalismo nobiliario:

*Con armas en guerra, en paz con las leyes,
se quieren los reinos, señor, conservar:
¡Mas ay de la tierra do todos son reyes,
do todos presumen regir e mandar!
Un Dios en el cielo, un rey en la tierra,*

se debe por todas partes temer.

*Quien esto no teme comete gran yerra,
por cuanto do tanta malicia se encierra
no pueden los reinos, señor, florecer*^[18].

4. LOS MAESTRAZGOS DE LAS ÓRDENES MILITARES

Las Órdenes Militares de Caballería Hispánicas, surgidas en el siglo XII, llegaban al siglo XV como poderosas corporaciones, señoras de vasallos e influyentes desde el punto de vista político, militar y económico.

La creciente importancia de sus encomiendas y la consolidación de sus “mesas maestras”, convertían en base segura de afirmación de poder, a quien pudiera asumir el control, como maestro, de los dominios de las Órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara.

La provisión del cargo de maestro de estas corporaciones había pasado de la pura elección por parte de los caballeros a un sistema mixto en el que el monarca proponía su candidato de entre los miembros de la orden. Pero ya en el siglo XV era el rey quien decidía, a su libre arbitrio, el nombre de quién había de ocupar el cargo de maestro, produciéndose así el hecho de ser elevadas a la máxima dignidad magistral, personas que había tenido poca relación, o ninguna, con la Orden que estaban llamados a gobernar.

En el siglo XV, el proceso de dominio aristocrático de la Orden de Santiago es un hecho: Enrique de Aragón, Álvaro de Luna, Beltrán de la Cueva, Alfonso de Castilla, Juan Pacheco, Alonso de Cárdenas, Rodrigo Manrique; serán sus maestros.

De todos ellos, Álvaro de Luna (maestre entre 1445-1453) y Juan Pacheco (maestre entre 1467-1474) serán los personajes más significativos en ese afianzamiento de la aristocratización de los santiaguistas. Álvaro de Luna estaba casado con Elvira Portocarrero, nieta de Pedro Fernández Cabeza de Vaca, maestro de Santiago (1383-1384). Contrajo después segundas nup-

cias con Juana Pimentel, cuñada del maestre don Enrique de Aragón. Era el camino para asegurar su dominio de la Orden tanto por la vía política del vasallaje como por la matrimonial. Por ello no resulta extraño que a él se opusiera Rodrigo Manrique, padre del ilustre poeta, proclamándose maestre en 1446 y pretendiendo representar los intereses más puros de la Orden de Santiago[19].

Otro ejemplo significativo de esta política de alianzas matrimoniales dentro del proceso de aristocratización santiaguista es el que protagoniza Juan Pacheco. Unido ya al linaje de los Luna a través de su esposa María Portocarrero, sobrina de Álvaro de Luna, reforzará su posición mediante el matrimonio de su hijo primogénito, Diego, con Juana de Luna, nieta del citado maestre, y el de Pedro Portocarrero con Juana de Cárdenas, hija de Alfonso de Cárdenas, uno de los linajes más importantes en el seno de la Orden.

Maestres de Santiago en el siglo XV

1. Lorenzo Suárez de Figueroa (1387-1409)
2. Enrique de Aragón (1409-1445)
3. Álvaro de Luna (1445-1453)
4. Juan II (1453) Administrador
5. Enrique IV de Castilla (1453-1462) Administrador
6. Beltrán de la Cueva (1462-1463)
7. Alfonso de Castilla (1463-1467)
8. Juan Pacheco (1467-1474)
9. Alonso de Cárdenas (1474-1476 en León) [primera vez]
10. Rodrigo Manrique (1474-1476 en Castilla)
11. Fernando el Católico (1476-1477) Administrador
12. Alonso de Cárdenas (1477-1493) [segunda vez]
13. Los Reyes Católicos, y sus legítimos sucesores, designados como administradores de la Orden (1493)

Al iniciarse el siglo XV la Orden de Calatrava se encontraba inmersa en un proceso de aristocratización y secularización de los caballeros calatravos. Esta situación se acentuó particularmente durante los maestrazgos de Luis González de Guzmán (1414-1443) y Pedro Girón (1445-1466), conociendo sus últimos retoques en tiempos de los Reyes Católicos y en las primeras décadas del siglo XVI. La secularización de la institución calatrava se materializó en la atenuación o incumplimiento de los votos monásticos y los estatutos religiosos, mientras que la aristocratización se manifestaba a través de la instrumentalización de la Orden por parte de la nobleza. Los grandes beneficiarios de esta situación son los linajes nobiliarios que a lo largo del siglo XV controlan las principales jerarquías calatravas: los Guzmán, Padilla y Girón. Estas tres familias serán las únicas que, con las excepciones de las coyunturales imposiciones regias, conseguirán acceder al maestrazgo calatravo en esta centuria[20], contando cada una de ellas con dos representantes[21].

Maestres de Calatrava en el siglo XV:

1. Enrique de Villena (1404-1407)
2. Luis González de Guzmán (1407-1443)
3. Fernando de Padilla (algunos meses de 1443)
4. Alonso de Aragón (finales de 1443-1445)
5. Pedro Girón (1445-1466)
6. Rodrigo Téllez Girón (1466-1482)
7. García López de Padilla (1482-1487)
8. Los Reyes Católicos, y sus legítimos sucesores, designados como administradores de la Orden (1487)

Los maestros de Alcántara también responden a este movimiento generalizado de aristocratización y secularización, con personajes como: Sancho de Aragón y Castilla, Juan y Gutierre de Sotomayor, Gómez de Cáceres o Juan de Zúñiga entre otros.

Maestres de Alcántara en el siglo XV:

1. Fernando Rodríguez de Villalobos (1394-1408)
2. Sancho de Aragón y Castilla (1408-1416)
3. Juan de Sotomayor (1416-1432)
4. Gutierre de Sotomayor (1432-1453)
5. Gómez de Cáceres y Solís (1457-1470)
6. Alonso de Monroy (1471-1473)
7. Juan de Zúñiga (1473-1494)
8. Los Reyes Católicos, y sus legítimos sucesores, designados como administradores de la Orden (1494)

Una plataforma de poder militar y económico semejante era codiciada por los grandes, que se afanaban por alcanzar los distintos maestrazgos y proceder luego a ponerlos a su servicio, cuando no a segregar parte de ellos a su favor. Pedro Girón, por ejemplo, maestre de Calatrava entre 1445 y 1466, se apropió de unos 2.000 kilómetros cuadrados de tierras calatravas, la mayoría en favor propio, de sus hijos o de su hermano Juan, constituyendo con ellas una de las casas nobiliarias que se situó entre las más ricas del reino hasta el siglo XIX, primero condes de Ureña y bajo Felipe II, duques de Osuna.

Estas ambiciones de poder han dejado clara huella en nuestra literatura castellana del siglo XV. Así, el gran Jorge Manrique recuerda, en sus inmortales *Coplas por la muerte de su padre*, el poderío de Juan Pacheco, marqués de Villena y maestre de la Orden de Santiago junto al de su hermano Pedro Girón, maestre de la Orden de Calatrava:

*Y los otros dos hermanos,
maestres tan prosperados
como reyes,
que a los grandes y medianos
trajeron tan sojuzgados con sus leyes;
aquella prosperidad
que tan alta fue subida y ensalzada*[\[22\]](#).

Pero también el del Condestable don Álvaro de Luna, que fuera maestre de Santiago, y de toda la pujante nobleza castellana:

*Tantos duques excelentes
tantos marqueses y condes
y varones
como vimos tan potentes*[23].

Este tipo de temática, de crítica a los desmanes de la nobleza inquieta y levantisca, y a la propia Corona, también se rastrea en obras satíricas como las *Coplas de Mingo Revulgo*, las *Coplas de Ay Panadera* y las descarnadas de *El Provincial*, atribuidas al cronista Alonso de Palencia.

Estos abusos no eran privativos de los grandes, pues también se detectan conflictos entre vasallos y comendadores de las órdenes. De entre ellos destaca el levantamiento de los vecinos de la villa cordobesa de Fuenteovejuna en 1476, contra el comendador calatravo Fernán Gómez de Guzmán, suceso que llevaría magistralmente al teatro el gran Lope de Vega[24].

Pero volvamos a las órdenes militares. En efecto, el amplio margen de actuación que los maestros tenían para conceder encomiendas de sus órdenes, les otorgó inmensas posibilidades para afianzar apoyos y fidelidades, organizando todo el potencial de estas corporaciones en propio beneficio.

En algunas ocasiones permutaron dominios con la Corona, en otros sirvieron para enriquecer sus patrimonios personales.

Según Emilio Cabrera, el nepotismo como forma habitual de asignar la titularidad de las encomiendas contribuyó a crear unos vínculos formidables entre el maestre y las personas más adictas a su causa, pero también encarnizada rivalidad por parte de quienes no lo eran[25].

De este modo, las preponderantes familias de la nobleza castellana se fueron haciendo con el control de las órdenes, impul-

sando una clara tendencia a la patrimonialización de las mismas.

No es menos cierto, por otra parte, que cada vez que se producía una vacante en la cúpula de las órdenes de caballería, se suscitaban numerosas rivalidades entre la nobleza y que las ambiciones se desataban desestabilizando la propia política del reino[26]. Así se hizo patente ya en los últimos diez años del reinado de Juan II, y sobre todo en lo referido a la poderosa Orden de Santiago: maestros santiaguistas fueron Álvaro de Luna, Beltrán de la Cueva, el Infante don Alfonso, el marqués de Villena; nombres todos ellos estrechamente ligados a las convulsiones políticas del final del reinado de Juan II y del reinado de Enrique IV. Razones de peso político, militar y económico aconsejaban un cambio de gestión en la cúpula de las órdenes de caballería hispánicas. Serían los Reyes Católicos quienes llevaron a cabo, con inteligencia, esa compleja tarea.

En un rápido proceso de seis años de duración, los grandes maestrazgos de las órdenes militares de caballería hispánicas quedarán bajo el control de la Corona. En efecto, tras el maestrazgo de García López de Padilla, Fernando el Católico logró en 1487 una bula papal para pasar a administrar la Orden de Calatrava. En 1492, también el Rey Católico logra que Fernando de Zúñiga y Pimentel renuncie al maestrazgo de la Orden de Alcántara tras haber obtenido autorización del papa Inocencio VIII. A la muerte del maestro santiaguista Alonso de Cárdenas en 1493, los Reyes Católicos pidieron, y obtuvieron del papa Alejandro VI, la administración de la Orden de Santiago.

Con estas medidas se ponía fin al turbulento predominio de la alta nobleza en la cúspide de las órdenes militares hispánicas y, al mismo tiempo, se recompensaba a los monarcas por sus grandes sacrificios por la fe católica en la Guerra de Granada. Aquellos pequeños reinos dentro del reino quedaban bajo el control de la Corona, con los Reyes Católicos como administradores. En 1522, el papa Adriano VI concederá a Carlos I y

con carácter hereditario, el gran magisterio de las tres órdenes militares de la Corona de Castilla[27].

5. LOS REYES CATÓLICOS Y LA SUMISIÓN DE LA NOBLEZA

El 13 de diciembre de 1474, tras el fallecimiento de Enrique IV, Isabel será proclamada reina de Castilla en Segovia, muchos e importantes miembros de la nobleza se negarán a reconocer sus derechos[28]; pasando a defender los de Juana la Beltraneja, no dudando en auxiliar la invasión portuguesa de 1476[29].

Incluso muchos de los que juran lo hacen con reservas, como apunta en su crónica Andrés Bernáldez, el “cura de los palacios”: “Empero eran muchos los llamados e pocos los escogidos, porque muchos se mostraban en parte, mas no en todo, porque estaban de secreto a viva quien vence...”[30].

La oposición de un importante sector de la nobleza es tan encarnizada que los Reyes Católicos no dudan en pedir auxilio a sus vasallos, alentando la rebelión contra los señores. En este contexto hemos de entender la carta que expedían el 26 de abril de 1476, en la que garantizaban a todas las villas y ciudades de señorío que se alzarán por la reina Isabel, que quedarían integradas en el patrimonio real[31].

El triunfo en la Batalla de Toro alejará el peligro portugués, siendo de gran ayuda en la guerra el apoyo que a los reyes prestan los Enríquez, los Mendoza y los Álvarez de Toledo; pero, aun así, será necesario el decidido apoyo de las ciudades en la lucha contra la liga nobiliaria anti-isabelina. Por ello, en las Cortes de Madrigal de 1476, en las que se crea la Santa Hermandad, se van a asentar los cimientos de la alianza entre la Corona y los municipios, unión que se revelaría fundamental a la hora de consolidar la autoridad real.

Era el deseo de la mayor parte de los habitantes de Castilla, como muy bien lo refleja Diego de Valera cuando afirma que Isabel y Fernando han llegado para “restaurar estos Reynos e sacarlos de la tiránica gobernación en que tan luengamente han estado”[32].

Pero alentar el crecimiento de una reacción contraria a los intereses de la nobleza era un arma de doble filo, y los Reyes Católicos eran conscientes de ello. Por una parte, sabían que debían apoyarse en los sentimientos antiseñoriales latentes en muchas partes del reino con el objeto de debilitar a sus rivales políticos; pero, por otra, eran bien conscientes del riesgo que entrañaba perder el apoyo de los nobles que les eran leales y que, sin duda, verían con desagrado una multiplicación generalizada de esos movimientos antiseñoriales.

Isabel y Fernando nunca se propusieron desencadenar una persecución sistemática de la nobleza como estamento. Bien es cierto que procuraron reintegrar en el patrimonio real aquellos territorios que fueron enajenados durante los años finales del reinado de Enrique IV y que en esta defensa del patrimonio real fundaron en parte su propaganda. Pero, siguiendo a Joseph Pérez, nunca entró en sus planes, como se ha escrito a veces, acabar con la nobleza ni siquiera humillarla[33].

Los Reyes Católicos castigaron en primer lugar a aquellos grandes que sostuvieron las aspiraciones de la Beltraneja[34]; para luego pasar a ejercer el control de la actividad de los nobles de tal modo que ya no supusieran un peligro para su regia autoridad[35]. Este planteamiento, de presente y de futuro, justifica plenamente tanto el rigor que emplearon contra sus enemigos, como su voluntad de recompensar a cuantos les habían sido leales, mediante la concesión y creación de nuevos señorios.

Rigor como el que debieron emplear contra algunos nobles gallegos como Pardo de Cela, Pedro Madruga de Sotomayor o el conde de Lemos. Sus desmanes serán cortados de raíz por los Reyes Católicos con el nombramiento de un gobernador y capitán general foráneo para el reino de Galicia, encargándose éste de administrar justicia en nombre de la Corona y presidiendo la nueva Real Audiencia de Galicia. Los castillos derruidos por los irmandiños no serían reconstruidos y los monasterios

gallegos se integrarían en las congregaciones castellanas. La centralización administrativa y el control del reino de Galicia se daría por finalizada con el viaje a Santiago de Compostela de los Reyes Católicos en 1486[36].

Isabel y Fernando castigaron a quienes se les opusieron, pero supieron premiar generosamente a quienes les habían sido leales. Conocido es el caso de la creación, en perjuicio de los intereses de la Comunidad de Ciudad y Tierra de Segovia, a la que en 1480 se segregan los sexmos de Casarrubios y de Valdemoro, del Señorío de Chinchón, que, junto al marquesado de Moya, un señorío de nuevo cuño, serían entregados a sus fieles Andrés Cabrera y Beatriz de Bobadilla.

Tras la guerra de Granada, también fueron varios los nobles que se vieron favorecidos con donaciones de sus Reyes: el duque de Medinaceli, el conde de Tendilla, el suque de Alba, el almirante de Castilla, el cardenal Mendoza e incluso el marqués de Villena.

En muchos casos, la política de los Reyes Católicos consistirá en conceder mercedes sobre una tierra que ya era propiedad del beneficiario. Así lo podemos ver, entre otros muchos casos, en el ducado del Infantado, otorgado en 1475 al II marqués de Santillana; en el ducado de Nájera, concedido en 1482 a Pedro Manrique, conde de Treviño[37]. En ambas situaciones, los reyes limitan la concesión a un simple honor. Esta conversión de las mercedes nobiliarias en honoríficas va a ir acompañada, en la misma época, con la retrocesión a la Corona de muchas concesiones anteriores, cuyos títulos serán sustituidos por otros similares sobre señoríos que ya estaban en poder de la familia o se compensarán con otro tipo de rentas[38]. En este sentido cabe recordar la supresión del ducado de Arévalo y la compensación a los Estúñiga con los ducados de Béjar y Plasencia; o la del ducado de Cádiz, en manos de los Ponce de León, que se suprime, siendo compensados con el ducado de Arcos de la Frontera.

En otro orden de cosas, podríamos considerar la reducción de juros llevada a cabo por Isabel y Fernando en las Cortes de Toledo de 1480 como el episodio que cerraría la querella monarquía-nobleza que había caracterizado la historia política de Castilla durante el siglo XV. En efecto, para contrarrestar de una manera definitiva el poder nobiliario se hacía preciso recuperar buena parte del patrimonio real en manos de los señores y salir de la desastrosa situación financiera a que habían conducido las sucesivas enajenaciones de juros, impuestos y tierras en beneficio de la nobleza.

Sería el confesor de la Reina, fray Hernando de Talavera, quien llevara a cabo la reorganización y lograra, tras arduas y largas discusiones en las cortes toledanas, llevar el plan a buen puerto. Las Cortes de Toledo de 1480 aprobarían la supresión de casi la mitad de los juros existentes y la reintegración al patrimonio real de las rentas, impuestos y tierras que se habían otorgado a la nobleza a partir de 1464, durante el reinado de Enrique IV.

Tabla 3.
Principales títulos ducales y marquesados concedidos
en tiempos de los Reyes Católicos

NOMBRE DEL BENEFICIARIO	TÍTULO CONCEDIDO
Álvaro de Estúñiga y Guzmán (1410-1488)	I duque de Béjar
	I duque de Plasencia
Bernardino Fernández de Velasco y Mendoza (1454-1512)	I duque de Frías
Luis de la Cerda y de la Vega (1442-1501)	I duque de Medinaceli
Diego Hurtado de Mendoza (1417-1479)	I duque del Infantado
	I marqués de Campoo
	I marqués de Argüeso
Pedro Manrique de Lara y Sandoval (1443-1515)	I duque de Nájera

Rodrigo Ponce de León (+1530)	I duque de Arcos
Rodrigo Ponce de León y Núñez (1443-1492)	I marqués de Zahara
Garcí Fernández Manrique de Lara (+1506)	I marqués de Aguilar de Campoo
Rodrigo Díaz de Vivar y Mendoza (1466-1523)	I marqués de Cenete
Luis Pimentel y Pacheco (1467-1497) y Juana Osorio Bazán (Título Mancomunado)	I marqueses de Villafranca del Bierzo
Pedro Fernández de Córdoba y Pacheco (1470-1517)	I marqués de Priego
Enrique Pérez de Guzmán y Meneses (+1492)	I marqués de Gibraltar
Andrés Cabrera (1430-1511)	I marqués de Moya

Elaboración del autor.

Bien es cierto que el estamento nobiliario consolidó sus poderes, sus fuentes de renta y su liderazgo social, al tiempo que se reforzaba la autoridad regia. Pero no fue una cuestión menor que numerosos linajes territoriales vieran disminuidos sus ingresos, algunos de ellos de forma drástica, como los de aquellos nobles que habían ido en contra de la causa isabelina durante la guerra civil[39].

Los Reyes Católicos nunca ignoraron la importancia del hecho señorial, bien al contrario. Fueron muy conscientes de la necesidad que tenían del apoyo de la nobleza como estamento y como fuerza militar, ya que, junto al clero, era uno de los pilares en los que debía apoyarse la monarquía y el naciente Estado Moderno.

En efecto, el régimen señorial es parte constitutiva de la estructura de poder de la época: sometido a la Corona sí, pero como una administración delegada. La política de los Reyes Católicos consistirá en someter a disciplina a la nobleza, impidiendo que en el futuro se entrometa en asuntos políticos. La Corona tendrá como misión propia, afirmar el poderío real absoluto e implantar las bases de un sistema autoritario, pero todo ello sin

acabar con la nobleza, manteniéndola y reforzándola en su influencia económica y social.

Estos planteamientos quedarán meridianamente claros en las ya citadas Cortes de Toledo de 1480, donde se constatará el predominio económico y social de la nobleza sobre el reino. Los Grandes y títulos de Castilla contarán con inmensas propiedades, muchas de ellas vinculadas como mayorazgos. La tenencia mayoritaria de la tierra se concentra en manos de un reducido grupo de linajes nobiliarios, calculándose que, a finales del siglo XV, más de un tercio del territorio castellano está sometido directa o indirectamente al régimen señorial.

Pero los Reyes Católicos sabrán contrarrestar, con gran habilidad, el poder de la nobleza. Para ello, Isabel y Fernando se apoyarán preferentemente en las ciudades y en los letrados, cuya ciencia jurídica era cada día más necesaria para desempeñar con acierto los cargos administrativos del emergente Estado Moderno. Los letrados empiezan a entrar en competencia con los nobles, y a sustituirlos en los consejos y en la administración.

Un ejemplo de promoción de los letrados fue el caso de Hernando de Zafra, secretario de la Reina y cabeza del secretariado castellano, quien acabó convirtiéndose en una personalidad política con notable influencia.

Todo ello era fruto de la necesidad de incorporar a individuos más capacitados profesionalmente para hacer frente a una complejidad burocrática cada vez mayor. Y no solo eso, también habían de aunar a su capacidad, su calidad como hombres de confianza. “Tuvieron más atención en poner personas prudentes y de habilidad para servir, aunque fuesen medianas, que no personas grandes y de casas principales”[40].

A pesar de ello, muchos cargos cancillerescos fueron ostentados por los nobles de forma honorífica y no profesional. La titularidad de dichos cargos públicos era un elemento indis-

pensable de prestigio social y facilitaba la proximidad al monarca[41].

Los Reyes Católicos inauguraban de este modo una práctica que continuarán Carlos V y Felipe II. Los Grandes servirán en los altos mandos militares, las embajadas, los virreinos; pero no les confiarán responsabilidades políticas.

Con la excepción de un reducido grupo de magnates con cargos en la casa real, los grandes aristócratas participaron mucho menos en la vida cortesana de lo que lo habían hecho en los reinados de Juan II y Enrique IV. Prefirieron residir en sus suntuosos palacios, administrando sus extensas posesiones, antes que vivir en una corte de cuyos cargos de decisión política había quedado excluidos.

Los Reyes Católicos se habían rodeado además de un grupo de leales y valiosos consejeros: Gonzalo Chacón, Gutierre de Cárdenas, Andrés Cabrera, el cardenal Mendoza, fray Hernando de Talavera y el cardenal Cisneros; personajes fieles, capaces, con una indudable voluntad de servicio, y muy alejados de las intrigas nobiliarias.

Todo ello era la consecuencia lógica del pensamiento regio, que consideraba que un poder real fuerte llevaba aparejada la desconfianza hacia la alta nobleza, considerada, desde la época de Isabel y Fernando, como una amenaza para la preeminencia de la monarquía en los asuntos políticos.

Se acababan así las intolerables privanzas de los Grandes, que habían protagonizado los reinados anteriores. Llegaban tiempos nuevos que Fernando del Pulgar describía de este modo esperanzado:

Demos gracias a Dios que tenemos un Rey y una Reina, que no queráis saber de ellos, sino que ambos, ni cada uno por sí, no tienen privado, que es la causa de la desobediencia y escándalos de los reinos. El privado del Rey sabed que es la Reina, y el privado de la Reina sabed que es el Rey; y que ambos oyen y juzgan y mantienen el derecho acabando con todo escándalo[42].

Sirvan pues las presentes reflexiones para situarnos en esa época cambiante, en ese otoño de la Edad Media que da paso a los albores de un tiempo nuevo. En esos años en los que la reina doña Isabel, bajo su sabio, prudente y recto gobierno, conduciría a Castilla a los umbrales del mundo moderno.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ÁLVAREZ BORGE, I. (2001). “La nobleza castellana en la Edad Media: familia, patrimonio y poder” en *La familia en la Edad Media: XI Semana de Estudios Medievales*, J. I. de la Iglesia Duarte (coord.), 221-252. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.

ASENJO GONZÁLEZ, M. (2001). “El estado y la distribución del poder” en *El Marqués de Santillana (1398-1458), el hombre de estado*. Vol. 2. M. A. Ladero Quesada (ed.), 37-84. Hondarribia: Editorial Nerea.

CABRERA, E. (2000). “El acceso a la dignidad de maestro y las divisiones en las órdenes militares del siglo XV”, en *Las Órdenes Militares en la Península Ibérica*, R. Izquierdo Benito, F. Ruiz Gómez (coord.), 281-306. Cuenca: Universidad de Castilla La Mancha.

CARRILLO DE HUETE, P. (1946). *Crónica del Halconero* [Edición de Juan de Mata Carriazo] Madrid: Espasa-Calpe.

ELLIOT, J. H. (1986). *La España Imperial (1469-1716)*. Barcelona: Vicens Vives

ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D. (1953). *Crónica del rey don Enrique cuarto de este nombre*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, Tomo LXX.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (2003). *Isabel la Católica*. Espasa Calpe. Madrid.

FRANCO SILVA, A. (2013). *Los discursos políticos de la nobleza castellana en el siglo XV*. Cádiz: Universidad de Cádiz.

GARCÍA RIOL, D. J. (2014). *Del enfrentamiento a la unidad. Las relaciones castellano-portuguesas durante el reinado de los Reyes Católicos*. Granada: Hermandad Nacional Monárquica de España.

LADERO QUESADA, M. A. (1995). “Poder y administración en España” En *Congreso internacional de historia. El tratado de Tordesillas y su época*, Sociedad Estatal del Vº Centenario del Tratado de Tordesillas. L. A. Ribot García, Adolfo Carrasco Martínez, Luis Adao da Fonseca (coord.). Valladolid: Junta de Castilla y León.

MARAVALL, J. A. (1961). “The origins of the Modern State”, *Cuadernos de Historia Mundial*, VI, 78, 789-808.

MONSALVO ANTÓN, J. M. (2016). “Relaciones entre nobleza y monarquía en el siglo XV: faccionalismo y acción política de los Álvarez de Toledo (Casa de Alba)”, *Studia Historica. Historia Medieval* 34, 151-154.

MONTERO TEJADA, R. M. y GARCÍA VERA, M. J. (1992). “La alta nobleza en la Cancillería real castellana del siglo XV”, *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie III. Hª Medieval, t. V, 163-210.

MOREL-FATIO, A. (1882). “Souhaites de bienvenue a Ferdinand le catholique par un barcelonais en 1473” *Romania*, Tome 11, n.º 42-43, 333-356

NIETO SORIA, J. M. (1988). *Fundamentos ideológicos del poder real en Castilla siglo XIII-XVI*. Madrid: EUEDEMA.

NIETO SORIA, J. M. (2002). “La nobleza y el ‘poderío real absoluto’ en la Castilla del siglo XV” *Cahiers de linguistique et de civilisation hispaniques médiévales*, 25, 237-254.

ORTEGA CERVIGÓN, J. I. (2010). “La reducción de juro de 1480 de los Reyes Católicos y la nobleza conquense”, *En la España Medieval*, 33, 131-140.

PALENCIA, A. (1973). *Crónica de Enrique IV*, Madrid: Ed. Paz y Melia.

PÉREZ, J. (2001). *Isabel y Fernando, los Reyes Católicos*. Fuenterrabía: Nerea.

PÉREZ, J. (2009). *Nobleza y monarquía en la expansión española (S.XV y XVI)*. Madrid: Biblioteca Universitaria.

PULGAR, F. del (1971). *Claros Varones de España*. Zaragoza: Biblioteca Clásica Ebro.

QUINTANILLA RASO M. C. *Consejeros encumbrados. El consejo real y la promoción de la nobleza castellana en el siglo XV*. <https://journals.openedition.org/e-spania/20680> [29/05/2018].

RODRÍGUEZ PICAWEA MATILLA, E. Y PÉREZ MONZÓN, O. (2006). “Mentalidad, cultura y representación del poder de la nobleza calatrava en la castilla del siglo XV”, *Hispania. Revista Española de Historia*, vol. LXVI, 222, 199-242,

RODRÍGUEZ PICAWEA MATILLA, E. (2007). “El proceso de aristocratización de la Orden de Calatrava (Siglos XIII-XV)”, *Hispania Sacra*, vol. LIX, 120, 493-535.

SALAZAR Y ACHA, J. (2000). *La casa del Rey de Castilla y León en la Edad Media*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Madrid: Rumagraf.

SALAZAR Y ACHA, J. (2008). “La concesión de títulos nobiliarios” en *El Rey: historia de la monarquía*, vol. 2. J. A. Escudero López (coord.), 146-163. Barcelona: Grupo Planeta.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (2006). *Nobleza y monarquía, entendimiento y rivalidad: el proceso de construcción de la Corona española*. Barcelona: RBA.

VALERA, D. (1941). *Memorial de diversas hazañas. Crónica de Enrique IV* [Edición de Juan de Mata Carriazo] Madrid: Espasa Calpe.

VERA GARCÍA, M. J. (1993). “Poder nobiliario y poder político en la Corte de Enrique IV (1454-1474)” *La España Medieval*, 16, 223-238.

ZURITA Y CASTRO, J. (1610). *Anales del Reino de Aragón*. Zaragoza: Colegio de San Vicente Ferrer.

[1]. YARZA LUACES, J. (2003). *La Nobleza ante el Rey. Los grandes linajes castellanos y el arte en el siglo XV*. Madrid: Fundación Iberdrola

[2]. SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (2006). *Nobleza y monarquía, entendimiento y rivalidad: el proceso de construcción de la Corona española*. Barcelona: RBA.

- [3]. PÉREZ, J. (2009). *Nobleza y monarquía en la expansión española (S.XV y XVI)*. Madrid: Biblioteca Universitaria.
- [4]. ASENJO GONZÁLEZ, M. (2001). “El estado y la legitimación del poder” en *El Marqués de Santillana (1398-1458), el hombre de estado*. Vol. 2. M.A. Laredo Quesada (ed.) 64-65. Hondarribia: Editorial Nerea.
- [5]. MONTERO TEJADA, R. M. y GARCÍA VERA, M. J. (1992). “La alta nobleza en la Cancillería real castellana del siglo XV” *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie III. H. Medieval, t. V. 163-210
- [6]. SALAZAR Y ACHA, J. (2000). *La casa del Rey de Castilla y León en la Edad Media*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Madrid: Rumagraf.
- [7]. VERA GARCÍA, M. J., (1993). “Poder nobiliario y poder político en la Corte de Enrique IV (1454-1474)” *En la España Medieval* 16, 223-237.
- [8]. NIETO SORIA, J. M. (2002). “La nobleza y el poderío real absoluto en la Castilla del siglo XV” *Cahiers de linguistique et de civilisation hispaniques médiévales* 25, 237-254.
- [9]. LADERO QUESADA, M. A. (1995). “Poder y administración en España” En *Congreso internacional de historia. El tratado de Tordesillas y su época*, Sociedad Estatal del V.º Centenario del Tratado de Tordesillas. L. A. Ribot García, Adolfo Carrasco Martínez, Luis Adao da Fonseca (coord.), 69-70. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- [10]. CARRILLO DE HUETE, P. (1946). *Crónica del Halconero* Edición de J. de Mata Carriazo. Madrid: Espasa-Calpe. cap. CCXXIII, 267.
- [11]. NIETO SORIA, J. M. (1988). *Fundamentos ideológicos del poder real en Castilla siglo XIII-XVI*. Madrid: EUEMA.
- [12]. NIETO SORIA, J. M. (2002). 237-254.
- [13]. ELLIOT, J. H. (1986). *La España Imperial (1469-1716)*. Barcelona: Vicens Vi-ves, 100-101.
- [14]. DEL PULGAR, F. (1971). *Claros Varones de España*. Zaragoza: Biblioteca Clásica Ebro, 65.
- [15]. MONSALVO ANTÓN, J. M. (2016). “Relaciones entre nobleza y monarquía en el siglo XV: faccionalismo y acción política de los Álvarez de Toledo (Casa de Alba)”, *Studia Historica. Historia Medieval* 34, 151-154
- [16]. MONSALVO ANTÓN, J. M. (2016). 155-156.
- [17]. ASENJO GONZÁLEZ, M. (2001). 51-55.
- [18]. MOREL-FATIO, A. (1882). “Souhaites de bienvenue a Ferdinand le catholique par un barcelonais en 1473” *Romania*, Tome 11, 42-43, 333-356.
- [19]. RODRÍGUEZ LLOPIS, M. (1996). “Poder y parentesco en la aristocracia santiaguista del siglo XV”, *Noticiario de Historia Agraria* 1, 64-68.
- [20]. RODRÍGUEZ PICAWEA MATILLA, E. Y PÉREZ MONZÓN, O. (2006). “Mentalidad, cultura y representación del poder de la nobleza calatrava en la castilla del siglo XV”, *Hispania. Revista Española de Historia*, vol. LXVI, 222, 199-242,
- [21]. RODRÍGUEZ PICAWEA MATILLA, E. (2007). “El proceso de aristocratización de la Orden de Calatrava (Siglos XIII-XV)”, *Hispania Sacra*, LIX 120, 493-535.

[22]. MANRIQUE, J. *Coplas por la muerte de su padre*. 22

[23]. MANRIQUE, J. *Coplas por la muerte de su padre*. 23.

[24]. *Los de Fuente Ovejuna, una noche del mes de abril de mil y cuatrocientos y setenta y seis, se apellidaron para dar la muerte a Hernán Pérez de Guzmán, comendador mayor de Calatrava, por los muchos agravios que pretendían haberles hecho. Y entrando en su misma casa le mataron a pedradas, y aunque sobre el caso fueron enviados jueces pesquisidores que atormentaron a muchos dellos, así hombres como mujeres, no les pudieron sacar otra palabra más ésta: Fuente Ovejuna lo hizo...* Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, 1611, edición moderna de Martín de Riquer (1943), Barcelona, 612. Juan María Marín (Cátedra, 1989, 25).

[25]. CABRERA, E. (2000). "El acceso a la dignidad de maestre y las divisiones en las órdenes militares del siglo XV", en *Las Órdenes Militares en la Península Ibérica*, Vol. 1. R. Izquierdo Benito, F. Ruiz Gómez (coord.), 281-307. Cuenca: Universidad de Castilla La Mancha.

[26]. Un caso muy significativo, como indican Montero Tejada y García Vera, es el de Juan Manrique, quien en 1465 se adhirió al partido nobiliario que proclamó rey al Infante Alfonso, hermano de Enrique IV, aunque al parecer no estuvo presente en la Farsa de Ávila. Sin embargo, abandonó la causa del infante en 1467, indignado, según Alonso de Falencia, porque Alfonso había entregado la dignidad de maestre de Santiago al Marqués de Villena, Juan Pacheco, que él consideraba pertenecía por derecho a su hermano Gabriel Manrique, conde de Osorno y comendador Mayor de Castilla en dicha Orden. Por este motivo participó en la segunda batalla de Olmedo, junto a su hijo García, con setenta caballos, al lado de Enrique IV, permaneciendo ambos fieles a este monarca hasta el final de su reinado.

[27]. La aragonesa Orden de Montesa quedaría bajo control de la Corona un siglo más tarde, cuando el rey Felipe II logre del papa Sixto V, en 1587, la correspondiente bula.

[28]. En su *Crónica de los Reyes Católicos*, Fernando del Pulgar sostiene que la rebeldía de estos nobles se debía a su insaciable afán de obtener mercedes: *Don Álvaro de Estúñiga duque de Arévalo, ni don Diego López Pacheco marqués de Villena, que tenía en su poder á doña Juana que se llamaba Princesa de Castilla, ni el maestre de Calatrava, ni el conde de Urueña, sus primos, no vinieron, ni embiaron sus procuradores á facer el juramento que todos los otros del Reyno habían fecho e que cada uno destos demandaba al Rey e a la Reyna, que les ficiesen nuevos partidos.*

[29]. GARCÍA RIOL, D. J. (2014). *Del enfrentamiento a la unidad. Las relaciones castellano-portuguesas durante el reinado de los Reyes Católicos*. Granada: Hermandad Nacional Monárquica de España, 8-9.

[30]. BERNÁLDEZ, A. (1870). *Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel*. Sevilla: Imprenta que fue de don José María Geofrin.

[31]. Ya en marzo de 1475 la villa de Alcaraz se había levantado contra el marqués de Villena y apoyado la causa de Isabel y Fernando.

[32]. MARAVALL, J. A. (1961). "The origins of the Modern State", *Cuadernos de Historia Mundial*, VI, 78.

[33]. PÉREZ, J. (2001). *Isabel y Fernando, los Reyes Católicos*, Fuenterrabía: Nerea.

[34]. Diego López Pacheco y Portocarrero, II marqués de Villena, perdería a favor de la Corona importantísimas piezas de su marquesado: Villena, Chinchilla de Monte Aragón, Villarrobledo, Utiel, Requena, Albacete y Almansa. Sus castillos de Lezuza y Munera fueron demolidos.

[35]. En el caso antes citado del marqués de Villena, también se incluyó la negociación como arma, así lo ponen de manifiesto las capitulaciones firmadas por el magnate con los Reyes Católicos el 11 de septiembre de 1476 y el 1 de marzo de 1480.

[36]. Según narra el cronista Jerónimo de Zurita, en sus *Anales del Reino de Aragón*, con respecto a la situación en Galicia: *En aquel tiempo se comenzó a domar aquella tierra de Galicia, porque no solo los señores y caballeros della pero todas las gentes de aquella nación eran unos contra otros muy arriscados y guerreros, y viendo lo que pasaba por el conde –que era gran señor en aquel reino– se fueron allanando y reduciendo a las leyes de la justicia con rigor del castigo. Volvió el rey de Galicia a Salamanca en fin del mes de noviembre, y desde aquella ciudad se envió su audiencia real formada a Galicia, para que residiese en aquel reino y con la autoridad de los gobernadores y jueces que allí presidiesen y con rigurosa ejecución se administrase la justicia; y el arzobispo de Santiago les entregó su iglesia habiendo pasado por el estado del conde de Lemos y por todas las otras tierras de señores que hay hasta llegar a su arzobispado sin ser recibidos los oidores: tan duros y pertinaces estaban en tomar el freno y rendirse a las leyes que los reducían a la paz y justicia, que tan necesaria era en aquel reino, prevaleciendo en él las armas y sus bandos y contiendas ordinarias, de que se seguían muy graves y atroces delitos y insultos. En esto y en asentar otras cosas, se detuvieron algunos días el rey y la reina en la ciudad de Salamanca.* ZURITA Y CASTRO, J. (1610). *Anales del Reino de Aragón*. Zaragoza: Colegio de S. Vicente Ferrer.

[37]. *Don Fernando y doña Ysabel [...] acatando y considerando los muy altos y muy grandes y muy señalados servicios que aquellos de donde venides vos don Diego Hurtado de Mendoza, Marqués de Santillana...hicieron a los reyes de gloriosa memoria nuestros progenitores [...] vos fazemos duque de las vuestras villas de Alcocer, Salmeron e Valdeolivas, que se llaman del Infantadgo. E queremos e nos plaze que de aquí en adelante para en toda vuestra vida seades llamado e intitulado, vos llamedes e intituledes, duque del Infantadgo e después de vos aquel e aquellos que vuestra casa e mayoradgo heredasen para siempre jamás.* LÓPEZ DE HARO, A. (1622) *Nobiliario Genealógico*, I, 244 y ss.

[38]. SALAZAR Y ACHA, J. (2008). “La concesión de títulos nobiliarios” en *El Rey: historia de la monarquía*, vol. 2. J. A. Escudero López (coord.), 146-163. Barcelona: Grupo Planeta.

[39]. ORTEGA CERVIGÓN, J. I. (2010). “La reducción de juros de 1480 de los Reyes Católicos y la nobleza conculcense”, *La España Medieval*, 33, 131-140.

[40]. GALÍNDEZ CARVAJAL, citado por MARAVAL, J. A. (1961). “The origins of the Modern State”, *Cuadernos de Historia Mundial*, VI, 807

[41]. MONTERO TEJADA, R. M. y GARCÍA VERA, M. J. (1992). “La alta nobleza en la Cancillería real castellana del siglo XV” *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie III. Historia Medieval, t. V, 163-210

[42]. PULGAR, F. del (1971). *Claros Varones de España*. Zaragoza: Biblioteca Clásica Ebro, 67.



Beatriz JIMÉNEZ JIMÉNEZ

Universidad Católica de Ávila

beatriz.jimenez@uvcavila.es

La intervención de la monarquía en la gestión eclesial durante el siglo XV

1. INTRODUCCIÓN

Soy consciente del título de estas Jornadas Académicas: “Primera Jornada Académica sobre Isabel la Católica. Castilla a finales del siglo XV. El tiempo de la Reina”; pero entiendo que, en lo que se refiere a las relaciones Iglesia-Estado, no podemos entender la Castilla de los Reyes Católicos sin hablar de la labor llevada a cabo durante el siglo XV por sus antecesores. De aquí que mi conferencia y posterior publicación vaya a tratar sobre la casa Trastámara y los cimientos para la construcción del concepto de Estado que fueron estableciendo los diferentes reyes de esta casa y que se perpetuaron con los Reyes Católicos.

En líneas generales, el siglo XV constituye un periodo de esfuerzo, y hablo de esfuerzo, cuando quiero precisar los límites de la Iglesia frente a las aspiraciones de control de los monarcas castellanos. Para que este equilibrio se convirtiera en realidad, fue necesaria una labor diplomática que no se había conocido hasta la época^[1].

Una de las principales características del Medievo castellano es:

La imposibilidad de considerar lo político como un campo autónomo con significación propia de sí mismo. Por el contrario, constituye un aspecto bien definitorio

del Medievo la presencia de unas estrechísimas relaciones entre lo político y religioso, siendo resultado de él que lo eclesiástico no sea ajeno a lo político (Nieto Soria, 1991:137).

El período que vamos a abarcar coincide con una época muy difícil para la Iglesia, debido a lo que se ha denominado como el Cisma de Occidente, o lo que es lo mismo y simplificando el concepto lo máximo posible, la Iglesia dividida entre dos sedes: Aviñón y Roma. Los concordatos firmados, una vez finalizado el cisma, iban orientados a lograr dos objetivos: por un lado, recuperar el reconocimiento perdido y por otro, regenerar en muchos de los casos los valores primitivos de la Iglesia.

Ante esta situación, nos encontramos la postura de la monarquía, que se resume en un intento obsesivo de controlar lo más estrechamente posible todo lo relativo a la Iglesia. De hecho, es imposible hablar de política y monarquía como elementos autónomos e independientes a lo eclesiástico. Es de hecho, durante este siglo XV,

Cuando se desarrolla buena parte de esta negociación, dando como resultados más significativos la disminución de las reservas pontificias, las mayores atribuciones de la realeza en cuanto a beneficios eclesiásticos se refieren, o la cada vez más estrecha colaboración entre la justicia regia y la justicia eclesiástica. (Nieto Soria, 1991:140).

En estas relaciones Iglesia-Estado, jugó un papel muy importante la figura del confesor real. Con un protagonismo destacado dentro de la corte, a menudo este puesto excedía la función de guía espiritual para convertirse en un ministro más dentro del círculo de poder del monarca. Esto es más sorprendente todavía si analizamos que la mayoría de los confesores no pertenecían a las altas jerarquías eclesiásticas, sino que, en su gran mayoría, eran simples frailes, eso sí, con una probada valía y trayectoria.

Junto con esta figura, merece ser señalado el auge que sufrió la Capilla Real, no solo por el aumento del número de miembros que la componían, sino también por convertirse en el reflejo de la espiritualidad que los monarcas querían para la Iglesia en general[2].

Lo que es una realidad constatable es que el rey se convirtió en el protector de la Iglesia y a su vez, como no podía ser de otra manera, en beneficiario de ciertos privilegios. Todo esto alcanza una mayor relevancia si consideramos que una de las formas más habituales para compensar los favores prestados a la Corona era la promoción de los eclesiásticos hacia las más altas esferas[3].

Esta posición de determinados clérigos provocó en algunos momentos un auge de la monarquía y otorgó una cierta “aureola de legitimidad a aspectos concretos del ejercicio del poder regio” (Nieto Soria, 1991:152). En este sentido, era muy común que muchos de los acontecimientos políticos más destacables contaran, no solo con la presencia de las más altas jerarquías eclesiásticas sino con su efecto legitimador.

Es digno mencionar también la labor comenzada con los Trastámara para acabar con las encomiendas eclesiásticas y devolver así a los monasterios el control sobre sus propiedades. Podemos, incluso, considerar también esta independencia de los monasterios como un símbolo de la reforma clerical impulsada en muchos casos por los reyes y por muchos eclesiásticos, cansados del deterioro y empobrecimiento de las costumbres y normas de la Iglesia. Jerónimos, franciscanos, dominicos... emprendieron estas reformas y consolidaron en sus órdenes una espiritualidad observante y renovada.

Probablemente una de las cosas más llamativas de esta ponencia sea que dos esferas de poder con objetivos tan diferentes estuvieran tan condenadas a entenderse: la Iglesia con unas aspiraciones espirituales, para la que las cuestiones terrenales suponían un simple medio; y la monarquía, una institución con fines puramente materiales, palpables y tangibles.

El período comprendido entre la llegada del primer Trastámara y los Reyes Católicos representa la gran época de desarrollo en las negociaciones entre Iglesia y realeza y eso es justo

lo que vamos a ir desarrollando y analizando de manera sistemática en cada uno de los reyes implicados.

2. JUAN I (REG. 1379-1390)

Será nuestro punto de arranque y significará un antes y un después en las relaciones monarquía-Iglesia en Castilla.

Para poder entender a este rey, no podemos obviar la convulsa llegada al trono de la casa Trastámara: Enrique II, padre de Juan I, era hijo de Alfonso XI y su amante Leonor de Guzmán. Aunque Enrique fue reconocido, no era legítimo que heredara el trono, más aún si consideramos que asesinó al legítimo heredero, Pedro I. Debido a esta serie de acontecimientos, tanto Enrique II como Juan I llevaron a cabo una intensa labor política de legitimación, bajo la idea “de intentar legitimar los derechos propios ilegitimando los derechos del opositor” (Valdaliso, 2011: 210).

Su reinado supuso una auténtica renovación religiosa que podríamos explicar a través de tres grandes líneas:

- La marcadísima personalidad religiosa de Juan I[4]. En palabras del historiador Luis Suárez, “toda la documentación del reinado de Juan I está absolutamente penetrada de conceptos, principios morales e ideas políticas inseparables de una conciencia religiosa” (Suárez, 1987: 59-68).
- Su interés por moralizar la vida clerical y restaurar en la Iglesia una verdadera observancia.
- Un compromiso personal de asegurar la libertad e independencia a los monasterios y a la vez de regular el sistema benefical.

Estas tres características se explican mejor atendiendo a la propia situación interna de la Iglesia en esta época; una institución que vivía bajo un importante grado de deterioro, con malas praxis y costumbres poco edificantes: absentismo religioso,

corrupción, incultura o concubinato de los clérigos, prácticas muy arraigadas y extendidas dentro de la Iglesia.

En este sentido, y para llevar a cabo esta ingente labor, el rey contó con un equipo de religiosos que compartían sus mismas inquietudes y que manifestaron desde el primer momento una voluntad reformista y renovadora, en un intento constante de instaurar un estilo contemplativo en las órdenes religiosas[5].

Entre todos ellos cabe destacar a Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo desde 1377 hasta 1399. Fue el propulsor del sínodo de Alcalá de Henares en el año 1379, del cual resultaron unas constituciones para aplicarlas al clero de la diócesis de Toledo. El principal objetivo de estos textos eran los tribunales eclesiásticos. Formó parte del consejo del rey y jugó un papel muy decisivo a la muerte de Juan I, durante el reinado de Enrique III[6]. Parece ser que la influencia jerónima en esta normativa era muy notable debido a que muchos de sus más cercanos colaboradores pertenecían a dicha orden. Además, el propio arzobispo, favoreció diversas fundaciones jerónimas, como Corral-Rubio en 1383[7].

Destacable es también la labor de Juan García Manrique, arzobispo compostelano, promotor de un grupo franciscano de corte eremítico. A este prelado debemos la creación de una red de hospitales para peregrinos y la fundación del convento franciscano de Santa María a Nova[8].

No podemos obviar a Pedro de Luna[9] y su presidencia del concilio de Palencia de 1388, donde se promulgaron diferentes reglamentos sobre la forma de vida y comportamiento del clero castellano tratando temas tales como “la tonsura en los clérigos casados, la enajenación de bienes de la Iglesia por parte de algunos clérigos, su amancebamiento, el adulterio y una serie de normas para aplicar sobre los musulmanes y judíos que dificultaban la vida a los cristianos” (Zunzunegui, 1943:126).

Juan Serrano, último prior secular del monasterio de Guadalupe, forma parte también de este pequeño grupo de religiosos,

seguidores del deseo de reforma de la vida monástica manifestado por el rey Juan I. Don Juan deseaba crear espacios de espiritualidad verdadera; pero que contaran con la garantía de un sustento cotidiano para que la preocupación por cómo sobrevivir y de qué, no impidieran o dificultaran la concentración total en el culto divino y en los fines propios de los monjes. Por todo esto le comunicó al rey que sería muy conveniente convertir Guadalupe en un monasterio. Es en este momento cuando se les ofrece el monasterio a los jerónimos los cuales se resistieron a aceptar, pues eran conocedores de que se trataba de un monasterio muy conocido; pero sobre todo muy concurrido y que allí sería muy difícil encontrar, no solamente su verdadera vocación, sino también esa ansiada soledad, recogimiento, silencio y sosiego para la meditación. Parece ser que después de la intervención del rey, finalmente los jerónimos aceptaron[10]. Esta no fue la única intervención destacable ya que contribuyó en diversas fundaciones más como por ejemplo la de Santa Catalina de Talavera[11].

Otro eclesiástico destacado por su labor en la reforma fue Gutierre de Toledo. Desde su nombramiento como obispo de Oviedo en 1377, comenzó una incesante labor de reforma dentro del clero asturiano, materializada en el libro de sus constituciones. Dicha obra recoge hasta seis modelos de reforma para los monasterios asturianos y hace alusión a prácticas tales como dormir en el dormitorio del monasterio, vestir el hábito apropiado y prohibir los vestidos lujosos, guardar silencio, comer en el refectorio o guardar la castidad. Promulgó otros reglamentos; pero todos compartían el mismo fin: acabar con el estado de relajación al que había llegado el clero a finales del siglo XIV. Otra labor importante de este prelado fue la de devolver las funciones básicas al obispado, con el fin de que el obispo recuperase un poder que en esa época se encontraba disperso entre muchos de sus colaboradores[12].

Podríamos hablar de muchos otros como Álvaro de Isorna, obispo de León, o el confesor real fray Fernando de Illescas, al cual se debió la transformación del monasterio femenino de Santa Clara de Tordesillas, símbolo de la renovación religiosa castellana[13].

En este sentido el rey era conocedor de la simpatía que algunas órdenes religiosas sentían hacia su tío Pedro I, por eso intentó ganarse a través de diversos favores a muchas de ellas. Claro ejemplo de esto es la relación que mantuvo con los jerónimos de Guisando, en El Tiemblo, en la provincia de Ávila. Por ejemplo, el rey concedió a esta devota congregación el privilegio de que 3.000 reses lanares de su cabaña pudieran pastar por todo el reino. Además, les eximió del pago de diezmos en varias ocasiones[14].

Dentro de este movimiento reformista, merece un lugar especial lo acontecido a partir de las cortes de Soria de 1380. Uno de los temas que más preocupaba al rey eran las encomiendas monásticas por parte de los nobles castellanos. Aprovechando la inseguridad reinante en Castilla, muchos nobles ejercían su poder en los señoríos monásticos y cometían por la fuerza innumerables abusos y trataban por apropiarse de las rentas de los monasterios para finalmente acabar haciéndose con el control total del mismo[15]. Juan I no solo tenía que enfrentarse a la nobleza, con lo que esto significaba para un rey en la época medieval, sino que además tenía que romper la línea proteccionista que su padre, Enrique II, había mantenido durante todo su reinado.

Bajo la atenta mirada de la sociedad en general, el rey falló a favor de los monasterios, aboliendo las encomiendas señoriales. A pesar del dictamen, esta forma de actuar continuó prácticamente sin variaciones hasta la llegada de los Reyes Católicos. Pero merece ser señalado el respaldo moral que este fallo dio a los monasterios, los cuales se vieron capaces de enfrentarse y, a

la vez, reclamar sus derechos frente a los abusos que los nobles, en muchas ocasiones, seguían cometiendo[16].

No podemos depreciar el deseo imperante en la mentalidad de la época de asegurarse la oración una vez dejaran este mundo. En este sentido, es probable que la aspiración del monarca de llevar a cabo esta reforma religiosa respondiera también a este deseo: garantizarse una serie de enclaves religiosos que velasen por su memoria y por la de sus familiares.

Si tenemos que materializar la labor de este rey, en cuanto a materia religiosa se refiere, utilizaríamos cuatro órdenes religiosos como ejemplo.

Los benedictinos y la fundación de San Benito de Valladolid es un buen ejemplo de patronazgo regio y de reforma religiosa. En palabras del propio rey, su voluntad era fundar un monasterio de “monjes prietos, y a la manera y forma del encerramiento de las monjas de los monasterios de santa Clara”; es decir, de estrecha observancia, sometidos a clausura y practicando una austera vida religiosa[17].

Para ello, el rey cedió el alcázar viejo de Valladolid y allí se formó una pequeña comunidad de 18 monjes venidos de comunidades de toda Castilla. En el año 1389, el papa Clemente VII expidió la bula que autorizaba la creación de una nueva comunidad benedictina y un año después, en 1390, el rey expidió el privilegio de fundación y dotación. Pero la repentina muerte del monarca, pocos días después de la fundación del templo, dejaron a la comunidad en una situación ciertamente comprometida, ya que la documentación fundacional emitida por el rey carecía de su sello. Fue durante el reinado de Enrique III, hijo de Juan I, cuando firmó la confirmación, no sin resistencias por parte de la jerarquía eclesiástica cercana al monarca, la cual no se mostró especialmente afín a la causa benedictina en Valladolid[18].

La segunda orden que ejemplifica esta reforma es la franciscana. Dicha institución, que había logrado establecerse y evolu-

cionar a mediados del siglo XIII y ganar un gran prestigio durante el siglo XIV, consiguió en tiempos de Juan I un auge muy importante al convertirse el rey en patrono de dicha orden y nombrar confesor real a uno de sus miembros más ilustres, fray Fernando de Illescas[19].

Respecto a los jerónimos, cuando Juan I accede a su gobierno, ya habían sido fundados tres monasterios: San Bartolomé de Lupiana, en Guadalajara; Santa María de Sisle, en Toledo; y San Jerónimo de Guisando, en Ávila. Consta la documentación de las donaciones y privilegios que el rey hizo a estos monasterios. Podemos poner como ejemplo la ayuda que prestó el rey al monasterio abulense cuando los eremitas de Guisando intentaron comprar a doña Jimena Blázquez un terreno que “lindando con dicha parte del monte, poseía otra de igual extensión superficial, que la había heredado de un hermano suyo y que ella la vendió al nuevo monasterio por otros 6.000 maravedís” (Cuartero y Huerta, 1952: 96).

En este momento, los vecinos de la villa de San Martín de Valdeiglesias dificultaron la venta, ofreciendo 2.000 maravedís más que los monjes. Ante esta situación y sin saber qué hacer, los religiosos acudieron al rey Juan I, suplicándole que no permitiese a dichos vecinos que pujasen. Así lo hizo el rey y los vecinos no tuvieron más remedio que desistir de la puja y de la compra, porque sin la licencia del rey no podían adquirirlo.

Pero la intervención más importante de Juan I, en cuanto a esta orden se refiere, fue la entrega de la iglesia de Guadalupe, historia tratada ya en este capítulo al hablar de Juan Serrano. Debemos añadir que el rey concedió numerosos privilegios como introducir en el monasterio vino de sus viñedos, o un juro de heredad[20] de 5.000 maravedís anuales sobre las tercias reales de Sigüenza. Hay constancia de que el rey realizó dos viajes a Guadalupe, uno cuando regresaba de una visita a sus tropas en 1382 y otro cuando se dirigía a Portugal a conocer a su futura esposa, la infanta Beatriz[21]. No hay que olvidar que

esta promoción de Guadalupe supuso una de las razones para que se convirtiera en el epicentro de la vida jerónima.

La última orden que vamos a analizar como ejemplo es la de los cartujos. La aspiración de Juan I era establecer en Castilla esta orden, que en esta época se hallaba ya muy extendida en los reinos peninsulares orientales. El 8 de octubre de 1380, por una bula de Clemente VII, el rey quedaba autorizado a fundar tres monasterios cartujos en Castilla. El primer monasterio, y único fundado en vida del rey, fue Santa María del Paular, encargado a Juan Serrano. Justo es señalar que esta fundación contó con el inestimable apoyo de la nobleza castellana, que con sus valiosas contribuciones consolidaron la fundación cartuja[22].

Una vez hecho este repaso sobre las relaciones Iglesia-Estado durante el reinado de Juan I, nos asaltan dudas sobre los verdaderos motivos que llevaron al rey a emprender esta reforma religiosa: ¿Un ansia de centralización de poderes en la figura del rey?, ¿los conflictos internos y externos en los que se vio implicada Castilla, los cuales, eran más fáciles de sobrellevar con el clero de su lado?, ¿o una verdadera espiritualidad y ansia de reforma?

Sea cual fuere el motivo, la realidad es que la renovación emprendida por Juan I supuso el principio de la acción reformadora, no solo en la estructura interna de la Iglesia sino en las relaciones de la Iglesia con la monarquía en particular y con el Estado en general.

3. ENRIQUE III (REG. 1390-1406)

Conocido popularmente como “el Doliente”, poco podemos aportar en lo que a las relaciones Iglesia-Estado se refiere. Gran parte de su reinado se vio afectado por las constantes quejas y protestas de los procuradores de las ciudades, la mayoría de ellas sustentadas por el excesivo número de extranjeros que eran investidos para ocupar los principales cargos eclesiásticos. Esto supuso el constante enfrentamiento con el pontífice Cle-

mente VII, el cual protestó airadamente por lo que él consideraba una intromisión constante del rey en los asuntos eclesiásticos. Este conflicto se mantuvo incluso después de la muerte de Clemente VII.

También se mantuvo firme ante el pontificado en cuestiones importantes, como fue el caso de la elección para la sede arzobispal toledana de Pedro de Luna; pero, a diferencia de su padre y de sus sucesores, sus relaciones con la curia no fueron el aspecto más reseñable de su reinado[23].

4. JUAN II (REG. 1406-1454)

A pesar de los continuos conflictos que asolaban su reino, Juan II mantuvo una especial atención a lo que a las relaciones con la Iglesia se refiere. Como ya hemos comentado en sus antecesores, Juan II también tenía un especial interés en ejercer su influencia en el seno de la Iglesia y así se demuestra en la abundante documentación que refleja la continua comunicación existente entre el monarca y el pontífice, y con la jerarquía eclesiástica, en general.

Al igual que al tratar a Juan I, es importante conocer los antecedentes históricos relativos a su llegada al trono. Conocedor de la situación en la que se encontraba la corte (ambiciones desmedidas, conspiraciones, incesantes luchas de poder...), Enrique III da órdenes concretas respecto a su sucesión. La regencia es asumida por su madre, Catalina de Lancaster y su tío Fernando[24], el cual es nombrado en 1412 rey de Aragón tras su victoria ante los musulmanes en Antequera. Esta ocasión, además de la fractura existente en el reino, fue aprovechada por el nuevo rey de Aragón para ir situando sibilinamente a sus hijos dentro de la nobleza castellana. Debido a las continuas desavenencias entre la reina Catalina y Fernando, se decide dividir Castilla en dos partes con sus dos gobiernos correspondientes. Al fallecer el rey, el peso del gobierno recae sobre la reina Catalina, quien gobernará con el apoyo de personalidades como Sancho de Rojas. Poco después sobreviene la muerte de

la reina, por lo que en 1419 Juan II es nombrado mayor de edad, con 14 años[25].

Tampoco podemos dejar de lado que, en tiempos de Juan II, tanto en los años de regencia de su madre como en los de reinado, se viven los momentos más álgidos del Cisma de Occidente. En sus primeros años, el rey se rodea de las mismas personas que anteriormente habían estado al lado de su madre y es ahora cuando la labor diplomática vive su mayor auge. Todos los movimientos del rey iban dirigidos a la consecución del mayor número de beneficios posibles que de una u otra forma perpetuaran su poder.

El propio rey forzó a los cabildos de Castilla a reconocer a Martín V como legítimo papa. Hay constancia de la influencia que ejercieron los embajadores castellanos en los diferentes concilios celebrados para solventar el cisma[26]. Tanto en Constanza como en Pavía-Siena y Basilea, la idea era clara: reforzar la política papal en la figura de Martín V y conseguir para la monarquía castellana, y por ende para el propio rey, la mayor cantidad de concesiones eclesiásticas posibles[27]. De igual manera y con especial relevancia, durante el concilio de Siena, se pretende conseguir para Castilla la mayor libertad de movimientos posibles, de manera que por encima de todos los ideales de los concilios, estaba la idea de mantener y reforzar la dignidad castellana[28].

A nivel económico, el reinado de los Trastámara, en líneas generales, supuso un cambio en cuanto a que la monarquía, institución que acostumbraba a hacer donaciones a la Iglesia sin ningún tipo de regulación, se convirtió en una de las principales benefactoras a través de la entrega de cantidades concretas en forma de rentas regias anuales[29]. Además, a partir del reinado de Juan II, la monarquía pasa de contribuir a las necesidades económicas de la Iglesia, a recibir de forma legítima rentas eclesiásticas.

El clero secular sería beneficiario de la generosidad regia, pero no en la medida en que lo fueron los altos cargos eclesiásticos simpatizantes y colaboradores del rey. Puede servir como ejemplo del beneficio obtenido por Lope de Mendoza, arzobispo de Santiago, quien recibió 15.000 maravedís de juro de heredad en 1432 y otro de la misma cantidad en 1433[30].

Merecen especial atención los beneficios económicos obtenidos por la Iglesia como, por ejemplo, los recibidos gracias a la aceptación del traslado de juros de heredad sobre rentas regias a la Iglesia. Esto se realizaba de la siguiente manera: una persona que solicitaba al rey poder trasladar el dinero que tenía situado por privilegios regios en las rentas reales a una institución eclesiástica, debía ser aceptado por el rey, puesto que eran rentas regias y privilegios otorgados por la Corona con la condición de no enajenarlos. De esta manera, se evitaba la enajenación de las rentas y que estas pasaran a alguien que no fuera de su agrado; pero a su vez, el hecho de necesitar su consentimiento significaba un favor que el rey concedía, dándole una posición de magnanimidad muy interesante. De la mayoría de ellas resultan beneficiarios miembros de la familia real y miembros del círculo cercano al monarca, en particular los referidos a los trasposos de rentas de monasterios, cabildos catedralicios y hospitales.

Durante su reinado, Juan II puede, por tanto, presumir de su generosidad con todo lo eclesiástico, por todo lo dicho anteriormente y por las continuas donaciones de tierras para ampliar y extender sus propiedades, concesiones ganaderas, beneficios que facilitaban las construcciones religiosas, etcétera[31].

Merece ser señalado también que debido a las buenas relaciones Iglesia-Corona, Juan II pudo conservar, confirmar e incluso aumentar algunas de las prerrogativas existentes en determinados monasterios y cabildos. Esto se hace especialmente relevante en aquellos monasterios o enclaves afines al rey y, a su vez, ejemplos de una observancia y ascetismo pronunciado.

Buen ejemplo de esto es la donación que el rey hizo al monasterio jerónimo de Santa María de la Armedilla, el 25 de febrero de 1453, de cincuenta cargas de trigo más 3.000 maravedís de juro de heredad situados en las alcabalas de Valladolid y que ha llegado hasta nosotros por la anotación que el rey hizo en sus libros de registros[32].

La bidireccionalidad de los intereses económicos es la tónica general durante el reinado de todos los Trastámara, pero con Juan II, probablemente debido a la inestabilidad política, la Iglesia necesita la confirmación de todos los privilegios concedidos.

En cuanto a nombramientos se refiere, la voluntad del rey fue nombrar a eclesiásticos de muy diferente linaje, para formar parte de su círculo más cercano, atrayéndose así el favor de la Iglesia y dotando su reinado y sus decisiones de una cierta legitimidad. Esto muchas veces implicaba que los cargos eclesiásticos compatibilizaban sus puestos dentro de la Iglesia con los diferentes cargos en el gobierno real. Podría servirnos como ejemplo, nuevamente, el caso de Lope de Mendoza como capellán mayor del rey y como arzobispo compostelano.

El Consejo Real, órgano de gobierno y centro del poder monárquico, estuvo compuesto durante todo el reinado de Juan II por un número importante de eclesiásticos de la más alta jerarquía[33]. De igual manera, también estuvieron presentes en la Audiencia Real, órgano reformado por el propio rey y en el que se preocupó mucho, sobre todo al final de su reinado, por dotarlo de personal suficientemente preparado.

Buen ejemplo de esto es la composición de la Capilla Real en tiempos de este rey, que, a pesar de ser un órgano estrictamente religioso, se convirtió en una auténtica cantera de servidores regios. Curiosamente a pesar de su carácter espiritual, tanto su organización como su funcionamiento dependían únicamente de la monarquía, así como los nombramientos y remuneración de los cargos. Esto supuso una fuente de conflictos permanen-

tes por la nula influencia que la Iglesia podía ejercer sobre ella[34].

Es indiscutible que, en cuanto a la Iglesia castellana se refiere, destaque el nombramiento en los principales puestos eclesiásticos de los propios colaboradores regios, con el fin de evitar también la injerencia de miembros en la curia que no fueran castellanos. Pedro de Castilla o Sancho de Rojas fueron algunos de los más destacados y sobre los que historiográficamente siempre recaerá la sospecha de la ambición personal frente a los intereses de las instituciones que gobernaban.

Otros miembros de la Iglesia como Álvaro Núñez de Isorna, desde puestos de menor relevancia, ejercieron un gran apoyo al rey y demostraron una incondicional lealtad en momentos tan importantes como la crisis con su condestable Álvaro de Luna. Estos miembros de menor jerarquía ocuparon pocos puestos en el Consejo y en la Audiencia; pero irrumpieron en ministerios tan interesantes como las representaciones regias en el exterior[35].

Toda la documentación de la época está salpicada de textos que demuestran la intensa colaboración mantenida entre Iglesia y corona y manifiestan cómo las labores puramente eclesiásticas se veían continuamente desdibujadas por el marcado carácter político adquirido por los eclesiásticos de alto rango. Sirva como ejemplo la actitud que se desprende de las palabras pronunciadas por el propio obispo Barrientos en el año 1450, cuando acompañó al rey a Toledo después de que se sofocara una revuelta instigada por el repostero mayor, Pero Sarmiento:

Vos Pero Sarmiento, heçistes gran aleve e desobediencia al rrey vuestro señor habiendo fiado de vos esta su çibdad de Toledo y gela habéis tenido tomada (...). Todas estas cosas son notorias a Dios, e las sabe bien el rrey y el príncipe e todos los de su Consejo, e aún más vos digo, que con vuestra iniqua lengua habéis mucho deshonrado a la magestad rreal, saliendo con mano armada contra vuestro rrey y señor, quitándole el título de rrey (...). Pero Sarmiento, a mi parece, e vos doy por consejo, que prestamente vos vayáis desta çibdad que esto es lo que cumple a vos, que si no fuese por el seguro que el príncipe vos a dado, según las cosas abominables, feas y malas habéis hecho en

esta ciudad, vuestra persona estaría en gran peligro. (Galíndez de Carvajal, 1779: 547).

No hay que olvidar que muchos de estos miembros eran auténticos reformadores dentro de sus órdenes y que la ayuda al rey era bidireccional: el rey conseguía esa reforma que tanto ansiaba dentro del clero castellano y los reformadores el beneplácito y permiso de la monarquía para llevarla a cabo.

Es interesante percibir cómo la historiografía trata la Iglesia en tiempos de Juan II. Se descubre como un instrumento de propaganda de la monarquía. Aquí se podrían anotar las procesiones del clero vallisoletano con motivo del nacimiento del heredero, las procesiones de los monjes de Guadalupe para recibir al rey o las cortes celebradas en Ávila en 1420 dentro de la propia catedral. Es probable que esto se debiera en gran parte a un intento por parte de la monarquía de disimular los graves conflictos políticos que asolaban Castilla.

En este mismo sentido, merece ser señalado también que, al igual que era importante la presencia de eclesiásticos, no lo era menos el uso de símbolos religiosos y recursos ornamentales que dotaban al monarca de un carácter magnífico ciertamente reseñable[36].

Podríamos decir que, en los años de reinado de Juan II, las relaciones entre monarquía e Iglesia continuaban cimentando las bases que se consolidarían con la reina Isabel. Esto tiene mucha más relevancia si prestamos atención al continuo conflicto político que vivió Castilla durante todo su reinado y que, lejos de distanciar a ambas instituciones, hizo que se reforzaran los lazos existentes y los intereses que ambos estamentos tenían en estar presentes en sus respectivos ámbitos de influencia.

Probablemente podríamos establecer el reinado de Juan II como el momento más evidente en el que la institución monárquica comenzó a gozar de una notable capacidad de influencia sobre la Iglesia que, a su vez, veía respetada su posición de privilegio. Constituye también este reinado el momento más álgido

do de las ambiciones personales y el ansia de poder que en numerosas ocasiones primaron frente a los intereses de Castilla y de la Iglesia.

5. ENRIQUE IV (REG. 1454-1474)

Este rey, hermano de Isabel la Católica, es especialmente difícil de estudiar por la falta de objetividad que presentan el gran número de fuentes existentes. Frente a esto, merece ser señalado el hecho de que su reinado es uno de los que cuenta con un mayor número de crónicas relativas a las relaciones monarquía-pontificado, ya que prácticamente no hay un año, en los veinte que dura como titular de la Corona castellana, en el que no hubiera algún acontecimiento reseñable o que merezca la pena destacar^[37].

Enrique IV, probablemente, se viera arrastrado por la inercia de sus antecesores y debido a esto decidiera continuar con la tendencia de afianzar sus relaciones con el papado. Tampoco podemos olvidar la posición política, débil e inestable, de un rey asolado por los continuos conflictos políticos, necesitado por tanto de sustentos fuertes y legítimos. A estas dos causas, podemos sumar la innegable acción de los embajadores y legados o nuncios, que gracias a sus habilidades negociadoras acercaron, la mayor parte de las veces, a los dos poderes. Y, por último, no podemos obviar la política internacional: el conflicto permanente entre la corona italiana y el papado, las continuas injerencias del reino de Francia en estas relaciones, el papel de la Corona aragonesa, las cruzadas, etcétera.

En cuanto a las relaciones beneficios se refiere, el rey, exactamente igual que lo hizo Juan II, intentó favorecer la promoción del mayor número de clérigos posibles que fueran cercanos a él. Esto tenía una doble intencionalidad: por un lado, el rey, al igual que todos los Trastámara, se preocupaba mucho por el elevado número de nombramientos extranjeros que había. Por otro lado, su comprometida situación interna exigía continuamente el apoyo de la jerarquía eclesiástica y, para ello,

qué mejor que tener a gente de su más estricto círculo, ocupando puestos relevantes. Respecto a esto hay numerosa documentación como la que podemos encontrar en la *Crónica Castellana* que atestigua la voluntad de los diferentes pontífices de favorecer todo lo posible para que el rey potenciase a aquellos clérigos que desease promocionar[38].

Hay que destacar también que Enrique IV obtuvo del papa plenos derechos en maestrazgos tan destacados como Santiago y Alcántara, lo que le permitió disponer de importantes beneficios y cargos.

Un tema candente durante el reinado de Juan II era el problema de los falsos conversos y la existencia de herejías en Castilla. Franciscanos y jerónimos[39] encabezaron esta preocupación y posteriormente se erigieron en los promotores de lo que se denominó inquisiciones episcopales, o lo que es lo mismo, tribunales encargados del asunto judeoconverso[40]. Esto necesitaba la autorización del pontífice, pues significaba crear una nueva instancia jurisdiccional que tratara sobre asuntos religiosos pero que, a la vez, velaba por los intereses reales, ya que a fin de cuentas quien decidía los nombres de los inquisidores era el rey. Otra incoherencia era que los tribunales iban a estar compuestos por religiosos, pero las leyes allí aplicadas eran las del derecho común. La bula que proyectó Pío II para este asunto se planteaba en términos muy distintos a los que el rey solicitaba y ajustaba mucho los límites en temas tan importantes como el nombramiento de prelados o que la legislación aplicada en esos tribunales fuera puramente eclesiástica. El resultado fue que la bula nunca llegó a aplicarse, principalmente porque el control de estos tribunales no quedaba asegurado para nadie[41].

En esta misma línea, la caída de Constantinopla en manos turcas en 1453 hizo que, desde Roma, se planteara el concepto de cruzada como objetivo prioritario. El rey, muy hábil, supo utilizar este concepto en su interés: a Castilla y a su rey, los tur-

cos le quedaban algo más lejos que los musulmanes del reino de Granada y utilizó el espíritu de reavivar la cruzada para sus propios fines. Los pontífices entendieron que la lucha contra el islam podía resultar igual de ejemplificante y por esto se mostraron a favor. Este apoyo se materializó en la bula de 1455 y en su posterior ampliación, en la que, desde Roma, fueron singularmente generosos[42].

Pero la realidad fue muy distinta de lo que el papa Calixto III esperaba ya que, cuatro años después de que el rey consiguiera la bula, de los aproximadamente cien millones de maravedís, solo una mínima parte se había invertido en la guerra contra Granada, habiéndose gastado la mayoría de ello en gratificaciones para premiar lealtades[43]. El reinado de Enrique IV continúa y la inestabilidad política que asola a Castilla hace que el tema de las cruzadas pase a un plano secundario, además de que en tiempos de Sixto IV, la Iglesia ya no estaba dispuesta a sufragar luchas que no fueran contra los turcos.

Pero el momento más decisivo sin duda y el de más intensidad en las relaciones, llega con el conflicto sucesorio. De ambos lados se consideró crucial la influencia y apoyo del pontificado. Las crónicas del momento narran la desesperada posición de ambos aspirantes, la cual se hace patente en las continuas referencias religiosas incluidas en las misivas: “cosa sacrílega”, “ofensa de Dios e vuestra Santidad”[44].

El punto de arranque en este conflicto es cuando Enrique IV quiere promocionar el maestrazgo de Beltrán de la Cueva en oposición de nobles y prelados, que se muestran favorables al infante Alfonso. Tras la Farsa de Ávila de 1465, ambos bandos piden su apoyo a Roma. Como ejemplo sirva la misiva de los sublevados, partidarios de don Alfonso al pontífice:

Los grandes del reyno que en Avila estaban con el príncipe don Alonso determinaron de deponer al rey don Enrrique de la corona e çetro real, e para lo poner en obra eran diversas opiniones, porque algunos dezían que devía ser llamado e se devía hazer proceso contra él; otros dezían que debía ser acusado antel Santo Padre de heregía e de otros graves crímenes e delitos, que se podrían ligeramente contra él provar. La segun-

da opinión fue reprobada por los que conoçían las costumbres de los romanos pontífices, cerca de los quales valen mucho el gran poder e las dádivas de quien quiera que darlas pudiese, e temían que si el caso se difiriese, el poder del rey don Enrrique se acreçentaría, por el gran tesoro que tenía. (Valera: 97)

En un momento de intensa actividad diplomática, Paulo II, decide enviar a Lianoro de Lianoris, como nuncio a Castilla. Su papel fue un claro reflejo de neutralidad entre ambos bandos, ya que su labor principal era la de rescatar a tres prelados que habían sido hechos prisioneros, acusados de pertenecer a uno u otro bando.

Vista la complejidad que iba adquiriendo el conflicto, se decide enviar a alguien, con facultades específicas. Para esto llega a Castilla Jacobo Veneris, cuya misión principal, era la de restaurar la paz gracias a una atribución de poderes hasta ahora nunca concentrados en un legado[45] como, por ejemplo, utilizar los beneficios eclesiásticos como elemento de transacción.

La postura de Veneris, era clara: consideraba la actitud del infante como exorbitante, pero frente a este posicionamiento pedía aplicar clemencia y perdón. En la corte del rey, cabía la esperanza de que el legado y, por ende, el pontífice, se posicionaran de manera definitiva con el rey utilizando todos los instrumentos que la Iglesia tuviese en sus manos. Su mediación no fue suficiente y así lo muestra la documentación existente de la reunión mantenida en el monasterio de Santa María de la Mejorada, en Valladolid en 1467.

En contraposición, merece ser señalado cómo tras la muerte del infante en julio de 1468, su intervención en los Pactos de Guisando resultó decisoria y dotó al acuerdo de legitimidad y legalidad, puesto que los que habían jurado lealtad a don Alfonso solo podían ser absueltos del perjurio por el papa y por tanto de su representante Veneris[46].

El compromiso pontificio firmado en Guisando debía garantizar la obediencia a Enrique IV; pero, a su vez, salvaguardar los derechos dinásticos de Isabel I. Probablemente, fruto de la confianza que el papa le había mostrado al rey en Guisando, Enri-

que IV decide volver a reivindicar los derechos de su hija Juana al trono, frente a los de su hermana Isabel.

La muerte de Paulo II en el año 1470 dejó paralizadas las pretensiones de ambos bandos, y ni la sucesión de la hija del rey ni la validez del matrimonio de Isabel y Fernando tuvieron una solución inmediata. Sixto IV es nombrado papa y Rodrigo Borja llega a Castilla como legado, creando una gran expectativa sobre quién se ganaría el apoyo de Roma^[47].

Parece ser que la entrevista que mantuvo el legado con Isabel y Fernando en Alcalá de Henares y el apoyo que Enrique dio al rey de Francia y Portugal para actuar en contra del papa, fueron detonantes suficientes, aunque no efectivos por la prematura muerte de Enrique IV y el inevitable ascenso al trono de Isabel la Católica.

6. CONCLUSIONES

Sirvan estas palabras del doctor Villaroel para finalizar este breve análisis sobre las relaciones entre monarquía e Iglesia:

Desde el reinado de Enrique II hasta el advenimiento de los Reyes Católicos, se produjeron una serie de cambios fundamentales, casi revolucionarios, que modificaron la forma en la que se desarrollaron diplomáticas. A modo de conclusión, podemos decir que la configuración de Estado en Castilla durante la Edad Media, no se puede explicar sin tratar las relaciones diplomáticas y políticas entre ambos poderes, y que fueron la base sobre las que se edificaron las de la época moderna (Villaroel, 2009: 367).

Todos los reyes de la casa Trastámara representan una línea de evolución ascendente que va desde Juan I hasta los Reyes Católicos; una línea, además, marcada por la premisa de que cada uno de sus miembros sabía, que la intensidad de sus relaciones con el pontificado y la Iglesia en general, marcarían gran parte de su devenir político y de la propia configuración de su poder soberano.

Una autoridad regia cada vez menos discutida y personalista, las esferas de influencia de la Iglesia-Estado cada vez menos definidas o una ideología política armada con innumerables elementos religiosos que revestían cada decisión de un aura de legitimidad, constituyeron factores decisivos en el estableci-

miento del poder monárquico de la época. Desde un punto de vista político, la influencia de la Iglesia habría favorecido la construcción de un sistema autoritario capaz de aglutinar cada vez más funciones, a la vez que dotar a los monarcas de unas cotas de sacralidad impensables en otras épocas.

Sobre Isabel I, protagonista de estas intervenciones, no seré yo quien hoy profundice sobre la figura de la Reina, habiendo plumas tan autorizadas y voces tan cualificadas en la materia. Pero sí les emplazo a futuras oportunidades o jornadas y a sus respectivas publicaciones, para poder trasladarles mi opinión y mis humildes conocimientos sobre el tema, porque además deseo y confío en que será la materia central sobre la que versarán las charlas y la publicación del año que viene.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CAÑAS GALVEZ, F. de P. (2011). “La casa de Juan I de Castilla: aspectos domésticos y ámbitos privados de la realeza castellana a finales del siglo XIV (ca. 1370-1390)”. En *la España Medieval* 34, 133-180.

CAÑAS GÁLVEZ, F. de P. (2012). “Devoción mariana y poder regio: las visitas reales al monasterio de Guadalupe durante los siglos XIV y XV (ca. 1331-1472)”. *Hispania Sacra* 64, 427-447.

COLOMBÁS GARCÍA, M. (1963). *El libro de los bienhechores de San Benito de Valladolid*. Montserrat: Abadía de Montserrat.

FERNÁNDEZ CONDE, F. J. (1978). *Gutierre de Toledo, obispo de Oviedo (1377-89). Reforma Eclesiástica en la Asturias bajomedieval*. Oviedo: Universidad de Oviedo.

FERNÁNDEZ SUÁREZ, L. (1985). *Los Trastámara y los Reyes Católicos*. Madrid: Gredos.

FUENTE, V. de la. (1873-1875). *Historia Eclesiástica de España*, vol. IV. Madrid: Compañía de Impresores y Libreros del Reino.

GARCÍA ORO, J. (1980). “Conventualismo y observancia”. En *Historia de la Iglesia en España*, tomo III-1. *La Iglesia en la España de los siglos XV y XVI*, R. García Villoslada (dir.), 211-349. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

GARCÍA ORO, J. (1987). *Galicia en los siglos XIV y XV. Galicia Señorial. El señorío, la Iglesia y la Corona*. A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, conde de Fenosa.

GARCÍA ORO, J. (2002). *Cisneros: el cardenal de España*. Barcelona: Ariel.

GOÑI GAZTAMBIDE, J. (1980). "Presencia de España en los concilios generales del siglo XV". En *Historia de la Iglesia en España*, tomo III-1. *La Iglesia en la España de los siglos XV y XVI*, R. García Villoslada (dir.), 25-114. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

LÓPEZ DE AYALA, P. (1779). *Crónica de los reyes de Castilla. Don Pedro, don Enrique II, don Juan I, don Enrique III*, vol. 2. Madrid: Órbigo.

MONSALVO ANTÓN, J. M. (1986). "Poder político y aparatos del estado en la Castilla bajomedieval. Consideraciones sobre su problemática". *Studia Historica. Historia Medieval* 4, 101-169.

MONTES ROMERO-CAMACHO, I. (1998). "La polémica del testamento de Juan I y sus implicaciones sevillanas". *Instituciones. Historia. Documentos* 25, 435-472.

OLIVERA SERRANO, C. (2013). "Devociones regias y proyectos políticos: los comienzos del monasterio de San Benito el Real de Valladolid (1390-1430)". *Anuario de estudios medievales* 43, 799-832.

REGLERO DE LA FUENTE, C. M. (2010). "Un género historiográfico: el estudio de dominios monásticos en la Corona de Castilla". En: *Monasterios, espacio y sociedad en la España cristiana medieval*, J. I. Iglesia Duarte J. I. (coord.), 33-75. Nájera: Instituto de Estudios Riojanos.

REVUELTA SOMALO, J. M. (1982). *Los jerónimos. Una orden religiosa nacida en Guadalajara*. Guadalajara: Institución Provincial de Cultura Marqués de Santillana.

ROJO ALIQUE, F. J. (2007). "Reforma religiosa, sociedad y política en la Baja Edad Media: el ejemplo de San Francisco de Palencia en el siglo XV". *Hispania Sacra* 59, 470-471.

SANTO DÍEZ, J.L. (1961). *La encomienda monástica en la Corona de Castilla. Siglos X-XV*. Madrid-Roma: Consejo Superior de Investigaciones científicas.

SIGÜENZA, J. de (1907). *Historia de la Orden de San Jerónimo*. Madrid: Nueva Biblioteca de Autores Españoles.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (1960). *Castilla, el Cisma y la crisis conciliar*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones científicas.

TORRES FONTES, J. (2006) *Documentos de la minoría de Juan II: La política exterior en la regencia de don Fernando de Antequera*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

VALDEÓN BARUQUE, J. (1999). “La corte en Castilla en la época Trastámara”. *Aragón en la Edad Media* 14-15, 1597-1608.

VALDEÓN BARUQUE, J. (2006). *La dinastía de los Trastámara*. Madrid: Fundación Iberdrola.

VVAA. (1981). *Historia General de España y América. Los Trastámara y la Unidad Española (1369-1517)*, tomo V. Madrid: Ediciones Rialp.

[1]. VALDEÓN BARUQUE, J. (2006). *La Dinastía de los Trastámara*. Madrid: Fundación Iberdrola.

[2]. Crónica de Enrique IV, cap. XXIII: “Traía señalados varones en su capilla, así capellanes de grande abtoridad, como cantores de dulçes voçes, que de continuo le desçían sus oras cantadas. Estos eran en tanta cantidad, que ningún emperador por monarcha que fuese, podría traer más abtorizada capilla: con que sin duda resplandecía la grandeza de su real estado. Verdad es, que por la mayor parte, unos eran generosos e otros letrados de grande merescimiento; e como fueren tales, de continuo los sublimaba, a unos para obispos, y a otros en grandes dignidades e rentas; por manera que se animaban a le haçer agradables servicios sin enojo. E no solamente aquesto, mas siempre les mandaba haçer merçedes e socorros para sus gastos; de guisa que con aquestos vivían tan ricos como la renta que la Iglesia les daba”.

[3]. MONSALVO ANTÓN, J. M. (1986). “Poder político y aparatos del Estado en la Castilla bajomedieval. Consideraciones sobre su problemática”. *Studia Historica. Historia Medieval* 4, 101-167.

[4]. CAÑAS GALVEZ, F. de P. (2011). “La Casa de Juan I de Castilla: aspectos domésticos y ámbitos privados de la realeza castellana a finales del siglo XIV (ca. 1370-1390)”. *En la España Medieval* 34, 133-180.

[5]. GARCÍA ORO, J. (1980). “Conventualismo y observancia”. En *Historia de la Iglesia en España*, tomo III-1. *La Iglesia en la España de los siglos XV y XVI*, R. García Villoslada (dir.), 234-237. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

[6]. MONTES ROMERO-CAMACHO, I. (1998). “La polémica del testamento de Juan I y sus implicaciones sevillanas”. *Instituciones. Historia. Documentos* 25, 435-472.

[7]. SIGÜENZA, J. de. (1907). *Historia de la Orden de San Jerónimo*, tomo 2. Madrid: Nueva Biblioteca de Autores españoles.

[8]. GARCÍA ORO, J. (1987). *Galicia en los siglos XIV y XV. Galicia señorial. El señorío, la Iglesia y la Corona*, 117-193. A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, conde de Fenosa.

[9]. FUENTE, V. de la. (1873-1875). *Historia Eclesiástica de España*, vol. IV. Madrid: Compañía de Impresores y Libreros del Reino.

[10]. REVUELTA SOMALO, J. M. (1982). *Los jerónimos. Una orden religiosa nacida en Guadalajara*. Guadalajara: Institución Provincial de Cultura Marqués de Santillana.

[11]. VV. AA. (1981). *Historia General de España y América. Los Trastámara y la Unidad Española (1369-1517)*, tomo V. Madrid: Ediciones Rialp.

[12]. FERNÁNDEZ CONDE, F. J. (1978). *Gutierre de Toledo, obispo de Oviedo (1377-89). Reforma Eclesiástica en la Asturias bajomedieval*. Oviedo: Universidad de Oviedo, 210-217.

[13]. GARCÍA ORO, J. (2002). *Cisneros: el cardenal de España*. Barcelona: Ariel.

[14]. SIGÜENZA, J. de (1907). *Historia de la Orden de San Jerónimo*, tomo 2. Madrid: Nueva Biblioteca de Autores Españoles.

[15]. SANTO DÍEZ, J. L. (1961). *La encomienda monástica en la Corona de Castilla, Siglos X-XV*. Madrid-Roma: Consejo Superior de Investigaciones científicas.

[16]. REGLERO DE LA FUENTE, C. M. (2010). "Un género historiográfico: el estudio de dominios monásticos en la Corona de Castilla". En *Monasterios, espacio y sociedad en la España cristiana medieval*, J. I. Iglesia Duarte (coord.), 33-75. Nájera: Instituto de Estudios Riojanos.

[17]. COLOMBÁS GARCÍA, M. (1963). *El libro de los bienhechores de San Benito de Valladolid*. Montserrat: Abadía de Montserrat.

[18]. OLIVERA SERRANO, C. (2013). "Devociones regias y proyectos políticos: los comienzos del monasterio de San Benito el Real de Valladolid (1390-1430)". *Anuario de estudios medievales* 43, 799-832.

[19]. ROJO ALIQUE, F. J. (2007). "Reforma religiosa, sociedad y política en la Baja Edad Media: el ejemplo de San Francisco de Palencia en el s. XV". *Hispania Sacra* 59, 470-471.

[20]. Podemos definir estos juros como una especie de pensiones perpetuas concedidas por los reyes sobre las rentas públicas como recompensa por los ingresos o beneficios (no hace falta que sean materiales) recibidos.

[21]. CAÑAS GÁLVEZ, F. de P. (2012). "Devoción mariana y poder regio: las visitas reales al monasterio de Guadalupe durante los siglos XIV y XV (ca. 1331-1472)". *Hispania Sacra* 64, 427-447.

[22]. LÓPEZ DE AYALA, P. (1779). *Crónica de los reyes de Castilla. Don Pedro, don Enrique II, don Juan I, don Enrique III*, vol. 2. Madrid: Órbigo.

[23]. LÓPEZ DE AYALA, P. (1779).

[24]. TORRES FONTES, J. (2006). *Documentos de la minoría de Juan II: La política exterior en la Regencia de don Fernando de Antequera*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

[25]. FERNÁNDEZ SUÁREZ, L. (1985). *Los Trastámara y los Reyes Católicos*. Madrid: Gredos.

[26]. Véase apéndice documental del libro *Castilla, el Cisma y la crisis conciliar*, de SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. donde queda recogida gran parte de las misivas intercambiadas durante estos concilios que demuestran la intensidad de las relaciones diplomáticas de la época. 143-441.

[27]. SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (1960). *Castilla, el Cisma y la crisis conciliar*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 127-140.

[28]. GOÑI GAZTAMBIDE, J. (1980). “Presencia de España en los concilios generales del siglo XV”. En *Historia de la Iglesia en España*, tomo III-1. *La Iglesia en la España de los siglos XV y XVI*, R. García Villoslada (dir.), 25-114. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

[29]. NIETO SORIA, J. M. (1993). *Iglesia y génesis del Estado Moderno en Castilla*. Madrid: Editorial Complutense, 77-122.

[30]. Archivo General de Simancas, Escribanía Mayor de Rentas, Mercedes y privilegios, leg. 3, n.º 62.

[31]. NIETO SORIA, J. M. (1993).

[32]. Archivo General de Simancas, Escribanía Mayor de Rentas, Mercedes y privilegios, leg. 3, n.º 2.

[33]. VALDEÓN BARUQUE, J. (1999) “La corte en Castilla en la época Trastámara”. *Aragón en la Edad Media* 14-15, 1597-1608.

[34]. NIETO SORIA, J. M. (1993). 7-10..

[35]. VILLAROELO GONZÁLEZ, O. (2017). “Álvaro Núñez de Isorna: un prelado y el poder”, *Edad Media. Revista de Historia* 18, 263-292.

[36]. NIETO SORIA, J. M. (1995). “Propaganda política y poder real en la Castilla Trastámara. Una perspectiva de análisis” *Anuario de estudios medievales* 25, 489-516.

[37]. Existen cinco crónicas oficiales del reinado: Diego Enríquez del Castillo, Diego de Valera, Lorenzo Galíndez de Carvajal, Alfonso de Palencia y la denominada como *Crónica Castellana*. En cualquier de ellas, se evidencia la continua relación entre Iglesia y Corona. Además, existe numerosa documentación archivística, recogida analizada y trabajada por NIETO SORIA, J. M. (1996). “Enrique IV de Castilla y el pontificado (1454-1474)”. *En la España medieval* 19, 167-238.

[38]. NIETO SORIA, J. M. (1996). “Enrique IV de Castilla y el pontificado (1454-1474)”. *En la España medieval* 19, 199.

[39]. SIGÜENZA, J. de (1907). Tomo 1, 366-369.

[40]. SIGÜENZA, J. de (1907). Tomo 1, 361.

[41]. NIETO SORIA, J. M. (1996). 218-219.

[42]. GOÑI GAZTAMBIDE, J. (1958). *Historia de la bula de cruzada*. Vitoria: Seminario de Vitoria, 356-357.

[43]. Diego Valera habla de cómo en este tiempo se habrían llegado a recaudar hasta 100 millones de maravedís, de lo que –según el mismo autor– una parte mínima se habría invertido en la guerra contra los moros. Valera. cap. XIII. cit. por NIETO SORIA, J. M. (1996). “Enrique IV de Castilla y el pontificado (1454-1474)”. *En la España medieval* 19, 208.

[44]. NIETO SORIA, J. M. (1996). "Enrique IV de Castilla y el pontificado (1454-1474)". *En la España medieval* 19, 222.

[45]. *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, tomo II. doc. 142. Madrid: Real Academia de la Historia, 536-538.

[46]. SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (1963). "En torno al pacto de los Toros de Guisando". *Hispania* 91, 345-367.

[47]. SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (1975). *Nobleza y Monarquía. Puntos de vista sobre la historia política castellana del siglo XV*. Valladolid: Universidad de Valladolid.



Las Bellas Artes en Castilla

Moderador:

Raúl BAZ TERRÓN

Ponente:

David SÁNCHEZ SÁNCHEZ

José María GÓMEZ GÓMEZ

David Sánchez Sánchez

Vamos a continuar con la tercera mesa de ponencias correspondiente a la sesión de mañana de esta I Jornada Académica sobre la Reina Isabel La Católica que estamos celebrando, y que va desarrollar un aspecto fundamental de la época en la que nos encontramos inmersos, como es el de “Las Bellas Artes en Castilla”.

Para ello, contamos con la ayuda de dos magníficos ponentes, siendo el primero de ellos un joven y brillante historiador, don David Sánchez Sánchez, nacido en Ávila en 1989 y licenciado en Historia del Arte. David es además, máster en Investigación y Estudios Avanzados en Historia del Arte por la Universidad de Salamanca.

Actualmente, se encuentra cursando el doctorado en Historia del Arte en la misma universidad, con una tesis orientada al estudio del arte y las celebraciones eucarísticas en Ávila entre los siglos XVI y XVIII.

Ha sido becario de investigación de la Institución Gran Duque de Alba (2015-2016) y del ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación en el Instituto Español de Bíblico y Arqueológico de Jerusalén (2017)

En la actualidad, forma parte del Grupo de Investigación “Arte y Patrimonio Universitario” de la Universidad de Salamanca y del Grupo de Investigación “Territorio, Historia y Patrimonio de la Iglesia” de la Universidad Católica de Ávila.

Desde el año 2015, es documentalista del Archivo Diocesano de Ávila y colaborador de la Fundación Las Edades del Hombre.

Ha sido ponente en varios congresos de índole nacional e internacional sobre arte, mercado artístico y mecenazgo y es autor de diversos capítulos de libros y artículos en revistas de investigación.

En el ámbito de la reina Isabel, desde el año 2014 he realizado algunas investigaciones y charlas divulgativas sobre el sentido devocional del arte en la época de los Reyes Católicos y el intercambio artístico entre los modelos flamencos e italianos a principios de la Edad Moderna en España.

Hoy nos va a hablar sobre “La imagen de la Monarquía y el ideario artístico de Isabel La Católica”.

José María Gómez Gómez

Continuamos esta tercera mesa de ponencias con la segunda de las conferencias programadas y que nos introducirá en la *Lengua y Literatura castellanas en tiempos de los Reyes Católicos*. Para ello contamos con la ayuda del excelentísimo señor don José María Gómez Gómez, nació en Parrilas (Toledo) el día 16 de marzo de 1951 y catedrático de Lengua Española y Literatura. Entre otros varios puestos, ha ocupado recientemente el de profesor tutor en la UNED.

El ponente ha escrito varios libros de poesía del más alto nivel, libros de profunda y minuciosa investigación histórica y centenares de artículos sobre los aspectos más variados de nuestra cultura española. Con su permiso, dado el enorme volumen de producción literaria que tiene, no voy a hacer referencia a la misma en el ánimo de no restar tiempo a la exposición del tema que va a desarrollar en su ponencia. Tan solo dar unos datos sobre algunos de los nombramientos y distinciones del señor Gómez Gómez. Ha sido Premio Nacional de Poesía “Rodrigo de Cota” (Ciudad de Toledo), accésit Premio Nacional de Poesía “Florián de Ocampo”, Premio Ciudad de Talavera (Promoción Identidad Local y Comarcal) y Castellano-manchego del año 2007 por la Casa Castilla-La Mancha de Madrid.

Forma parte de prestigiosas instituciones, como el Instituto Provincial de Investigación y Estudios Toledanos, la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Así mismo, es miembro de la Cofradía Internacional de Investigadores, en la que ha ostentado el cargo de director de la revista *Beresit*, y en la que actualmente ejerce de escribano. Es igualmente caballero del Capítulo de Nobles Caballeros y Damas de la reina Isabel la Católica, en el que durante diez años ha ostentado la más alta responsabilidad como gran maestro. Actualmente está propuesto para recibir la más alta distinción capitular, la de gran maestro emérito. Forma parte también como miembro

numerario, de la Academia de la Hispanidad, habiendo ejercido durante diez años como presidente de esta institución. Es también miembro de la Asociación de Escritores de Castilla-La Mancha, de la Academia de Artes e Letras de Portugal y del Instituto de Estudios Históricos Beato Pío IX de Roma.

Raúl BAZ TERRÓN

*Gran maestro del Capítulo de Nobles
Caballeros y Damas de la Reina Isabel*



David SÁNCHEZ SÁNCHEZ

Universidad de Salamanca

dss@usal.es

La imagen de la monarquía. El ideario artístico de Isabel la Católica

La importancia de las artes en el ideario de Isabel la Católica queda bien reflejada en su testamento y codicilo, redactados en Medina del Campo el 12 de octubre y el 23 de noviembre de 1504. Entre las últimas voluntades, dejó previsto el destino que habrían de tener sus joyas y reliquias, ordenó la atención al espacio funerario de sus padres en la Cartuja de Miraflores y la dotación de algunos conventos e iglesias, decretó la realización del sepulcro del príncipe Juan en Santo Tomás de Ávila y dispuso la finalización de la Capilla Real de Granada. Aquellas prescripciones estaban en línea con el valor o trascendencia que se otorgó al hecho artístico durante la etapa de gobierno de los Reyes Católicos, una época de desarrollo generalizado de las Bellas Artes en el ámbito hispánico. La reina Isabel se hizo eco de la promoción artística y participó activamente de ella, aunque las obras asociadas a su protección, lejos de un interés únicamente estético, deben interpretarse bajo diversos condicionantes asociados a la época y a las finalidades perseguidas mediante su patrocinio.

En el tiempo de Isabel se produjo una redefinición del concepto de mecenazgo, afectado por la llegada de influjos humanistas a finales del cuatrocientos, que provocaron en los pro-

motores nuevos intereses hacia determinadas creaciones artísticas. Estas no se reducían al gusto por cultivar un género concreto, a pesar de que se estimaron algunas corrientes por encima de otras. Antes bien, se valoraron por ser, en sí mismas, un fenómeno de distinción. Dicho de otra forma, la importancia de las obras de arte no residía tanto en la valoración y apreciación del estilo como en la significación del que estaba dotado el objeto, gracias a aquellas referencias “extra-artísticas” en las que situar su verdadero poder y transcendencia.

Estos conceptos estuvieron presentes en el ideario artístico de Isabel la Católica, que se materializó durante el proceso de transición hacia el Estado Moderno y fue parte integrante del nuevo proyecto sociopolítico planteado por los Reyes Católicos. Así se observa en la relevancia que adquirió el patrocinio de determinadas empresas artísticas, tanto de índole civil como religiosa, en el proceso de identificación de la soberanía y en el ejercicio del poder. Se ejecutaron obras donde se dieron cita, por igual, objetivos gubernamentales, religiosos y de índole personal, cuyos límites no están definidos o simplemente no existieron.

Para el análisis de las obras de arte de este momento será necesario situarlas en su contexto adecuado, que en nuestro caso debe atender a las particularidades sociales, políticas, culturales y religiosas en la Corona de Castilla durante la segunda mitad del siglo XV y los primeros años del siglo XVI, así como a la idiosincrasia de la Reina, apreciable en sus ambiciones personales, en su profunda devoción y en sus planes de gobierno. En suma, permiten esbozar la imagen de la monarquía proyectada a través del arte y completar el estudio de las formas artísticas con el sentido que estas encierran, el propósito de su ejecución y el resultado que producen, principalmente orientado a elaborar un discurso retórico sobre el gobernante y la proyección pública de su regia figura.

Por las múltiples manifestaciones artísticas de aquel momento, resulta imposible concentrar en un solo capítulo el comentario individual de cada una de ellas[1]. Arquitectura, escultura, pintura, orfebrería o libros y tapices, fueron protegidos, estimados y coleccionados por la Reina, como lo manifiestan las citadas referencias en el testamento, en la documentación que acredita su participación en numerosos proyectos y en los inventarios de bienes redactados tras su muerte[2]. Aquí trataremos de esbozar el panorama artístico de la Corona castellana en el momento de la llegada de Isabel al trono, para después conocer la paulatina creación de su imagen real a través del arte, concretando finalmente en el valor devocional de algunas obras, como reflejo del sentir religioso de la Reina.

1. PRECEDENTES ARTÍSTICOS. LA CORONA CASTILLA EN EL SIGLO XV

El ambiente cultural de la corte castellana fue rico y distinguido a lo largo del siglo XV, como demuestra el gusto de Juan II de Castilla (1405-1454), padre de Isabel, por la poesía, la filosofía, la música, el canto y la lengua latina, intereses compartidos luego por su heredero Enrique IV (1425-1474). Sin embargo, tras la muerte de su padre, cuando Isabel apenas contaba tres años de edad, la joven infanta fue trasladada a Arévalo junto a su madre y a su hermano pequeño, Alfonso[3]. Allí la futura reina no recibió una formación específica en el ámbito de las humanidades, acaso por su sexo y condición, al no estar destinada a gobernar, y es por ello que no aprendió a hablar y escribir en latín hasta edad adulta, ya por iniciativa propia[4]. Siendo así, resulta llamativo que la identificación de Isabel la Católica como impulsora cultural, no esté asociada a una formación intelectual temprana.

A diferencia de ella, su futuro marido, Fernando el Católico, sí recibió una educación de mayor peso humanístico a través de su preceptor, el clérigo Francisco Vidal de Noya. En la Corona de Aragón existió una notable conexión con las corrientes ita-

lianas desde tiempos de Alfonso V “el Magnánimo” (1396-1458), tío de Fernando y conquistador de Nápoles. Su gobierno fue ejemplo de una importante unión de estilos artísticos debido a la dispersión geográfica de los territorios aragoneses, en tanto que su labor cultural permite definirle como uno de los primeros príncipes renacentistas[5]. También fue destacable el papel desempeñado en Aragón por los dos pontífices valencianos de la familia Borgia, Calixto III (1455-1458) y Alejandro VI (1492-1503), como propiciadores de las relaciones políticas y artísticas entre el Reino de Valencia y la península itálica y que, en palabras de Manuel Gómez-Moreno “saturaron de italianismo su patria querida”[6].

Gracias a estos enlaces, desde mediados del siglo XV, comenzaron a llegar influencias renacentistas a las costas levantinas a través del intercambio comercial, el asentamiento de artífices y la importación de modelos artísticos italianos como medallas, cerámicas vidriadas o terracotas florentinas. En los documentos de la tesorería real de Aragón, se aprecia la variedad de personajes vinculados al comercio por el Mar Tirreno y el Mediterráneo occidental. Junto a los aragoneses, se dieron cita genoveses, toscanos, milaneses, portugueses y perpiñaneses, entre quienes figuraban nobles, eclesiásticos, mercaderes de todo tipo y artesanos más o menos especializados, llamados o atraídos por la creciente producción artística, y que fueron los responsables de la difusión de los nuevos influjos y corrientes estéticas[7].

En el territorio castellano, también existieron intercambios culturales con Italia, aunque no hubo permeabilidad o asimilación del modelo renacentista hasta las primeras décadas del siglo XVI, a pesar de la llegada de algunos modelos de aquel estilo traídos de la mano de la familia Mendoza. En cambio, el arraigo de la estética gótica en Castilla provocó que el referente artístico se mantuviera anclado en la tradición medieval. Un caso relevante es el de los tres hermanos florentinos Dello, Ni-

colò y Sansone Delli, que a mediados de siglo trabajaron en Salamanca –en el Convento de las Isabeles y el retablo de la Catedral Vieja– y en Ávila –en la decoración del claustro catedralicio–, así como del primero de ellos también lo hizo al servicio de Juan II de Castilla, aunque su aceptación y valoración se justificaría por practicar un estilo de fuerte de raigambre tardomedieval, despegado aún del canon clasicista[8].

La interacción comercial y diplomática que la Corona de Castilla mantuvo con Flandes desde principios del siglo XV, incentivó que el paradigma artístico se situara en el norte, en las novedades trasladadas desde allí por maestros formados en el último gótico de origen flamenco y centroeuropeo.

En el plano de la arquitectura, fue determinante la llegada a Castilla, hacia 1440, de figuras como Juan de Colonia, Hanequin de Bruselas y Egas Cueman, el primero trabajando en Burgos y los otros dos en la zona de Toledo. Fueron los precursores del estilo que más tarde impulsaron y renovaron aquellos maestros que se pusieron al frente de las grandes empresas de tiempos de Isabel. En conexión con la Reina trabajaron Simón de Colonia, Martín de Solórzano, Enrique Egas y Juan Guas, responsables de proyectos como la iglesia del monasterio de Miraflores en Burgos, el monasterio de Santo Tomás de Aquino en Ávila, el Hospital Real de Santiago de Compostela o el monasterio de San Juan de los Reyes en Toledo, respectivamente (Fig. 1).

Según Joaquín Yarza, Isabel no habría interferido en las características que definían a estos maestros, sino que habría aceptado su personalidad artística, aunque todos ellos siguieron un sistema arquitectónico y decorativo ajeno a la influencia del Renacimiento italiano y caracterizado por la paulatina incorporación de elementos mudéjares propios de la cultura hispana. De esta forma se dio lugar a un estilo que ha pasado a llamarse hispanoflamenco, aquel modelo que más patrocinó Isabel y el que se convirtió en identificativo de sus proyectos ar-

tísticos[9]. Es un estilo que también estuvo dotado de cierto simbolismo por representar la unificación de los reinos o estados peninsulares bajo una estética común, igual que se había producido en el sentido político con la unión dinástica de las Coronas de Castilla y Aragón[10].



Fig. 1. Real Monasterio de Santo Tomás de Ávila. Fachada de la iglesia.
Fotografía del autor.

En el campo pictórico, la inspiración fue la misma. Destaca el caso de Jan van Eyck, que fue recibido en Castilla por el rey Juan II en el año 1428, cuando el pintor se dirigía a Portugal en

misión diplomática, enviado por Felipe III “el Bueno” de Borgoña. De la estima y valoración de su pintura en la corte castellana es testigo una obra de taller, *La Fuente de la Gracia*, que fue regalada tiempo después por Enrique IV al monasterio de Santa María del Parral en Segovia y hoy se custodia en el Museo Nacional del Prado. Representa de forma alegórica el triunfo de la fe cristiana sobre la judía y es descrito en los inventarios como “un retablo rico de pinsel de Flandes que tiene la ystoria de la dedicación de la Iglesia”[11]. Si bien es la única obra vinculada al maestro que se relaciona con su viaje por los reinos peninsulares, la impronta que el pintor dejó en los artistas locales fue notable y prolongada, como ejemplifica la obra, en la Corona de Aragón, del pintor valenciano Lluís Dalmau.

Los principales representantes en el foco castellano, fueron Fernando Gallego, que desempeñó su actividad en la zona de Salamanca y Zamora; y Pedro Berruguete, que trabajó en Palencia, Burgos, Toledo y Ávila. Ambos pintores personifican el férreo asentamiento del modelo flamenco en Castilla desde mediados del siglo XV; pues, en opinión de Pilar Silva Maroto, los dos se habrían formado en territorio peninsular y no habrían tenido que desplazarse hasta Flandes para conocer el arte nórdico[12].

Según Camón Aznar, Fernando Gallego fue responsable de castellanizar la pintura flamenca y se habría servido de estampas y grabados como referentes pictóricos[13]. En cuanto a Berruguete, su estancia en la corte de Federico de Montefeltro, en Urbino, Italia, supuso la incorporación del modelo renacentista a su formación gótica. Las obras posteriores a su regreso a Castilla manifiestan el conocimiento de ambos estilos, aunque se aprecia una alternancia en el predominio de cada uno, en función de los gustos de los comitentes para los que trabajó. También pudo conocer a la reina Isabel, para quien habría realizado la pintura de *San Juan Evangelista en la isla de Patmos*, que hoy se expone en la sacristía de la Capilla Real de Granada.

En línea con la apreciación del estilo pictórico borgoñón, está la relación de Isabel la Católica con Juan de Flandes y Michel Sittow, pintores formados en los rasgos propios de la Escuela de Brujas a través de las influencias de Hans Memling y Gérard David. A Juan de Flandes se le atribuye una copia del *Tríptico de Miraflores* que habría realizado por encargo directo de la Reina para la Capilla Real de Granada, además del conocido *Retrato de Isabel la Católica* perteneciente a las colecciones reales de Patrimonio Nacional.

Por último, el ejemplo flamenco en la escultura fue Gil de Siloé, de ascendencia y formación flamenca y responsable de los principales proyectos escultóricos en Castilla, especialmente en Burgos. Allí se habría entrevistado con la reina Isabel para contratar la realización de sepulcro en alabastro de sus padres, Juan II de Castilla e Isabel de Portugal, además de la sepultura de su hermano, el príncipe Alfonso y, posteriormente, la realización de un gran retablo, todo ello en la iglesia del monasterio cartujo de Miraflores, que fue levantada por los mencionados arquitectos Juan y Simón de Colonia^[14] (Fig. 2). También habría participado en otros proyectos vinculados al patrocinio de Isabel, como el monasterio de Santo Tomás de Aquino en Ávila, donde pudo trabajar en las imágenes de la portada y habría realizado, según reciente atribución, el llamado *Cristo de la Agonía*^[15].



Fig. 2. Cartuja de Miraflores. Retablo mayor y sepultura de Juan II e Isabel de Portugal. Fotografía del autor.

Otros escultores destacados de finales del siglo XV fueron Juan Alemán, Diego Copín de Holanda y Sebastián de Almonacid, principalmente activos en la catedral de Toledo, aunque también dejaron obra en otros importantes enclaves castellanos como León, Coria o Sigüenza. En Sevilla, destacó la figura de Lorenzo Mercadante de Bretaña como referente del último gótico de origen centroeuropeo.

2. LA CREACIÓN DE LA IMAGEN REAL

Como indicábamos al inicio del texto, Isabel la Católica se sirvió del hecho artístico para proyectar una imagen alegórica de su gobierno. La activa participación en las grandes empresas de su tiempo revela el grado de importancia que tuvo para la Reina el dejar su huella personal en aquellas creaciones, algunas de las cuales pueden entenderse como la repercusión plástica de sus intereses y actuaciones políticas, personales o religiosas.

Un ejemplo de la unión de distintos objetivos ideológicos en un mismo proyecto lo ofrece la primera de las grandes propuestas artísticas llevadas a cabo tras la ratificación de Isabel en el trono de Castilla. El monasterio de San Juan de los Reyes, en Toledo, se mandó construir en agradecimiento por la victoria en la batalla de Toro de 1476, que supuso el fin de la Guerra de Sucesión por la Corona castellana. Junto a ese factor de carácter votivo también se pueden advertir intereses devocionales y personales, por estar dedicado a san Juan Evangelista, a quien Isabel tenía especial fervor, y en memoria de su padre Juan II, si atendemos a la información ofrecida por Fernando del Pulgar. En el plano de los intereses personales, también destaca el hecho de que la capilla mayor de la iglesia monasterial estaba llamada a ser el lugar de sepultura de los reyes antes de la toma de Granada, según indica el relato de fray Pedro de Salazar^[16].

Asimismo, la cuestión política sobrevuela la construcción de este monasterio por dos motivos. El primero está ligado a la causa religiosa a través de la reforma de la Iglesia en España. El monasterio se fundó para dar cabida a una comunidad de Franciscanos de la Observancia, rama reformada de la Orden de Frailes Menores que hasta entonces tenían vetado su establecimiento en la ciudad de Toledo; pero que pronto se erigió como uno de los referentes de dicha reforma eclesiástica a través de su principal representante: el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros. El segundo motivo sería la legitimización del reinado de Isabel tras la victoria frente Juana “la Beltraneja”, supuesta

hija de su hermano Enrique IV de Castilla y, en tal caso, legítima heredera del trono.

Para ambos propósitos se sirvió de la simbología vinculada a la ciudad de Toledo, la llamada ciudad imperial, antigua capital de los reinos hispánicos en época de los visigodos y posterior baluarte del cristianismo durante los siglos de la reconquista. También era el centro neurálgico del poder religioso en tiempos de los Reyes Católicos como sede de la Catedral Primada, que a su vez era el lugar de sepultura de un significativo número de reyes medievales castellanos[17].

El interés que Isabel manifestó por asociar su imagen a la de Toledo queda demostrado a través del grado de involucración que tuvo en el planteamiento del monasterio, hasta el punto de ser descrito en algunas ocasiones como “San Juan de la Reina”, y no de los Reyes[18]. La ejecución de la obra habría pasado a convertirse en un objetivo personal como lugar de descanso eterno, vinculado por ello a la perdurabilidad de su figura, de su importancia y de su gloria[19].

Para la realización del proyecto, la Reina designó al mencionado arquitecto Juan Guas –en colaboración con Egas Cuenman–, que ya había dado ejemplo de su maestría en anteriores trabajos como la Puerta de los Leones de la catedral de Toledo, en el traslado y realización del pórtico occidental de la catedral de Ávila y en la construcción del claustro de la catedral de Segovia. A pesar de sus capacidades y del admirado resultado final, la ambición de la Reina para con el nuevo monasterio-panteón se advierte en su hipotético descontento cuando visitó el lugar, momento en que se habría dirigido al arquitecto pronunciado la frase “¿Esta nonada me aveys fecho aquí?”, quizá por estar terminada solamente la sobria nave de la iglesia y no la exuberante cabecera[20].

Esta expresión resulta llamativa y contradictoria si atendemos a la sobriedad que ella deseaba para su monumento funerario en Granada, según lo dejó dispuesto en el testamento:

E quiero e mando que mi cuerpo sea sepultado en el monasterio de Sanct Francisco, que es en la Alhambra de la çibdad de Granada [...] en una sepultura baxa que no tenga vulto alguno, salvo una losa baxa en el suelo, llana, con sus letras esculpidas en ella (Testamento de Isabel la Católica, fol. 1v.)

El interés de la Reina en la excelencia arquitectónica del monasterio toledano también se puede relacionar con una intención reivindicativa del poder real frente a la nobleza, acorde con la reducción de privilegios que plantearon los Reyes Católicos para aquel estamento.

Durante el siglo XV, la proliferación de capillas funerarias en los reinos hispanos fue notable, y siempre asociada a la figura de nobles enriquecidos que dotaban ostentosamente sus lugares de sepultura y donde la heráldica adquirió gran protagonismo como medio de exaltación del linaje[21]. Entre los grandes espacios funerarios del momento en la Corona de Castilla destacan dos por encima del resto, la Capilla de los Condestables en la catedral de Burgos y la Capilla de Álvaro de Luna en la catedral de Toledo, asociadas a dos de los personajes más relevantes de la aristocracia de la segunda mitad de siglo. Los edificios fueron admirados en su propia época y tenidos como ejemplo de ponderación familiar, como demuestra la Capilla de los Vélez en la catedral de Murcia, recinto funerario de la familia Chacón, inspirado en los anteriores.

Como también ocurrió en el caso de la Reina, estos proyectos persiguieron un objetivo relacionado con la perdurabilidad de la memoria de los comitentes y con la exaltación de su magnificencia a través de la riqueza ornamental y decorativa. A estos criterios estaba indefectiblemente unida la idea de salvación mediante la celebración de misas y oficios destinados al descanso eterno, un concepto que surgió en la sociedad centroeuropea del siglo XIV[22]. Con anterioridad, durante los siglos centrales del Medievo, los fieles no participaron de forma tan activa del programa eclesiástico y, en lugar de ello, mantuvieron una actitud pasiva al respecto, como meros receptores de los mensajes transmitidos[23]. El cambio de actitud estuvo es-

trechamente relacionado con la necesidad de expresar socialmente un sentimiento religioso, sirviéndose para ello de las grandes capillas funerarias.

La capilla mayor de la cartuja de Miraflores, lugar de enterramiento del rey Juan II de Castilla, podría interpretarse en la misma línea que el resto de espacios funerarios mencionados, es decir, como un lugar al servicio del elogio familiar. Si bien fue el rey quien quiso ser enterrado allí según sus últimas voluntades, la iniciativa para finalizar la iglesia monasterial y realizar el monumento funerario y la ornamentación del lugar, como hemos visto, correspondió a su hija. En Miraflores están las sepulturas de la familia directa de la Reina Católica, es decir, su padre, su madre Isabel de Portugal –segunda esposa de Juan II– y el otro hijo de la pareja, el hermano menor de Isabel la Católica, el príncipe Alfonso. El lugar es, por lo tanto, un panteón real cuya lectura simbólica estaría relacionada con la exaltación de las virtudes de los allí sepultados y del linaje de la nueva reina, desvinculado de su predecesor en el trono, su hermanastro Enrique IV, con quien mantuvo constantes y sobradamente conocidas disputas por el poder, y que está enterrado en el monasterio de Guadalupe junto a su madre, María de Aragón.

A la luz de estos ejemplos, se aprecia cómo la muerte se convirtió, durante todo el cuatrocientos, en un verdadero fenómeno artístico; pero no solo a través de los suntuosos enterramientos, sino también mediante el legado testamentario. Las mandas recogidas en las últimas voluntades de reyes y nobles estaban asociadas a su intención de reconciliarse con la divinidad en búsqueda de la redención y la salvación espiritual, para lo que se sirvieron de donaciones a monasterios e iglesias –como hemos constatado en el caso de Isabel la Católica– y la creación de fundaciones hospitalarias y obras pías.

Para ilustrar estas últimas referencias podemos destacar dos figuras de la nobleza castellana del siglo XV, como lo fueron Lorenzo Suárez de Figueroa (1408-1461), I Duque de Feria y

embajador en Venecia, e Íñigo López de Mendoza (1398-1458), I Marqués de Santillana. Fueron responsables de las fundaciones hospitalarias de Zafra y Buitrago de Lozoya respectivamente, ambas dedicadas a Dios y al ejercicio de la caridad, y que dejaron dotadas con los enseres necesarios para la atención de los enfermos y para la celebración de los oficios eucarísticos[24].

Aquellos lugares precedieron a los dos hospitales que ostentan el título de reales, por haber estado acogidos a la promoción directa de los Reyes Católicos: los de Santiago de Compostela y Granada. Ambos responden a un intento de renovación y adecuación de los reinos hispánicos hacia la Edad Moderna, el primero asociado a una imagen internacional proyectada a través del Camino de Santiago y la demanda de servicios que suponía el final de la ruta; el segundo vinculado a la remodelación de la recién conquistada capital Nazarí. La iniciativa regia se enmarca en el mismo momento en que se comenzaron a construir otros espacios similares, que conformaron una red de hospitales y fundaciones piadosas durante el siglo XVI, como el Hospital de Santa Cruz en Toledo, impulsado por el cardenal Mendoza; el Hospital de las Cinco Llagas en Sevilla, fundado por doña Catalina de Ribera y Mendoza; o el Hospital de Santiago en Úbeda, proyectado por el obispo Diego de los Cobos.

Del mismo modo en que la nobleza se servía de sus escudos de armas como un elemento puesto al servicio de la exaltación de su linaje, también los emblemas, empresas y blasones aparecen en todas las obras relacionadas con el patrocinio regio. Tanto en San Juan de los Reyes como en Miraflores y los dos hospitales reales, su reiterada presencia es una muestra inequívoca del afán de Isabel por convertir los lugares en un medio de exaltación de la monarquía.

Esta práctica también se puede leer en clave política, como un recurso para destacar y afianzar el poder ejercido sobre de-

terminados territorios, como sucede en la remodelación o adaptación de antiguos palacios, residencias monasteriales, plazas militares o fortalezas, a pesar de que en algunos de esos lugares los reyes nunca llegaron a residir; pero donde se hace indudable la relación con la monarquía. Es el caso del Palacio de la Aljafería de Zaragoza, donde las intervenciones pudieron deberse en mayor grado a la participación del rey Fernando. También se actuó en el alcázar de Segovia, en el alcázar de Sevilla, en los castillos de Arévalo y Medina del Campo o en el monasterio de Guadalupe[25]. La rehabilitación de algunos de estos lugares, que se dotaron con espacios ajardinados, oratorios privados y cómodas estancias, en opinión de Fernando Checa, refleja el progresivo deseo de magnificencia de los reyes, acorde con los mencionados gustos de la nobleza[26].

Los escudos también están presentes en dos de los monasterios más vinculados a la causa ideológica de Isabel la Católica y que sirvieron como residencia a los monarcas: el de Santa Cruz la Real en Segovia y el de Santo Tomás de Aquino en Ávila, dos lugares que podrían acogerse a la política constructiva de carácter religioso-exaltatorio emprendida por los Reyes Católicos, al igual que San Juan de los Reyes[27]. Los distintivos reales aparecen incorporados en las portadas de las dos iglesias, en Segovia hasta en tres ocasiones, y en ambos lugares acompañados del yugo y las flechas. En el monasterio abulense, además de coronar la fachada, el escudo también se incorporó en el artesonado de algunas estancias que componían el palacio real y que, junto a los emblemas situados en los antepechos del claustro del Silencio y las ramas de granado que decoran las enjutas de sus arcos, articulan un claro discurso en cuanto a la protección ejercida por los monarcas.

El nexo de Isabel con estos dos centros monásticos fue el fraile dominico Tomás de Torquemada, quien desempeñó el cargo de prior en Santa Cruz y posteriormente el de Inquisidor General del Santo Oficio que tuvo una de sus sedes en Santo

Tomás de Ávila. El comitente de la construcción del monasterio abulense fue el secretario y tesorero de los reyes Hernán Núñez de Arnalte, que dejó plasmado en su testamento el deseo de levantar aquel centro religioso dominico en Ávila. Ejercieron como testamentarios su mujer María Dávila –más tarde promotora de otro monasterio en la ciudad, el de Santa María de Jesús o “las Gordillas”– y el mencionado fraile dominico. Los Reyes Católicos también se sumaron al patrocinio, aunque su participación estuvo en relación con el aspecto económico, más que con el ideológico[28], y allí quisieron que fuera enterrado su hijo, el príncipe Juan, cuando éste falleció en Salamanca en el año 1497.

La elección de Ávila como lugar de sepultura del príncipe heredero no debió de ser casual. La ciudad amurallada fue favorable a la causa de Isabel y contraria a su hermano Enrique IV, como se manifestó primero en el episodio conocido como *La farsa de Ávila*, y más tarde durante la guerra de sucesión. En agradecimiento por ello la Reina mandó restablecer los privilegios anulados a la ciudad por su predecesor en el trono, según consta en su testamento[29]. El enterramiento del príncipe en Santo Tomás, que ya se había erigido como uno de los centros fuertes de la Inquisición española, podría interpretarse como un gesto deferente de la Reina para con la ciudad, la Orden de Predicadores y el Santo Oficio.

De esta relación entre Isabel y Fernando con el monasterio dominico y a su vez con el tribunal inquisitorial, da fe una pintura hoy depositada en el Museo Nacional del Prado, procedente del oratorio del cuarto real de Santo Tomás, la *Virgen de los Reyes Católicos* (Fig. 3). La pintura, de marcado estilo hispanoflamenco y autoría anónima, representa a la Virgen entronizada, sosteniendo al Niño y rodeada de varios personajes, configurando una sacra conversación. A la izquierda aparece santo Tomás de Aquino como titular del monasterio y protector de Fernando el Católico, quien se muestra arrodillado en actitud

de orante junto a un reclinatorio y un devocionario. A su lado se sitúa el príncipe Juan, heredero de la Corona, y detrás de ellos un fraile dominico identificado como Tomás de Torquemada.

Del otro lado, simétricamente dispuestos respecto al primer grupo, se muestra a santo Domingo de Guzmán, fundador de la orden, junto a Isabel la Católica y la princesa Isabel, quedando detrás de ellos otro fraile dominico. Este último personaje, con una espada clavada en el pecho y una herida en la cabeza, podría ser san Pedro de Verona, mártir e inquisidor italiano del siglo XIII, en línea con su tradicional representación iconográfica basada en su martirio. Sin embargo, también se ha llamado la atención sobre su identificación como san Pedro de Arbués, inquisidor de Aragón que fue apuñalado por un grupo de judíos en la Seo de Zaragoza en el año 1485 y, debido a ello, teniéndose por mártir al servicio de la causa inquisitorial[30].

La relación de los monarcas con el fraile y, a través de él, con la orden de dominicos y con el Santo Oficio, pudo ser enarbolada por el propio Torquemada, si entendemos a que fue él quien diseñó el programa iconográfico del lugar. Se habría servido de ello para ensalzar su figura y la del tribunal eclesiástico para, al mismo tiempo, elevar la importancia del monasterio de Santo Tomás, a la sazón lugar elegido para su propia sepultura. En este sentido se puede apreciar otra forma de utilización de los escudos ya que, para avalar su dignidad y vinculación con la monarquía, fue él quien mandó incluir los distintivos reales en los principales lugares del monasterio como la sillería del coro, las escaleras o la fachada[31]. El mismo criterio laudatorio e identificativo se habría seguido para incluir en la pintura al otro fraile dominico, independientemente de su identificación como Pedro de Arbués o de Verona.

La propaganda de la Orden de Predicadores y de la Inquisición también se detecta en la serie pictórica realizada por Pedro Berruguete para Santo Tomás, igualmente conservada en el

Museo del Prado, tras los expolios desamortizadores. El conjunto de pinturas se organizaba en tres retablos dispuestos en la cabecera y el crucero de la iglesia monasterial, el central dedicado a Santo Tomás de Aquino –el único que se conserva *in situ*– y dos laterales dedicados a santo Domingo de Guzmán y a san Pedro de Verona. También formarían parte de las tablas de Berruguete otras pinturas como el *Auto de fe* presidido por santo Domingo, en clara referencia al vínculo del monasterio con la Inquisición y en conexión con el episodio ocurrido en Ávila en 1492, el auto de fe del Santo Niño de La Guardia[32]. El autor ideológico de todo ello también pudo ser fray Tomás de Torquemada, cuya labor como promotor de las artes se relaciona no solamente con el sentido económico o material que comporta el término, sino también con el plano moral, siendo por ello un personaje clave en la iniciativa artística de finales del siglo XV[33].



Fig. 3. Virgen de los Reyes Católicos. Anónimo.
 © Archivo Fotográfico Museo Nacional del Prado.

Terminaríamos este apartado aludiendo a otro tipo de identificativo real que adquirió gran protagonismo en tiempo de los Reyes Católicos y que está igualmente asociado al discurso ideológico artístico: el retrato. Así se constata en los inventarios de bienes realizados tras la muerte de Isabel, donde se documentan hasta treinta y dos asientos relativos a retratos de diferentes miembros de la familia real, personajes de la nobleza como duques y condes, así como reyes y príncipes de monar-

quías extranjeras, ejemplos que manifiestan el uso diplomático de los retratos[34].

Hemos mencionado la pintura que Juan de Flandes hizo de Isabel, quizá la imagen más conocida de la Reina, pero también habría que incorporar a la acepción de retrato aquellas efigies contenidas en medallas, monedas, grabados, esculturas, miniaturas y pinturas devocionales en las que aparecen representados los monarcas. A través de su amplia difusión estas representaciones proyectaron una imagen simbólica de los gobernantes en diferentes campos, principalmente con el interés de resaltar la paridad de Isabel y Fernando en las labores de gobierno, aunque para tal fin se utilizaron habitualmente los conocidos emblemas del yugo y las flechas.

Los retratos sirvieron para encumbrar a los reyes como protectores del saber, como en el caso la carta de privilegio del Colegio de Santa Cruz de Valladolid y del relieve que preside la fachada de la Universidad de Salamanca, imágenes que gozan de un planteamiento similar al mostrar a los reyes enfrentados, en retrato de busto e identificados como defensores de una institución educativa. También fue un recurso su representación como fieles devotos cristianos, según aparecen plasmados en la *Piedad con los Santos Juanes* del museo de la Catedral de Granada y en la ya mencionada *Virgen de los Reyes Católicos*, donde los monarcas aparecen en ambos casos arrodillados, en actitud orante, participando de un pasaje sagrado.

3. LA IMAGEN RELIGIOSA

Según los ejemplos expuestos, en el tiempo de Isabel los proyectos de índole personal, los asociados a la imagen pública y aquellos relacionados con el aspecto político, estaban estrechamente vinculados al sentido religioso, como una cuestión siempre latente en todos los asuntos sociales y gubernamentales. Dicho de otra manera, la finalidad religiosa del arte vinculado a la Reina fue absoluta, un criterio sobre el que se asentaron el resto. Sin embargo, al margen del sentido votivo que pudiera

tener el patrocinio de San Juan de los Reyes, el interés por congraciarse con las causas franciscana y dominica a través de la fundación y protección de algunos monasterios, o las recompensas espirituales asociadas a sus mandas testamentarias, nos interesamos ahora por el carácter religioso desligado de otras intenciones. Este se detecta principalmente en la profunda devoción de la Reina y se manifiesta en el atesoramiento y adquisición de nuevas piezas de arte sacro destinadas a su uso privado o a la dotación de lugares de culto.

Las empresas arquitectónicas, como formato artístico por excelencia en la significación del poder, fueron complementadas por toda una serie de tesoros religiosos que servían para encumbrar al monarca a modo de dignidad beatífica. A este respecto, el mecenazgo y promoción de arte devocional que ejerció Isabel la Católica queda ilustrado en las descripciones de sus contemporáneos. En primer lugar, el historiador y humanista italiano afincado en Castilla, Lucio Marineo Sículo, en su obra *De Rebus Hispaniae memorabilibus* decía de ella que era “rica, pero dadivosa, no ávida de riquezas, sino obsequiosa, espléndida, liberal y magnánima”[35]. En la misma línea la describió el médico y viajero alemán Jerónimo Münzer, quien incorporó referencias a la fundación y protección de los monasterios: “Extremosa en el culto divino, hace increíbles dispendios en ornamentos para las iglesias. Siente veneración por los religiosos de la Observancia y les funda monasterios”[36].

Fernando del Pulgar, cronista de los reyes, incorporó en sus definiciones las notas por las que más nos interesamos ahora, aquellas relativas a la religiosidad que definía la personalidad de la Reina, que fueron motivo de su inclinación hacia el fomento del arte destinado al culto:

Era muy cathólica e devota, fazía limosnas secretas e en lugares devidos, honraba las casas de oración, visitava con voluntad los monesterios e casas de religión, aquellas do conosçía que guardavan vida honesta, e dotávalas magnificamente (Del Pulgar, 1780: 157).

Este perfil de promotora y protectora del arte religioso se completa en el testamento, en el apartado relativo a la dotación de iglesias, monasterios y hospitales para cumplir con los oficios divinos:

E cunplido este mi testamento e cosas en él contenidas, mando que todos los otros mis bienes muebles que quedaren, se den a iglesias e monasterios, para las cosas neçesarias al culto divino del Sancto Sacramento, así como para la custodia e ornato del sagrario e las otras cosas que a mis testamentarios paresciere. E así mismo, se den a ospitales e / a pobres de mis reynos, e a criados míos, si algunos oviere pobres, como a mis testamentarios paresciere. E mando a la dicha princesa, mi hija, pues a Dios graçias en la suçesión de mis reynos le quedan bienes para la sustentación de su estado, que esto cunpla como yo lo mando (Testamento de Isabel la Católica, 1504: 8).

La Reina también atendió en su testamento, de forma particular, a aquellas reliquias y obras de arte devocional por las que sentía especial estima y para las que tenía pensado un destino concreto:

Ítem mando que se den e tornen a los dichos príncipe e princesas, mis hijos, todas las joyas que ellos me han dado. E que se dé al monasterio de Sanct Antonio, de la çibdad de Segovia, la reliquia que yo tengo de la saya de Nuestro Señor. E que todas las otras reliquias mías se den a la iglesia Cathedral de la çibdad de Granada. (Testamento de Isabel la Católica, 1504: 7v.).

Los vasos sagrados y relicarios sirven como ejemplo de la importancia otorgada a la orfebrería en las colecciones reales, habida cuenta de su utilidad, al estar destinadas al culto divino. La adquisición de objetos de uso litúrgico en plata y oro, así como la realización de otros por los propios artistas de la corte, fue una constante en tiempos de Isabel la Católica. Como ha quedado especificado, una parte de este subconjunto suntuario estaba destinada a la dotación y ornamentación de lugares como iglesias, oratorios, monasterios y hospitales protegidos por la monarquía, mientras que otras piezas formaron parte de la capilla privada de la Reina y se trasladaban junto a ella en cada uno de sus desplazamientos, un ajuar que se incrementaba periódicamente con la compra de tapices, tallas y pinturas, que fueron especialmente apreciadas por su valor material y estético.

Entre los cálices, cruces y portapaces destacan algunas obras de los plateros asalariados de la Reina, Jerónimo Alemán y Pedro Vigil, este último vecino de Ávila y primer Marcador Mayor del reino, según la pragmática de los Reyes Católicos del 12 de abril de 1488[37]. En el conjunto hay dos piezas de calidad excepcional, que destacan por encima del resto, un relicario del *Lignum Crucis* con la forma del Árbol de Jesé, de autoría desconocida, y una custodia de mano labrada en oro, plata y piedras preciosas por el platero catalán Jaume Eymeric. Aquella pieza, a la muerte de Isabel, fue adquirida para la catedral de Toledo por iniciativa del cardenal Cisneros y después integrada en la gran custodia de asiento realizada por Enrique de Arfe[38].

Estos ejemplos formarían parte del conjunto de joyas y reliquias que el profesor Yarza definía como “el tesoro sagrado” de Isabel, que ella se habría preocupado por acrecentar y proteger una vez conquistada Granada, para legarlo a la futura Capilla Real[39]. Si bien el conjunto de tablas, tapices, joyas y relicarios que se documentan en los inventarios de la Reina, ha sufrido importantes mermas, lo que ha llegado hasta nosotros da cuenta de un significativo tesoro de índole religiosa que a su vez era ejemplo de prestigio, tanto personal como de la Corona[40].

La existencia de pinturas y tallas de temática religiosa entre los bienes de la Reina nos permite aludir a la práctica de una actividad religiosa de carácter privado, que comenzó a difundirse en los reinos peninsulares desde principios del siglo XV procedente del norte y centro de Europa, conocida como *devotio moderna*. Se trataba de un modelo de devoción introspectiva, basada en la oración íntima, que fomentaba la meditación religiosa apoyada en textos como la *Imitatio Christi*, de Thomas de Kempis, la *Vita Christi* de Ludolfo de Sajonia o las *Revelaciones* de santa Brígida[41]. La lectura de aquellas obras, en ocasiones, se completaba con el uso de imágenes que movieran a la compasión y a la elevación espiritual. Las pinturas y esculturas relacionadas con este sistema de oración habrían de ser piezas de

pequeño formato, adecuadas para capillas u oratorios privados, y cuya finalidad era superior a la mera representación de una figura o pasaje sagrado, pues estaban destinadas a fomentar la identificación sensible con aquello que mientras se leía también se observaba, incrementando así la empatía y el carácter pietista.

Por su sentido cristocéntrico, la *devotio moderna* supone el punto de enlace entre el arte y la reforma de la Iglesia que se planteó en España, que destacaba en su ideario la figura redentora de Cristo. En el convulso momento religioso de los reinos peninsulares a finales del siglo XV, marcado por la inestable convivencia entre los distintos credos, aquel objetivo se quiso inculcar por igual a los cristianos “viejos” y a los judeoconvertidos, siendo las imágenes devocionales el medio más eficaz para grabar la idea en la mentalidad del pueblo[42]. A este respecto, en palabras de Johan Huizinga, las representaciones religiosas a finales de la Edad Media llevaban al conjunto de devotos a fijar las imágenes en sus mentes considerándolas como ciertas. De aquella manera, la *devotio moderna* se convirtió en un ejercicio de contemplación física y espiritual, que fomentaba el recogimiento interior durante la oración e inducía a una conducta piadosa[43].

Esta exaltación de la religiosidad se aprecia en la disposición tomada por los Reyes Católicos para la ciudad de Sevilla, por iniciativa de fray Hernando de Talavera, quien estaba llamado a ser uno de los ejes sobre los que pivotaría la mencionada reforma de la Iglesia. Se trataba de una propuesta para que, en cada casa, hubiera imágenes de Cristo, de la Virgen o de los santos, que sirvieran para favorecer la devoción del pueblo, lo que a su vez implicó un incremento potencial de la producción artística[44]. Del mismo modo, la posesión de una imagen divina en el interior de las casas también suponía una forma de controlar la rectitud y la ortodoxia cristiana, al identificarse con una expresión sincera de religiosidad[45].

Los propios Reyes Católicos participaron de estos intereses y, según una nota de la época, enviaron una talla de las características devocionales señaladas a fray Tomás de Torquemada, durante su etapa como prior del convento de Santa Cruz la Real en Segovia, para que la colocase en el oratorio de la iglesia que los monarcas ocupaban durante sus visitas[46].

En la Capilla Real de Granada, encontramos algunas de las pinturas que mejor manifiestan los intereses de la Reina en línea con la expresada idea de devoción íntima, por ser piezas de pequeño formato y una clara evocación pietista. Entre las obras que ella legó a su lugar de sepultura, algunas de las más destacadas de estilo flamenco son el *Díptico del Descendimiento*, la *Virgen con el Cristo de Piedad* y la *Virgen y Niño entronizado*, del pintor de origen germano Hans Memling; el *Tríptico de la Pasión* realizado por Dierick Bouts y el *Busto de Jesús*, relacionado con sus seguidores. Entre las obras hispano-flamencas hay dos pinturas de Bartolomé Bermejo, la *Santa Faz* y la *Epifanía*; y de Pedro Berruguete se conserva la mencionada imagen de *San Juan Evangelista en la isla de Patmos*.

En el conjunto encontramos dos excepciones respecto al origen de las obras, dos pinturas renacentistas de artistas italianos. *La oración en el huerto* es una obra de Sandro Botticelli y la tabla de *Cristo muerto* está vinculada a la mano de Pietro Perugino. Estas piezas no encajan con el resto de las pinturas en cuanto al estilo, pero sí a la temática, al tratarse de pasajes de la Pasión que entroncan con los principios promovidos por la *devotio moderna*. El asunto de la Pasión adquirió gran relevancia en este momento gracias a las nuevas corrientes devocionales, sirviéndose de la carga emocional transmitida por las figuras sufrientes de Jesucristo y de la Virgen[47] (Fig. 4) (Fig. 5).



Fig. 4. Virgen con el Cristo de Piedad. Hans Memling. Capilla Real de Granada.



Fig. 5. Cristo muerto en el sepulcro. Pietro Perugino (atrib.) Capilla Real de Granada.

La emotividad de las imágenes, bien transmitida en el modelo flamenco, no lo era tanto en el renacentista, por lo cual aten-

demos a que los gustos artísticos de la reina Isabel estaban en línea con aquel patetismo propio de las imágenes del arte gótico y no con la sobriedad y serenidad que manifestaba el nuevo arte del Renacimiento italiano. Sin embargo, como se ha constatado en las primeras páginas, el panorama artístico de los reinos peninsulares de los últimos años del siglo XV y los primeros años del siglo XVI fue lo suficientemente rico y heterogéneo como para adscribir a este momento la llegada de piezas de raigambre italiana como las pinturas de Perugino y Boticelli, aunque su valoración estaría en línea con el carácter efectista de la imagen, y no con la estética de las pinturas. Por lo tanto, el encuentro entre lo que Panofsky definió como el *ars nova* o *nouvelle pratique* de los flamencos y la *buona maniera moderna* de los italianos, no supuso ninguna dicotomía en la Castilla de la época de Isabel la Católica, pese a los distintos principios que regían cada estilo. La dualidad fue entendida como una parte más de la creciente heterogeneidad cultural, aunque la aceptación del segundo modelo artístico fue lenta y enmarcada en un paulatino proceso de superación de las formas medievales, cuya apreciación transcendía lo estético y participaba de lo sensible.

Como conclusión, podríamos decir que el arte vinculado a la reina Isabel es una extensión más de la pluralidad que define a su época de gobierno, y que el arte amparado, impulsado o influenciado por ella, estaría asociado a su programa político. Por lo tanto, el ideario artístico de Isabel la Católica, si bien incluye propósitos sociales, personales y religiosos, en su conjunto estaba imbuido de una intencionalidad superior, la de otorgar una imagen de mayor esplendor a su gobierno.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AZNAR LÓPEZ, M.; GAZTELU Y QUIJANO, L. (1992). *Reyes y mecenas. Los Reyes Católicos, Maximiliano I y los inicios de la Casa de Austria en España*. Toledo: Ministerio de Cultura.

BANGO TORVISO, I. (2001). *Maravillas de la España Medieval. Tesoro Sagrado y Monarquía*. Valladolid: Junta de Castilla y León.

BELMONTE DÍAZ, J. (1989). *Judíos e Inquisición en Ávila*. Ávila: Caja de Ahorros de Ávila.

BIAŁOSTOCKI, J. (1998). *El arte en el siglo XV. De Parler a Durero*. Madrid: Istmo.

BRANS J.V.L (1952). *Isabel la Católica y el arte Hispano-Flamenco*. Madrid: Silverio Aguirre Torre.

CABALLERO ESCAMILLA, S. (2006). "Función y recepción de las artes plásticas en el siglo XV" *Norba: Revista de arte* 26, 19-31.

CABALLERO ESCAMILLA, S. (2007). "La imagen femenina y la *devotio moderna*". En *Feminismo ecológico. Estudios multidisciplinares de género*. C. Velayos Castelo, O. Barrios Herrero, A. Figueruelo Burrieza (coords.), 141-170. Salamanca: Universidad de Salamanca.

CABALLERO ESCAMILLA, S. (2009a). "Los santos dominicos y la propaganda inquisitorial en el monasterio de Santo Tomás de Ávila". *Anuario de Estudios Medievales* 39/1, 357-387

CABALLERO ESCAMILLA, S. (2009b). "Los gestos de la Inquisición. El Auto de Fe de Pedro Berruguete". En *Congreso Internacional Imagen Apariencia*. C. de la Peña Velasco; M. Pérez Sánchez (coord.). Murcia: Universidad de Murcia.

CABALLERO ESCAMILLA, S. (2009c). "Promoción y clientela religiosa durante el S. XV en la ciudad de Ávila". *Cuadernos Abulenses* 38, 11-40.

CAMÓN AZNAR, J. (1961). *Pintura medieval española*. Summa Artis, Vol. XXII. Madrid: Espasa-Calpe.

DOMÍNGUEZ CASAS, R. (1990). "San Juan de los Reyes. Espacio funerario y aposento regio". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 56, 364-383.

FRANSEN, B. (2012). "Jan van Eyck y España. Un viaje y una obra". *Anales de Historia del Arte* 22, 39-58.

GIJÓN JIMÉNEZ, V. (2013). "El convento de San Juan de los Reyes en los relatos de Viaje de la Edad Moderna". *De Arte* 12, 103-118.

GÓMEZ-MORENO, M. (1931). *La escultura del Renacimiento en España*. Barcelona: Gustavo Gili.

HUIZINGA, J. (2005). *El otoño de la Edad Media*. Madrid: Alianza.

IGUAL LUIS, D. (2001). "Entre Valencia y Nápoles. Banca y hombres de negocios desde el reinado de Alfonso el Magnánimo". En *la España Medieval* 24, 103-143.

JUAN VICENS, A. (2010). "Influencias artísticas e intercambio de artistas entre Nápoles, las islas occidentales itálicas y las islas orientales hispánicas". *Miscelánea Medieval Murciana* XXXIV, 33-43.

MARTÍN GARCÍA, J. M. (2014). *Modernidad y Cultura Artística en tiempos de los Reyes Católicos*. Granada: Universidad de Granada.

MARTÍN SÁNCHEZ, L.; GUTIÉRREZ HERNÁNDEZ, F. (2009). "El marquaje de la platería en España durante el siglo XV. Ávila y los Marcadores Mayores Diego y Juan de Ayala" En *Estudios de Platería. San Eloy 2009*, J. Rivas Carmona (ed.), 483-506. Murcia: Universidad de Murcia.

MARTÍNEZ FRÍAS, J. M. (2013). “La presencia de Dello Delli en el convento de Santa Isabel de Hungría de Salamanca fundado por el obispo Sancho de Castilla en 1438”. En *Estudios de Historia del Arte* [Libro homenaje a Gonzalo M.^a Borrás Gualis] M. I. Álvaro Zamora; C. Lomba Serrano, J. L. Pano Gracia (coords.), 503-516. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.

PÉREZ HIGUERA, T. (1997). “En torno al proceso constructivo de San Juan de los Reyes en Toledo”. *Anales de Historia del Arte* 7, 11-24.

MANSO PORTO, C (2006). *Isabel la Católica y el arte*. Madrid: Real Academia de la Historia.

PULGAR, F. Del (1780). *Crónica de los Señores Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel de Castilla y de Aragón*. Valencia: Imprenta de Benito Monfort.

RODRÍGUEZ VALENCIA, V. (1972). *Isabel la Católica en la opinión de españoles y extranjeros. Siglos XV al XVI*. Valladolid: Instituto Isabel la Católica de Historia Eclesiástica.

SÁNCHEZ CANTÓN, F.J. (1950). *Libros, tapices y cuadros que coleccionó Isabel la Católica*. Madrid: CSIC. Instituto Diego Velázquez.

SEBASTIÁN, S. (1994). *El mensaje simbólico del arte medieval. Arquitectura, iconografía, liturgia*. Madrid: Ediciones Encuentro.

VALDEÓN BARUQUE, J. (2003). *Arte y cultura en la época de Isabel la Católica*. Valladolid: Instituto de Historia Simancas.

VILLANUEVA MORTE C. (2008). “La presencia de valencianos y aragoneses en la documentación notarial cagliaritana del siglo XV” *Anuario de Estudios Medievales* 38, 27-63.

YARZA LUACES, J. (1994). *Los Reyes Católicos. Paisaje artístico de una monarquía*. Madrid: Nerea

YARZA LUACES, J. (2003). *La nobleza ante el rey. Los grandes linajes castellanos y el arte en el siglo XV*. Madrid: Fundación Iberdrola.

YARZA LUACES, J. (2005). *Isabel la Católica. Promotora artística*. León: Edile-sa.

YARZA LUACES, J. (2007). *La Cartuja de Miraflores*. Cuadernos de Restauración de Iberdrola Vol. XIII (I. Los sepulcros y II. El retablo). Madrid: Fundación Iberdrola.

[1]. Como publicaciones de referencia que ofrecen una perspectiva global del arte isabelino, vid. YARZA LUACES, J. (1993). *Los Reyes Católicos. Paisaje artístico de una monarquía*. Madrid: Nerea; YARZA LUACES, J. (2005). *Isabel la Católica. Promotora artística*. León: Edile-sa.

[2]. Sobre este particular vid. SÁNCHEZ CANTÓN, F. J. (1950). *Libros, tapices y cuadros que coleccionó Isabel la Católica*. Madrid: CSIC / Instituto Diego Velázquez; PITA ANDRADE, J. M. (2006). “Pinturas y pintores de Isabel la Católica”. En *Isabel la Católica y el arte* C. Manso Porto (coord.) Madrid: Real Academia de la Historia.

[3]. SALVADOR LÓPEZ, N. (2003). “La instrucción infantil de Isabel, infanta de Castilla (1451-1461)”. En *Arte y cultura en la época de Isabel la Católica* J. Valdeón Ba-

ruque (ed.), 155-177. Valladolid: Instituto de Historia Simancas.

[4]. GIL FERNÁNDEZ, L. (2003). "El Humanismo en Castilla en tiempos de Isabel la Católica". En *Arte y cultura en la época de Isabel la Católica* J. Valdeón Baroque (ed.), 17. Valladolid: Instituto de Historia Simancas.

[5]. Vid. VILLANUEVA MORTE C. (2008). "La presencia de valencianos y aragoneses en la documentación notarial cagliaritana del siglo XV" *Anuario de Estudios Medievales* 38, 27-63; JUAN VICENS, A. (2010). "Influencias artísticas e intercambio de artistas entre Nápoles, las islas occidentales itálicas y las islas orientales hispánicas". *Miscelánea Medieval Murciana XXXIV*, 33-43.

[6]. GÓMEZ-MORENO, M. (1931). *La escultura del Renacimiento en España*. Barcelona: Gustavo Gili. 16.

[7]. IGUAL LUIS, D. (2001) "Entre Valencia y Nápoles. Banca y hombres de negocios desde el reinado de Alfonso el Magnánimo". En *la España Medieval* 24, 107.

[8]. MARTÍNEZ FRÍAS, J. M. (2013). "La presencia de Dello Delli en el convento de Santa Isabel de Hungría de Salamanca fundado por el obispo Sancho de Castilla en 1438". En *Estudios de Historia del Arte* [Libro homenaje a Gonzalo M.^a Borrás Gualis] M. I. Álvaro Zamora; C. Lomba Serrano, J. L. Pano Gracia (coords.), 503-516. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.

[9]. Una obra clásica, aunque ampliamente superada, sobre esta cuestión BRANS, J. V. L. (1952). *Isabel la Católica y el arte Hispano-Flamenco*. Madrid: Silverio Aguirre Torre.

[10]. GALERA MENDOZA, E. (2014). "Arquitectura y arquitectos en la época de los Reyes Católicos". En *Modernidad y Cultura Artística en tiempos de los Reyes Católicos*. J. M. Martín García (ed.) 38. Granada: Universidad de Granada.

[11]. FRANSEN, B. (2012). "Jan van Eyck y España. Un viaje y una obra". *Anales de Historia del Arte* 22, 39-58.

[12]. Enciclopedia virtual del Museo Nacional del Prado:

<https://www.museodelprado.es/aprende/enciclopedia/voz/gallego-fernando/f0-c11ca7-7a47-4885-a0e5-977a6c01948f>.

<https://www.museodelprado.es/aprende/enciclopedia/voz/berruguete-pedro/5b7ce92c-4d34-450b-b564-f7dbf4ea05cc>.

[13]. CAMÓN AZNAR, J. (1961). *Pintura medieval española*. Summa Artis, Vol. XXII. Madrid: Espasa-Calpe, 563

[14]. YARZA LUACES, J. (2007). *La Cartuja de Miraflores*. Cuadernos de Restauración de Iberdrola Vol. XIII (I. Los sepulcros y II. El retablo). Madrid: Fundación Iberdrola.

[15]. Atribución defendida por Virtudes Jiménez Torrubia, restauradora de la imagen en el año 2017, quien argumenta las similitudes formales y técnicas entre el Cristo de Santo Tomás y aquel que preside el retablo de la Cartuja de Miraflores.

[16]. PÉREZ HIGUERA, T. (1997). "En torno al proceso constructivo de San Juan de los Reyes en Toledo". *Anales de Historia del Arte*, 7, 12. Isabel también menciona en

su testamento la idea de ser enterrada en Toledo, aunque su cadáver debería estar allí de forma provisional, solo hasta que pudiera ser trasladado a Granada.

[17]. GIJÓN JIMÉNEZ, V. (2013). “El convento de San Juan de los Reyes en los relatos de Viaje de la Edad Moderna”. *De Arte* 12, 104.

[18]. PÉREZ HIGUERA, T. (1997), 12.

[19]. Algunos argumentos sobre el carácter funerario de la iglesia de San Juan de los Reyes en DOMÍNGUEZ CASAS, R. (1990). “San Juan de los Reyes. Espacio funerario y aposento regio”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 56, 364-383.

[20]. PÉREZ HIGUERA, T. (1997), 14.

[21]. YARZA LUACES, J. (2003). *La nobleza ante el rey. Los grandes linajes castellanos y el arte en el siglo XV*. Madrid: Fundación Iberdrola, 113.

[22]. BIAŁOSTOCKI, J. (1998), *El arte en el siglo XV. De Parler a Durero*. Madrid: Istmo, 232.

[23]. CABALLERO ESCAMILLA, S. (2007). “La imagen femenina y la *devotio moderna*”. En *Feminismo ecológico. Estudios multidisciplinares de género*. C. Velayos Castello, O. Barrios Herrero, A. Figueruelo Burrieza (coords.), 143. Salamanca: Universidad de Salamanca.

[24]. YARZA LUACES, J. (2003), 210-211.

[25]. YARZA LUACES, J. (2005), 149-154.

[26]. CHECA CREMADES, F. (1992). “Poder y piedad: Patronos y mecenas en la introducción del Renacimiento en España”. En *Reyes y mecenas. Los Reyes Católicos, Maximiliano I y los inicios de la Casa de Austria en España*. M. Aznar López y L. Gaztelu y Quijano (coord.), 40. Toledo: Ministerio de Cultura.

[27]. BELMONTE DÍAZ, J. (1989). *Judíos e Inquisición en Ávila*. Ávila: Caja de Ahorros de Ávila, 124

[28]. CABALLERO ESCAMILLA, S. (2009a). “Los santos dominicos y la propaganda inquisitorial en el monasterio de Santo Tomás de Ávila”. *Anuario de Estudios Medievales* 39/1, 357-387

[29]. Testamento de Isabel la Católica, fol. 2v.-3.

[30]. YARZA LUACES, J. (1994), 38

[31]. CABALLERO ESCAMILLA, S. (2009a), 361.

[32]. CABALLERO ESCAMILLA, S. (2009b). “Los gestos de la Inquisición. El Auto de Fe de Pedro Berruguete”. En *Congreso Internacional Imagen Apariencia*. C. de la Peña Velasco; M. Pérez Sánchez (coord.). Murcia: Universidad de Murcia.

[33]. CABALLERO ESCAMILLA, S. (2009c). “Promoción y clientela religiosa durante el S. XV en la ciudad de Ávila”. *Cuadernos Abulenses*, 38, 11-40.

[34]. PITA ANDRADE, J. M. (2006). “Pinturas y pintores de Isabel la Católica”. En *Isabel la Católica y el arte*, C. Manso Porto (coord.), 64-66. Madrid: Real Academia de la Historia.

[35]. RODRÍGUEZ VALENCIA, V. (1972). *Isabel la Católica en la opinión de españoles y extranjeros. Siglos XV al XVI*, 201. Valladolid: Instituto Isabel la Católica de Historia Eclesiástica.

[36]. RODRÍGUEZ VALENCIA, V. (1972), 157.

[37]. MARTÍN SÁNCHEZ, L.; GUTIÉRREZ HERNÁNDEZ, F. (2009). “El marcaje de la platería en España durante el siglo XV. Ávila y los Marcadores Mayores Diego y Juan de Ayala” En *Estudios de Platería. San Eloy 2009*, J. Rivas Carmona (ed.). 488, Murcia: Universidad de Murcia.

[38]. ZALAMA RODRÍGUEZ, M.A. (2005). “Isabel la Católica y las joyas: la custodia de la catedral de Toledo”. En *El arte en la Corte de los Reyes Católicos. Rutas artísticas a principios de la Edad Moderna*, F. Checa Cremades; B. J. García García (coords.) 331-354. Madrid: Fundación Carlos de Amberes.

[39]. YARZA LUACES, J. (2001). “El tesoro sagrado de Isabel la Católica”. En *Maravillas de la España Medieval. Tesoro Sagrado y Monarquía*, I. Bango Torviso (coord.), 312. Valladolid: Junta de Castilla y León.

[40]. YARZA LUACES, J. (2003). “Isabel la Católica coleccionista ¿sensibilidad estética o devoción”. En *Arte y cultura en la época de Isabel la Católica*, J. Valdeón Barunque (ed.), 228. Valladolid: Instituto de Historia Simancas.

[41]. Traducido para Isabel por fray Ambrosio de Montesinos.

[42]. Este principio nos remitiría a la teoría que defiende del uso de las imágenes religiosas como “Biblia de los iletrados”, un concepto relacionado con la misiva enviada por el papa Gregorio Magno (*pont.* 590-604) al obispo de Marsella en la que promovía el uso de imágenes por su capacidad de enseñar el mensaje sagrado a quienes no sabían leer.

[43]. HUIZINGA, J. (2005). *El otoño de la Edad Media*, 219. Madrid: Alianza.

[44]. PÉREZ MONZÓN, O. (2012). “Producción artística en la Baja Edad Media. Originalidad y/o copia”. *Anales de la Historia del Arte* 22, 85-121.

[45]. CABALLERO ESCAMILLA, S. (2006). “Función y recepción de las artes plásticas en el siglo XV”. *Norba: Revista de arte* 26, 19-31.

[46]. MOLINA I FIGUERAS, J. (2000). *Contemplar meditar, rezar. Función y uso de las imágenes devocionales en torno a 1500*. Citado en: CABALLERO ESCAMILLA, S. (2007), 150-152. Información facilitada por el licenciado Calvete en 1499. La autora indica que la iniciativa de esta donación probablemente surgiera de la Reina, debido a la religiosidad que la caracterizaba.

[47]. Sobre el sentimiento patético del cristianismo en el siglo XV, vid. SEBASTIÁN, S. (1994). *El mensaje simbólico del arte medieval. Arquitectura, iconografía, liturgia*. Madrid: Ediciones Encuentro. 378-382.



José María GÓMEZ GÓMEZ

Gran Maestre Emérito del Capítulo de Isabel la Católica

josemariagomezgomez51@gmail.com

Lengua y literatura española en época de los Reyes Católicos

A lo largo del siglo XV tiene lugar la consagración de la lengua castellana como lengua española. Desde la segunda mitad del siglo XIII, tras la actitud decidida de Alfonso “el Sabio”, la lengua castellana lleva una línea ascendente de progresivo engrandecimiento y expansión geográfica, siempre de forma espontánea, sin ningún tipo de dirigismo o imposición. En 1492, en pleno reinado de los Reyes Católicos, la lengua castellana será objeto de reglamentación y constitución como lengua ya clásica, digna de ser conocida y estudiada por propios y extraños: Nebrija (1441-1522) presenta a la reina Isabel la Católica su *Gramática castellana*.

Este esplendor corre parejo con la producción literaria del momento: los poetas de Cancionero, el *Romancero Tradicional*, el Marqués de Santillana, Juan de Mena, Gómez Manrique, Jorge Manrique y sus *Coplas a la muerte de mi padre*, Diego de San Pedro y su *Cárcel de amor*, el *Amadís de Gaula*, la *Obra de agricultura* de Gabriel Alonso de Herrera, los libros de historia y crónicas de reinado... en fin, qué más añadir, si solamente *La Celestina* bastaría para inmortalizar su época.

Cuando en Salamanca di la muestra de aquesta obra a Vuestra Real Majestad e me preguntó que para qué podía aprovechar, el mui reverendo padre obispo de Ávila me arrebató la respuesta e respondiendo por mi dijo que, después que vuestra Alteza metie-

se debajo de su yugo muchos pueblos bárbaros e naciones de peregrinas lenguas e con el vencimiento aquellos tendrían necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido y con ellas nuestra lengua, entonces, por este mi Arte, podrían venir en el conocimiento de ella, como ahora nosotros deprendemos el Arte de la Gramática Latina para deprender el latín. Y cierto así es que, no solamente los enemigos de nuestra fe, que tienen la necesidad de saber el lenguaje castellano, mas los vizcaínos, navarros, franceses, italianos y todos los otros que tienen algún trato e conversación en España y necesidad de nuestra lengua, si no vienen desde niños a la deprender por uso, podranla más aína saber por esta mi obra[1].

Este fue el pensamiento de los Reyes Católicos, ante el espectáculo de España con sus variedades dialectales: para crear la Unidad Nacional y el Imperio Español, que presentían, había que imponer sobre España una lengua sola, y derramarla luego por tierras lejanas, todavía ignotas, aunque adivinadas.

Esta lengua no podía ser otra que la castellana, la única llamada, desde comienzos de la reconquista, a irse ensanchando cada vez más, para suprimir diferencias dialectales o lingüísticas. Y así lo comprendió el rey aragonés Fernando, el único que hubiera podido variar el rumbo histórico del castellano, porque en 1474, cuando Castilla y Aragón se unieron, Isabel hablaba el castellano, y Fernando, el aragonés; ella decía “embra”, “acer”, “ablar”, mientras que él pronunciaba “fembra”, “facer”, “fablar”, pues la conservación de la f era, al revés que en castellano, la principal característica dialectal de Aragón. Mas el rey bien pronto abandonó su lengua, para pronunciar en castellano, lo mismo que su esposa: “arina”, “acer”, “acienda”[2].

Unidad de mando y de lengua fue, pues, el recio sostén del nuevo Estado, uno de cuyos símbolos, el hinojo, representaba, como palabra, la unión de dos pueblos y dos hablas: porque en Castilla decían “inojo” con la misma letra inicial de Isabel, y en Aragón “finojo” con la letra de Fernando.

El poeta aragonés Marcuello, en un poema perdido, y solo conocido por un resumen de Latasa, dedicábase a interpretar y relacionar tales palabras y sus iniciales:

Llámala Castilla Ynojo,

*ques su letra de Ysabel,
y de Yesus Hemanuel.
Llámala Aragón fenojo
ques su letra de Fernando
y de fhe las dos de un bando.
Este tal en Aragón,
fenojo llaman, señores,
su primera letra es flores.
Y eso mesmo acá en Castilla
Ynojo llaman, nombralda,
su letra fina esmeralda.
Del fenojo, en Aragón,
la effe es letra primera
y en Castilla en conclusión,
nombrándolo por razón
es la y más delantera.
Estos son significados
de vos altos Reyes dos.
Estas divisas, mis Reyes,
fueron bien consideradas
y con fhe y Yhesus armadas.
Pues aquel yugo entra con y
flechas con effe doblada,
más ganarán que Granada.*

Llega entonces, con los Reyes Católicos, el momento culminante de la expansión del castellano por la Península: en la gran empresa de “reducir –como decía Nebrija– e ayuntar en un cuerpo e unidad de Reino los miembros en pedazos de España derramados”, la mutua comprensión entre hermanos exigía la sumisión de todos a un lenguaje único.

Ilustre colaborador de los reyes en aquella gran tarea de dar a España unidad lingüística fue el propio Nebrija, autor de una *Gramática Castellana* compuesta con el fin –entre otros– de que aprendiesen nuestra lengua los “vizcaínos y navarros” –aparte de los “franceses e italianos”–, ya que “no solamente los enemigos de nuestra Fe tienen necesidad de saberla”.

Enorme fue el empeño que todos pusieron entonces en usarla o escribirla, sobre todo los aragoneses, que siguiendo el ejemplo de su rey, diéronse a abandonar sus modalidades dialectales aragonesas para escribir en el más puro castellano, ya que como decía Bernardino Gómez Miedes: “los castellanos tienen los conceptos de las cosas más claros y así los explican con vocablos más propios y bien acomodados; de más que, por ser de sí elocuentes en el dezir, tienen más graciosa pronunciación que los aragoneses”[3].

Los catalanes, que hacía muy poco, en la corte de Alfonso V, habían preferido el castellano, aparecen en el *Cancionero de Stú-niga* componiendo sus versos en castellano. Se siente entonces profunda admiración por Castilla y uno de ellos la elogia en estos términos:

*En Castilla es proesa,
franquesa, verdat, mesura,
en los Señores larguesa,
en donas grand fermosura.*

Eran además aquellos los momentos en que el catalán, después de haber sido cultivado por un Desclot, Muntaner, Lull, Eximenis, Ausias March, Roig, etc. inicia su decadencia literaria.

En Valencia, foco de cultura muy superior entonces al de Barcelona, la lengua de su primer conquistador, el Cid, penetraba por las vegas del Segura y del Júcar. En el *Cancionero General*, impreso en Valencia en 1511, en castellano escriben el conde Oliva, Mosén Tallante, el comendador Escrivá y otros

tantos valencianos. Uno de ellos Narciso Viñoles, en su traducción de la *Summa Chronicarum*, alaba la “limpia, elegante y graciosa lengua castellana, la cual puede muy bien, y sin mentira ni lisonja, entre muchas... de aquesta nuestra España, latina, sonante y elegantísima ser llamada”.

Viziana, en 1574, describe todavía la propagación del castellano por Valencia en estos términos: “La lengua castellana se nos entra por las puertas deste Reino, y todos los valencianos la entienden y muchos la hablan, olvidados de su propia lengua”.

Portugal, en los primeros años del siglo XVI, cedía a Castilla su mayor poeta, después de Camoens: en Lisboa –ante una hija de los Reyes Católicos, doña María, madre del rey de Portugal Juan III–, recitaba Gil Vicente, en castellano, la primera obra de teatro que se representaba en Portugal.

Una vez conquistada Granada, también los moros de aquel antiguo reino tuvieron que usar el castellano. En ellos pensó aquel amigo de Nebrija, fray Hernando de Talavera, arzobispo de Granada. Este gran apóstol de los moriscos se propuso formar sacerdotes que sabiendo árabe llevasen al territorio granadino la religión y la lengua española. Para ello reunió a varios alfaquíes, bajo la dirección del fraile Pedro de Alcalá, quien en 1505 publicó un diccionario español-árabe, el primero que hasta entonces en el mundo se había compuesto para traducir una lengua moderna al árabe. Una gramática o “Arte para ligeramente saber la lengua arábiga” lo completaba, a imitación el latino y castellano de Nebrija.

Más arraigado que en los moriscos estaba el castellano en los judíos, pues éstos venían cultivándolo incluso literariamente: recordemos a Sem Tob (1350), rabino de Carrión, el autor de los *Proverbios morales*, o a otros poetas, como Antón de Montoro y Juan Alfonso de Baena.

Los judíos utilizaron, pues, el castellano con una especial afección, que conservaron y conservan, después de ser expulsados precisamente en 1492: todavía lo hablan hoy los descen-

dientes de aquellos expulsos o sefardíes, que están diseminados por el norte de África, Palestina, Siria, Turquía y hasta por Rumanía, Bulgaria, Serbia y Bosnia, o sea, por lo que fue el antiguo Imperio Otomano, donde mejor fueron acogidos. Mantienen, además, un vivo recuerdo de la poesía española: recitan de memoria, sobre todo, romances, y guardan fielmente los refranes antiguos. Cultivan también el español escrito, publicando libros y periódicos, bien con tipos latinos, bien con hebraicos.

Ahora bien, estos judíos, aislados de la Península desde 1492, no hablan el español de hoy, sino el de entonces, o sea que todavía emplean sonidos y palabras del siglo XV, distinguiendo la s de la ss, y la j de la x, y la b de la v –como en la época de Alfonso “el Sabio”–, o empleando en el vocabulario arcaísmos como “agora”.

Claro es que este castellano no se conserva tal como saliera entonces de España: toda lengua se renueva constantemente, y los sefardíes han renovado su judío-español, incorporando a él hebraísmos y extranjerismos tomados de los idiomas de aquellos países donde residen[4].

Al propósito de unificar lingüísticamente la Península iba parejo –como ya hemos indicado– el de difundirla por ultramar. Esa fue precisamente la idea obsesionante de Nebrija al redactar su *Gramática Castellana* en 1492: Nebrija soñaba en una prodigiosa expansión de nuestra lengua por el mundo (Fig. 1).



Fig. 1. Antonio de Nebrija, Gramática Castellana. Edición de 1534.

Un día de aquel año se acercó a Isabel la Católica acompañando de su amigo fray Hernando de Talavera, a la sazón obispo de Ávila e íntimo de Colón; quería Nebrija que viese la Reina aquella Gramática, antes de que corriese en manos de las gentes; la Reina preguntó entonces que para qué podía aprovechar, y arrebatando el obispo a Nebrija la respuesta, dijo solemnemente contestando por él:

Después que vuestra Alteza meta debajo de su yugo muchos pueblos bárbaros e naciones de peregrinas lenguas e con el vencimiento aquellos ternán necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido e con ellas nuestra lengua, entonces por este Arte podrán venir en el conocimiento della.

En fin, los tres sabían ya que aquellos pueblos de peregrinas lenguas no podían ser otros que los que Colón estaba a punto de descubrir.

Un gran invento, el de la imprenta, vino además a asegurar esa difusión del español y aun a variar favorablemente su rumbo histórico. Hasta entonces las gentes no habían podido gozar de la eficacia del lenguaje escrito, primero como medio pode-

roso de difusión de la lengua, con reproducciones múltiples de una misma obra; segundo, como elemento renovador del lenguaje hablado, y tercero, como elemento estabilizador del mismo.

Con la imprenta, el lenguaje escrito llegaba a las muchedumbres y se convertía en fuente renovadora del lenguaje; llegaban los escritos intactos a las gentes tal como salieran de las plumas de los grandes autores, y así se hacían permanentes unas mismas palabras y sonidos, alcanzando así el lenguaje, poco a poco, la fijación y estabilización imprescindible a toda lengua civilizada.

Nebrija, el árbitro lingüístico de aquella España, era, según el retrato que de él nos ha transmitido Nicolás Antonio, mediano de estatura, pero bien formado; su rostro, que respiraba majestad, decía ser el de un hombre consagrado al estudio; su voz, grácil o sutil; delgadas piernas; ojos pequeños. Había nacido en Lebrija (Sevilla); se formó en Italia principalmente. Explicó luego en Sevilla, Salamanca y Alcalá de Henares. Como todos los grandes humanistas del Renacimiento, Nebrija aspiró a poseer una visión totalitaria del universo. Por eso trabajó en tan diversas disciplinas como la Teología, Derecho, Ciencias Naturales, Cosmografía y Geodesia. Estudió griego y hebreo; pero el latín absorbió casi toda su vida: su *Diccionario romance latino* (1491), al lado del que por encargo de la Reina compuso el anciano Alonso de Palencia un año antes, son, en realidad, los dos primeros diccionarios de la lengua española. Su interés y amor hacia el Imperio Romano le llevaron a estudiarlo no solo en los libros, sino también en las ruinas de Mérida, cuyo circo y naumaquia exploró por vez primera en España (Fig. 2).



Fig. 2. Antonio de Nebrija impartiendo una clase de gramática.
Introducciones Latinae, 1486. Biblioteca Nacional de España.

Mas Nebrija no es solo el restaurador de la antigüedad profana, sino también de la sagrada: en 1513 colabora con Cisneros en la Biblia Políglota y se adelanta a Erasmo –su contemporáneo, aunque mucho más joven éste– en los métodos científicos de exégesis bíblica.

Trascendental en la marcha del Renacimiento europeo fue también su estudio de la lengua castellana, pues con él despertó en Europa el interés por las lenguas vulgares: Nebrija, primer historiador, por cierto, del español –en el prólogo de su Gramática sienta el origen latino del castellano y, en pocas palabras, traza la primera historia del español– dignificó nuestra lengua haciéndola objeto de estudio como el latín y proclamándola política y estéticamente émula de la de Roma; años des-

pués, Italia, Francia y Alemania se dedicaban a estudiar y valorizar sus lenguas vulgares respectivas.

Los Reyes Católicos le estimaban mucho. La Reina tenía el empeño de que él fuera el maestro de su hijo, el malogrado príncipe don Juan. De sus obras se informaba con todo detalle y hasta gustaba tenerlas en sus manos en muestra, antes de que salieran a la luz.

En fin, cuando los reyes pensaron en esculpir y bordar en piedras y estandartes el símbolo de España, llamaron a Nebrija y él fue quien hizo “la acertada aguda y grave empresa de las saetas, coyunda y yugo, con el alma *Tanto Monta*, que fue ingeniosa alusión”[5].

Tan trascendental para el futuro como la obra de Nebrija fue la actitud de la reina Isabel ante el lenguaje, no solo en su aspecto político, sino también desde el punto de vista de la estética del castellano. Porque ella, indudablemente, ponía en su lenguaje un nuevo estilo, en oposición al exagerado y artificioso de los tiempos de su padre Juan II; un nuevo estilo que admiraban y procuraban imitar las gentes de entonces.

En primer lugar, ponía en su hablar la reina Isabel una sobriedad, propia de su elegante sencillez y modestia; por eso no le agradaban hueros discursos ni frases altisonantes: “Aborrecía los hombres livianos parleros”, decía de ella Lucio Marineo Sículo[6].

En segundo lugar, hablaba con un solemne reposo: “Hablaban el lenguaje castellano elegantemente y con mucha gravedad”, atribuyendo a la Reina una cualidad propia, poco más tarde, de los españoles del siglo XVI, admirados en el mundo –según Baltasar Castiglione– precisamente por su “peculiar gravedad reposada”, que acaso aprendieran de la reina Isabel. Y acaso también de Fernando el Católico, que, al decir de Pulgar, “tenía la fabla igual, ni presurosa ni muy espaciosa”.

En fin, hablaba la Reina en un lenguaje natural, pero selecto, y opuesto por tanto al latinizante y engolado de la anterior cor-

te de Juan II; un lenguaje regido por lo que ella llamaba “buen gusto”, o sea una no aprendida aptitud para saber elegir las imágenes y palabras más adecuadas, agradables y hermosas.

Buen gusto es también lo que rige en la obra más perfecta hasta entonces del lenguaje escrito castellano: en las *Coplas* de Jorge Manrique, en *La Celestina* de Fernando de Rojas y en la *Obra de Agricultura* de Gabriel Alonso de Herrera. De todas formas, lo natural se sobrepone siempre a lo artificioso, no solo en estas obras, sino también en otros escritores, como el mismo Nebrija, tan sencillo en la expresión. En Rojas, incluso cuando lo artificioso latinizante aparece en boca de altos personajes, como acomodado al estilo de éstos, la réplica o crítica de ese estilo surge inmediatamente en boca del criado, señalando así Rojas bien claramente cuál había de ser en aquella época el canon del estilo ideal: “Dexa, señor –dice Sempronio a Calixto–, esos rodeos, que no es habla conveniente la que a todos no es común”.

Ante tan grandes éxitos como los que venimos señalando, era natural que Nebrija creyera que estaba la lengua “ya tanto en la cumbre, que más se pudiera temer el descendimiento de ella que esperar la subida”. Sin embargo, días de mayor gloria iba a alcanzar el castellano, gracias al nieto de Isabel de Castilla, el emperador Carlos V. En ellos se afirmaría la política lingüística de la Reina: unidad y difusión universal. En ellos se perfeccionaría la lengua, a base del buen gusto isabelino. A ella, pues, se debe la iniciativa en el desenvolvimiento de la lengua en su Edad de Oro. Con razón decía Nebrija de la Reina que “en su mano e poder no menos está el momento de la lengua que el arbitrio de todas nuestras cosas”[7].

Cuando Nebrija considera que la lengua castellana se encuentra ya en la “cumbre”, se basa sin duda en la gran floración literaria que ha venido teniendo a lo largo del siglo XV y, especialmente, al momento de esplendor que vive en la época de los Reyes Católicos. Una simple enumeración nos permite estable-

cer una valoración general de la importancia de la literatura castellana en aquella época. En el género poético los cancioneros, el romancero tradicional, los grandes poetas Marqués de Santillana, Juan de Mena, Gómez Manrique y Jorge Manrique, la sátira social, la poesía religiosa. En la prosa didáctica los libros de historia –crónicas de reinado y crónicas particulares–, el cuento, obras filosófico-morales, el arcipreste de Talavera, fray Hernando de Talavera, Gabriel Alonso de Herrera. La prosa novelesca ofrece dos grandes aportaciones: la novela sentimental y la novela de caballerías. Y en el género teatral: el teatro religioso –Gómez Manrique, Alonso del Campo–, Juan del Enzina y Lucas Fernández, y una obra, capaz por sí sola, de inmortalizar la lengua en que fue escrita, la lengua castellana: *La Celestina* de Fernando de Rojas.

Describamos ahora con más detenimiento, aunque sin poder profundizar como quisiéramos por la obligada brevedad de estas páginas, el panorama de la literatura castellana del siglo XV.

1. POESÍA

La poesía en lengua castellana florece extraordinariamente durante el siglo XV. En este siglo su denominación más usual era *Poesía cortesana*, porque era en la corte donde se hallaba el ambiente propicio para su desarrollo y en la corte se daban las situaciones adecuadas que requería el juego amoroso, el comentario moralista o la puya desvergonzada. La poesía gozó en aquella época de gran estimación y al poeta se le reconoció su función en la sociedad estimando sus dotes como señal de nobleza. En el conjunto de poetas y poemas cabe distinguir cuatro escuelas o tendencias.

La llamada *Poesía trovadoresca* estaba muy enraizada en Galicia durante los siglos XIII y XIV y pasa a Castilla en el siglo XV. Al final se impuso el castellano. Se trata de una poesía artificiosa y convencional que resulta estereotipada después de dos siglos de cultivo literario. Sus cualidades más apreciadas son el ingenio y el virtuosismo.

La *Poesía didáctico-moral*, con sus variantes *Poesía satírica* y *Poesía religiosa*, abarca gran número de poemas. Su tono es grave, de claro cuño castellano, pero punzante y crítico en su vertiente satírica cuando arremete contra los vicios y ambición de los nobles y corruptos eclesiásticos.

La *Poesía alegórico-dantesca* es otra interesante variante. Procede del influjo de la *Divina Comedia* de Dante. Se caracteriza por su tono elevado, lenguaje culto, lleno de latinismos, por su versificación, generalmente en coplas de arte mayor, y sobre todo por su trama alegórica, en forma de “visión” o “sueño” en el que el poeta ve aparecer distintos personajes simbólicos.

La *Poesía popular* o *Lírica tradicional* viene a ser las breves cancioncillas, que normalmente se cantaban acompañándose de instrumentos musicales como la vihuela, etc. Su existencia y transmisión oral viene de siglos anteriores. Ahora, en el XV, se recoge en cancioneros como el *Cancionero musical de Palacio*.

La *Poesía épico-lírica* tiene también una espectacular floración en el siglo XV. Es lo que conocemos como *Romancero Tradicional* o *Romancero Viejo*.

Es cierto que apenas una decena de nombres adquieren renombre y trascendencia, pero son muchos los que escriben versos, que conocemos gracias a los compiladores de cancioneros. Es lo que llamamos poesía y poetas de *cancionero*. Los cancioneros son compilaciones de poemas que suelen responder a diferentes criterios, que les confieren cierta unidad: según el tema de los poemas –*Cancionero de obras devotas*, año 1492–, según la procedencia geográfica de los poetas –*Cancionero Antequerano*–, según la secuencia temporal de los autores –*Cancionero de Stúñiga*–.

En otros casos son compilaciones sin más criterio que recoger y salvar del olvido poetas y poemas. Cumplirían la función de bibliotecas, como dijo Rodríguez Moñino. Entre los más importantes hay que citar el *Cancionero de Baena*, que recibe el nombre de su compilador, quien lo dedica a Juan II. Recoge

composiciones de poetas de los reinados de Enrique II, Juan I, Enrique III y primeros años de Juan II.

El *Cancionero de Stúñiga* es llamado así por el nombre del primer poeta seleccionado, posiblemente el compilador y cabeza de la escuela napolitana, pues recoge la producción de poetas pertenecientes a la corte napolitana de Alfonso V el Magnánimo. El *Cancionero de Fernández de Ixar*, el *Cancionero de Herberay des Essart*, el *Cancionero de Palacio* y el *Cancionero General*, publicado en 1511 por Hernando del Castillo, son otros tantos exponentes de la gran floración poética en el siglo XV, especialmente en el reinado de los Reyes Católicos. Sobresalientes poetas de cancionero fueron Alfonso Álvarez de Villasandino, Macías, Ferrán Sánchez Calavera –o Talavera–, Juan Alfonso de Baena, Micer Francisco Imperial, Mosén Pero Torrellas, Lope Ortiz de Stúñiga, Antón de Montero “el Ropero”, Juan Álvarez Gato...

El romancero es, sin duda, una de las joyas indiscutibles de la literatura española. Por tal entendemos al impresionante corpus de *romances* que, en su inmensa mayoría, se escribieron en el siglo XV, aunque en muchos casos la temática viene de siglos anteriores, por descomposición de poemas épicos extensos. Se suele denominar *Romancero Tradicional* o *Romancero Viejo*. En 1421 se fecha el primer romance escrito, copiado por Jaime de Olesa. Las compilaciones se hicieron en la época de los Reyes Católicos y durante el siglo XVI.

La temática de los romances es muy variada. Unos son *romances noticiosos*, que refieren acontecimientos históricos, contemporáneos en su día, y que venían a ser, en opinión de Menéndez Pidal, “los periódicos de la época”. Muchos de ellos eran versificaciones de los sucesos de la guerra contra los moros, episodios de la Reconquista, devenir de la Guerra de Granada... Otros son *romances heroicos*, cuyos temas son los grandes hechos de la historia medieval castellana: *Don Rodrigo y la Périda de España*, *el Cid*, *los Infantes de Lara*, etc. Otro grupo lo

conforman los llamados *romances novelescos*, más tardíos que los anteriores, unos de temática bíblica o religiosa, otros de aventuras: *Gerineldo*, *Lisardita*, *La dama y el pastor*...

La *Poesía satírica* prolifera en el siglo XV en el ambiente de conflictividad política que se vive en los reinados de Juan II y, sobre todo, de Enrique IV: reyes que ceden el gobierno a favoritos, que abusan del poder, se enriquecen y viven en lucha permanente con otros nobles rivales que aspiran a ocupar el puesto de favoritos, reyes que para mantener su poder se ven en el trance de ceder mercedes y privilegios a los nobles. Grandes satíricos fueron nobles como Gómez Manrique y Juan de Mena, o poetas relacionados con ellos, como Antón Montoro. Tres son las obras sobresalientes de la que podemos llamar sátira sociopolítica, donde no faltan puyas contra eclesiásticos y religiosos: *Las Coplas de Panadera*, *Las Coplas del Provincial* y *Las Coplas de Mingo Revulgo*.

La *Poesía religiosa* sucede a la sátira, con el advenimiento de los Reyes Católicos, la pacificación de los reinos, la supresión de los partidos y del poder de los nobles, el establecimiento de la Inquisición y la regeneración de la moral y la justicia. Florece la poesía religiosa, centrada en la figura de Cristo –antes era la Virgen y los santos–. De la vida de Cristo la Pasión es el tema favorito. Fray Íñigo de Mendoza es figura destacada, sus *Coplas de Vita Christi* suman cuatro mil versos y eso que solo se refiere al corto período que va de la Anunciación a la Matanza de los Inocentes. Vinculado estrechamente a Isabel la Católica desde sus años como princesa, y para su formación como futura reina, le dedicó un interesante poema didáctico-moral: *Dechado de regimiento de príncipes*.

Tarsicio de Azcona destacó en su día una idea central del poema: “la comparación de Isabel con la Virgen María en su función específica de reparación y restauración; ésta, para el entero linaje humano; aquélla, para su reino castellano”. El biógrafo de Isabel la Católica insiste en otros valores del poema:

La doctrina expuesta en el poema no es en manera alguna despreciable, aunque vaya de ordinario figurada en símiles tomados del arte militar. Para fray Íñigo, la gente castellana necesitaba, ante todo, unan aguda España de justicia, aunque manejada no por venganza sino con ‘amor y tristura’, castigando a pocos ladrones y traidores para salvar a todos; solo a base de una inquebrantable fortaleza conseguiría imponerse a su pueblo, sin miedo a los ladridos de los nobles (...) Imaginando el gobierno como desmenado alazán, Mendoza aconseja la brida, que quiere decir freno al amor, freno al lujo, freno al coqueteo de las damas y al atrevimiento de los galanes.

Indudablemente la visión, consecuente con la condición del autor, no puede resultar más moralizante.

Otro gran poeta religioso, favorito de Isabel la Católica, fue fray Ambrosio Montesino, cuyo *Cancionero* se publicó en 1508. Conocemos un poema que le encargó directamente la Reina Isabel en Toledo. Como escribe Vicente Rodríguez Valencia, en su libro *Perfil moral de Isabel la Católica*, “Montesinos, uno de los mejores poetas líricos religiosos de fines del XV y principios del XVI, es el poeta de la reina en sus más altos ideales místicos: San Juan Evangelista y la Pasión de Cristo”. Pertenece a la observancia franciscana y al convento de San Juan de los Reyes, entrañable fundación de la Reina. Cuando la enfermedad de Isabel avanzaba, la sierva de Dios le pide un poema de devoción sobre la agonía de Cristo en Getsemaní, que pueda ayudarla a suscitar en su propia agonía sentimientos parecidos a los del Señor en la suya. A esto viene el poema solicitado en el *Cancionero de diversas obras de nuevo trobadas*, título completo del libro de fray Ambrosio Montesino. El título de esta composición es *Coplas por mandado de la Reyna doña Isabel, estando su Alteza en el fin de su enfermedad* (Fig. 3).



Fig. 3. Ambrosio de Montesino, *Vita Christi*. Traducción para la reina Isabel.
Edición de 1505. Biblioteca Nacional de España.

De entre el abigarrado elenco de nombres, que conforman el panorama poético del siglo XV, cabe destacar algunos especialmente sobresalientes, por otra parte, sobradamente conocidos: el Marqués de Santillana, Juan de Mena, Gómez Manrique y Jorge Manrique.

EL marqués de Santillana, Íñigo López de Mendoza, supo fundir en su persona la actividad política y la creación literaria, como cabeza de una de las familias nobles más poderosas del momento en Castilla. Cultiva la poesía doctrinal, de tono sentencioso, en el *Diálogo de Bías contra Fortuna* y *Doctrinal de Privados*. Dentro de la corriente alegórico-dantesca cabe incluir su *Comedieta de Ponza*, en clara alusión a la obra de Dante. En fin, no poca gracia tiene la poesía trovadoresca y lírica popular de sus *Canciones*, *Decires* y *Serranillas*.

Juan de Mena pertenece también a la época de Juan II, de quien fue secretario de cartas latinas. Hombre docto, formado en Salamanca y en Roma. Fue poeta intelectual y humanista. En

el trasiego de banderías y luchas nobiliarias se mostró partidario de don Álvaro de Luna. Su obra fundamental es el poema alegórico *Laberinto de Fortuna*, también conocido como *Las Trescientas*, por el número de coplas en verso de arte mayor castellano que comprende. Se trata de una exaltación poética dedicada “Al muy prepotente don Juan el Segundo”, como reza en su primer verso.

Gómez Manrique, miembro destacado de una de las familias más influyentes de la nobleza castellana, fue otro gran poeta. Estrechamente vinculado, como su familia, a Isabel la Católica, jugó un papel fundamental en las acciones y negociaciones que la llevaron al trono: el Pacto de los Toros de Guisando (1468), el matrimonio secreto, en Valladolid, de Isabel con su primo Fernando, rey de Sicilia y príncipe heredero de la Corona de Aragón (1469) y la Proclamación de Isabel como reina de Castilla el 12 de diciembre de 1474. Su *Cancionero* recoge el abundante conjunto de poemas que escribió dentro de las variadas tendencias de la época, destacando las de contenido didáctico-moral, en tono reflexivo y sentencioso. Por encima de otras composiciones destaca el *Regimiento de príncipes*, que dedicó a sus soberanos Isabel y Fernando, llevado de un hondo sentimiento de patriotismo, como confiesa en la dedicatoria: “tan extremado es el amor que yo he a la patria y el deseo que tengo de ver curadas sus crudas llagas...”.

La obra se basa en los mejores autores que habían tratado el tema de la educación de los príncipes. Lo escribe en verso “porque se asientan mejor e duran más en la memoria que las prosas”. Dedicado a los dos soberanos, pero muy especialmente a Isabel, destacan tres consejos esenciales. El primero es la selección de los consejeros, algo que fray Hernando de Talavera le recomendaba también muy vivamente procurando que sean “discretos, cuerdos, sentidos”, “rectos, febridos...” El segundo consejo, netamente religioso: gobernar bajo la guía y el temor de Dios, en equilibrio perfecto y ejercicio constante de

las virtudes teologales y morales. El tercero, la ecuanimidad en el ejercicio de la justicia, que no solo es un deber del gobernante sino una virtud cristiana: castigar menos y premiar más de lo que merezcan los súbditos. La princesa debe hacer a Dios no el sacrificio de cilicios y disciplinas, sino del mal y de los malhechores, “pero, Señora, guardad, no se mezcle crueldad en tal ejecución”. Y debe, como reina, anteponer la gobernación a las prácticas piadosas, incluso a las oraciones, saliendo al paso de la obsesión de la joven Isabel en ese sentido. Alaba la belleza física de Isabel, pero, por ser una “gracia gratis data”, no debe emplearla sino en el servicio de Dios. En fin, la reina debe ser ejemplo y espejo, camino y guía. Tal es en resumen la bella doctrina de Gómez Manrique en su tratado en verso.

Por su fidelidad, y la confianza que merecía a la Reina, fue nombrado Corregidor de Toledo. En la regia escalera de su Ayuntamiento, por donde se accede al Salón Noble de Juntas, permanece aún, labrada en piedra en caracteres góticos, su célebre *Décima del buen gobierno de Toledo*:

*Nobles, discretos varones,
que gobernáis a Toledo,
en aquestos escalones
desechad las aficiones,
codicias, amor y miedo.
Por los comunes provechos
dejad los particulares.
Pues vos hizo Dios pilares
de tan riquísimos techos,
estad firmes y derechos.*

Jorge Manrique, como poeta lírico, es el más inspirado de todos los de su siglo y su nombre permanece entre los más excelentes de la literatura española. Ello se debe, sin duda, a su excepcional poema *Coplas a la muerte de mi padre*. Nació en 1440 en Paredes de Nava (Palencia) en el seno de una familia

vinculada con nobles letrados: por línea materna entronca con el marqués de Santillana y por línea paterna con Gómez Manrique, éste era hermano de su padre, Rodrigo Manrique, objeto de las *Coplas*. Huérfano de madre con apenas cinco años de edad, el joven Manrique siguió la carrera de las armas, como su ilustre padre. Fue caballero santiaguista en tierras manchegas y capitán de armas. En la Guerra de Sucesión de Castilla militó, como su padre, en las huestes de Isabel la Católica y murió en su servicio combatiendo al Marqués de Villena en el Castillo de Garcimuñoz (Cuenca) en la primavera de 1479. Fue enterrado en el monasterio de Uclés, de la Orden de Santiago. Caballero y poeta, murió a la edad de treinta y nueve años. Su obra poética, no muy extensa, apuntaba maneras de excelente poeta. Nos ha dejado unos cuarenta y cinco poemas amorosos de alta calidad, apenas tres poemas burlescos y una joya de la literatura española, orgullo de nuestras letras: *Coplas a la muerte de mi padre*.

La muerte es el tema que impregna toda la primera parte del poema: la muerte, que nos arrebatara nuestros seres más queridos y nos obliga a abandonar todas las cosas de este mundo, era el tema eterno de la poesía, el *vanitas vanitatum* del Eclesiastés, el *Ubi sunt?* de la literatura clásica latina, el *de contemptu mundi* de Inocencio III, los cementerios y mausoleos como el de Pisa, las escenificaciones de las *Danzas de la Muerte*, pero en el poema de Jorge Manrique la sinceridad del sentimiento, la vivencia melancólica es tan honda que conmueve nuestro espíritu, emociona al lector que, además, se siente íntimamente envuelto en la armonía rítmica funeral de las estrofas de pie quebrado y en la belleza de las imágenes tradicionales, eternas, en que se sustenta la expresividad: “nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir”, “la vida se va apriesa como sueño”, las riquezas, los honores, la belleza corporal, el poder “son rocío de los prados”, “verduras de las eras”, “claridad que, cuando más viva, fue amatada”, los placeres son “corredores –pasos peligrosos– y la muerte la celada –trampa– en que caemos”

Ante esta verdad irresistible, incuestionable, de la muerte, ¿qué postura tomar, qué convencimiento nos puede consolar, qué filosofía, qué doctrina, qué pensamiento? Jorge Manrique lo tiene muy claro: la fe cristiana. Solo la fe, corroborada por la resurrección de Cristo, le servirá de consuelo ante la muerte de su padre, don Rodrigo Manrique, de quien traza una semblanza poética como de héroe clásico, adornada con las mejores virtudes de los más excelentes héroes de Roma. Entre otras muchas, dos sobresalen en su padre: la fidelidad a Isabel, “su rey verdadero”, por quien tantas veces arriesgó su vida, y por haber combatido a los enemigos de Cristo y la fe cristiana como ejemplar Caballero de la Espada –Orden de Santiago–. Por ello, ahora que ha perdido su “vida terrenal”, por sus hechos famosos va a ganar la “vida de la fama” y, lo que es aún más maravilloso, Cristo le va a compensar sus desvelos y trabajos contra los infieles concediéndole la “vida perdurable”. Finalmente, ya en su lecho de muerte, rodeado de todos sus seres queridos, don Rodrigo Manrique recibe la visita de la Muerte, que ya no es el ser siniestro de las danzas medievales y paganas, sino la Muerte Cristiana, que le consuela y promete la felicidad eterna, conformidad con la que muere el caballero.

No podía tener mejor pórtico de entrada el reinado de Isabel y Fernando. Las *Coplas a la muerte de mi padre* son todo un programa, justo en el momento en que finalizaba la guerra de sucesión de Castilla y guerra con Portugal y se iba a iniciar la guerra definitiva contra el infiel, la reconquista de Granada. Por otra parte, con los versos de Jorge Manrique la lengua castellana iniciaba ya su etapa de constitución clásica, que comprende el reinado de los Reyes Católicos y se sustancia en la *Gramática Castellana* de Nebrija (1492), dignísimo preámbulo a los Siglos de Oro que seguirían sin solución de continuidad.

2. LA PROSA DIDÁCTICA O DOCTRINAL Y LA NOVELA

El esplendor de la lengua castellana se aprecia igualmente en las obras literarias en prosa. Ciertamente la evolución es evi-

dente: desde el amaneramiento latinizante de la época de Juan II al buen gusto y naturalidad que alababa Isabel la Católica.

Al hablar de *Prosa Didáctico-Moral* en el siglo XV, hay que destacar, en primer lugar, a Enrique de Villena –o de Aragón–, representante máximo de la prosa prehumanista y del gusto latinizante en las ideas y en el estilo. A imitación de los humanistas italianos, procuró la armonización de la mitología clásica con el cristianismo. Tal es el sentido de su *Libro de los doce trabajos de Hércules*. Lo compuso originalmente en catalán y luego lo tradujo al castellano reformándolo. Aunque la figura de Hércules fue utilizada en la literatura medieval castellana, Enrique de Villena es el primero que de un modo sistemático utiliza un héroe mitológico con fines moralizantes. Por otra parte, de gran trascendencia fueron sus traducciones, entre ellas la que hizo de la *Eneida* por encargo de Juan II de Aragón y la de la *Divina Comedia* a instancias del Marqués de Santillana.

Juan de Lucena es otro escritor destacado por su prosa didáctico-moral de estilo latinizante en la época de los Reyes Católicos. Era judío converso y llegó a ser consejero real y protonotario apostólico. Escribió una *Carta a los Reyes* contra la persecución de cristianos nuevos levantada por el pueblo provocando la muerte del condestable Lucas de Iranzo. La carta se ha perdido, pero provocó una reacción muy violenta contra él y el *Tratado contra el protonotario Lucena* de Alfonso Ortiz. La campaña fue tal que le obligaron a retractarse públicamente en Córdoba. Escribió además una *Epístola exhortatoria a las letras*, que viene a ser una alabanza a Isabel la Católica. Su obra más importante es el *Diálogo de Vita Beata*, tratado filosófico-moral sobre la felicidad: siguiendo los modelos antiguos del diálogo platónico, tres personas –Alonso de Cartagena, Juan de Mena y el Marqués de Santillana, y al final interviene también el autor– dialogan acerca de la verdadera felicidad y del modo de alcanzarla, concluyendo que ésta no es posible en la vida mortal. Es interesante para conocer la problemática de los judíos en aque-

lla época. Obligados a convertirse al cristianismo y no aceptados por la sociedad cristiana.

Fray Hernando de Talavera fue otro destacadísimo escritor de obras de contenido didáctico-moral y, más específicamente, catequético. Vinculado muy estrechamente a la reina Isabel la Católica, como su confesor y consejero del Reino, en sus manos puso la Reina la conversión y asimilación de los moriscos del recién conquistado reino de Granada, así como la organización de la administración eclesiástica de aquel arzobispado para el que fue nombrado primer arzobispo. Traductor de Petrarca en su juventud como profesor de la Universidad de Salamanca, dio al traste con las glorias y ambiciones mundanas, ingresó en la Orden de San Jerónimo y tuvo como meta llevar en todo lo posible una intachable vida de santidad. Obras suyas a destacar: *Colación de Adviento*, *Loores de bienaventurado san Juan Evangelista*, *Católica Impugnación del herético libelo*, *Breve e muy provechosa doctrina de lo que debe saber todo cristiano con otros tratados muy provechosos*, *Suma y breve compilación de cómo han de vivir y conversar las religiosas de Sant Bernardo que viven en los monasterios de la ciudad de Ávila*, *Cartas con Isabel la Católica*. Todas estas obras le avalan como un esforzado catequista y excelente maestro de espiritualidad. A instancias de Isabel la Católica compuso en latín un impagable cantoral: *Misa y Oficio de la Toma de Granada*, en que se revela como gran liturgista y músico muy entendido en el cantío llano gregoriano y mozárabe.

El bachiller Alfonso de la Torre escribió la *Visión deleitable de la Filosofía y de las Artes Liberales* para el príncipe de Viana. Es una obra amena y sencilla, dedicada a enseñar con un estilo alegórico las siete artes liberales.

Fray Martín Alonso de Córdoba, desde una perspectiva religiosa, escribió con evidente interés didáctico-moral *Jardín de nobles doncellas*, obra en cuya lectura se recreó la adolescencia de Isabel la Católica y numerosas damas de la nobleza castellana.

Hernando Alonso de Herrera, hijo de Talavera de la Reina y profesor en Salamanca y Alcalá, fue un gran humanista que se relacionó con Nebrija y Juan de Vergara y mantuvo correspondencia epistolar con Erasmo. Escribió un interesante tratado gramatical, *Tres personae*, y otro muy curioso en castellano, *Ocho levadas contra Artistótil*. Fue el hermano mayor de Gabriel Alonso de Herrera estudioso de la Agricultura, de quien tratamos en estas páginas más adelante.

En fin, Elio Antonio de Nebrija, con su impar *Gramática Castellana* (1492) y sus numerosas obras en latín, puede pasar por el gran humanista de la época de los Reyes Católicos. A su lado, con luz propia y como él debeladores de la barbarie medieval, brillan Lucio Marineo Sículo, Antonio Geraldini y Pedro Mártir de Anglería.

El *Libro del Arcipreste de Talavera*, compuesto por Alfonso Martínez de Toledo, canónigo de la Catedral Primada que ostentaba el cargo que reza en el título, es la obra más representativa de literatura didáctico-moral en estilo generalmente llano y popular, ajeno a los gustos latinizantes de la época de Juan II en que fue escrito. Se editó en repetidas ocasiones durante el reinado de los Reyes Católicos y alcanzó gran difusión e influencia. Por su semejanza con la temática de la obra de Boccaccio *Il Corbaccio*, se la denomina también *Corbacho o Reprobación del amor mundano*. La obra se estructura en cuatro partes:

1. Efectos del amor mundano: por amor vienen todos los males.
2. Causas del amor mundano (verdaderas): “los vicios y tachas y malas condiciones de las perversas mujeres”.
3. Causas del amor mundano (verdaderas): el temperamento de los hombres.
4. Causas del amor mundano (falsas): el alma es señora del cuerpo y puede dominar las influencias de su constitución y de los astros.

Desde las primeras ediciones la atención del lector se centró más en la segunda parte, por lo que la obra ha sido incluida dentro de la literatura misógina del siglo XV. Tal vez para paliar este efecto, se incluyó en la edición de 1498 una *Demanda*, especie de palinodia o arrepentimiento, en que viene a decir que, a pesar de los muchos defectos de la mujer, qué triste es el hogar donde falta. Lo cierto es que Alfonso Martínez de Toledo critica por igual los defectos y vicios de la mujer y del hombre, culpables ambos de los pecados del amor mundano. Y es que el libro viene a ser una especie de sermón, cuya tesis es la “reprobación del amor mundano”, por sus efectos –parte primera–, causas –segunda y tercera– y resolución de posibles objeciones –cuarta parte–.

Sin duda, su gran mérito es el estilo, el empleo del lenguaje y la capacidad del autor de adaptar su expresión a los distintos niveles de sus lectores: así unas veces será culto, incluso con mensajes escolásticos enderezados a clérigos y letrados, otras veces su lenguaje será popular, lleno de refranes, modismos y expresiones coloquiales. En sus fragmentos más brillantes el autor llega a presentar todo un cuadro costumbrista, una escena de calle, lo que le otorga gran originalidad. Destaca en este sentido la segunda parte, en que el conspicuo Arcipreste prescinde de todo arquetipo literario para tomar la realidad cotidiana de una calle de una villa o una ciudad –tal vez, Talavera– de la Castilla del siglo XV.

Por otra parte, Alfonso Martínez de Toledo, que era un hombre erudito, de amplios conocimientos de la historia, nos ha dejado tres obras que así lo corroboran: *Atalaya de las crónicas*, *Vida de San Ildefonso* y *Vida de San Isidoro*.

También la *Historia* –bien como crónicas de reinado, bien como crónicas particulares– ha dado lugar a una gran proliferación de obras a lo largo del siglo XV, especialmente en el reinado de los Reyes Católicos.

Ciñéndonos a las crónicas de reinado en esta época fundamentalmente, hay que destacar a Enrique del Castillo, Alonso de Palencia y, sobre todo, Andrés Bernáldez y Mosén Diego de Valera. Entre las crónicas particulares sobresalen *El Victorial o Crónica de don Pero Niño*, *Relación de los fechos del condestable Miguel Lucas de Iranzo* y el *Libro del passo honroso de Suero de Quiñones*.

Desde el punto de vista más estrictamente literario, y por razones de estilo, siempre serán tenidos como clásicos en el género Fernán Pérez de Guzmán –*Mar de historias y Generaciones y semblanzas*– y Hernando del Pulgar –*Crónica de los señores Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel y Claros varones de Castilla*– (Fig. 4).

Los *Libros de viajes* vienen a completar el panorama social y literario del cuatrocientos español. Junto al deseo de conocer al hombre existe el afán por descubrir y transmitir noticias de tierras remotas. El interés por lo exótico queda patente en la difusión de traducciones de los libros de Marco Polo y otros. Gran interés despertaron *La embajada de Tamorlán*, contada por Ruy González de Clavijo, y *Andanzas e viajes por diversas partes del mundo*, relato de los viajes de Pedro Tafur, su autor, por todo el Mediterráneo. El ambiente de estos libros nos muestra la inquietud de la sociedad española del momento, que culminó con el Descubrimiento de América –*Diario y Cartas* de Cristóbal Colón– y consiguiente conquista y colonización. Ello dio materia para el impresionante corpus de narraciones que comprenden las historias e historiadores de Indias. El humanista Pedro Mártir de Anglería, en la corte de los Reyes Católicos, va a escribir en latín el primer libro sobre el Nuevo Mundo: *De orbe novo Decades*.



Fig. 4. Hernando del Pulgar, Libro de los claros varones de Castilla. Edición de 1486.

Como variante interesante de la prosa didáctica y doctrinal podemos considerar la *Prosa científica*. Aquí podemos incluir obras como el *Tratado de fiebres*, traducido del árabe. Pero en este campo un libro y un autor brillan con luz propia y él solo basta para enaltecer la época de los Reyes Católicos como el primer gran momento histórico del esplendor de la lengua castellana: *Obra de agricultura* del insigne talaverano Gabriel Alonso de Herrera. Se publica en Alcalá de Henares, en la imprenta de Arnao Guillén de Brocar, en 1513, cuando tocaba a su fin el reinado de los Reyes Católicos. Se trata de una obra singular, no solo por su valioso y curiosísimo contenido, sino, como el mismo autor decía, por haber sido el primero que escribió de agricultura en nuestra lengua castellana. Es curioso, pero este mismo orgullo expresaba unos años antes Fernando de Rojas al

frente de *La Celestina*, declarando haber escrito la obra para dignificar y engrandecer nuestra lengua castellana (Fig. 5).



Fig. 5. Gabriel Alonso de Herrera, *Obra de Agricultura*. Frontispicio de la primera edición, 1513. Imprenta de Arnao Guillén de Brocar, Alcalá de Henares.

Gabriel Alonso de Herrera fue el menor de los tres hermanos Herrera, ilustres hijos de Talavera de la Reina y célebres humanistas del Renacimiento español, educados en la Universidad de Alcalá de Henares y enrolados en el círculo de sabios intelectuales y colaboradores del cardenal Cisneros. Fueron sus hermanos mayores Hernando y Diego. Pero Gabriel Alonso de Herrera es, posiblemente, el más famoso de los tres por la huella que su obra ha dejado en la ciencia y en la cultura españolas a través de las numerosas ediciones que de ella se hicieron en los siglos sucesivos. El tratado se divide en seis libros o partes, que se subdividen a su vez en capítulos. He aquí el esquema general de su contenido:

- Libro I. De las tierras y sus clases, cereales y legumbres, la labranza.
- Libro II. De las viñas, vino y vinagre.
- Libro III. De los árboles.
- Libro IV. De las hortalizas y hierbas.
- Libro V. De los animales domésticos y sus enfermedades.
- Libro VI. De las labores que deben practicarse cada mes.

Los padres de nuestro autor se llamaron Lope Alonso de Herrera y Juana González, ambos talaveranos o asentados en Talavera, donde tenían propiedades y ejercían “el noble arte de la agricultura”. Tanto Gabriel como su hermano Hernando mencionan los nombres de sus padres en los respectivos escritos y expresan el orgullo de ser hijos de un padre que era modelo de agricultor en Talavera de la Reina, en la práctica y en los conocimientos. De su padre y de la agricultura talaverana le viene a Gabriel Alonso la vocación y el afán de estudio y mejoramiento de la agricultura en España.

Muy importantes además, decisivos diríamos, en la vida de Gabriel Alonso fueron los años de su estancia en Granada. Terminada la conquista de la ciudad en 1492, fue nombrado arzobispo fray Hernando de Talavera, el cual fundó inmediatamente el Colegio de San Cecilio, auténtico seminario de vocaciones sacerdotales para abastecerse de los curas y pastores necesarios para la evangelización de los moriscos granadinos. Por ello, es muy posible que ya en 1492 estuviera en Granada Gabriel Alonso de Herrera como “familiar” del propio fray Hernando. No es descabellado pensar que exista parentesco entre ellos, pues la hermana de fray Hernando, María Suárez, había casado con un Herrera, del cual matrimonio había un hijo, Francisco de Herrera, que se decía “sobrino del arzobispo”. Así lo corrobora también el historiador García Fernández en su “Historia manuscrita de Talavera” (Mss. 1722 de la B. N.).

En Granada debió permanecer Gabriel Alonso de Herrera diez años, hasta 1503, por lo menos. En esos años y en los sucesivos debió realizar viajes por Italia, sur de Francia y España, según se deduce de la lectura de su obra, en la que deja alusiones y referencias a lo que ha visto en determinados lugares que cita.

En su estancia granadina, como “familiar” del arzobispo fray Hernando de Talavera, debió beneficiarse de las enseñanzas del Colegio de San Cecilio que le sirvió para alimentar su vocación sacerdotal y, especialmente, ponerse en contacto con los sabios moriscos entendidos en materias agrícolas y horticultura. Pronto Gabriel Alonso de Herrera estuvo a la altura de los más entendidos, y aún los superó. J. U. Martínez Contreras valora así aquellos años de estudio y aprendizaje en Granada:

La larga permanencia de G. A. de Herrera en Granada le fue de inmenso provecho. Era joven entonces y además de continuar los estudios eclesiásticos fue adquiriendo una sólida formación en el otro aspecto a que se orientaba su vocación, nacida y traída de Talavera y adquirida junto a su padre: la agricultura. A los conocimientos logrados en Talavera se unieron los que fue adquiriendo, día a día, en la antigua capital nazarí, donde los árabes habían logrado notables realizaciones en los trabajos del campo. Los nuevos conocimientos adquiridos ahora no solo fueron prácticos, mientras veía trabajar el campo por aquellos musulmanes, sino que pudo conocer y leer algún tratado árabe sobre agricultura, bien directamente si adquirió alguna noción de árabe, bien traducido.

Señala el prologuista de la edición de Madrid (1818-19) que los musulmanes alcanzaron en España, en los cultivos agrícolas, un punto de perfección hasta entonces desconocido en Al-Andalus. De ello que, tras consumarse la Reconquista, se encontró la vega de Granada más adelantada y perfeccionada que cualquier campo de Castilla, lo que pudo despertar en nuestros campesinos el deseo de aprender sus métodos y técnicas de cultivo. Gabriel Alonso de Herrera hace frecuentes referencias en su obra a estos aprendizajes prácticos obtenidos en Granada, así como recetas que le daban sabios moriscos o él mismo extraía de la lectura de tratados árabes sobre agricultura.

A ello habría que añadir su lectura y conocimiento de los tratadistas clásicos grecolatinos, cuyos textos cita con frecuencia y agilidad, mostrando una gran familiaridad y estudio detenido de los mismos: Columela, Plinio, Virgilio, Teofastro

La primera edición de la *Obra de Agricultura*, va precedida de una dedicatoria “al ilustre y muy magnífico señor don fray Francisco Ximénez, cardenal de España, Arzobispo de Toledo, su señor”. Sigue luego un prólogo esclarecedor. En él Gabriel Alonso de Herrera expresa sus ideas generales sobre la Agricultura, lo que su libro tiene de herencia de los clásicos, el carácter didáctico del mismo –lo escribe, dice, para enseñar, “adoctrinar”, a los labradores, para que más y mejor aprovechen su trabajo– y la concepción de la agricultura como “arte” y “noble arte”. Con orgullo recalca cuál es su mérito: “ser yo el primero que en castellano procuré poner la reglas y arte dello”.

Gabriel Alonso de Herrera añadió a su obra un interesante prólogo en 1528, cuando el Emperador Carlos V marchaba a Bolonia a coronarse como “rey de reyes” y “emperador del orbe”. Su séquito fue impresionante. La ceremonia, costosísima, fue sufragada con el oro de Castilla, que soportó una durísima carga, impuesta a la fuerza por el César Carlos. Los comuneros castellanos, que se habían levantado en guerra por el abuso de tributos, habían sido aplastados. Pero Gabriel Alonso de Herrera no se mordió la lengua. Expuso en su obra, quejándose con voz amarga, que en Castilla había “hambres”, precisamente por tener el campo abandonado y poco protegido “porque son muchos a comer y destruir y pocos los que trabajan”, denunciaba. Por eso, decía, “es pobre España”. Y pasaba valientemente a analizar las causas.

Gabriel Alonso denuncia que las causas de la pobreza de España, en su tiempo, hace quinientos años, eran fundamentalmente dos: ociosidad e ignorancia. El mayor defecto de los españoles es la ociosidad, venía a decir, muchos años antes que

los escritores de la generación del 98. ¡Qué actuales suenan aún sus quejas!:

Y digo que por ser holgazana la gente castellana hay tantas hambres en esta Castilla que son todos a comer y destruir, y pocos los que trabajan, y muchos trabajan en oficios, no solamente no necesarios, mas aun dañosos, y pertenecen al buen gobierno de justicia lo uno prohibir malditos tratos y oficios, y lo otro desterrar y aun matar los holgazanes placeres porque son muy dañosos, o hacerlos trabajar en el campo, que es ejercicio de nobles, o negarles los alimentos (...) Y así es muy averiguado que los que pasan en flores y holgando su juventud, paran a la vejez en pobres, hambrientos y mendigos, y las más veces ladrones.

La ociosidad es madre de todos los vicios: holgazanería, pereza, abulia, el lucir y campear, “el hacer del hidalgo y el noble” y el desprecio al trabajo. Los honores deben ser para los labradores, piensa Gabriel Alonso de Herrera. A ellos deben cuidar los gobiernos, diríamos hoy.

Junto a la ociosidad, la otra gran causa del atraso de la agricultura es la ignorancia. Muchos son los ejemplos que da de esta plaga en España. Así maltratar olivas:

Qué diré de los que de tal suerte aporrean o consienten aporrear sus olivas, que dejan más ramas en el suelo que en el árbol, quitándoles todo lo nuevo en que llevan el fruto, y atormentan lo viejo, sino que los tales son enemigos de su hacienda, y, de lo que me parece, de los árboles así tratados, que aún veceros me maravillo que sean; porque les quitan en lo que han de llevar la fruta.

Especialmente duras son sus palabras contra la tala de árboles en España:

Mas en España la gente es de poco cuidado, que por la mayor parte no se saben aprovechar sino de lo que naturalmente nace, y si comienzan a cortar un encinar para leña, no saben entrecriar unos árboles nuevos entre tanto que gastan los viejos, y cuando hubieren gastado lo uno, estará lo otro de sazón. No sé si lo hace alguna mala constelación que tenemos los españoles, o poco cuidado d lo venidero.

Por cierto, aquí aparece la ironía de nuestro talaverano: los españoles parece que hemos nacido bajo una mala estrella –“mala constelación”– pues nos dedicamos a destruir lo nuestro. Reflexionemos un momento: hoy, a comienzos del siglo XXI, ¿no poseen una extraña actualidad todas estas apreciaciones de nuestro Gabriel Alonso? Cuando, cada año, asistimos al espectáculo dantesco de los fuegos provocados durante el ve-

rano ¿no son prueba de la actualidad que tienen estas denuncias de Gabriel Alonso?

Muchas y muy curiosas citas podríamos traer de nuestro humanista talaverano. Su libro, de 1513, no ha perdido actualidad y su lectura nos entretiene y alecciona, pues era un gran observador. Pero, más allá incluso de su indiscutible ciencia y saber de agricultura, permanece para nosotros y nos emociona su amor a la naturaleza, a los árboles, a los productos agrícolas, y sus consejos para mejorar los sistemas de cultivo y producción de su querida Talavera. Y una de sus lecciones fue el amor a las olivas y a las aceitunas, su defensa del aceite hace quinientos años.

Otros valores contiene el delicioso libro de Gabriel Alonso de Herrera. La agricultura no solamente ha sido a lo largo de los siglos la forma fundamental de la vida de los españoles, sino también la base más genuina y castiza de nuestra lengua castellana. Si ésta es hoy una gloria universal, buena parte de ello se debe a la impronta y el caudal lingüístico de nuestros labradores. Ya lo entendió así nuestro autor cuando escribió su obra. Y así lo estampó con orgullo en el prólogo de su edición, cuando se jacta de ser el primero que ha escrito en castellano sobre las cuestiones de agricultura:

Yo, deseando en lo que pudiese dar de mí algún provecho a la gente, no miré tanto el trabajo y dificultad quanto lo que podía aprovechar, y tomé carga mayor que mis fuerzas; otros habrá que con más doctrina y con mejor estilo proseguirán los preceptos y reglas desta arte, mas pienso yo no haber hecho poco ser principio en nuestro castellano y abrir la puerta a otros.

Gabriel Alonso de Herrera utiliza en su obra siempre el vocablo más preciso y la expresión más castiza y terruñera. Para ello necesitó hacer un gran esfuerzo y el resultado obtenido ha sido único en la historia de las lenguas romances: citar innumerables autores y teorías clásicas, eruditas y científicas sin utilizar prácticamente ni un solo cultismo, sino recogiendo y enriqueciendo el lenguaje más popular y enraizado que oía a los agricultores castellanos de su tierra.

En un enjundioso artículo Consolación Baranda hace esta valoración final:

Su Libro de Agricultura es obra modélica del humanismo renacentista, entendiendo como tal una filosofía global del hombre y de la cultura. Si por una parte es obvio su conocimiento y respeto hacia la cultura clásica, por otra filtra estos conocimientos a través de un proceso de confrontación con la realidad, porque, como dirá 'Yo siempre me arrimo a la verdad, en cuanto yo la puedo alcanzar, aunque la diga quien quiera'. Al mismo tiempo, esta cultura no será ya patrimonio de unos pocos; la nueva concepción del saber implica también una distinta actitud ante su dimensión social. El humanismo supone la ruptura con una concepción del saber reservada para los iniciados, para los que dominan su 'jerga' y, consecuentemente, muestra un gran desvelo por la educación. De ahí la importancia que adquiere la renovación de la lengua y la utilización de elementos retóricos. Gabriel Alonso de Herrera sabe que para que su discurso sea eficaz tiene que utilizar la lengua vulgar pero, además, debe someterla a un proceso de adaptación a sus receptores y seleccionar los procedimientos suasorios más adecuados, a fin de modificar las prácticas agrícolas del momento. Ahora bien, con independencia de los propósitos y de los logros de la obra en su época, lo que sorprende al lector actual es la extraordinaria calidad de su prosa, el hecho de que se pueda afirmar de un tratado agrícola que es 'una de las obras mejor escritas de todo el siglo XVI'; en ello reside su vigencia[8].

Por supuesto, en la obra, no falta una admirada evocación de los Reyes Católicos y el orgullo del autor de ser un fiel servidor de sus nobles ideales:

La *Novela* es también cultivada a lo largo del siglo XV, sustanciándose sus ediciones y éxito en época de los Reyes Católicos. Dos tipos de novela cabe distinguir. La llamada novela sentimental, nacida del influjo de Boccaccio, presenta dos ingredientes fundamentales: la pasión amorosa y la introspección psicológica. La acción se presenta envuelta en toda clase de convencionalismos literarios: alegorías, casuística amorosa a base de los conceptos del amor cortés. La novela sentimental más importante es la *Cárcel de amor*, de Diego de San Pedro, redactada en forma epistolar, recurso muy válido para analizar la pasión amorosa que acabará con el suicidio del protagonista. La novela de caballerías es la otra gran variante novelesca que muestra gran auge a finales del siglo XV. Es indudable el origen francés del género, que en su origen nos ha dejado una obra maestra: *Amadís de Gaula*. El origen de esta obra es confuso y

enigmático aún, pues estuvo redactado en francés, en portugués y en castellano. Se desconoce cuál fue la primera versión. En 1508 Rodríguez de Montalvo publicó la novela en cinco libros, dejando la obra cerrada ya y constituida como tal. En el prólogo informa que “corrigió” los cuatro primeros libros y añadió de su invención el quinto. Sobre sus méritos literarios sirva mencionar el elogio que Cervantes hace de la obra en el Quijote (Fig. 6).



Fig. 6. Amadís de Gaula. Edición de 1539. Imprenta de Juan Cromberger, Sevilla.

3. EL GÉNERO DRAMÁTICO

Salvo los 180 versos del fragmento conservado en Toledo del *Auto de los Reyes Magos*, fechado en el siglo XII, y las alusiones a representaciones catequético-religiosas en las *Siete Partidas* de Alfonso “el Sabio”, en el siglo XIII, ningún otro texto dramático

se conserva en lengua castellana hasta el siglo XV. Es en este siglo, y en Toledo, donde aparecen los textos más antiguos conservados, que podemos considerara como obras completas y con una unidad dramática evidente. Se trata del *Auto de Navidad o Repersentación del Nasçimiento de Nuestro Señor*, de Gómez Manrique, y el *Auto de la Pasión* de Alonso del Campo. Sabemos que Isabel la Católica gustaba de las representaciones, pues en su juventud pidió a Gómez Manrique que compusiera unos *Momos* para celebrar el cumpleaños de su hermano Alfonso.

Juan del Enzina fue, sin duda, el más conocido por sus contemporáneos, tanto por sus representaciones dramáticas como por sus composiciones musicales. Se le considera el padre del teatro español. Nació en Salamanca, en cuya universidad estudió. Fue músico, poeta y mozo de coro en la catedral. Luego marchó a Roma donde fue muy apreciado por los papas Alejandro VI, Julio II y León X. En 1519 hizo un viaje a Jerusalén. Pasó los últimos años de su vida en León como prior de la catedral. En su vida y en su producción literaria se distinguen claramente dos etapas.:

La etapa de Salamanca. Juan del Enzina en 1492 entró al servicio del Duque de Alba en su castillo de Alba de Tormes. Allí representaba sus primeras obras dramáticas, de estructura sencilla, al estilo de los autos medievales de contenido religioso, que él denominaba *Églogas*. También las *Representaciones de la Pasión y Resurrección* y una alguna obra profana como *Égloga de Carnaval o de Antruejo*.

La etapa de Roma. En la Ciudad Eterna Juan del Enzina asimiló el renacimiento italiano, cuyo teatro le influyó. Construyó así comedias mejor elaboradas, de trama más compleja y de ambiente más culto Propende a idealizar a sus pastores, más rústicos en su etapa inicial. Su estilo es ahora la égloga pastoral renacentista que preconizaba Roma: *Égloga de Fileno, Zambrano y Cardonio*, *Égloga de Plácida y Victoriano*, *Égloga de Cristina y Febea*.

Lucas Fernández fue también salmantino, dramaturgo y músico, como su maestro Juan del Enzina, del que se consideró continuador. Su obra, más reducida, se mantiene dentro del estilo de los autos medievales, de contenido religioso y de raíces populares. Su obra más importante y conocida es el *Auto de la Pasión*. Su hondo dramatismo y fuerza realista le emparenta con el patetismo de los imagineros castellanos.

Fernando de Rojas fue, como autor dramático, totalmente desconocido en su época y aún durante siglos. A lo largo del siglo XX ha ido conociéndose su vida y su personalidad, alcanzando el reconocimiento universal como autor fundamental de una de las obras más importantes y de mayor mérito literario de la Literatura Española y aún de la Literatura Universal: *La Celestina* (Fig. 7).

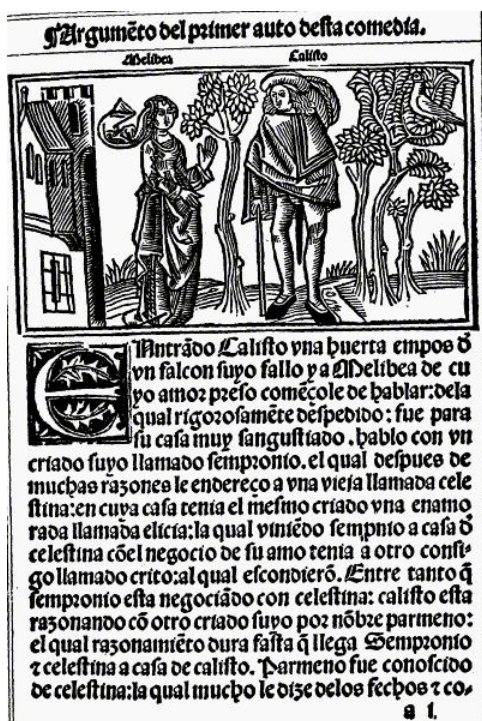


Fig. 7. Alfonso de Rojas, *La Celestina*. Edición de 1499. Imprenta de Fadrique de Basilea, Burgos.

Ninguna obra, de cuantas admirables y magníficas comprende el apasionante mundo de la literatura española y aun universal, ha sido y sigue siendo objeto de tan numerosas y encontradas interpretaciones como las que ha tenido y tiene *La Celestina*. En este aspecto, al menos, y sin duda en muchos otros, se han cumplido con creces las previsiones que su principal autor, nuestro Fernando de Rojas, manifestaba en el prólogo añadido a las ediciones de veintiún actos, es decir, a la versión definitiva de la obra. En dicho prólogo comienza aceptando Rojas, con citas de Heráclito y Petrarca, que todas las cosas de este mundo, sobre todo las humanas, están sujetas a cambio, guerra u opinión. Y ejemplifica largamente su aserto describiendo con pluma magistral las vicisitudes que se operan en las estrellas y en los fenómenos naturales, la guerra en que constantemente sobreviven las especies animales, los pescados, las aves y, especialmente, los hombres: “¿Pues qué diremos entre los hombres, a quien todo lo sobredicho es sujeto? ¿Quién explanará sus guerras, sus enemistades, sus envidias, sus aceleramientos y movimientos y descontentamientos?”. Aceptado que esto es así, y todos los sabios de todas las épocas reconocen y denuncian que todas las cosas se desarrollan y desenvuelven “a manera de contienda o batalla”, el autor concluye que no iba a ser menos su obra, *La Celestina*, a la que presagia un futuro preñado de controversias, disputas, opiniones e interpretaciones encontradas:

Y pues es antigua querella y visitada de largos tiempos, no quiero maravillarme si esta presente obra ha sido instrumento de lid o contienda a sus lectores para ponerlos en diferencias, dando cada uno sentencia sobre ella a sabor de su voluntad. Unos decían que era prolija, otros breve, otros agradable, otros oscura; de manera que cortarla a medida de tantas y tan diferentes condiciones a solo Dios pertenece.

Y si ya en tiempos del autor Rojas sucedían estas controversias a propósito de la obra, en los siglos siguientes, especialmente en el nuestro, se han multiplicado hasta el infinito el número de interpretaciones que se han emitido y publicado sobre los aspectos más sobresalientes y los más minúsculos detalles

de la obra y su posible significado o la intención del autor, su mérito artístico literario, su trascendencia y su actualidad.

Fue don Marcelino Menéndez y Pelayo, como lo fue en casi todos los aspectos de nuestra literatura, el primer gran estudioso de *La Celestina*. En el año 1900 realizó una estupenda y cuidadísima edición de la obra, con un gran epílogo sobre sus ediciones, debido a la sagacidad y conocimiento en la materia de Eugenio Krapf. Y en 1907, en su excepcional trabajo *Los orígenes de la novela*, incluyó un detenido estudio de la obra, punto de partida de todos los que posteriormente se han realizado. En esas páginas, Menéndez y Pelayo realiza una interpretación global de síntesis y entiende que *La Celestina* abriga un propósito moral, confesado por el autor, pero descrito o propuesto con cierta ambigüedad, pues a veces parece complacerse en el deleite de los amantes o puede inducir a ello tanto como a la consideración del castigo por sus pecados.

También insinúa que, al ser Rojas de estirpe de conversos en un período tan peligroso por la actuación de la Inquisición, su situación angustiosa le pudo inspirar el pesimismo latente en la obra: el amor es un pecado que acaba con el riguroso castigo de la muerte –y así otros vicios, como la ambición desmedida, la deslealtad...-. Resaltaba también Menéndez y Pelayo los valores artísticos y cómo, desde la consideración puramente literaria, estos valores, la variedad y propiedad de su lenguaje, etc., hacen de ella una obra maestra.

En resumen, en el estudio del insigne polígrafo quedaban de manifiesto los tres aspectos que, en el futuro –y hasta nuestros días– han sido objeto de tantas polémicas y matices: la obra, venía a decir, obedece a una incuestionable intención moral por parte del autor, el cual no puede desligarse de su condición de converso y el íntimo rencor y angustia que le corroe y le hace ser profundamente pesimista, pero además se trata de una obra de arte ligada con lo mejor de la tradición literaria y en la

que la lengua castellana alcanza un altísimo esplendor. Así lo vio en su día Ciriaco Morón Arroyo:

A una síntesis como ésta de Menéndez y Pelayo, tenían que sucederle trabajos parciales sobre cada punto concreto; estos trabajos concretos tienen el peligro de comenzar conscientes de sus limitadas aspiraciones, y de perder poco a poco la conciencia de limitación y convertirse en perspectivas globales. Diríamos que los estudios que han acentuado la maestría de los caracteres, o la maestría del diálogo, o la intención moral, etc., no han hecho sino abultar alguno de esos elementos señalados por Menéndez y Pelayo en relación con todos los otros[9].

Queda, pues, claro que desde Menéndez y Pelayo los tres aspectos más debatidos y controvertidos a propósito de *La Celestina* han sido la intención moral, el carácter converso del autor Rojas reflejado en el pesimismo de la obra y su indudable y altísimo valor artístico.

Américo Castro, en varios escritos, pero especialmente y de forma definitiva en su libro *La Celestina como contienda literaria* (1965), niega la intención moral e insiste en interpretar la obra como el resultado de la vividura angustiosa del converso Rojas y su pesimismo moral y religioso. En este sentido abundan también los libros de S. Gilman, tanto *El Arte de La Celestina* (1956), que aunque se publicó antes que el de Castro es un reflejo de las enseñanzas de éste, y *La España de Fernando de Rojas* (1978), escrito para iluminar la biografía del autor converso y su angustiada vividura –que no lo fue tanto, a la luz de las últimas investigaciones aparecidas posteriormente, sobre todo en el período de su vida en Talavera, donde Rojas vivió de forma desahogada y siendo muy bien reconocido y respetado como alcalde y letrado durante treinta y tres años–.

El hispanista francés Marcel Bataillon[10], uno de los más prestigiosos investigadores de la cultura literaria española de los Siglos de Oro, es tenido por el principal defensor de la tesis del propósito moral de Rojas al escribir su obra. Rojas nos presenta a unos personajes, arrastrados por sus vicios y pecados, engañándose unos a otros peligrosamente, hasta propiciarse o atraerse para sí una muerte trágica, castigo –natural o sobrena-

tural– a sus desmanes. El lector y/o espectador debe aprender en sus ejemplos a no dejarse arrastrar por semejantes vicios que ocasionan tan desastrados fines. Este es el propósito enunciado por el propio Rojas, al frente de su obra, en el título mismo, y no hay por qué dudar de ello, ni considerarlo ironía o simulación hipócrita: obra “compuesta en reprehensión de los locos enamorados que, vencidos en su desordenado apetito, a sus amigas llaman y dicen ser su dios. Asimismo, hecha en aviso de los engaños de las alcahuetas y malos y lisonjeros sirvientes”. La vida íntegra de Rojas, jurista eminente, castigador de vicios y desmanes, avalan esta teoría. Su vida fue ejemplo de rectitud. Su profesión fue el ejercicio del Derecho y en Talavera era tenido por “buen letrado y que lo sabrá hacer bien”, según consta documentalmente, defensor de los intereses de la Villa y Tierra con sabiduría y tenacidad.

María Rosa Lida de Malkiel pone el énfasis en el valor artístico de la obra por encima del propósito moral y de la vividura angustiada del autor converso[11]. Su voluminoso libro hace hincapié, sobre todo, en la verdad psicológica de los caracteres creados por Rojas y su tradición literaria. En este último aspecto incide magistralmente el ilustre hispanista norteamericano Otis H. Green, al comentar el libro de María Rosa Lida, destacando la sabia incorporación que Rojas hace en la obra de la tradición literaria, especialmente la del amor cortés. Comentando estos trabajos, Ciriaco Morón Arroyo concluye que es excesivo el valor que conceden a lo psicológico y piensa que en ellos se parte de dos presupuestos falsos: “que Rojas tuviera la intención de imaginar desarrollos de caracteres a lo Sthendal, y que la verosimilitud psicológica sea lo superior en arte”.

José Antonio Maravall defiende, sin discusión, la intencionalidad moral de la obra, pero añade un interesante punto de vista nuevo a lo expuesto por Bataillon, al entrelazar sagazmente enseñanza moral con visión social[12]. Según Maravall: “La obra nos presenta el drama de la crisis y transmutación de los

valores sociales y morales que se desarrolla en la fase de crecimiento de la economía, de la cultura y de la vida entera, en la sociedad del siglo XV". De acuerdo con esto, Rojas en su obra habría hecho "una reprobación de la sociedad que pinta", basada en el engaño y el más egoísta y ordinario interés. Han desaparecido la nobleza y el vasallaje, que caracterizaron la grandeza medieval, y ha surgido el mundo de los intereses fríos y calculados. Los personajes de *La Celestina* obedecen a esa crisis de valores. Su obsesión es el placer y el provecho propio, que conducen irremediabilmente a la muerte como castigo. Maravall ha entendido plenamente la situación de Rojas y su reflejo en la obra:

Rojas, que ingresado como converso en la ortodoxia de la sociedad en que vive, se siente más bien solidario del sistema moral tradicional, escribe su Tragicomedia para amonestar a las gentes con el ejemplo de que el final de su desorden es la muerte, esto es, el acabamiento irremediable de esa vida que se quiere gozar.

Esta tesis de Maravall supone que ya en su juventud –aún no tenía treinta años cuando escribió la obra–, Rojas estaba instalado en la ortodoxia, algo sobre lo que no tenemos referencias documentales. Sí sabemos, en cambio, que en su madurez –etapa de Talavera–, Rojas se había instalado en la ortodoxia y, en calidad de jurista, letrado y alcalde de la Villa y Tierra, era un defensor de la misma y de la justicia y moralidad vigente. Y lo hacía tan bien y con tanta sabiduría, que era tenido por el mejor jurista de Talavera y abogado de sus intereses.

Ahora bien, por mi parte pienso que no se puede olvidar, de ninguna de las maneras, el carácter converso de Rojas y el resquemor latente siempre en el fondo de su alma ante una injusticia histórica y teológica manifiesta: el que solo fueran herejes y depravados los conversos y cristianos nuevos. Al menos, éstos eran los únicos vigilados por la Inquisición. Ante esta circunstancia, trágica e injusta, Rojas reacciona escribiendo *La Celestina*, cuyos personajes son herejes, depravados en sus vicios carnales y ambición rastrera, y todos ellos llevan nombres de estirpe grecolatina, es decir, de cristianos viejos, no de estirpe he-

brea. Los personajes de la obra se llaman Celestina, Calisto, Melibea, Pármeno, Sempronio... en sus nombres no hay ni rastro de stirpe judía. La tesis está clara: también los cristianos viejos son herejes, pecadores y viciosos –como éstos que se retratan en la obra–, aunque la Inquisición, en el colmo de la injusticia que es la parcialidad, solo persiga a los conversos o cristianos nuevos. Rojas dejaba a salvo la ortodoxia. Los pecadores y herejes precipitan su propia muerte y destrucción, pero todos, incluso los cristianos viejos como Celestina, Calisto, etc.

Todo un genio, Fernando de Rojas consiguió lo que se proponía: lanzar un varapalo a la insolente injusticia de la Inquisición y hacerlo desde la más pura ortodoxia –los pecadores, todos, propician su propia destrucción y el castigo de la Providencia–. Inmortal. Así lo veo yo.

El valor más permanente de cuantos atesora esta obra inmortal es, sin duda alguna, la propiedad y riqueza con que en ella es empleada nuestra común lengua castellana. Asombra comprobar cómo un siglo antes que Cervantes, Lope de Vega y Quevedo, Fernando de Rojas atesoró un estilo tan rico y variado, una lengua tan capaz y llena de matices que, podemos decirlo abiertamente, con ella el camino quedó roturado para la eclosión literaria de los Siglos de Oro. Por otra parte, los valores dramáticos de la obra nos asombran aún más, al haberse expresado cien años también antes que Shakespeare.

Y ello no es algo que sucediera casualmente. Como le sucedió a Cervantes con su “Quijote”, Fernando de Rojas fue absolutamente consciente de lo que hacía y expresó, al frente de su obra, una clarísima y decidida voluntad de estilo. Concretamente en el texto preliminar que conocemos como *Carta del autor a un su amigo*, texto fundamental por el que sabemos que Rojas encontró un escrito y con ello formó un primer acto, decidiendo inmediatamente la continuación del mismo con otros quince más, que completan las primeras ediciones. Pues bien, en esa famosa “Carta” expone la razón de ello: a Rojas le entu-

siasmó el estilo de la obra, formada “en los claros ingenios de doctos varones castellanos”:

Y como mirase su primor, su sutil artificio, su fuerte y claro metal, su modo y manera de labor, su estilo elegante, jamás en nuestra castellana lengua visto ni oído, leílo tres o cuatro veces. Y tantas cuantas más lo leía, tanta necesidad me ponía de releerlo, y tanto más me agradaba, y en su proceso nuevas sentencias sentía.

A Rojas le impresiona, pues, el estilo del texto encontrado y decide continuarlo. Y es precisamente esta voluntad de estilo, y constante relectura de la obra, lo que le lleva, en 1502, a efectuar nuevos añadidos: el llamado *Tratado de Centurio* –cinco actos, que completan el total definitivo de veintiuno–, ciertas interpolaciones y entretalladuras y algunas supresiones. Los críticos coinciden en señalar que, al realizar estos cambios, añadidos y supresiones, no pretende Rojas abundar en cuestiones de fondo, sino en perfeccionar cuestiones de estilo: dignificar y embellecer todo lo posible la lengua castellana.

A lo largo de las páginas de *La Celestina*, Rojas se revela como un auténtico maestro en el manejo del lenguaje dramático y sus posibilidades: el diálogo es muy variado y de gran viveza y realismo y le sirve para mostrar la manera de ser de los personajes, el monólogo revela la conflictividad interior de los mismos –su hipocresía o doblez, sus celos y temores–, el aparte en que se insiste en la hipocresía de los personajes y su vicio de mentir. Domina los matices del estilo dramático, tanto el argumentativo –razonamientos de los personajes– como el sentimental –expresión de la afectividad y estados de ánimo–.

Pero, sobre todo, *La Celestina* es el esplendor de la lengua castellana. Los recursos y técnicas dramáticas habían sido conocidos por los autores griegos y latinos, que ya habían conseguido obras de un altísimo nivel. La principal grandeza de Rojas es que consigue una obra maestra dramática –si aceptamos que éste es el género de la obra–, y ello sucede por primera vez en lengua castellana.

En su libro *Teoría de Castilla la Nueva* el conocido investigador Manuel Criado de Val ha caracterizado la lengua de *La Ce-*

lestina como claramente representativa del Reino de Toledo o Castilla la Nueva, en el momento justo y en el lugar propicio en que el castellano se convertía en lengua española y universal – acababa de descubrirse América–. Se caracteriza la llamada “lengua de Toledo” por una superación del purismo castellano. En Toledo y su amplio reino hay una fuerte influencia de lo mudéjar, que enriqueció grandemente nuestra lengua con la aportación de un importantísimo bagaje de vocabulario de origen morisco. Ello es observable en los grandes autores toledanos: el Arcipreste de Hita, don Juan Manuel de Escalona, el Arcipreste de Talavera, fray Hernando, Fernando de Rojas, Gabriel Alonso de Herrera... Sus obras enriquecen enormemente la lengua castellana que viene del viejo Reino de Castilla. De ahí el esplendor y riqueza del vocabulario de *La Celestina*, su abundancia y expresividad.

Por otra parte, el eminente filólogo Rafael Lapesa ha destacado que en la obra confluyen las dos tendencias literarias más acusadas en la época: la lengua culta y erudita de los poetas de Cancionero y de los primeros humanistas y la lengua popular de autores como el Arcipreste de Hita y el Arcipreste de Talavera.

Los personajes de la obra, especialmente Calisto, Melibea y Pleberio –pero también Celestina y los criados en ciertas ocasiones– se manifiestan en una lengua culta y erudita. Rojas demuestra con ello un amplio bagaje cultural y una erudición nada común. Gracias a su labor, el castellano se adornó con multitud de citas de filósofos, escritores de la antigüedad grecolatina, textos bíblicos, sentencias o máximas tomadas de autores clásicos, o del humanismo –especialmente Petrarca–.

A. D. Deyermond ha estudiado las fuentes petrarquistas de la obra. La mitología y la historia antigua son, con frecuencia, motivo de citas y de ejemplos. Sirva como ejemplo la descripción que de Calisto hace Celestina a Melibea en su primera entrevista (Acto IV): “en franqueza Alexandre, en esfuerzo Héctor;

gesto de un rey; gracioso, alegre; jamás reina en él la tristeza. De noble sangre, como sabes. Gran justador; pues verlo armado, un san George. Fuerza y esfuerzo, no tuvo Hércules tanta”. Otros ejemplos de alusiones cultas y eruditas citas históricas y mitológicas podemos traer del “planto” de Pleberio en el último acto (XXI): “¿Qué me dirás de aquel Macías de nuestro tiempo, cómo acabó amando, cuyo triste fin tú fuiste la causa? ¿Qué hizo por ti Paris? ¿Qué, Elena? ¿Qué hizo Hipermestra? ¿Qué Egisto? (...) Hasta David y Salomón no quisiste dejar sin pena”.

Con frecuencia, el autor abusa de este tipo de lenguaje lleno de citas cultas y referencias eruditas. Unas veces lo hace con afán de ridiculizar a un personaje, sobre todo cuando son los criados y mujerzuelas o la propia Celestina quienes lo utilizan. Los lamentos de Calisto, inflamados de un retórico y postizo “amor cortés”, rozan lo ridículo, sobre todo cuando comprobamos que sus palabras son solo eso, palabras, pues no duda en prestarse a los manejos de una vieja hechicera para conseguir a Melibea. Ese desajuste entre sus citas cultas y su proceder rastroero confieren a Calisto cierto carácter esperpéntico. Como esperpéntica o ridícula será su muerte, cayendo de una escalera y rompiéndose la cabeza.

Algunos rasgos estilísticos propios del lenguaje culto o elevado –empleado en la universidad y en el estilo de los humanistas de la época– son: el empleo del verbo al final de la frase, construcciones latinas de infinitivo o participio de presente, cultismos, estilo oratorio y ampuloso empleando la amplificación, cierto desorden de la frase o hipérbaton. Y todo ello entreverado de constantes figuras literarias como la hipérbole o exageración, la antítesis o contraposición, los juegos de palabras, enumeraciones y un largo etcétera. Rojas conocía a la perfección la retórica y la técnica literaria: la obra revela un gran trabajo de escritor, no pudo ser escrita en quince días, como él confiesa, salvo que con ello el autor se refiriera simplemente a la redacción final.

Es, sin embargo, la utilización de un lenguaje popular y conversacional lo que confiere a la obra su máxima belleza, adornada así con refranes constantes y de gran sabor tradicional, frase corta, insultos e improperios, la ironía, refranes y falsos refranes –sentencias tomadas de Petrarca u otro humanista y puestas en boca de un criado o de alguien del pueblo bajo–. Así, Pármeno, cansado de advertir a Calisto sobre la maldad de Celestina, a lo que el amo hace caso omiso, decide ponerse parte de la vieja y Sempronio y sacar también él todo el beneficio que pueda: “Destruya, rompa, quiebre, dañe, dé a alcahuetas lo suyo, que mi parte me cabrá, pues dicen: a río revuelto ganancia de pescadores” (Acto II). Más de doscientos refranes se cuentan en la obra. En el primer acto, treinta y cinco.

Otra forma de la lengua popular y coloquial es la ironía. Calisto suele utilizarla con frecuencia, sobre todo cuando se refiere a Celestina como “reina y señora mía” o “joya del mundo, acorro de mis pasiones, espejo del mundo”. Celestina es también una maestra de la ironía. En una ocasión (Acto VII) le dice a Pármeno que su madre, que perteneció al prostíbulo celestinesco, sin duda se halla en el Cielo pues padeció persecución por causa de la justicia, haciendo una interpretación irónica y blasfema de las bienaventuranzas.

También es muy propio del lenguaje popular de “*a Celestina*” el empleo de diminutivos.

Hay parlamentos llenos de un jugosísimo sabor popular, como el “elogio del vino” que Celestina hace en el Acto IX. En determinadas ocasiones se aprecia el influjo del libro del Arcipreste de Talavera, sobre todo en aquellos pasajes en que se citan textualmente frases y expresiones que dicen las gentes del pueblo –recordemos las citas que hace el Arcipreste de numerosas expresiones de las mujeres que pierden la gallina o les hurtan el huevo o murmuran de las demás–. Este mismo sabroso y espontáneo, directo, lenguaje popular, no exento de tacos e

insultos, se aprecia en parlamentos como el de Pármene en el Acto I cuando describe y define a Celestina.

Aún más parecido al estilo del Arcipreste de Talavera, y su afán de reproducir la lengua coloquial del pueblo, es el famoso parlamento de Areusa en el Acto X –a propósito de la llegada de Lucrecia, criada de Melibea, en busca de Celestina–. Areusa, pupila de la vieja y mujerzuela de su prostíbulo, expresa sentirse conforme con su vida de prostituta –según ella, vida libre y sin depender de señora–, al tiempo que denosta a las criadas de las señoras ricas que las maltratan y hablan con desprecio.

Muchas más cosas podrían añadirse sobre las excelencias del lenguaje de *La Celestina*. Sirvan éstas que aquí hemos anotado y estos ejemplos que podrían multiplicarse, pues cada página de la obra es un gozo de belleza literaria y una garantía de la propiedad y riqueza de la lengua castellana.

En conclusión: como decíamos al principio, a lo largo del siglo XV la lengua castellana alcanza un gran esplendor, comienza a ser considerada la lengua española por excelencia y, desde 1492, lengua universal que se extiende por Europa y por el Nuevo Mundo. Escritores y hombres de cultura, geográficamente no castellanos, empiezan a utilizarla considerándola más apta, más bella y capaz que las demás: Gil Vicente en Portugal, el poeta aragonés Marcuello y el también aragonés Bernardino Gómez de Miedes, los poetas catalanes del Cancionero de Stúñiga, los valencianos conde de Oliva, Mosén Tallante, el comendador Escrivá y tantos otros, y años más tarde el excelente poeta y prosista Juan Boscán en Barcelona, amigo íntimo de Garcilaso de la Vega. Todo ello es producto de los grandes ideales de la época de los Reyes Católicos: la unidad territorial y la unificación lingüística. Y todavía, a finales del siglo XVI, lo sentía y expresaba así Arias Montano:

Difundiendo e imponiendo una lengua única, conciliaron los romanos a los hombres de todas las naciones, por creer firmemente que, después de la unidad de religión, solo la unidad y conformidad de la lengua puede hacer posible la convivencia en el Imperio. Lo contrario divide, enajena y tiene en sospecha a los unos de los otros, como los sordos

que siempre se recelan y sospechan mal de las palabras que se hablan delante de ellos[13].

El esplendor y la expansión de la lengua castellana, convirtiéndose en la lengua española por excelencia, conllevó a un tiempo la castellanización de España. El proceso se inicia con los Reyes Católicos y el ideal de “buen gusto” de la reina Isabel y que fray Hernando llamaba la “gravedad castellana”. De suerte que lo que el mundo de la cultura universal conoce como “lo español” no es otra cosa que “lo castellano”, entendiendo éste no como delimitación geográfica sino como “cultura y cosmovisión” propia y distinta, que compite con “lo latino”, “lo griego”, “lo sajón”, “lo germánico”, etc. Así lo entendieron Unamuno, Azorín y Machado –“Generación del 98”–, que consideraron “lo castellano” como la genuina y por excelencia “alma española”. A la descripción histórica de “lo castellano” dedicó el hispanista norteamericano Otis Howard Green los cuatro volúmenes de su minucioso estudio: *España y la tradición occidental: el espíritu castellano en literatura desde El Cid hasta Calderón*.

Contemplando el esplendor literario del momento, que ha quedado reflejado en estas páginas, Nebrija se mostraba orgulloso ante la reina Isabel la Católica. En el colmo de su exaltación, al solicitar a la Reina autorización para imprimir la *Gramática Castellana*, Nebrija llega a afirmar que su obra es necesaria y muy oportuna “por estar la nuestra lengua tanto en la cumbre, que más se puede temer el descendimiento de ella que esperar la subida”. Nebrija acierta con el diagnóstico, pero no acierta con su profecía: su época fue de gran esplendor, pero tan solo la antesala, eso sí, dignísima antesala, de los Siglos de Oro de la lengua española, la literatura española, el arte español y el poder político de España en el mundo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BARANDA, C. (1989). “Ciencia y Humanismo: la *Obra de Agricultura* de Gabriel Alonso de Herrera (1513)” *CRITICÓN*, 46, 95-108.

BATAILLÓN, M. (1971). *La Célestine selon Fernando de Rojas*, París: Didier.

KAYSERLING, M. (1890). *Biblioteca española-portuguesa-judaica*, Estrasburgo: Charles J. Trubner.

LIDA DE MALKIEL, M.R. (1962). *La originalidad artística de La Celestina*. Buenos Aires: Eudeba.

MARAVALL, J. A. (1968). *El mundo social de La Celestina*. Madrid: Gredos.

MARINEO SÍCULO, L. (1539). *De las cosas memorables de España*. Alcalá de Henares: Imp. Juan de Brocar.

MENÉNDEZ PIDAL, R. (1906/07). *Catálogo del Romancero judío español*, Madrid: Cultura Española.

MENÉNDEZ PIDA, R. (1933). *El lenguaje del siglo XVI*. Madrid: Cruz y Raya.

MORÓN ARROYO, C. (1974). *Sentido y forma de La Celestina*, Madrid: Ed. Cátedra.

NEBRIJA, E. A. de (1492). *Gramática castellana*.

OLIVER ASÍN, J. (1938). *Historia de la lengua española*. Pamplona: Imp. Higinio Coronas.

WAGNER, M.L. (1930). *Caracteres generales del judeoespañol de Oriente*, Madrid: Anejos de la Revista de Filología Española.

[1]. NEBRIJA, E. A. de (1492). *Gramática castellana*.

[2]. Narra este episodio Menéndez Pidal en *El lenguaje del siglo XVI* (1933) Madrid: Cruz y Raya.

[3]. MENÉNDEZ PIDA, R. (1933) *El lenguaje del siglo XVI*. Madrid: Cruz y Raya, 354-355.

[4]. Ver: WAGNER, M.L. (1930) *Caracteres generales del judeoespañol de Oriente*, Madrid: Anejos de la Revista de Filología Española; MENÉNDEZ PIDAL, R. (1906/07) *Catálogo del Romancero judío español*, Madrid: Cultura Española; KAYSERLING, M. (1890): “*Biblioteca española-portuguesa-judaica*”, Estrasburgo: Charles J. Trubner.

[5]. Léese esta noticia en la *Historia del Escorial* del padre Sigüenza, fijándose en el retrato de Nebrija: “A la parte de Oriente están los dos conocidos Aelios... Aelio Donato y Aelio A. de Nebrija, romano el uno, español el otro” cristiano y patriota, su “pensamiento e gana siempre fue engrandecer las cosas de nuestra nación”.

[6]. MARINEO SÍCULO, L. (1539). *De las cosas memorables de España*. Alcalá de Henares: Imp. Juan de Brocar.

[7]. OLIVER ASÍN, J. (1938). *Historia de la lengua española*. Pamplona: Imp. Higinio Coronas.

[8]. BARANDA, C. (1989). “Ciencia y Humanismo: la *Obra de Agricultura* de Gabriel Alonso de Herrera (1513)” *CRITICÓN*, 46, 95-108

[9]. MORÓN ARROYO, C. (1974). *Sentido y forma de La Celestina*, Madrid: Ed. Cátedra.

[10]. BATAILLÓN, M. (1971) *La Célestine selon Fernando de Rojas*, París.

[11]. LIDA DE MALKIEL, M. R. (1962). *La originalidad artística de La Celestina*. Buenos Aires: Eudeba.

[12]. MARAVALL, J. A. (1968). *El mundo social de La Celestina*. Madrid: Gredos.

[13]. Glosa de una carta de Arias Montano al duque de Alba, escrita en Amberes en 1570, publicada en las memorias de la Academia de la Historia, t. VII.



Economía y sociedad a finales de la Edad Media

Moderador:

David SANZ BAS

Ponente:

María Peana CHIVITE CEBOLLA

Juana SÁNCHEZ-GEY VENEGAS

Lourdes DE MIGUEL SÁEZ

Moderador

Buenas tardes a todos. Es un honor estar hoy con todos ustedes para presentar esta mesa que lleva el título de “Economía y sociedad a finales de la Edad Media”.

Hace ya algunos años que terminé el colegio. Entre las múltiples enseñanzas recibidas, hay una que no olvidaré. Había un profesor de Lengua y Literatura que solía afirmar que, si nos hubiéramos ahorrado la Edad Media, hoy estaríamos viviendo en el año 3000.

Esta cuenta la hacía del siguiente modo: si tras la caída del Imperio Romano en el siglo V hubiera llegado el Renacimiento, entonces 500 años después, es decir, en el año 1000 d. C., la humanidad habría alcanzado el grado de desarrollo económico, social y cultural que realmente disfrutamos en el 2000. Por tanto, siguiendo esta lógica, y asumiendo que el progreso siguiera de manera gradual e ininterrumpida, hoy tendríamos las comodidades y avances que es de esperar que haya en el año 3000. Yo, como buen estudiante, anotaba con sumo interés todos estos comentarios.

Este comentario es solamente un ejemplo más de la visión negativa que todavía hoy prevalece sobre la Edad Media. Para muchos, o para la mayoría, la Edad Media fue un periodo de estancamiento e incluso retroceso en todos los ámbitos y, sobre todo, de oscurantismo.

Sin embargo, esto no es más que un mito construido por los autores del Renacimiento, que menos precisaron a sus inmediatos predecesores en su alabanza a las redescubiertas glorias de la civilización clásica. En realidad, la Europa medieval fue un periodo de enorme progreso en todas las áreas. Es indudable que en este periodo se produjo un florecimiento de la cultura, se perfeccionó el Derecho y hubo una fuerte innovación tecnológica y un notable dinamismo económico.

Así, puede afirmarse con seguridad que la Edad Media sentó las bases de la expansión y dominio europeo mundial que comenzó a finales del siglo XV y que tuvo como protagonista, entre otros, a nuestra reina Isabel la Católica.

En esta sesión vamos a disfrutar de tres ponencias en las que se profundizará en las dimensiones económica, cultura y jurídica de la sociedad del siglo XV.

María Peana Chivite Cebolla

Nuestra primera ponente es María Peana Chivite. Peana es licenciada en Economía por la Universidad Complutense de Madrid y doctora en Economía por la Universidad Católica de Ávila. Como profesional, tiene una amplia experiencia en el ámbito del marketing y las finanzas que ha desarrollado en varias empresas multinacionales. Como académica imparte docencia en la Universidad Católica de Ávila y, además, es autora de varios trabajos sobre responsabilidad social corporativa. Finalmente, hay que destacar que ha realizado varias estancias internacionales en Estados Unidos y Perú.

El título de su ponencia es “El surgimiento de una nueva era. Herencia y evolución de la economía a finales del siglo XV”.

Juana Sánchez-Gey Venegas

Nuestra segunda ponente es doña Juana Sánchez-Gey. Juana es doctora en Filosofía y profesora titular de Filosofía en la Universidad Autónoma de Madrid. Además, es directora del Aula de Pensamiento de la Fundación Fernando Rielo y vicepresidente de la Asociación de Hispanismo Filosófico. Entre sus múltiples trabajos destacan sus contribuciones en el ámbito del Pensamiento español e iberoamericano, la Filosofía y la Educación.

El título de su ponencia es “El humanismo en tiempos de Isabel la Católica”. En ella nos hablará del gran momento para el humanismo que fue la época de Isabel La Católica. En concreto, se centrará en explicarnos la labor del cardenal Cisneros y las mujeres humanistas.

Lourdes de Miguel Sáez

Nuestra última ponente es doña Lourdes Miguel. Lourdes es doctora en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid, licenciada en Derecho Canónico por la Universidad Pontificia de Salamanca y diplomada en el Estudio Jurídico del Tribunal de la Rota Matritense. Actualmente trabaja como profesora en la Universidad Católica de Ávila y es abogada.

Además, es miembro del Grupo de Investigación de la Universidad Católica “Santa Teresa de Jesús” de Ávila, denominado “Territorio, Historia y Patrimonio de la Iglesia”, que promueve esta jornada.

En su labor investigadora, destacan valiosas contribuciones en el ámbito de la Ciencia Canónica y del Derecho Procesal Civil y ha realizado estancias de investigación en universidades del extranjero.

El título de su ponencia es “Rupturas y continuidades del pensamiento jurídico a finales de la Edad Media”. En ella presentará de manera sucinta las claves de las transformaciones y avances en el ámbito jurídico y resaltarán también aquello que se mantuvo inalterable y constante en la época previa al reinado de los Reyes Católicos.

David SANZ BAS

*Decano de la facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas
Universidad Católica de Ávila*



María Peana CHIVITE CEBOLLA

Universidad Católica de Ávila

mpeana.chivite@ucavila.es

El surgimiento de una nueva era. Herencia y evolución de la economía a finales del siglo XV

La segunda mitad del siglo XV va a ser un período crucial en la historia de Europa y del mundo, pues será una etapa de transición entre la Edad Media y el Renacimiento. Empieza la Edad Moderna, donde se fraguan cambios enormes a nivel político, cultural y económico, unidos al descubrimiento geográfico de América. En el ámbito económico se destacarán, dentro de un entramado histórico concreto, las políticas monetarias, fiscales, comerciales e internacionales desarrolladas por los Reyes Católicos. En un contexto marcado por el mercantilismo, los Reyes conseguirán desarrollar una moneda fuerte y estable, el proteccionismo de ciertos sectores de la economía, como el mercado de la lana, y llevarán a cabo una reforma crucial de la hacienda pública, llegándose a considerar el sistema fiscal de los Reyes Católicos como uno de los más avanzados de Europa.

Así, este trabajo pretende presentar brevemente la situación económica y las principales medidas abordadas por los Reyes Católicos en este campo, haciendo una especial mención al papel de la Reina. Para ello se presenta, en primer lugar, el contexto histórico, como preámbulo necesario para contextualizar las medidas emprendidas. En segundo lugar, los factores claves

y primeras medidas afrontadas por los reyes, siendo algunas de estas medidas, como la creación de la Santa Hermandad, la base para poder abordar la reforma económica posterior. Finalmente, en el apartado denominado herencia y evolución de la economía, se distinguirá entre las principales políticas monetarias, fiscales y comerciales e internacionales promovidas en estos años.

1. CONTEXTO HISTÓRICO

Antes de abordar las principales medidas económicas emprendidas en el reinado de Isabel la Católica es importante situarnos en los hechos históricos y políticos que enmarcaron dichas medidas, aunque sea de forma muy somera.

En primer lugar, es interesante recordar el momento en el que doña Isabel se va a convertir en la princesa heredera de Castilla, puesto que este hecho va a suponer que pase a ocupar un primer plano en la política y sociedad de su tiempo. En concreto será en el Tratado de los Toros de Guisando, cuando Enrique IV, su hermano y rey de Castilla, va a reconocer los derechos de Isabel como heredera y no de su hija doña Juana.

Enrique va a intentar desposar a su hermana con distintos pretendientes, sin mucho éxito, ya que será Isabel quien, a espaldas de su hermano, tome la decisión de casarse con don Fernando, hijo de Juan II de Aragón, también de la dinastía Trastámara. Este hecho es relevante pues nos introduce en la personalidad de la Reina. En aquella época era excepcional que la mujer decidiera con quién casarse y por qué hacerlo. El matrimonio dependerá así, por un lado, de Isabel, y por otro del padre de Fernando, Juan II. Ambos tenían una idea clara, querían lograr la unificación –política y territorial–, y ese matrimonio sería un paso importante. El enlace se realizó en 1469, en Valladolid. Doña Isabel tenía dieciocho años y don Fernando diecisiete. Al comunicar el hecho consumado a Enrique IV, provocó el disgusto del rey, y será una de las razones de la posterior guerra civil, por la sucesión, tras su muerte.

Isabel no quiso nunca ser considerada reina mientras viviera su hermano ni tampoco tuvo el título de princesa de Asturias, sino que el tratamiento que se le dio fue el de princesa heredera.

Enrique IV falleció en 1474. La persona que estaba a su lado, el cardenal Mendoza, celebró la primera misa ante el cadáver del rey y le llevó a enterrar a Guadalupe. Inmediatamente se presentó a doña Isabel que estaba en Segovia y allí fue proclamada reina de Castilla. Isabel se hace nombrar “Reina propietaria de Castilla”, lo que significa que ella es quien va a gobernar con pleno derecho y autoridad. No va a ser reina consorte, como en aquella época ocurría en la mayoría de los casos, sino que dejará claro que ella es la reina.

Don Fernando al ser avisado llegó enseguida a Segovia y se firmó entre ellos la que se conoce como Concordia de Segovia, que es el modo en que van a tener que gobernar. Una unión que va a ser una alianza dinástica y personal, entre los dos reyes. Tanto manda uno como otro. En adelante las decisiones las toma Isabel, pero contando con Fernando, y viceversa.

En esos momentos, se organizará una guerra civil entre los partidarios de la hija de Enrique IV, doña Juana, y doña Isabel. Terminará cuando en 1479 se firme la Paz de Alcázobas en Toledo.

En 1479 a la muerte de Juan II de Aragón, don Fernando se convierte en el rey de Aragón. Se logra el primer hito importante del reinado que es la unificación de España, a falta del reino de Granada (1492) y de la anexión de Navarra (1512).

El reinado de los Reyes Católicos fue una época gloriosa para España, pero fue fundamental la concordia entre las voluntades de los dos reyes. Ha sido la primera vez en nuestra historia que hay una reina titular en España, que tomará las riendas del poder tan decisivamente. De hecho, muchos de los asuntos de la Corona de Aragón los resolverá Isabel, y Fernando va a

resolver muchos de los de Castilla. Años después, en 1496, recibirán el título de Reyes Católicos por el papa Alejandro VI.

2. FACTORES CLAVE Y PRIMERAS MEDIDAS

Una vez establecido este breve contexto histórico, es importante recordar que uno de los factores condicionantes del desarrollo y crecimiento económico de un país es el fomento de instituciones adecuadas, con el fin de buscar la unidad, la estabilidad y seguridad del mismo. Al respecto se señalan a continuación algunas de estas medidas afrontadas por los reyes, como preámbulo al análisis de la economía durante este período.

En primer lugar, cabe recordar que la reina Isabel fue una gran mujer que destacó por su inteligencia, capacidad de trabajo, integridad personal y grandes cualidades humanas. Algunas notas de su carácter ya se han ido señalando.

En segundo lugar, la monarquía es de carácter personal autoritaria, de origen divino, y la Reina tendrá claro que solo poseerá el derecho de ejercer la autoridad si lo hace para el bien común. Para Isabel, como para Fernando, el buen gobierno, organizar la administración del país, será un deber sagrado.

Finalmente, a Isabel le va a tocar enfrentarse a grandes retos, entre ellos se encontrará con la necesidad de conseguir una pacificación interna del reino, terminar la reconquista, recuperar el poder económico, donde cabe destacar el sometimiento de la nobleza y afrontar una reforma de la administración.

Para conseguir la pacificación del reino creará la Santa Hermandad –la primera Policía Nacional–, destinada a acabar con el bandidaje y tropelías que se cometían en el campo, en parte por las luchas de la nobleza.

En concreto y siguiendo textos recogidos en las *Memorias de la Real Academia de Historia*^[1], podremos hacernos una idea mejor de lo que esta realidad supuso en la época.

Los casos de hermandad de que debían juzgar sus alcaldes, eran cinco: toda violencia ó herida hecha en el campo: los mismos delitos cometidos en poblado, cuando el malhechor huía al campo ú a otro pueblo: quebrantamiento de casa: fuerza de muger:

resistencia á la justicia. Hicieronse ordenanzas que aprobaron los Reyes en Madrigal el mismo año de 1476. En esta forma se fundó la Santa Hermandad por tres años, que se fueron prorrogando sucesivamente. (Clemencín, 1821: 136)

Por remarcar el carácter de la Reina, se habla al respecto de una prevención de doña Isabel sobre los reos condenados a muerte, pare evitarles torturas, y bien disponerles:

[...] procurando, los dichos alcaldes como el tal malhechor reciba los sacramentos que pudiere recibir como católico cristiano, é que muera lo más prestamente que pueda, porque pase más seguramente su ánima. (Clemencín, 1821: 136-137)

Y en otra parte, de la paz alcanzada por las medidas tomadas por los reyes se cuenta:

[...] en todos sus réinos poco antes había homes robadores é criminosos que tenían diabólicas osadías, é sin temor de justicia cometían crímenes é feos delitos... todos se amasaron é pacificaron, todos estaban sometidos á la justicia, é todos la tomaban por su defensa. Y el caballero y el escudero, que poco antes con soberbia sojuzgaban al labrador é al oficial, se sometían á la razón é no osaban enojar á ninguno, por miedo a la justicia que el Rei é la Reina mandaban ejecutar. Los caminos ansimesmo estaban seguros; é todos gozaban de la paz é seguridad.

Pedro Mártir de Angieria en la carta al Cardenal Ascanio [...] comprendió en pocas palabras todo lo precedente, diciendo de los Reyes católicos: "Inauditam hactenus in utraque Hispania pacem et concordiam ita ambo exerunt mortuam, ut nulla unquam per se tuta regio tutiorem se fuisse iactare possit (Clemencín, 1821: 206-207)

Así mismo, la Reina, debe recuperar el poder económico y ser la administradora de la gran riqueza nacional, las tierras, y los campesinos asociados a ellas. Estas estaban en gran parte en mano de los nobles, entregadas a los mismos por Enrique IV en detrimento del poder del rey. Una de las medidas para corregir esta situación serán las Cortes de Toledo de 1480, en estas se acabará con las mercedes de Enrique IV a los nobles, los cuales deberán devolver las tierras. Estas pasarán a ser tierras del realengo, lo que supondrá que los campesinos pasan a depender como súbditos directos de la Corona, y por tanto será a la Corona a la que se le paguen los impuestos. Los diezmos serán directamente recaudados por parte de la Corona, y por tanto de la riqueza nacional. Esto supone una diferencia significativa respecto del régimen anterior, puesto que ese dinero recaudado

se podrá destinar al “bien común” del reino no solo al beneficio de los nobles.

Adicionalmente se tomará la determinación de que a medida que mueran los maestros de las órdenes militares, que tenían gran cantidad de tierras, pasen al rey, en la misma línea de lo ya señalado.

Por otra parte, la reforma importante de la administración se hizo gracias a que se contó con muchos colaboradores excelentes, elegidos con buen criterio, especialmente por parte de la Reina. Estos colaboradores serán gente que pertenecía no necesariamente a la nobleza, que también los hubo, sino que pertenecen a la burguesía, familias de pequeños terratenientes que habían estudiado en la universidad. Se empieza a constituir el primer cuerpo de funcionarios del estado que ha habido en España. Aquí estará el germen de lo que será en el futuro.

Para organizar la administración, primero se hizo una reforma de la administración central. Esta dependía de los consejos, primera célula de los actuales ministerios. Consejo Real o de Castilla, gobierno general del reino, y de la administración de la Corona de Castilla. Consejo de Aragón, de lo mismo en la corona de Aragón –Aragón, Cataluña, Valencia, Islas Baleares–.

Después se creó el consejo de Hacienda, estaba encargado de la recaudación de impuestos, administración del tesoro público, de las obras públicas, de la protección del comercio, agricultura, industria y de la economía en general. Y más tarde se crea el Consejo de Italia o el Consejo de Indias, cuando se descubre América.

Todos estos órganos administrativos, junto con la Santa Hermandad y las medidas tomadas, contribuirán al crecimiento económico y desarrollo de la Corona en estos años.

3. HERENCIA Y EVOLUCIÓN DE LA ECONOMÍA

Si tenemos que hablar de una corriente de pensamiento económico, se podría decir que el reinado de Isabel la Católica se ve marcado por el denominado mercantilismo. En concreto, A.

Dubois describe el mercantilismo como “Theorie de L’enrichissement des nations par l’accumulation del métaux précieux”[2].

El mercantilismo es una teoría económica unida al estado, que presenta como finalidad de la actividad económica la acumulación de metales preciosos que deben ponerse en manos del estado. Para ello el estado debe aplicar medidas de protección y control. Según dice Gonnard el modo de conseguirlo será a través de la organización de la industria y el comercio[3]. Esta, la industria, deberá producir más barato –con medidas de regulación de salarios o subvenciones– y el comercio deberá regularse para favorecer las exportaciones y evitar las importaciones, creando incluso mercados nuevos en países colonizados.

Si se acude al mercantilismo español, autores como Álvarez dirán:

El mercantilismo de Castilla fue, sin duda alguna, no de los hechos históricos más importantes y decisivos en el desenvolvimiento y formación de nuestra economía; fue una articulación tan esencial del organismo económico de nuestro pueblo que su funcionamiento explica muchos de los rasgos peculiares del substrato económico de España. A él se debe, acaso, buena parte de lo que somos y de lo que no somos, pero hemos podido ser[4].

Los Reyes Católicos afrontarán distintas medidas tanto de política monetaria, de política fiscal como de regulación del comercio. Muchas de ellas se verán directamente influenciadas por esta corriente del mercantilismo, y muchas de ellas estarán enfocadas a garantizar la riqueza del reino y los ingresos del Estado. El coste de la reconquista y la unidad de España, las continuas guerras entre Europa, necesitarán una fuerte financiación, a la que la creación del Estado Moderno contribuyó.

A continuación, se pasa a exponer brevemente lo que se ha dado en llamar las políticas monetarias, fiscales e internacionales aplicadas durante el reinado de los Reyes Católicos. Se es consciente de que solo se presenta una pequeña aproximación a una realidad que supera este ensayo.

3.1. Política Monetaria

Según el Banco de España (2018) la política monetaria es:

Conjunto de acciones que llevan a cabo los bancos centrales dirigidas a controlar los tipos de interés y la cantidad de dinero, con la finalidad de influir en las condiciones financieras de una economía y alcanzar determinados objetivos. En las economías desarrolladas, el objetivo de la política monetaria es mantener la estabilidad de precios[5]

Ciertamente a finales del siglo XV y principios del XVI, muchas de las acciones que en la actualidad llevan a cabo los bancos centrales no estaban tan desarrolladas, las circunstancias históricas, culturales, sociales eran distintas, pero no deja de ser destacable la conciencia que tenían los reyes, sobre el influjo que estas políticas podían tener en el desarrollo económico y la aplicación que llevaron a cabo, en respuesta a suss circunstancias concretas.

Los reyes van a afrontar una serie de problemas económicos, algunos de ellos herencia de Enrique IV, como será la inestabilidad de la moneda. Para enmendar esta situación los Reyes Católicos dictarán numerosas disposiciones, muchas de ellas encaminadas a ordenar y regular la situación monetaria en Castilla y León. Estas disposiciones irán desde unificar las pesas utilizadas para fabricar la moneda en los distintos talleres, como trasladar las órdenes oportunas para acuñar en cada momento la cantidad de moneda necesaria con que poder cubrir la economía del Estado y al mismo tiempo atender con fluidez los requerimientos del comercio, entre otras muchas. Tendrán un sistema bimetalista –plata-oro–.

Al respecto de algunas de estas medidas, en el año 1488, se establece la declaración de cómo se ha de pesar las monedas de oro, y se advierte que lo ordenado en relación a los pesos y pesas de la moneda debe ser:

... todos los pesos y pesas de los mantenimientos y otras cosas que no son oro ni plata: ca nuestra merced é voluntad es que todas las cosas que se huvieren de pesar en nuestros réinos se pesen por pesas que sean iguales, é las onzas respondan las unas á las otras. En Valladolid a 13 de octubre de 1488. (Clemencín, 1821)

Para poder hacer frente a la emisión de moneda de calidad, uno de los problemas será conseguir oro y plata[6], que serán utilizarlos como base para apoyar una moneda central fuerte que evite las fluctuaciones de los precios y que se relacione con el resto de las monedas de forma clara y ventajosa. En esta época las monedas de referencia a nivel internacional son el ducado de Venecia, el florín de Florencia y la lira de Génova. Así conseguir una moneda fuerte y segura será clave para favorecer el comercio[7].

Los Reyes Católicos, por la Real Cédula de Sevilla, 1475, harán las primeras emisiones de moneda a su nombre, preocupándose por sanear la ley de emisión, y el fino del oro de su moneda, es decir la calidad de oro en la moneda, esto para garantizar que el medidor económico sea fiable y poder alcanzar su objetivo de estabilidad. Según se recoge en la Real Cédula de Sevilla de 28 de junio de 1475 en cuyo texto se refiere:

... las quales dichas monedas con las dichas figuras y armas y letras susodichas vos mando que labrades de las dichas leyes de oro y plata quel sennor Rey don Enrrique, mi sennor hermano que Santa Gloria aya, mandó labrar los castellanos y reales que se labraran quando él fallessió; lo qual vos mando que asy fagades y cumplades porque asy cumple a serviçio del dicho Rey, mi sennor e mio. Fecho a veynte e ocho días de junio, anno de setenta e çinco annos. Yo la Reyna. Por mandado de la Reyna, Alfonso Dávila. (Ruiz Trapero, 2004).

Por la Real Cédula de Sevilla consiguen revalorizar y sanear la ley de la moneda castellana de oro y plata heredada, hasta convertirla en moneda acreditada, mientras que mantienen en circulación hasta su desaparición, el inmenso numerario de vellón heredado. La base de la reforma es la moneda de oro que a ley de 23 $\frac{3}{4}$ quilates de fino definen en su unidad el castellano o medio excelente, al que incorporan la emisión de otros valores: el doble castellano o excelente, el medio castellano o cuarto de excelente.

Esa moneda, el excelente (Fig. 1 y 2), principalmente el excelente de Granada –llamado así por la granada que aparece en el escudo de los reyes después de su conquista– será una moneda

estable –la moneda de cuenta es el maravedí y ellos le van a dar estabilidad de tal modo que el Ducado, que es la moneda central, va a tener 375 maravedíes–.



Fig. 1. Estado medieval. Real Cédula de Sevilla, 28 de junio de 1475. Excelente entero.

Fuente: Ruiz Trapero (2004).



Fig. 2. Estado Moderno. Pragmática de Medina del Campo, 13 de febrero de 1497. Excelente de Granada. Fuente: Ruiz Trapero (2004).

Lo que las Cortes habían pedido siempre a los reyes es que no se quebrara la moneda. Es decir, que no se rebajara. Una forma de rebajar la moneda, si el cospel está abierto, es recortar el metal sobrante y quedarse con él; la otra –la principal, la que nos incumbe en este momento– es que el propio rey la devalúe –que diga, ahora, en lugar de valer esto, vale esto otro–. Los reyes no van a quebrar esta moneda. Será una moneda muy buena y muy fuerte. El excelente de Granada llegó a tener una riqueza de oro de 23 quilates y tres cuartos –prácticamente oro puro– cuando lo normal para el resto de monedas europeas eran los 18 quilates.

Es de señalar, por lo curioso del caso, que siendo una moneda tan buena no se desplazara. Lo normal cuando una moneda es tan buena es que se pierda por atesoramiento. Se dirá que esa “buena ley” y ese cambio, diríamos ventajoso, hecho con las otras monedas que había en las ferias europeas es el que va a dar el predominio a la moneda de los reyes y es el que va a hacer que precisamente se mejore el comercio.

Al respecto de las emisiones, y valor de las monedas hacemos algunas referencias expresas. Por ejemplo, en el año 1475, en carta fechada en Segovia de 20 de febrero, y dirigida a las ciudades de Sevilla, Córdoba, Jaén, Cádiz y sus territorios, se especifica el valor de las monedas, dada la confusión que se manifestaba que había en los precios de los castellanos, doblas y otras monedas. Así, se ordena que tengan el mismo precio que en la corte, en concreto el enrique castellano 435 maravedís; la dobla de la banda 335 maravedís; el florín 240 maravedís; el real 30 maravedís; y el maravedí 3 blancas de las labradas por Enrique IV[8].

En el año 1480, la Pragmática de 28 de enero, a petición de las Cortes de Toledo, también se establecen los valores de las distintas monedas. Por ejemplo, se señala que el excelente entero tenga el valor de 960 maravedís; el medio excelente y el castellano entero de Enrique IV 480 maravedís; la dobla de la banda 365 maravedís; el florín de cuña de Aragón 265 maravedís; el ducado 375 maravedís; y el real de plata 31 maravedís, y así sucesivamente[9].

En la Pragmática de Medina del Campo, 1497, se establece que el excelente entero valga once reales y un maravedí o 375 maravedís; el medio excelente de la Granada 187 maravedís y medio; y el real de plata 34 maravedís, entre otros[10].

Finalmente referimos textualmente de la Pragmática de Medina del Campo de 13 de junio de 1497, lo siguiente:

[...] Sepades que nos somos informados, que en estos dichos nuestros reynos ay falta de moneda, assí de oro e plata como de vellón; [...] si devíamos mandar labrar moneda

de oro de la talla e peso que fueron los excelentes e medios excelentes que ovimos mandamos labrar, o otra moneda de menor talla e peso; e porque se falló que las monedas de ducados son más comunes por todos los reynos e provincias de cristianos, e más usadas en todas las contrataciones; e assí les pareció que nos desviamos mandar labrar moneda de oro de la ley e talla e peso de ducados. E otrosí, mandamos ver sy estava bien respetuado el oro con la plata, o si avido respeto a la moneda de vellón se debía alçar el oro e la plata; [...] fallaron que la moneda de plata estava agraviada en la estimación que estava, [...] que se devia alçar e poner e tassar todas tres monedas, de oro e plata e vellón, en su verdadero valor, e que de las unas e de las otras deviamos mandar labrar, de lo qual todo nos fue fecha cumplida relación aquella vista nos mandamos proveer sobre ello, e fazer ciertas ordenanças que para la fábrica e valor de las dichas monedas que se labrassen, pareció ser justas e necesarias (Clemencín, 1821)

Estas medidas emprendidas por los reyes, en materia de política monetaria, junto con el resto de medidas, contribuyeron a la estabilidad y crecimiento del país. Pasamos a referir las políticas fiscales, también necesarias, en el siguiente apartado, aunque algo ya se ha ido señalando en los primeros apartados.

3.2. Política fiscal: Saneamiento y orden en la Hacienda

Se debe señalar que no puede existir una economía saneada si, previamente, el sistema hacendístico del poder central no funciona correctamente. Un pilar básico del estado moderno será el sistema tributario. Se dirá que el sistema fiscal de los Reyes Católicos constituyó uno de los más avanzados de Europa^[11].

Hay en estos momentos la preocupación de recuperar el poder económico, y la política fiscal será un medio. Hasta entonces se arrendaba a particulares la recaudación de los tributos – el más importante, la alcabala en Castilla; bolla en Aragón: el 10% en cada compra-venta–, ahora lo hará el contador mayor, Alonso de Quintanilla, que fue un personaje muy destacado y que realizó su trabajo de forma muy eficiente.

Así la fórmula aplicada para la mejora de la economía por Isabel y Fernando fue doble, primeramente, como se ha indicado se logró un gran avance a través de la estabilización necesaria de la moneda. En segundo lugar, se emplearon métodos para el saneamiento de los ingresos. Por un lado, la vía fiscal, a través

de la recepción de impuestos, caso de las alcabalas. Por otro las regalías –derechos del rey– para conseguir ingresos, entre ellas: el montazgo, portazgo[12], herbazgo, minas –dos tercios de su producción–, salinas y pozos de sal, mercados, sello –por expedición de documentos–, o la moneda forera, por la que el rey se comprometía a no quebrar la moneda –no hacer nuevas acuñaciones– en siete años. Otra vía consistía en una tarea pesquisidora averiguando deudas y recuperando las rentas reales[13]. Así aumentó la vigilancia fiscal, se revertieron a la Corona las rentas de lo maestrazgos de las órdenes militares entre otras medidas.

Se destacan a continuación, por fechas, algunas medidas significativas que ayudarán a completar lo señalado. En 1476 en la Corte de Madrigal, donde se reorganizaron las contadurías mayores de Hacienda y de Cuentas. Las Cortes de Toledo de 1480, acabarán con las mercedes de Enrique IV a los nobles, los cuales deberán devolver las tierras que pasarán a ser tierras del realengo, pasan los campesinos a depender como súbditos directos de la Corona, y por tanto pago de impuestos, diezmos directamente se recaudan por parte de la Corona, y por tanto de la riqueza nacional.

En relación a estas Cortes se dice:

Fernando del Pulgar en su crónica de los Reyes católicos dice, hablando de las cortes que se celebraron en Toledo el año de 1480: 'el património real estaba enagenado en tal manera, que el Rei i la Réina no téñian tantas rentas como eran necesárias para sostener el Estado Real... é ansimesmo para las cosas que se requerían expender cada año en la administración de la justícia é buena gobernación de sus réinos, porque el Rei Don Enrique lo había enagenado... Y este enagenamiento de las rentas reales se fizo en muchas manera: á unos se dieron maravedís de juro de heredad para siempre jamás por les facer merced en enmienda de gastos: otros los comparon del Rei Don Enrique por mui pequeños precios, porque la muchedumbre de las mercedes de juro de heredad que se habian fecho las puso en tan pequeña estimacion, que por mil maravedis en dinero se daban otro mil de juro de heredad. Y esta disipación del património é rentas reales vino á tanta corrupción, que se vendian albales del Rei Don Enrique en blanco de merced de juro de heredad para qualquier que los queria comprar por poco preço. E todos estos maravedis se situaban en rentas de las alcabalas é tércias é otras rentas del réino, de manera que el Rei no tenia en ellas cosa ninguna. Sobre esta materia los pro-

curadores del réino suplicaron al Rei é á la Reina que... mandasen retituir las rentas reales antiguas á debido estado.’ (Clemencín, 1821: 141-142)

Adicionalmente se tomará la determinación de que a medida que mueran los maestros de las órdenes militares, que tenían gran cantidad de tierras, pasarán al rey. En concreto la incorporación a la Corona de los maestrazgos de Calatrava, Santiago y Alcántara de 1488 a 1499, que aumentaron las posibilidades económicas de los reyes.

En la tabla 1, se puede ver la evolución en la recaudación por parte de los reyes, donde se comprueba una mejoría después de las Cortes de Madrigal del 1476, pero el incremento sustancial se producirá a partir de las Cortes de Toledo.

Del año 1477 al 1482, en cinco años, las rentas ordinarias de la Corona presentan un incremento del 450%, en términos absolutos 123 millones más. Ciertamente muy considerable. El incremento de 1482 a 1504, después de 22 años, será del 127%, 191 millones más. Estas cifras nos pueden dar idea de la reforma llevada a cabo, y que el salto sustancial se dio entre el 1477 y el 1482. Es aquí donde se puede ver la influencia clave de las Cortes de Toledo del año 1480, para sanear la hacienda.

Tabla 1.

Rentas ordinarias de la Corona de Castilla en los cuatro reinados de Enrique III, Juan II, Enrique IV e Isabel I

REYES	AÑO	TIPO	MARAVEDÍS DE LOS TIEMPOS RESPECTIVOS
Enrique III	1393	Rentas	28.000.000
Enrique III	1406	Rentas	60.000.000
Juan II	1429	Rentas	60.812.390
Enrique IV	1474	Rentas	40.000.000
Enrique IV	1474	Rentas pagadas / mercedes	10.000.000
Reyes católi-	1477	Rentas pagadas / mer-	27.415.626

cos		cedes	
Reyes católicos	1482	Rentas	150.695.288
Reyes católicos	1504	Rentas	341.733.597

Fuente: Elaboración propia en base datos obtenidos de Clemencín, D. (1821).

También en las Cortes de Toledo se fijaron los precios de los fletes, lo que dio lugar a problemas después. En 1488 se recuperó para la Corona el diezmo del mar –impuesto sobre las exportaciones–.

En 1489 pidieron préstamos a municipios y a particulares para la guerra de Granada y consiguieron 100 cuentos –100 millones–, y al no ser suficientes enajenaron parte de las rentas reales que, por juros de heredad, siendo la renta anual el 10% del préstamo, se podían transmitir por herencia; se implicó así la deuda pública por lo que procuraron amortizarlos.

Pero si bien es cierto que es importante la recaudación, no lo es menos la forma en que todo se registra, y administra. Así parece interesante señalar que, en el siglo XV, se encuentran, por ejemplo, las ordenanzas en España del rey Juan II dadas a la contaduría mayor de cuentas –en 1437 y 1442– o de los Reyes Católicos a finales de siglo. En ellas se recuerda el juramento que han prestado los contadores del reino. Se hace hincapié sobre el control de las cuentas claras y que deben ser cerradas por quienes las comenzaron. Que se deben declarar, y que en caso de no presentarse se les puede llevar presos. Incluso que se evite contratar o trato con parientes –hasta de cuarto grado– para evitar sospechas. Son indicaciones expresas para su control.

Los nuevos contadores para poder desempeñar su empleo debían prestar juramento ante la justicia o el ayuntamiento. El texto del juramento varía de unas poblaciones a otras. Los de Salamanca, por sus ordenanzas municipales del año 1619, debían manifestar que asistirán a las cuentas, así de los propios de esta Ciudad, como de las sisas, y otras cualesquiera que les tocaren por su oficio, procurando se hagan bien y fielmente, sin fraude, dolo, ni engaño a todo su entender.

La obligación de prestar juramento se establecía también para los demás miembros de las comisiones examinadoras de cuentas fueran componentes de la corporación municipal o simples testigos. Los vecinos que participaron en la toma de cuentas en Gata, en el año 1524, juraron que “denunciarían los fraudes o falsedades que viesen, entendiesen o supiesen”. Años antes, en las ordenanzas municipales de Córdoba del año 1491, quedó regulado que los regidores, jurados, justicia y contadores que participaban en la toma de cuentas juraran:

solepnemente que en el tomar e resçebir de las dichas cuentas se ayan bien e fielmente e non consentirán que en ellas se haga fraude ni colisyon alguna nin encubierta, nin se resçiba en cuenta lo que de justiçia non se deviere resçebir (González, J. M., 1983: 50).

Los contadores o veedores de cuentas de Hernani, junto con su alcalde y regidores, según sus ordenanzas del año 1542, juraban ante el regimiento que solemnemente

averiguarán y sentençiarán las dichas quantas sin afeçión ni pasión alguna lo mejor que pudieren y Dios les diere a entender, y que a todo su poder y saber guardarán y administrarán justiçia así al dicho conçejo como a los dichos ofiçiales (Ayerbe, R., 1982: 297)[14].

Tras esta breve referencia a la mejora de la hacienda propiciada por los reyes, pasamos a señalar algunos aspectos de las políticas de regulación del comercio e internacionales.

3.3. Políticas de regulación del comercio e internacionales

La política comercial, será una de las preocupaciones de la época, en concreto se habla de que lo era para los llamados arbitristas, mercantilistas y que todas las medidas reguladoras, proteccionistas o intervencionistas eran un instrumento al servicio del estado y estaban dirigidas a generar riqueza en el país. Toda la capacidad de intervención en la política económica que la creación del Estado Moderno permitió, se dirigió al logro de objetivos políticos, militares, o económicos de los gobiernos[15].

El reinado de los Reyes Católicos no se alejará de esta corriente. Por un lado, se va a sanear la moneda y por el otro van a dar prioridad al mercantilismo[16]. En el ámbito internacional va a primar la búsqueda de un saldo favorable en una balanza comercial basada en la exportación de materias primas e importación de manufacturas, en concreto destacará el mercado de la lana. Esa prioridad de la lana implicará una protección en detrimento de la agricultura, y de los talleres de lanas, puesto que se va a priorizar el mandar la lana a Flandes y luego comprar el producto elaborado.

También se debe reconocer la supremacía económica de Castilla, entre otras cosas, por su población. Hay que tener en cuenta que Castilla entonces, por lo que se puede estimar, tenía unos seis millones y medio de habitantes. La Corona de Aragón llega a un millón como mucho. En Navarra, son unos doscientos mil habitantes y Portugal también tiene alrededor de un millón. Pero además de su mayor población, es la lana la que da a Castilla esa supremacía económica, por su ventaja competitiva.

Hubo, como se ha comentado, proteccionismo alentando la producción de lana en perjuicio de la agricultura –Ordenamiento de Cañadas de 1489, Edicto de 1491 prohibiendo los cercamientos y permitiendo la transformación de bosques en prados; y Pragmática de 1501, que permitió conservara tierras ocupadas por la Mesta– y también de la industria –los telares de Segovia y las hilaturas de Valladolid producían con gran calidad, pero sus productos eran más caros–. Se van a proteger las tres grandes cañadas, la de León, la de Soria-Segovia y la de Cuenca.

Es de señalar que, en Castilla, se consigue una lana casi perfecta que es la de las ovejas merinas –debido posiblemente a un cruce entre ovejas traídas por los benimerines (de ahí el nombre de merinas) y una raza de ovejas que había en Castilla–. La lana de las ovejas merinas es la mejor que hay en aquellos momentos, porque tiene más longitud, más brillo y por tanto es

mejor para los telares. Por todo ello será muy demandada principalmente en Flandes, lugar donde predominan en aquella época los telares. Y la exportación beneficiaba a muchos sobre todo a los sectores dedicados al comercio.

Dentro del comercio exterior, entre los productos que más se exportaban se encuentran: lana, hierro, vino, cera, frutos secos, pieles, cochinilla, comino, anís, aceite, uvas, miel, mercurio, azúcar y seda. Los productos que más se importaban serían: carbón de madera, hierro, alabastro, carne, pieles, tocino salado, mantequilla, paños, encajes, quincalla y alumbre.

En el año 1490, los marinos pasaron a estar bajo salvaguarda real –la marina tenía tanto interés comercial como militar–, y en el año 1494 se funda el Consulado del Mar en Burgos. La misión de este consulado era subsanar los problemas entre comerciantes y marinos; ahora los comerciantes determinan los precios y los marinos trabajan, o no, con ellos. Pero continuarán los problemas hasta que Fernando crea en 1511 otro consulado en Bilbao.

Otra de las medidas para favorecer el comercio, será en 1495 la concesión de prima anual del 1.000 maravedíes/Tm a los barcos de más de 600 Tm[17]. Sin embargo, hubo alza de precios debido al aumento de la producción de las minas de Europa central, al mayor número de guerras, a la nueva actitud ante la vida que demandaba más productos, y al afán de aventuras propio de esta época.

Como se ha ido señalando se tomaron medidas para proteger el comercio, a modo de ejemplo señalar la Pragmática de 3 de septiembre de 1500, donde:

... para que en los puertos del réino no pudiesen cargarse mercaderías ni mantenimientos en buques extrangeros habiéndolos nacionales, favorecía mui singularmente los adelantos de la marina. La de 11 de agosto del año siguiente de 1501 prohibió que se vendiesen buques nacionales á concejo ni persona extrangera y en ella se expresa que de resultas de las providéncias anteriores se notaban las mejoras de la construcción naval en estos réinos (Clemencín, 1821: 260)

4. CONCLUSIÓN

Los Reyes Católicos y, en particular, la figura de la Reina, contribuyeron a mejorar significativamente la situación consolidando un estado. Se ha visto cómo se logró una moneda fuerte, una hacienda saneada y unas medidas comerciales que, si bien favorecieron a ciertos sectores, no dejaron de buscar el bien común. Para lograr todo ello hubo también un importante desarrollo institucional, a través de los Consejos y la creación de las Hermandades, una reforma religiosa importante, un desarrollo del humanismo en la cultura, en las artes. Por supuesto la conquista de Granada y la unificación del reino, además de una política exterior brillante, junto con la conquista de América.

Ciertamente la extensión de este ensayo deja fuera muchos aspectos que hubiera sido interesantes de señalar, no obstante, esperamos haya contribuido a presentar la importancia de las políticas económicas desarrolladas por los Reyes Católicos, y su contribución al crecimiento y desarrollo del país.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ÁLVAREZ, V. A. (1943). “La época de mercantilismo en Castilla” *Revista de estudios políticos*, (9), 139-151.

BANCO DE ESPAÑA (2018). Disponible en: <https://www.bde.es/bde/es/utiles/glosario/glosarioPolt/indexP.html> [29/07/2018]

CEREZO MARTÍNEZ, R. (1991). *La proyección marítima de España en la época de los Reyes Católicos*. Madrid,

CLEMENCIN, D. (1821). *Memorias de la real academia de historia*. Tomo VI. Madrid: Imprenta de I. Sancha.

COMELLAS, J. L. (1972). *Historia de España Moderna y Contemporánea*. Madrid: Rialp.

DUBOIS, A. (1903). *Précis de l'histoire des doctrines économiques dans leurs rapports avec les faits et avec les institutions*, Paris: Arthur Rousseau.

GARCÍA RUIZ, J.L. (coordinador), CASADO ALONSO, H., FATJÓ GÓMEZ, P., NÚÑEZ ROMERO-BALMAS, G. (1998). *Historia de la empresa mundial y de España*. Madrid: Editorial Síntesis.

GARCÍA RUIPÉREZ, M. (2005). “Los contadores municipales en la Corona de Castilla (siglos XIV-XVIII)” *Revista Española de Historia de la Contabilidad*, 2, 53-100.

GÓMEZ MUÑOZ, C. (2018). *Isabel la Católica, un reinado para el mundo*. Ávila: EUC.

GONNARD, R., CAMPO MORENO, J. (1961). *Historia de las doctrinas económicas*. Madrid: Aguilar.

LADERO QUESADA, M. A. (1967). *La Hacienda Real castellana, entre 1480 y 1492*. Valladolid: Universidad de Valladolid.

LADERO QUESADA, M. A. (1973). *La Hacienda Real de Castilla en el siglo XV*. La Laguna: Universidad de La Laguna.

LADERO QUESADA, M. A. (1988). *Historia universal. Edad Moderna, II*. Barcelona: Vicens Vives.

MACKAY, A. (1981). *Money, Prices and Politics in 15th Century Castile*. Londres: Royal Historical Society Studies in History.

MARTÍN ACEÑA, P. (1992). "Los precios en Europa durante los siglos XVI y XVII: estudio comparativo" *Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History*, 10(3), 359-395.

MORALES MUÑIZ, D. C. (2004). "La Economía en los tiempos de Isabel I La Católica. El ejemplo del contador Alonso de Quintanilla" *Revista Icade. Revista de las Facultades de Derecho y Ciencias Económicas y Empresariales*, 63, 227-249.

PALACIO ATARD, V. (1970). *Manual de Historia Universal, IV: Edad Moderna*. Madrid: Espasa-Calpe.

PÉREZ, J. (1988). *Isabel y Fernando. Los Reyes Católicos*. Madrid: Nerea.

RUIZ TRAPERO, D. M. (2004). "La reforma monetaria de los reyes católicos: su importancia histórica" en *III Jornadas Científicas sobre Documentación en época de los Reyes Católicos*, S. Cabezas Fontanilla M. M, Royo Martínez (ed.), 249-272. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

SARMIENTO LASUÉN, J. (1951). "Alfonso de Quintanilla: Contador Mayor de los Reyes Católicos" *Boletín de la Institución Fernán González*. 4.º trimestre, año 30, 117, 713-724.

SUÁREZ, L., DE MATA CARRIAZO, J., FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (1962) *La España de los Reyes Católicos (1474-1516)*. Madrid.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (1976). *Historia de España Antigua y Media, II*. Madrid: Rialp.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (1989) *Los Reyes Católicos. Fundamentos de la Monarquía*. Madrid: Rialp.

UJALDÓN, E. (2008). "Arbitrismo y mercantilismo en la España de Saavedra Fajardo" *Res publica*, 19, 299-312.

DE VALDEAVELLANO, L. G. (1998). *Curso de Historia de las Instituciones españolas*. Madrid: Alianza Editorial.

ANEXO 1A.

VALOR DE LAS MONEDAS EN TIEMPOS DE LA REINA

Tabla que manifiesta los valores de las monedas que corrieron en Castilla durante el reinado de Doña Isabel.

Monedas.	Valor monetario actual.	Valor legal en las épocas que se mencionan, expresado en moneda moderna.	Valor comercial en las mismas épocas expresado en trigo al precio medio.	Valor de esta cantidad de trigo en 1800, precio medio.
ORO.	RS. VN. MRS.	RS. VN. MRS.	FANS. CELS. CUART.	RS. VN. MRS.
Castellano. . . . 61. 18	{	En 1475. . . . 38. 17	3 . 11 . 3 $\frac{1}{2}$	223. 14 $\frac{1}{6}$
		1480. . . . 40. 17	4 . 2 . 1 $\frac{1}{2}$	235. 22 $\frac{5}{6}$
		1483. . . . 40. 31	4 . 2 . 3 $\frac{1}{2}$	237. 14 $\frac{1}{6}$
		1497. . . . 37. 10	3 . 10 . 1 $\frac{1}{2}$	216. 14 $\frac{1}{6}$
Médio castellano. 30. 26	{	En 1475. . . . 19. 8 $\frac{1}{2}$	1 . 11 . 3 $\frac{1}{2}$	111. 14 $\frac{1}{6}$
		1480. . . . 20. 8 $\frac{1}{2}$	2 . 1 . 1	117. 28 $\frac{1}{3}$
		1483. . . . 20. 15 $\frac{1}{2}$	2 . 1 . 2	116. 2
		1497. . . . 18. 22	1 . 11 . 1	108. 17
Corona real. . . 41. 25	{	En 1483. . . . 27. 23	2 . 10 . 2	161.
		1497. . . . 25. 8	2 . 7 . 1 $\frac{1}{2}$	146. 14 $\frac{1}{6}$
Corona de señorío. 39. 20	{	En 1483. . . . 26. 11	2 . 8 . 3	152. 28 $\frac{1}{3}$
		1497. . . . 24.	2 . 5 . 3 $\frac{1}{2}$	139. 14 $\frac{1}{6}$
Cruzado. . . . 47. 3	{	En 1480. . . . 31. 21	3 . 3 . 1 $\frac{1}{2}$	183. 25 $\frac{1}{2}$
		1483. . . . 28. 29	2 . 11 . 3 $\frac{1}{2}$	167. 14 $\frac{1}{6}$
		1497. . . . 29. 22	3 . . 3 $\frac{1}{2}$	172. 2 $\frac{5}{6}$
Dobla de la banda. 52. 11	{	En 1475. . . . 30. 27	3 . 2 . 1	178. 17
		1480. . . . 28. 27	2 . 11 . 3 $\frac{1}{2}$	167. 14 $\frac{1}{6}$
		1497. . . . 37. 18	3 . 10 . 3	218. 5 $\frac{1}{3}$
Dobla morisca. . 56. 15	En	1495. . . . 37. 18	3 . 10 . 3	218. 5 $\frac{1}{3}$
Dobla zahen. . . 56. 15	En	1495. . . . 37. 18	3 . 10 . 3	218. 5 $\frac{1}{3}$
Ducado. . . . 47. 3	{	En 1480. . . . 31. 21	3 . 3 . 1 $\frac{1}{2}$	183. 25 $\frac{1}{2}$
		1483. . . . 28. 29	2 . 11 . 3 $\frac{1}{2}$	167. 14 $\frac{1}{6}$
		1497. . . . 38. 17	3 . 11 . 3 $\frac{1}{2}$	223. 14 $\frac{1}{6}$
		1480. . . . 40. 17	4 . 2 . 1 $\frac{1}{2}$	235. 22 $\frac{5}{6}$
Enrique. . . . 61. 18	{	1483. . . . 40. 31	4 . 2 . 3 $\frac{1}{2}$	237. 14 $\frac{1}{6}$
		1497. . . . 37. 10	3 . 10 . 1 $\frac{1}{2}$	216. 14 $\frac{1}{6}$
		En 1475. . . . 76. 33	7 . 11 . 3	446. 28 $\frac{1}{3}$
		1480. . . . 80. 33	8 . 4 . 3	470. 5 $\frac{1}{3}$
Excelente. . . 123. 2	{	1483. . . . 81. 28	8 . 5 . 3	474. 28 $\frac{1}{3}$
		1497. . . . 75. 13	7 . 9 . 3	437. 17
		En 1475. . . . 38. 16 $\frac{1}{2}$	3 . 11 . 3 $\frac{1}{2}$	223. 14 $\frac{1}{6}$
		1480. . . . 40. 16 $\frac{1}{2}$	4 . 2 . 1 $\frac{1}{2}$	235. 22 $\frac{5}{6}$
Médio excelente. 61. 18	{	1483. . . . 40. 31	4 . 2 . 3 $\frac{1}{2}$	237. 14 $\frac{1}{6}$
		1497. . . . 37. 23 $\frac{1}{2}$	3 . 10 . 3 $\frac{1}{2}$	218. 25 $\frac{1}{2}$
		En 1475. . . . 19. 8	1 . 11 . 3 $\frac{1}{2}$	111. 14 $\frac{1}{6}$
		1480. . . . 20. 8 $\frac{1}{2}$	2 . 1 . 1	117. 28 $\frac{1}{3}$
Cuarto de excelente. . . . 30. 26	{	1483. . . . 20. 15 $\frac{1}{2}$	2 . 1 . 2	119.
		1497. . . . 18. 29	1 . 11 . 2	109. 24 $\frac{1}{2}$

Fuente: Clemencin, D. (1821: 555).

ANEXO 1B.

VALOR DE LAS MONEDAS EN TIEMPOS DE LA REINA

Monedas.	Valor monetario actual.	Valor legal en las épocas que se mencionan, expresado en moneda moderna.	Valor comercial en las mismas épocas expresado en trigo al precio medio.	Valor de esta cantidad de trigo en 1800, precio medio.	
ORO.					
	RS. VN. MRS.	RS. VN. MRS.	FANS. CELS. CUART.	RS. VN. MRS.	
Excelente de la granada.	47. 3	En 1497.	28. 29	2 . 11 . 3 $\frac{1}{2}$	167. 14 $\frac{1}{2}$
Excelente de la granada doble.	94. 6	En 1497.	57. 24	5 . 11 . 3	334. 28 $\frac{1}{2}$
Medio excelente de la granada.	23. 18 $\frac{1}{2}$	En 1497.	14. 14	1 . 5 . 3 $\frac{1}{2}$	83. 14 $\frac{1}{2}$
		En 1475.	21. 8	2 . 2 . 1 $\frac{1}{2}$	123. 2 $\frac{1}{2}$
		1480.			
		1483.	22. 12	2 . 3 . 3	129. 17
		1497.	20. 13	2 . 1 . 1 $\frac{1}{2}$	118. 14 $\frac{1}{2}$
Florin de Aragon.	33. 21	En 1480.	31. 21	3 . 3 . 1 $\frac{1}{2}$	183. 25 $\frac{1}{2}$
		1483.			
Florin de Florencia.	47. 3	En 1497.	28. 29	2 . 11 . 3 $\frac{1}{2}$	167. 14 $\frac{1}{2}$
Justo.	72. 32	En 1495.	48. 17	5 . . 1 $\frac{1}{2}$	281. 25 $\frac{1}{2}$
		En 1488.	31. 21	3 . 3 . 1 $\frac{1}{2}$	163. 25 $\frac{1}{2}$
		1497.	28. 29	2 . 11 . 3 $\frac{1}{2}$	167. 14 $\frac{1}{2}$
Salute.	47. 3				
PLATA.					
Real anterior á Doña Isabel.	2. 22 $\frac{1}{2}$		90,270	3 1 $\frac{1}{2}$	15. 25 $\frac{1}{2}$
Real de Doña Isabel.	2. 21		88,923	3 1	15. 5 $\frac{1}{2}$
Medio real.	1. 10 $\frac{1}{2}$		44,462	1 2 $\frac{1}{2}$	7. 15 $\frac{1}{2}$
Cuarto de real.	22 $\frac{1}{2}$		22,231	3 $\frac{1}{2}$	3. 27
Ochavo de real.	11 $\frac{1}{2}$		11,116	1 $\frac{1}{2}$	1. 30
VELLON.					
		En 1475 antes de junio.	3,009	976	19 $\frac{1}{2}$
		1475 después de junio.	2,964	961	19
Maravedi.		1480.	2,868	930	18 $\frac{1}{2}$
		1497.	2,615	848	16 $\frac{1}{2}$
Blanca { falsa.		En 1475.	0,501 $\frac{1}{2}$	163	3 $\frac{1}{2}$
		1475.	1,003	325	0 $\frac{1}{2}$
		1497.	1,307 $\frac{1}{2}$	424	8 $\frac{1}{2}$

Fuente: Clemencin, D. (1821: 556).

ANEXO 2A.

PRECIOS DE LA FANEGA DE TRIGO 1459-1509

Précios de la fanega de trigo en vários parages de la corona de Castilla desde el año de 1459 hasta el de 1509.

AÑOS.	PARAGES.	Precio en mrs. de los años respectivos.	Precio en rs. de plata y mrs. de los mismos años.		Correspondencia en monedas actuales.
			RS. DS. PL. MRS.	RS. VM. MRS.	
1459.	Peñafiel.	40.	.. 2. . .	.. 5. 11	
1460.	Peñafiel.	40.	.. 2. . .	.. 5. 11	
1461.	Castilla.	40.	.. 2. 8	.. 6. 22	
	Peñafiel.	60.	.. 3. 12	.. 9. 33	
		60.	.. 2. . .	.. 5. 11	
1468.	Peñafiel.	80.	.. 2. 20	.. 7.	
	Valbuena.	160.	.. 5. 10	.. 14. 7	
		144.	.. 4. 24	.. 12. 25	
	Castilla.	152.	.. 5. 2	.. 13. 15	
1473.	Andalucía. . .	Muy mal año y lo habían sido también los dos anteriores. La fanega de trigo llegó a valer.	700.	.. 23. 10	.. 61. 32
			800.	.. 26. 20	.. 70. 27
			1000.	.. 33. 10	.. 88. 17
1474.	Peñafiel.	130.	.. 4. 10	.. 11. 17	
	Sevilla.	150.	.. 4. 26	.. 12. 22	
1485.	Valladolid. . .	La destrucción de molinos por las avenidas, ocasionó que la fanega de harina valiese 20 rs. cuando la de trigo no llegaba á 3.	90.	.. 2. 28	.. 7. 20
	Andalucía. . .		50.	.. 1. 19	.. 4. 7
1488.	Reino de Toledo.	Gran fertilidad.	31.	.. 1. . .	.. 2. 21
	Andalucía. . .		100.	.. 3. 7	.. 8. 15
1502.	Castilla.	Se estableció la tasa de granos, según la cual la fanega de trigo valió. Los dos años siguientes fueron escasos en Castilla y Andalucía.	110.	.. 3. 8	.. 8. 16
	Andalucía. . .				
1505.	Extremadura. . .	La necesidad nacida de la escasez pudo más que la lei; y apesar de la tasa se vendió el trigo á.	375.	.. 11. 1	.. 28. 29
	Reino de Toledo.		600.	.. 17. 22	.. 46. 5
	Medina del Campo.		500.	.. 14. 24	.. 38. 16
1506.	Sevilla.		600.	.. 17. 22	.. 46. 5
	Alicudi de Guadalupe.		680.	.. 20. . .	.. 52. 10
			816.	.. 24. . .	.. 61. 16

Fuente: Clemencín, D. (1821: 550).

ANEXO 2B.

PRECIOS DE LA FANEGA DE TRIGO 1459-1509

AÑOS.	PARAGUOS.	Precio en mrs. de los años respectivos.	Precio en rs. de plata y mrs. de los mismos años.		Correspondencia en monedas actuales.	
			RS.	MRS.	RS. VN.	MRS.
1506.	{ Extrema- dura... }	Grande hambre.	800.	. . 23. 18	. . 61. 18	
		Segun una lápida del alhóndiga publicada por Zúñiga llegó á valer la fanega de trigo.	1000.	. . 29. 14	. . 76. 31	
	{ Sevilla. }	En este apuro se resolvió que los que trajesen granos por mar á Sevilla vendiesen sin sujecion á tasa, y vinieron tantos, que en octubre del propio año 1506 llegó á haber desde el muelle de Sevilla hasta la puente 80 navios de gábia, cargados de granos del Norte, Levante, y Berberia. La abundancia trajo la baratura, y el trigo se vendió segun cuenta Bernaldez á. .	1125.	. . 33. 3	. . 86. 18	
			306.	. . 9. . .	. . 23. 18	
			272.	. . 8. . .	. . 20. 31	
1508.	{ Andalu- cia. . . . }		204.	. . 6. . .	. . 15. 28	
			170.	. . 5. . .	. . 13. 3	
			375.	. . 11. 1	. . 28. 29	
1509.	{ Andalu- cia. . . . }		306.	. . 9. . .	. . 23. 18	
			272.	. . 8. . .	. . 20. 31	
			85.	. . 2. 17	. . 6. 18	

Fuente: Clemencín, D. (1821: 551).

[1]. CLEMENCÍN, D. (1821). *Memorias de la Real Academia de la Historia*. Tomo VI. Madrid: Imprenta de I. Sancha.

[2]. Teoría del enriquecimiento de las naciones mediante la acumulación de metales preciosos.

[3]. GONNARD, R., CAMPO MORENO, J. (1961). *Historia de las doctrinas económicas*. Madrid: Aguilar, 47.

[4]. ÁLVAREZ, V. A. (1943). "La época de mercantilismo en Castilla" *Revista de estudios políticos*, 9, 139-151.

[5]. Disponible en: <https://www.bde.es/bde/es/utiles/glosario/glosarioPolt/indexP.html> [29/07/2018]

[6]. Algunas anotaciones al respecto. El oro, venía del África subsahariana, de Malí sobre todo, y desde 1493 vendrá de América –primero de las Antillas, enseguida de México y del Perú–. La plata, hubo un agotamiento general de algunas minas en Eu-

ropa central en el siglo XV, aunque renacieron otras, y ciertamente aparecerán las de América. El cobre procedía de Europa central, Noruega, Inglaterra y también de España. Si bien es cierto que, ante la escasez de metales, se fueron ideando y expandiendo otros procedimientos, por iniciativa italiana, como la letra de cambio. La letra de cambio fue una evolución, alrededor de 1380, del antiguo contrato de cambio –la más antigua aquí: Barcelona, 1388– y con endoso desde mitad del XV –Barcelona, 1430–. Por otra parte, aparecerán también los cheques.

[7]. En el anexo 1A y 1B se muestran tablas que contienen el valor de las distintas monedas en tiempos de la Reina, a modo complementario. También en el Anexo 2A y 2B se muestran los precios de la fanega de trigo, que permitiría ver la fluctuación en los precios en dichos períodos. No deja de ser interesante ver las anotaciones al respecto, en ellas se aprecia que una de las causas que en ciertos momentos provocaron los elevados o bajos precios fueron directamente las cosechas.

[8]. CLEMENCÍN, D. (1821). 512.

[9]. CLEMENCÍN, D. (1821). 513.

[10]. CLEMENCÍN, D. (1821). 517.

[11]. MORALES MUÑIZ, D. C. (2004). “La Economía en los tiempos de Isabel I La Católica. El ejemplo del contador Alonso de Quintanilla”. *Revista Icade. Revista de las Facultades de Derecho y Ciencias Económicas y Empresariales*, 63, 227-249.

[12]. Aunque algunos de estos se suprimieron para favorecer el comercio entre los reinos de Castilla y Aragón.

[13]. MORALES MUÑIZ, D. C. (2004). 227-249.

[14]. Textos de parejo contenido se utilizaban en la Corona de Aragón. GARCÍA RUIPÉREZ, M. (2005) “Los contadores municipales en la Corona de Castilla (siglos XIV-XVIII)” *Revista Española de Historia de la Contabilidad*, 2, 68.

[15]. UJALDÓN, E. (2008). “Arbitrismo y mercantilismo en la España de Saavedra Fajardo” *Res publica*, 19 299-312.

[16]. Un inconveniente presenta este sistema, el que no son compatibles los intereses nacionales de todos los países. Como dirá Montaigne en el siglo XVI o Voltaire en el XVIII, nadie gana más de lo que otro pierde.

[17]. Solo en la ruta de Flandes había más de 500 navíos, pero se fueron perdiendo las colonias comerciales en Francia por las guerras de Italia y por el tráfico hacia América.



Juana SÁNCHEZ-GEY VENEGAS

Universidad Autónoma de Madrid

juana.sanchez-gey@uam.es

Algunas mujeres humanistas en tiempo de Isabel la Católica

Los historiadores afirman que, en el siglo XV, en los reinados de Juan II de Castilla, Pedro IV, Alfonso V de Aragón y Carlos III de Navarra, existía un interés manifiesto por las artes y las letras, y que además recibirán un gran impulso a finales de este siglo con los Reyes Católicos. Este auge del mundo clásico, bajo la idea de la unidad del saber, y poniendo como centro al hombre, a la persona humana, es lo que hemos venido en llamar humanismo. Dicho de otro modo, un saber que sirva para educar y formar mejor a la persona, a fin de que alcance una vida moral que le lleve a ser una buena persona. Nuestro análisis se basa en saber cómo se originó y qué relevancia tuvo el humanismo en tiempos de Isabel la Católica.

Juan Pablo Fusi menciona que:

Américo Castro vio la monarquía de los Reyes Católicos como 'una monarquía religiosa e inquisitorial'. La cultura literaria del reinado mostraba, sin embargo, una gran diversidad: romances (históricos, fronterizos, legendarios, caballerescos, novelescos...), la poesía de Jorge Manrique, cancioneros poéticos, novela sentimental (Cárcel de amor, 1492 de Diego de San Pedro), Libros de caballería (Tirant lo Blanc, 1490), Amadís de Gaula, escrito y conocido desde 1492 y recopilado e impreso por García Rodríguez de Montalvo en 1508, teatro (Juan del Encina: dramas litúrgicos, diálogos pastoriles, escenas cómicas...) y La Celestina (1499) de Fernando de Rojas. Cárcel de Amor y el Amadís tuvieron ciertamente éxito excepcional. La Celestina, un libro extraordinario, tuvo

34 ediciones a lo largo del siglo XV y primer tercio del XVI, pese a ser obra de un converso y siempre sospechoso para la Inquisición” (Fusi, 2012: 83).

Este movimiento que hemos venido en llamar humanismo, viene promovido por una minoría de autores, literatos, poetas, historiadores que miran a la cultura antigua bajo un ideal clásico que los lleve a “el descubrimiento del hombre”. En efecto, ponen como centro al ser humano en su subjetividad, en el deseo de vivir, en el amor por la naturaleza. Potencian, en definitiva, el sentido natural de lo humano, en muchos casos, frente al pensamiento cristiano propio de la anterior centuria. No obstante, queremos subrayar que el humanismo español de tiempos en Isabel la Católica encierra dos características peculiares: una, es el de entender que difícilmente se puede hablar de humanismo sin Dios, y otra que, por ello mismo, se busca una sabiduría en donde queda integrada razón y corazón.

Los signos históricos inequívocos de este auge cultural entre 1400 y 1500: la fundación de universidades, más de treinta, el desarrollo de la imprenta (1450-1455) pues la edición de libros permite una difusión de la comunicación tanto para la formación humana como en el arte de la navegación, que llevará consigo, entre otras gestas, la del descubrimiento de América. No nos vamos a referir a los numerosos autores que preceden en fechas anteriores este ambiente cultural tanto en la corte de Castilla como Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita y su *Libro de Buen amor*, el Arcipreste de Talavera y la *Reprobación del amor mundano o Corbacho*, el infante don Juan Manuel, entre otros. Y en la corte de Aragón con humanistas como Enrique de Aragón (Marqués de Villena, 1384-1434), Fernando de Córdoba (1425-1486), Bachiller Alfonso de la Torre, etc.

Nos centramos en la significación del humanismo porque surge indefectiblemente unido al esfuerzo de los Reyes Católicos en favor de la unidad de España tanto en el ámbito político como en el religioso; junto al fortalecimiento del poder real frente a los abusos de la nobleza, la reforma del clero y el auge de las artes. Todo ello ha llevado a la afirmación de que “fue en

España la mayor empinación, triunfo e honra e prosperidad que nunca España tuvo” en palabras de Andrés Bernáldez, el “cura de los palacios”[1]. Este cambio que la Corte experimentó lo narra maravillosamente bien Juan de Lucena, que dice: “Jugaba el rey, éramos todos tahúres. Estudia la reina, somos ahora estudiantes”[2].

Auge cultural resaltado por Menéndez Pidal quien afirma que se dio un verdadero entusiasmo por el latín como vehículo para conocer la cultura clásica. Esplendor cultural que se manifiesta en muchos humanistas que llegan de Italia como Lucio Marineo Sículo, Pedro Mártir de Anglería, Pietro Sasterano, Martín Sisemonio, Pedro Pantino, Andrés Scoto, Pucella, Campolo, los hermanos Antonio y Alejandro Giralдино, etc. Junto a los extranjeros se encuentran también los españoles, de los que solo vamos a destacar la gran figura de Antonio de Nebrija (1442-1522).

Estudió Nebrija en Salamanca y en Bolonia, donde recibió el magisterio de Lorenzo Valla, esto le capacitó para el estudio crítico en la universidad de Alcalá y, especialmente en la renovación de las fuentes históricas en la edición de la Biblia Políglota. Regresó de nuevo a España gracias a la invitación del cardenal Fonseca y fue gran amigo de Cisneros. Fue profesor en Sevilla (1473), Salamanca (1476-78 y 1505-1508) y en Alcalá (1513-22) donde murió. Colaboró en la Biblia Políglota y escribió la Historia de los Reyes Católicos. *Decadas duae rerum a Ferdinando... gestarum* (1545). Marcel Bataillon llega a decir acerca de la Biblia Políglota: “La Biblia políglota, gloria de Alcalá en los anales del Humanismo, es una de las obras más imponentes que haya realizado entonces la ciencia de los filólogos servida por el arte impresor”[3]. Podríamos recordar las palabras de algunos estudiosos que resumen el humanismo de este tipo subrayando dos categorías: el cultivo de las buenas letras y la defensa de la dignidad humana.

Puede decirse que la sociedad española desde finales del siglo XV hasta 1530 vive un humanismo que impregna el sentido de la Reforma, la espiritualidad y un progreso que se basa en el descubrimiento de América y afán expansivo. Así la universidad representa la búsqueda de la verdad, la espiritualidad se fomenta en el deseo del bien y en los conquistadores se observa el ímpetu de un proyecto de vida mejor.

Vamos a desarrollar algunos aspectos que son relevantes en este humanismo en tiempos de Isabel la Católica, teniendo en cuenta lo dicho por José Luis Abellán acerca de que el Renacimiento se origina con el comienzo del reinado de los Reyes Católicos en 1474 y que “la reforma católica se movió por propio impulso e incluso en algunos aspectos antes que el movimiento protestante”[4]. Nos detendremos en dos aspectos como son la importante figura del cardenal Cisneros, cuyo centenario acabamos de celebrar, y veremos también algunas de las humanistas mujeres.

1. EL CARDENAL CISNEROS

El cardenal Cisneros (1436-1517), nació en Torrelaguna (Madrid) y murió en Roa (Burgos). La Reina le pidió que fuera su confesor en 1492 y desde entonces lo tuvo como consejero. Fue nombrado arzobispo de Toledo en 1495 y convocó en 1497 un Sínodo en Alcalá, y al siguiente año en Talavera, con el fin de promover la reforma de la Iglesia.

Podríamos destacar tres grandes cualidades en el cardenal Cisneros: como consejero de la Reina participó y contribuyó en la configuración del nuevo Estado; como religioso, reformó la vida de su orden y animó a la vivencia del espíritu de san Francisco; que se viviera el espíritu de san Francisco; y, desde el punto de vista cultural, apoyó un proyecto fundamentado en la educación que le llevó a la fundación de la Universidad de Alcalá de Henares, una de las instituciones que más ha influido en la cultura española.

Dicha universidad fue fundada en el año 1499 a partir del antiguo *Studium Generale* de Alcalá de Henares, del que Cisneros fue alumno. Fue la primera universidad renacentista, humanista y universal. Cisneros fue consciente de la trascendencia de su fundación y no escatimó esfuerzos para dotar a su colegio del marco urbanístico adecuado, de una buena financiación y de los mejores maestros de la época. La universidad adquirió prestigio y acudieron de todos los lugares del mundo grandes maestros, hechos que beneficiaron igualmente a la villa de Alcalá de Henares. La primera piedra del edificio, colocada en 1510, ya dotó a su fundación de unas constituciones. Igualmente creó una magnífica biblioteca en la nueva Universidad de Alcalá, en la que un elevado porcentaje de libros versaba sobre ciencias naturales.

El otro gran aporte fue la edición de una Biblia que reuniera las versiones en sus idiomas originales, hebreo, arameo, griego, junto a su traducción latina. Es la llamada Biblia Políglota complutense. Diego López de Zúñiga o Jacobus Stunica (†1531), dirigió la edición y habló arameo y árabe; Hernán Núñez de Toledo (1475-1553) fue un latinista y Alfonso de Zamora (1476-1544) fue un hebraísta. La obra consta de 6 volúmenes, 4 de ellos dedicados al Antiguo Testamento, en los cuales cada página está dividida en tres columnas paralelas de texto: En hebreo la exterior, la Vulgata latina en el medio y la Septuaginta griega en el interior. En cada página del Pentateuco, se añade el texto arameo –el Targum Onkelos– y su propia traducción al latín en la parte inferior de la página. El volumen 5 contiene el Nuevo Testamento, dividido en dos columnas, con la primera versión impresa en griego, de bellísimos tipos; y en la otra columna, la versión en latín, llamada Vulgata. El volumen 6 contiene diccionarios de hebreo y arameo, interpretaciones de nombres de esos idiomas y del griego, y una gramática hebrea, entre otros temas.

El cardenal Cisneros murió en julio de 1517, cinco meses después de terminada la Biblia, y nunca la vio publicada. El papa León X autorizó la Biblia en 1520, que fue distribuida a partir de 1522.

Hasta sus últimos días Cisneros siguió trabajando en la reforma de la Iglesia. Así, en el V Concilio de Letrán (1512-1517), contribuyó enviando un programa de reformas: descentralización de la Curia, ausencia total de simonía en la elección pontificia, reunión de un concilio general cada cinco años, exámenes de los candidatos a los beneficios eclesiásticos y una clarificación eclesiológica de las doctrinas conciliaristas.

En la tarea política, nos referiremos a su papel como regente, pues al morir el 23 de enero de 1516 Fernando el Católico, por disposición testamentaria, Cisneros queda constituido nuevamente como regente del Reino de Castilla hasta que el joven príncipe Carlos se trasladara a España desde Flandes. En esta etapa de casi dos años, Cisneros, que contaba ya con ochenta años, mostró unas dotes políticas y una habilidad para gobernar extraordinarias. Supo hacer frente a un clima interior extremadamente inestable, con los nobles castellanos ávidos de recuperar el poder perdido.

Así mismo, logró abortar las intrigas de los que pretendían sustituir en el trono español a Carlos por su hermano Fernando, que había sido educado en España por Fernando el Católico, destituyendo a todo el entorno del infante y nombrando, el 17 de septiembre de 1517, al marqués de Aguilar de Campoo como “gobernador de su persona y casa”. Los acontecimientos se desbordaron y Carlos fue proclamado en Bruselas rey de Castilla y Aragón, en un acto que se podría asemejar a un golpe de Estado, pues la reina legítima era Juana y nadie había declarado su destitución. Sin embargo, Cisneros aceptó los hechos de Bruselas y envió emisarios a Flandes urgiendo la inmediata presencia de Carlos como único medio de parar las inquietudes de rebelión que corrían por el reino. Así pues, *de facto* había dos

gobiernos: el de la corte de Bruselas y el de Cisneros en Castilla.

Cisneros deseaba la rápida llegada del rey por lo que estaba preparando todo para la entronización, para poder tener una entrevista y, sin embargo, la comitiva real se desplazó lentamente, sin fijar fecha y lugar para una entrevista con el cardenal, cita que éste deseaba tener, por lo que Cisneros partió al encuentro del monarca. La actitud del joven rey fue considerada como un acto de desprecio hacia el anciano cardenal. Sin embargo, este retraso voluntario en el encuentro de ambos fue promovido por el consejero del rey, Guillermo de Croy, que desconfiaba de la lealtad de Cisneros al joven rey. Finalmente se fijó la fecha para el encuentro el 5 de noviembre. Cisneros, muy enfermo, no pudo continuar el viaje y terminó falleciendo en Roa, el 8 de noviembre de 1517.

2. MUJERES HUMANISTAS

Había sido excepcional la presencia de la mujer en la vida pública, también en lo que se refiere a la cultura. Incluso, la filosofía escolástica se había planteado la capacidad intelectual de la mujer, creyendo que era menor que la del varón. De entonces surgen los tópicos de que la mujer está mejor dotada para lo concreto y la comunicación y menos para lo abstracto y teórico.

El humanismo en tiempos de Isabel la Católica, como antes hemos señalado, trae nuevos aires porque la propia Reina pide ser enseñada y lo que es más importante, pedía que las mujeres fueran creadoras y no solo receptoras del conocimiento. Los estudios, los libros y los autores fueron siempre estimados por la Reina, podemos verlo en muchas acciones, por ejemplo, desde 1477 impresores y libreros fueron eximidos de impuestos.

La Reina alentó a la mujer para que pudiera acceder a la ciencia y a la cultura, algunos estudiosos ven este momento como preparación del Siglo de Oro. La Reina crea la Academia Palatina y en ella Pedro Mártir de Anglería cuidaba de la ins-

trucción de las jóvenes de la Corte. Incluso se sabe que la Reina había leído la novela de Christine de Pizan *Ciudad de las Damas* (1405), una obra que proponía construir una ciudad para las mujeres y defender sus derechos.

Ha llegado el momento de que las severas leyes de los hombres dejen de impedirles a las mujeres el estudio de las ciencias y otras disciplinas. Me parece que aquellas de nosotras que puedan valerse de esta libertad, codiciada durante tanto tiempo, deben estudiar para demostrarles a los hombres lo equivocados que estaban al privarnos de este honor y beneficio (Pizan, 2011).

El humanismo promovió que las mujeres, tanto las religiosas como las laicas, accedieran a la cultura y recibieran los conocimientos propios de la época. De este modo, puede decirse que a partir del siglo XV creció el número de mujeres que, además de conocer las artes y las letras y saber algunos idiomas, fueron intelectuales, es decir proponían con su propia voz un pensamiento al mundo. Algunas eran monjas y aprovechaban las posibilidades que se originaban en los conventos tanto de instrucción como de sosiego para la escritura. Entre ellas están Teresa de Cartagena, Isabel de Villena o Teresa de Jesús.

Teresa de Cartagena, nace en Burgos entre 1420 y 1435 y se desconoce la fecha de su muerte. Se le considera la primera mujer escritora en lengua castellana, autora de dos obras, ambas copiadas por Pedro López de Trigo en 1481, *La arboleda de los enfermos*, donde trata la influencia de la salud en la vida cotidiana, ya que ella padeció de sordera. Fue acusada de plagio, pues no se entendía que esta obra estuviese escrita por una mujer. Así, nace el segundo libro, debido a las críticas que había recibido al escribir su primera obra y lo titula *La admiración de las obras de Dios*. En esta segunda obra defiende la creatividad femenina e incluso pone de modelo a Judit, quien mató a Holofernes, algo que no pudo conseguir un ejército de hombres.

Isabel de Villena (1430-1490), monja clarisa del siglo XV, fue abadesa del convento de la Trinidad de la ciudad de Valencia, donde nació. Escribió *Vita Christi* para que sirviera de formación a las monjas de su convento, ensalza principalmente la vi-

da de María, como madre y como mujer. Y describe también las mujeres que rodearon la vida de Cristo: Santa Ana, la Virgen María, María Magdalena, etc.

Los estudiosos lo han visto como una obra relevante y peculiar en el deseo de transmitir una espiritualidad desde la personal creación literaria, donde los sueños y la imaginación intervienen. Dice así Martín de Riquer:

(...) un libro biográfico y de contemplación al mismo tiempo, y si no tenemos en cuenta estos dos aspectos, fundamentales en la intención de la autora, corremos el peligro de no entenderlo, aunque eso no quiere decir que el lector moderno encuentre más interés en la vida de Cristo y en los episodios del más allá (Riquer, 1964).

Mención aparte, ya en el siglo XVI, merece la vida y obra de Santa Teresa de Jesús, que ha sido reconocida como doctora de la Iglesia, por sus escritos llenos de auténtica sabiduría divina, además de reformadora y santa.

También encontramos mujeres laicas que fueron buenas humanistas, lectoras y escritoras reconocidas. Menéndez Pelayo menciona 39 mujeres humanistas, pues en la corte de Isabel la Católica existía un afán de conocimiento, como sucedía en la propia figura de la Reina. Entre ellas destaca Beatriz Galindo (1475-1534), escritora y humanista, llamada “la Latina” por su conocimiento de esta lengua. No solo fue maestra sino también se encargó de difundir el movimiento renacentista humanista de su tiempo. Beatriz fue consejera de Isabel la Católica y enseñó latín a la Reina y también a sus hijas: Juana, reina de Castilla, Catalina, reina de Inglaterra, Isabel y Mara, ambas reinas de Portugal.

Beatriz Galindo fue la más famosa, aunque también había otras mujeres que conocían las lenguas clásicas, como Lucía de Medrano (1484-1527), primera profesora de universidad. Sustituyó a Antonio de Nebrija en la cátedra de lenguas clásicas de la Universidad de Salamanca y no solo enseñaba las lenguas, sino que tuvo un gran reconocimiento en materia de derecho canónico. Lucio Marineo Sículo le dirigió estas palabras:

Tú que en las letras y elocuencia has levantado bien alta la cabeza por encima de los hombres, que eres en España la única niña y tierna joven que trabajas con diligencia y aplicación no la lana sino el libro; no el huso sino la pluma, no la aguja sino el estilo [...]. He aquí a una jovencita de bellissimo rostro que aventaja a todos los españoles en el dominio de la lengua romana (Marineo Sículo, 1514).

Francisca de Nebrija, hija de Antonio de Nebrija, que colaboró con su padre en la *Gramática castellana* y sucedió a su padre en la cátedra de retórica de la Universidad de Alcalá; Juana Contreras, que fue discípula y corresponsal de Lucio Marineo Sículo. Sostenía, frente a su maestro la posibilidad de defender la palabra “heroína” en latín; e Isabel de Vergara, esta última fue traductora de Erasmo. Otras figuras femeninas relevantes fueron: Juana de Mendoza, esposa del poeta Gómez Manrique, corregidor de Burgos entre 1464-1465; María Pacheco, hija del conde de Tendilla y mujer del comunero Padilla, la marquesa de Monteagudo o Teresa Enríquez.

En el campo de la espiritualidad, el humanismo, en tiempos de Isabel la Católica, alcanzó una gran relevancia y tuvo caracteres muy significativos, basándose sobre todo en una espiritualidad de vivencia de las virtudes, una vivencia interior fuerte que los lleve a un seguimiento de Cristo basado en el amor. El gran estudioso Melquiades de Andrés denomina a la mística española como una mística del recogimiento, consistente en una llamada universal a la perfección sin excluir a las mujeres ni a los casados, poniendo en valor a la sabiduría frente al intelectualismo o solo erudición; a la oración de recogimiento y de quietud, a un conocimiento basado en el amor: “Alma buscarte has en mí / Y a mí buscarme has en ti” –santa Teresa de Jesús–.

Estos autores no fraccionan el alma y el cuerpo, lo interior y lo exterior, no separan la vida activa y la vida contemplativa, sino que se centran en la persona en su integridad llegando, como decía santa Teresa, al hondón del alma, la propia conciencia, que es la sede de la libertad.

De este modo, también en el ámbito de espiritualidad, las autoras alcanzaron un alto nivel. Un hecho muy relevante fue la

fundación de las clarisas, exclusivamente una obra femenina, que se desarrolló durante los siglos XV y XVI. Fue la orden femenina más conocida y de mayor relevancia en el siglo XV quienes llevaron a cabo la Reforma según sus propios estatutos. Una de las más importantes reformadoras fue Beatriz de Silva (1437 – 1492), quien quiso imponer una regla que suponía la vuelta al cister, según los ideales franciscanos. Había fundado en Toledo un monasterio que fue aprobado por el papa Inocencio VIII bajo la regla cisterciense. Murió con fama de santidad y su orden se extendió rápidamente por todo el mundo mediante la creación de veinticinco conventos. Su espiritualidad se basa en el fervor a la Inmaculada Concepción.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ABELLAN, J. L. (1996). *Historia del pensamiento español. De Séneca a Zubiri*. Madrid: Espasa.

BATAILLON, M. (1950). *Erasmus y España*. México: F.C.E.

FUSI, J.P. (2012). *Historia mínima de España*. Madrid: Turner.

LUCENA, J. de (2014). *Diálogo sobre la vida feliz y Epístola exhortatoria a las letras*. En MIGUEL, J. (2014). Madrid: Real Academia Española –Centro para la Edición de los Clásicos Españoles.

MARINEO SÍCULO, L. (1514). *Opus epistolarum*, Valladolid. 7.

En: <http://elmundoentrenosotras.com/luisa-medrano-la-primera-mujer-profesora-universidad-conocida-del-mundo/> [22/05/2018].

GÓMEZ MORERO, M. y CARRIZO, J. M. (1962). *Memorias del reinado de los Reyes Católicos que escribía el bachiller Andrés Bernáldez “Cura de los Palacios”* (+1513). Madrid: Real Academia de la Historia-CSIC.

PISAN, C. de. *La ciudad de las damas*. En: <https://biblioalange.wordpress.com/2011/11/29/christine-de-pizan-la-ciudad-de-las-damas/> [22/05/2018].

RIQUER, M. de (1964). *Història de la literatura catalana (part antiga)*; «Sor Isabel de Villena», III. Barcelona: Ediciones Ariel. En: <http://www.regnedevalencia.es/sor-isabel-villena-siglo-valenciano/> [22/05/2018].

[1]. GOMEZ MORERO, M. y CARRIZO, J. M. (1962). *Memorias del reinado de los Reyes Católicos que escribía el bachiller Andrés Bernáldez “Cura de los Palacios”* (+1513). Madrid: Real Academia de la Historia-CSIC, 7.

[2]. LUCENA, J. de (2014). *Diálogo sobre la vida feliz y Epístola exhortatoria a las letras*. [edición, estudio y notas de Jerónimo Miguel] Madrid: Real Academia Española / Centro para la Edición de los Clásicos Españoles.

[3]. BATAILLON, M. (1950) *Erasmus y España*. México: F.C.E., 24

[4]. ABELLAN, J. L. (1996). *Historia del pensamiento español. De Séneca a Zubiri*. Madrid: Espasa, 105.



Lourdes DE MIGUEL SÁEZ

Universidad Católica de Ávila

lourdes.miguel@ucavila.es

Rupturas y continuidades del pensamiento jurídico a finales de la Edad Media

El presente artículo persigue una exposición de la realidad y del pensamiento jurídico a finales de la Edad Media, más concretamente, los elementos que destacaron para identificar los cambios que se estaban fraguando y el mantenimiento de otros estándares predominantes que persistieron y marcaron una continuidad con el pasado.

Como es sabido, analizada esta época de la Baja Edad Media desde diversas ópticas y perspectivas, poco a poco se fueron produciendo transformaciones en la Europa de Occidente que dieron paso a la Edad Moderna. Esta transición no fue algo brusco ni ocasionó una ruptura inmediata y diferenciadora, sino que se perfiló un nuevo periodo que concretamente, circunscribiéndolo a Castilla, se fue asentando con una elegancia magistral, la misma que transmitiría las actuaciones soberanas de la reina Isabel la Católica, que supo ejercer el poder por sí misma y conducir al Reino a la cúspide de su prestigio.

1. LOS CAMBIOS Y CONSERVACIONES EN LA TRANSICIÓN A LA ÉPOCA MODERNA

La organización en forma jerarquizada sobre la base de una serie de estamentos desiguales, unos privilegiados y otros cercanos a la miseria, es lo que caracterizaba la sociedad del mo-

mento. Mientras unos se encargaban de defender al pueblo y otros oraban por la salvación de fieles y conversión de los infieles, a otros se les imponía la obligación de trabajar la tierra y cubrir los servicios básicos para poder producir los bienes necesarios para la subsistencia. Unas tierras que, en su mayoría, eran propiedad de las clases más altas y que propiciaban el mantenimiento de la condición servil de los campesinos, una característica unida de por sí a esta clase social. En definitiva, las personas de esa sociedad clasista tenían incluso distintos estatutos jurídicos y, por tanto, eran también diferentes jurídicamente hablando.

Pero poco a poco se introduciría la ciencia y la técnica en una sociedad que perdería su visión tan limitada del mundo, favoreciendo una expansión de la mentalidad que, a su vez, conllevaría la expansión geográfica de los reinos incluso más allá de los océanos. Esto haría que también, las relaciones “contractuales” entre señor y vasallo se fueran debilitando cada vez más.

En medio de esta crisis que supuso una época de serios trastornos, pero también de resultados muy fructíferos, varios fueron los cambios que se introdujeron y que dieron paso a un nuevo periodo en el que destacaba la labor incansable de unos reyes que procuraron el crecimiento constante de su reino. Pero lo importante es recalcar, como decíamos al comienzo, que la Baja Edad Media y principios de la Edad Moderna se vieron envueltos en un proceso bastante lógico y homogéneo, así como natural y espontáneo, que no requirió de cortes bruscos en el devenir histórico[1]. De entre todos estos cambios, iremos entresacando aquellos más representativos de un programa de gobierno moderno, avanzado y dirigido a conseguir logros efectivos. Concretamente, en el plano político, sabemos que se constituyeron Estados centralizados en torno al monarca que paulatinamente fue conllevando el abandono de la fragmenta-

ción política del sistema feudal. Ese fortalecimiento surge de la confluencia de varios factores:

El apoyo mutuo que se registraba entre reyes y burgueses, en perjuicio de los señores feudales, que en ese momento comenzaban a perder su poder e influencia y se convertían en funcionarios reales asalariados.

- Una prosperidad económica que permitió a los reyes crear un ejército profesional y una administración cada vez más compleja y a la vez más completa.

- Y la vuelta al derecho romano que defendía el poder público del Estado, siendo el monarca el verdadero representante de ese poder público.

- Nos encontramos, por tanto, ante una monarquía hereditaria, con todos los poderes y prerrogativas, organizada por intereses comerciales y políticos en expansión. No existían más límites, en ese momento, que aquellos que se imponían por exigencias obvias. Y precisamente en esta conquista soberana se imponen las Regalías de la Corona y se consolida la Institución de las Cortes, que en Castilla operaban con carácter unitario para todo el reino. Y con carácter complementario se crea el Consejo Real a modo de órgano asesor del Rey.

El poder real comienza a aumentar en la Baja Edad Media, percibiéndose un proceso político nuevo donde encontramos, como rasgos característicos, que:

El poder real se fortalece gracias a los éxitos de las campañas de conquista.

- Las fronteras se consolidan y se delimita con claridad el perfil de los reinos.

- El reino se convierte en la unidad política básica. Comienza a fraguarse una vinculación del hombre con un reino y esto hace que, a los súbditos, a su vez, se les relacione con un rey como titular del poder político.

- El derecho romano fomenta el fortalecimiento de doctrinas políticas que apoyaban ideologías que resaltaban esa superioridad o soberanía del rey.

- El poder real se muestra eficaz y se observa una tendencia a la centralización.

- Hasta finales del siglo XV se registran dos posturas un tanto enfrentadas, opuestas y que se entrecruzaban: una concepción pactista del poder, de manera que según esta el poder político se podía encontrar en parte del reino y parte en el rey; y la concepción autoritaria de la monarquía, que es la que se orientaba a configurar el poder político como poder real.

A pesar de que según la época una postura podía adquirir más preponderancia sobre la otra, bien es verdad que en Castilla el poder real fue mayor y predominó el decisionismo. Esto conllevó la realización y el ejercicio del derecho desde una dependencia política exenta de contenido normativo, y de algún modo, desprovisto de lo que sería el ideal de la discusión racional y objetiva.

La justicia, en consecuencia, se vio afectada por la ausencia de normas de derecho real y la carencia de mecanismos –de jueces, en este caso– para aplicarlas. Es ahí donde veremos también cómo los problemas se resuelven de manera distinta, dependiendo de los reyes y, por ende, dependiendo de esas políticas.

Es cierto que lo que imperaba hasta finales de la Edad Media era la idea de que el derecho estaba conformado por un conjunto de normas que habían sido heredadas de la tradición y que como tal ostentaba una autoridad que el intérprete no era capaz de alterar ni modificar. Pero es verdad que en la evolución de los tiempos y del pensamiento, así como de las necesidades reformistas, se empezó a retirar ese respeto tan absoluto y exclusivo hacia los textos romanos, que dio lugar a nuevas praxis y marcos conceptuales y normativos, de carácter regio.

En Castilla todo este proceso fue más fácil y sencillo teniendo en cuenta que el rey asumió una política muy autoritaria, plenamente decisionista, como comentábamos hace un momento, y esto conllevaba que no hubiera división en reinos, ni diferencia política ni jurídica, sino una unidad. Y por eso el siguiente paso fue imponer el poder real sabiendo que así también se imponía el derecho real, abandonándose las Cortes, pues se consideraba que el rey bien podía legislar perfectamente sin ellas.

Incluso en esta época aparecen los delegados del poder real y también ejercen como jueces. No había, pues, una justicia real, pero tampoco había una justicia local y señorial y la que había no estaba apenas controlada por el poder real. La justicia se encontraba de algún modo diluida entre diversas fuerzas, sin encontrarse plenamente reglada. Ahora bien, es cierto que el derecho existente se convirtió en el motor de las reformas y en el impulsor de las nuevas argumentaciones y giros políticos del momento.

2. LA INFLUENCIA DEL DERECHO EN EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE LA BAJA EDAD MEDIA

En primer lugar, es importante destacar que el derecho fue una herramienta primordial para dirigir los cambios estructurales experimentados en la Baja Edad Media. Incluso, como señaló algún autor, se puede deducir que el proceso histórico medieval estuvo condicionado y determinado de manera exponencial por el derecho[2].

En lo que atañe al derecho positivo, a diferencia de lo que ocurría en la antigüedad, se concibe fundamentalmente como derecho consuetudinario –referido a la costumbre– y no como derecho escrito o legislado[3]. De hecho, para entender el papel del monarca, se debe identificar en la Baja Edad Media el derecho con la costumbre en lugar de con la ley, de manera que al monarca se le ve más como juez que como legislador o como

descubridor y aplicador del derecho viejo más que creador del derecho nuevo.

Pero poco a poco se va cediendo paso a la idea del derecho como creación del Estado, en cuanto que el derecho positivo se va identificando más con la ley escrita que con la costumbre a medida que se desarrolla la economía y, por tanto, el tráfico y las operaciones jurídicas. Pero también hemos de apuntar que los propios tratadistas medievales –conforme además ordenaban las pautas del derecho romano– no solo se limitaron a sostener la subordinación del gobernante al derecho positivo y al derecho natural, sino que además entendían que aquél –el derecho positivo– debía someterse también a otros límites de naturaleza moral, como el bien común[4].

Aquí cabe referir cómo la doctrina medieval estaba ya imbuida de la idea de los derechos humanos innatos e indestructibles correspondientes a cada individuo –que retomaría con fuerza la reina Isabel–, aunque hay que reconocer que la formulación independiente y la clasificación de semejantes derechos pertenecería a un estadio posterior de la doctrina iusnaturalista. Así pues, hay que atribuir al iusnaturalismo un papel bastante complejo en la historia del pensamiento jurídico: primero como legitimador del orden medieval y después como su más potente e importante destructor, hasta el punto de que la historia de las teorías políticas de la Edad Media ha configurado la historia de la formulación teórica del sistema medieval de sociedad así como la historia de la génesis y origen de la constitución del pensamiento iusnaturalista, un pensamiento que combinaba el absolutismo antiguo-moderno con el individualismo desarrollado a partir del concepto cristiano-germánico de libertad.

También, en la Baja Edad Media la cultura y el saber, la forma de transmitirlo, experimentaron un cambio unido a las transformaciones socioeconómicas. Este es el momento, además, en el que aparecen las universidades y se comienza a estu-

diar el Derecho, provocando la aparición de juristas destacados con un derecho culto y con un lenguaje complejo y difícil de entender. La creación de las universidades y la reglamentación de las distintas disciplinas de manera organizada, fomentaron las enseñanzas del arte, la teología, la medicina o el derecho. Concretamente, esta última, el derecho, se convierte en una tarea difícil, con reglas lógico-dialécticas que hay que observar y que presenta conceptos complicados de expresar y entender. Así pues, la función jurídica exigió un aprendizaje teórico muy complejo que no se adquiría solo con la práctica, requiriendo que el derecho tuviera su propia escuela. A la espontaneidad de la práctica le sucederá, por tanto, el aprendizaje teórico en escuelas universitarias que se van multiplicando por Europa, de manera que la ciencia jurídica va adquiriendo en ellas un lugar relevante y destacado en la evolución del derecho y de la propia sociedad.

La metodología aplicada a la labor “interpretativa” de los comentaristas exigía la utilización de herramientas lógico-dialécticas muy sofisticadas, por eso la proximidad cultivada en las universidades medievales facilitaba que los juristas importasen metodología propia como teólogos, filósofos y lógicos de las facultades de Artes y de Teología.

Por tanto, al saber jurídico medieval se le reconoce un carácter argumentativo que estuvo influenciado por la práctica de la discusión en el seno de las instituciones universitarias, siendo la fundación de universidades el factor institucional que originó la emergencia del saber jurídico en la baja Edad Media.

3. LA RECEPCIÓN DEL *IUS COMMUNE* Y LA UNIFICACIÓN DEL DERECHO

Debemos reconocer que todos los trabajos y esfuerzos dirigidos a la recepción del *Ius Commune* en España durante la Baja Edad Media no corresponde solo a las hazañas nacionales en el ámbito estrictamente de la historia de España, sino que se enmarca como un capítulo más en la historia de la evolución del

derecho europeo, en esa historia común a todos esos países que conservan una tradición romano-germánica.

El *Ius Commune* derivado de los textos justinianeos[5], que a su vez englobaba el *corpus iuris civilis* –en proceso de redescubrimiento y reelaboración– y el *corpus iuris canonici* –aclarado este último y sistematizado por Graciano a mediados del siglo XIII–, todos ellos examinados por la comprometida labor de glosadores y comentaristas, supusieron el proyecto jurídico de tendencia universal para todos aquellos países en los que se implantó la cultura grecolatina. Cabe anotar que, en España, la recepción del derecho común no fue uniforme por las interrupciones ocasionadas por la dominación árabe en parte de España, lo que produjo una especie de difusión del derecho común, impidiendo que operara de igual modo que en otros países europeos. Por eso, en algunas zonas y territorios esa recepción se paralizó y fue prácticamente nula.

Y es que el derecho, en aquello que ha supuesto su promoción y potenciación, como ya hemos avanzado, mucho debe a las universidades –concretamente, en Castilla, a Palencia y Salamanca en el s. XIII–, y en lo que al derecho común se refiere, se va introduciendo a través de las colecciones canónicas, la práctica notarial y en resoluciones judiciales. Porque no olvidemos que precisamente la cultura jurídica española estaba arraigada en las costumbres, derechos particulares locales y en su mayoría incompletos, que resultaban incompatibles con el derecho común, así como un derecho general bastante incompleto.

Por eso, en medio de la lenta reconquista, los fueros se erigen como los instrumentos más representativos del derecho medieval español[6], caracterizados por una redacción escrita que refiere la evolución jurídica española de la época. Conforme avanzaba este derecho territorial se veía una clara contraposición con el derecho real, aunque ambos se integraban en la legislación oficial del reino. Y aunque varios fueron los reinos

fragmentados en España en la Baja Edad Media, uno de ellos, el de Castilla, fue el que obtuvo más fuerza y logró imponerse posteriormente a lo largo de varios siglos después.

Estamos ante un derecho con una serie de características muy propias: un derecho real que tenía vigencia en todo el territorio del reino y que servía, a su vez, para limitar el poder de la nobleza señorial, debido en gran medida al papel gradual que iban adoptando la universidades así como aquellos juristas que empezaban a formarse en un saber técnico combinado con la práctica como abogados, notarios, oficiales y jueces, arrastrados por un nuevo derecho común que a su vez despuntaba por su terminología tan técnica que creaba, al mismo tiempo, una casta de juristas especializados: un doble efecto ante la recepción del derecho común en cuanto a la novedad de un derecho y a la novedad de los que afrontarían su estudio.

Gracias a las escuelas de glosadores –aquellos que comentaban el Código de Justiniano– se formó una ciencia del Derecho que de las universidades derivó en la aplicación práctica de las doctrinas y de las soluciones concretas que se fueron elaborando. A partir de ahí, los postglosadores, que ampliaron los alcances del Código –que ya constituía un sistema completo– utilizaron los procedimientos de la escolástica y llegaron a conquistar una autoridad tan grande que, en ocasiones, fue superior a la que tenían las mismas normas del derecho romano[7], a las que dieron incluso un sentido más orgánico y actualizado. Pero la recepción por parte de los reinos de España no fue labor fácil y el derecho común no se impuso sin resistencia de aquellos que todavía pretendían conservar el orden tradicional.

Además, hay que tener en cuenta las particularidades habidas tras la fragmentación territorial y jurídica española, lo que influyó en que esa recepción no fuera, precisamente, uniforme[8]. Igualmente, se ha dicho que el fin de la Edad Media fue una época de trastornos, pero también de fructuosas fermentaciones, de manera que los elementos de la crisis de finales del

medieval encontraron como contrapartida el comienzo de los nuevos rasgos del mundo moderno.

A finales del siglo XV se registraron progresos en la burocratización, aparecieron instituciones al servicio del poder central a pesar de que se retrocede en la representación popular en los consejos municipales, fortaleciendo así la autoridad del rey y propiciando el nacimiento de las monarquías nacionales, como fue, en España, la de los Reyes Católicos.

Ya a partir del siglo XIII los reyes castellanos iniciaron una política encaminada a unificar el derecho, arrancando con la imposición del Fuero Juzgo a los territorios ganados a los musulmanes durante la reconquista y llegando a aplicarse este cuerpo normativo durante el siglo XV, tanto en las Islas Canarias como en ultramar.

4. LA LABOR LEGISLATIVA DE LOS MONARCAS A FINALES DE LA EDAD MEDIA

Los reyes, que durante los siglos anteriores no habían intervenido en la formación del derecho, comenzaron a legislar en unión con las Cortes. Yendo un poco atrás en el tiempo, en 1348, en las de Alcalá de Henares, se sancionó el Ordenamiento de Alcalá que refunde leyes anteriores y en parte el derecho consuetudinario de Castilla ya escrito, siendo lo más emblemático lo que sigue:

El rey se atribuía la suprema potestad legislativa que le facultaba para hacer fueros, leyes, interpretarlas, declararlas o enmendarlas.

- Se dispuso que para resolver pleitos y conflictos debían aplicarse las leyes de ese ordenamiento, y en caso de que estas faltaran, los fueros locales en todo aquello que estuviera en ese momento en vigor, y, en ausencia de disposición legal o de los fueros, se aplicarían las partidas de Alfonso el Sabio.

- Fue así como entró en vigor, con carácter supletorio, el código que acreditaba, de algún modo, el triunfo del de-

recho común aun sin abandonar el sistema tradicional que debía ser aplicado con legítima preferencia. Los efectos dominadores del derecho común se trasladaron prácticamente sin interrupción hasta el ilustrado y reformador siglo XVIII.

Concretamente, el derecho común fue perdiendo fuerza y vigor y dejó de desarrollarse en Castilla, siendo sustituido por la legislación real que cada vez devenía más abundante, detallada y minuciosa. Los Reyes Católicos encargaron al doctor Alonso Díaz de Montalvo la recopilación de las leyes y ordenanzas vigentes y también de todas aquellas disposiciones del Fuero Real que en aquel momento estuvieran en uso; en 1484 se publicó y promulgó las Ordenanzas Reales de Castilla o lo que se denominó también “Ordenamiento de Montalvo”. Esta recopilación resultó algo incompleta y defectuosa, y fue la que reunió las leyes sancionadas en Cortes, las pragmáticas y ordenanzas de los reyes, así como algunas disposiciones del Fuero Real.

Pero estas reformas aún no ofrecieron lo necesario para acabar con la impresión del derecho en vigor. Por eso, para suplir los vacíos existentes, en 1499 se dispuso acudir a las opiniones de los postglosadores más famosos y destacados del siglo XIV y XV: Bartolo, Baldo, Juan Andrés y el abad Panormitano[9]. Pero también esta supuesta solución fue derogada.

En 1505 las Leyes de Toro vinieron a suprimir el recurso a la doctrina de los postglosadores y volvieron a establecer el mismo orden de prelación de las leyes con alguna variante:

Las leyes reales

- Las disposiciones contenidas en los fueros, incluso el Fuero Real, en cuanto “son o fuesen usadas” en cada lugar.

- Las Siete Partidas

Hubo ciertamente un problema en torno a la vigencia del Fuero Juzgo y del Fuero Real, pues no quedó resuelto, dado que algunos juristas sostenían que era necesario demostrar su uso

para aplicarlos y otros consideraban que eran fueros generales que no necesitaban prueba. En relación a las Partidas, al entrar en vigor en 1348 como derecho supletorio, se ordenó establecer su texto oficial.

Por tanto, Castilla se convertía incluso, a nivel europeo, en el único reino que tenía un derecho casi totalmente escrito, abandonando así la tradición consuetudinaria. Aunque continuaban en vigor los fueros locales y las antiguas costumbres fijadas por escrito, el derecho territorial sancionado por los reyes en los siglos XIV y XV había alcanzado una primacía indiscutible e inquestionable. De hecho, concretamente, las Partidas continuaban destacándose por su perfección científica, su orden sistemático y la pluralidad de materias que abarcaban. Esto, por ejemplo, no ocurrió en otras regiones de España, donde el derecho foral continuó rigiendo, ampliándose y desarrollándose en provincias como Navarra, Vascongadas, Aragón y Cataluña.

Poco a poco, la doctrina jurídica española se fue labrando sobre la enseñanza del derecho común de los glosadores. Al mismo tiempo, las fuentes normativas recogidas en las diversas colecciones constituían un poderoso instrumento para terminar con el particularismo foral y los restos de cualquier resquicio del derecho señorial. A esto hay que sumar, además, que el derecho indiano –capitulares de la monarquía española para las Indias–, no encontrando cabida inicial en el derecho real por no poder éste dar respuesta a las situaciones particulares de esos territorios recién descubiertos, se iba conformando e interpretando a través de las Partidas –un cuerpo jurídico global y completo– que, a su vez, hizo patente el derecho romano en América[10].

Así pues, las Partidas fueron el vehículo perfecto para la plena recepción del *Ius Commune* en España y se contemplaron como texto principal de la legislación castellana que iba quitando vitalidad a los fueros locales[11]. Tanto es así que el rey Juan II de Castilla, en 1427, fijó una pragmática disponiendo a modo

de limitación, que no podían citarse juristas posteriores a Juan de Andrés y Bartolo. A su vez, los Reyes Católicos crearon una pragmática en vigor hasta 1503 donde se especificaba que sólo podían ser citados en los tribunales los escritos de Bartolo y Baldo para las cuestiones civiles, y para el derecho canónico las obras de Juan de Andrés y Nicolás de los Tedescos. Curiosamente, los textos de estos personajes habían adquirido tanto protagonismo y prestigio por su originalidad y modernidad, que incluso parecían ocultar los textos originarios de los que procedían.

Por otro lado, refiriéndonos al régimen sucesorio de la monarquía de Castilla, anclada en las disposiciones de las Partidas[12], se encontraba inmerso en un sistema algo ambiguo que no parecía otorgar a la mujer heredera la plenitud de un reinado ejecutivo, máxime cuando de los ejemplos anteriores se deducían intereses eventuales que terminaban entregando el trono a los hijos varones. Al final, el propio sentir de la reina Isabel hizo que se consolidara su trono y se viera en él como “reina propietaria”, como ella misma se denominaría. Ciertamente, este valor y esta tenacidad por asumir el papel que creía le respondía lo había heredado de su abuela Catalina, que se rodeó de mujeres consejeras y defendió con vehemencia esos derechos y deberes de un monarca que tal alta consideración le merecían, junto con el convencimiento de que una mujer bien podía asumir y desempeñar plenamente este papel. Ese fue el modelo de la reina Isabel, adelantada a su tiempo: un modelo de soberanía femenina y de perdurable dinastía.

Merece la pena mencionar la promulgación de las Leyes de Toro, en total 83

–una iniciativa surgida en el testamento de Isabel la Católica–, que sirvió para unificar los diferentes fueros municipales que existían hasta ese momento. Un ánimo y visión incansable por parte de la Reina por dotar a la Corona de Castilla de un sistema de justicia moderno y que, a su vez, sirviera para armonizar

el orden legislativo en todo el territorio. Fundamentalmente, sirvió para resolver conflictos y controversias de corte sucesorio, así como herencias, pero también dio respuesta a cuestiones de índole matrimonial y a otros asuntos del ámbito civil.

Por otro lado, el contexto histórico en el que tiene lugar la conquista del Nuevo Mundo producía cierta incertidumbre y aún pesaban los años continuos de lento avance de la Reconquista, presentando un reino que en medio de un legítimo agotamiento, resplandecía por la frescura de sus normas, destacando sobre todo aquellas que supusieron una forma auténtica de reglar la vida de las colonias de América y convertirse así en las disposiciones precursoras de lo que hoy conocemos como derechos humanos. Por eso, sin duda, esta fue una de las rupturas más significativas registradas a finales de la Edad Media.

En el pensamiento jurídico de la reina Isabel aflora un llamativo avance en cuanto que no confiere a los ciudadanos de las Américas unos derechos a partir de lo que se observaba en su reino, sino como valores comunes a todos los hombres de todos los tiempos.

En cuanto a la labor legislativa, como rasgo particular en Castilla, los reyes dictaban normas con carácter general, de derecho público sin contar con las Cortes, derogando incluso leyes dadas en ellas. Esto fue objeto de queja y crítica por parte de las Cortes, pero se siguieron dictando pragmáticas apoyándose en esa potestad absoluta que tiene el rey. Además, venía refrendado por textos importantes como el Espéculo o las Partidas, ampliando esta facultad al derecho a interpretar las normas establecido en el ordenamiento de Alcalá. Por tanto, todo esto lleva al convencimiento de que, en Castilla, el decisionismo fue el resultado del fortalecimiento del poder del rey. Así, cuando se entró en la Edad Moderna –siglo XV– aumentaron las pragmáticas y de las monarquías absolutas se fue fraguando lo que derivaría en monarquías absolutas, por lo que ya apenas se convocarán las Cortes[13].

Desde el punto de vista estrictamente teórico y consultivo, en calidad de fuentes de referencia, se encuentran importantes repertorios jurídicos que fueron elaborados por juristas castellanos, en cuyas obras se sigue un orden alfabético de materias o conceptos jurídicos, de modo que sobre cada uno de ellos se recogen los textos legales castellanos extractados, comentándolos con abundantes reseñas y referencias a la doctrina de los glosadores y comentaristas[14].

Es curioso cómo, incluso, se constata que los juristas castellanos de los siglos XIV y XV estaban muy familiarizados con el derecho común, lo estudiaban en las universidades, lo leían directamente en los textos originales o en otras obras, identificando incluso libros en los que, no teniendo nada que ver con el derecho, se podían encontrar alusiones frecuentes al decreto, las decretales, al Espéculo y a las novelas de muchos canonistas y civilistas[15]. Ahora bien, es cierto que estando vigente el Ordenamiento de Alcalá, en Castilla no operaba el derecho común, ni siquiera entendido como supletorio, sino tan solo las Partidas. Por tanto, las normas u opiniones doctrinales de esos autores estudiosos y doctos ni podían ni debían citarse en juicio o aplicarse por medio de sentencia judicial o a través de la práctica extraprocesal.

Conocemos la limitación antes mencionada a la hora de hacer alusión a las opiniones de juristas por la Pragmática promulgada por Juan II en 1427. Pues bien, esta limitación no prohibió que se acudiera a otras opiniones anteriores a los autores que se encontraban en la línea divisoria, y por eso los Reyes Católicos, que fueron conscientes de que eso ocasionaría gran confusión y duda, mandaron en la Pragmática de 1499 que en materia canónica se prefiriera la opinión de Bartolo y en su defecto la de Baldo. Aunque ciertamente, por el método ensayo-error, reconocieron que no satisfacía plenamente las expectativas y traía aún más daños e inconvenientes.

En ocasiones, el descontrol, el exceso de los juristas y la desorientación de los legisladores alteraron la vigencia y la aplicación de parte del Ordenamiento de Alcalá[16]. Y esto creó aún más inseguridad jurídica, ante lo cual los Reyes Católicos se vieron obligados a intervenir.

Llama poderosamente la atención el volumen de legislación que produjeron los Reyes Católicos, pues conscientes y defensores de su poderío real absoluto, promulgaron muchas e importantes pragmáticas a la vez que legislaron mucho en colaboración con las Cortes. Por ejemplo, fueron muy representativos los ordenamientos de las Cortes de Madrigal de 1476 y concretamente, las de Toledo de 1480, con una relevancia exponencial[17]. Es ahí donde se adquiere un fortalecimiento y organización de la instancia centralizada del poder político bajo la figura del Estado, ratificando y confirmando el poder y la riqueza de la nobleza señorial y de la Iglesia y garantizando, sobre todo a los nobles, el respeto de la monarquía a su privilegiado control de la propiedad agraria.

5. CONCLUSIONES

Recapitulando, el reinado de los Reyes Católicos supuso, por tanto, una imposición frontal al desorden, la indeterminación y la inseguridad jurídica que operaba en el sistema normativo castellano. Por eso se propuso un trabajo de consolidación y racionalización del Estado, porque urgía esa transformación del sistema normativo castellano. Una fórmula que procuró siempre y en todo momento la continuidad, pervivencia y búsqueda de los pilares centrales que garantizarían el equilibrio normativo y su aplicación en condiciones de orden, seguridad y estabilidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CALASSO, F. (1951). *Introduzione al diritto commune*. Milano: Giuffré.
- CALONGE, A. (1995). "La recepción del derecho romano". *I Congreso Iberoamericano de Derecho Romano*, Granada.
- DAZA, J. (1995). "Los principios del 'ius commune' en el contexto sociocultural del Nuevo Mundo". *Seminarios Complutenses de Derecho Romano*, 7.

FUENTESECA DÍAZ, P. (1978). *Historia del Derecho Romano*. Madrid: Unión Gráfica.

GACTO FERNÁNDEZ, E. (1979). *Temas de historia del derecho: Derecho medieval*. Sevilla: Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

GARCÍA GALLO, A. (1960). "El pactismo en el reino de Castilla y su proyección en América" en *El pactismo en la historia de España*. L. Lacambra Et Al. Madrid: Instituto de España.

GARCÍA Y GARCÍA, A. (1966). "La penetración del derecho clásico medieval en España". *Anuario de Historia del Derecho Español*, 36.

GARCÍA Y GARCÍA, A. (1985). "Origen y evolución de los códigos jurídicos hasta 1500". *Iglesia, sociedad y derecho*. Salamanca.

GARCÍA Y GARCÍA, A. (2000). "Derecho romano-canónico medieval en la Península Ibérica", en *Historia de la literatura jurídica en la España del Antiguo Régimen*, 1. J. Alvarado (ed.). Madrid: Marcial Pons.

GOURON, A. (1985). "Aux origines de l'influence des glossateurs en Espagne", en *Historia, instituciones, documentos*, 10.

MANZANO, J. (1948). *La incorporación de las Indias a la Corona de Castilla*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, G. (1922). "Sobre el Ordenamiento de Alcalá y sus fuentes". *Revista de Derecho Privado*, 9.

TORRES SANZ, D. (1982). *La administración central castellana en la Baja Edad Media*. Valladolid: Secretariado de Publicaciones Departamento de Historia del Derecho.

ULLMANN, W. (1985). *Principios de Gobierno y Política en la Edad Media*. Madrid: Alianza Universidad.

VALDEÓN, J. (1998). *La Baja Edad Media*. Madrid: Anaya.

VARELA SUANZES, J. (1997) "Política y Derecho en la Edad Media". *Revista Española de Derecho Constitucional*, 49.

[1]. VALDEÓN, J. (1998). *La Baja Edad Media*. Madrid: Anaya.

[2]. ULLMANN, W. (1985). *Principios de Gobierno y Política en la Edad Media*. Madrid: Alianza Universidad, 23.

[3]. VARELA SUANZES, J. (1997). "Política y Derecho en la Edad Media". *Revista Española de Derecho Constitucional*, 49, 344.

[4]. VARELA SUANZES, J. (1997). 344.

[5]. CALASSO, F. (1951). *Introduzione al diritto commune*. Milano: Giuffrè, 33.

[6]. GARCÍA Y GARCÍA, A. (1966). "La penetración del derecho clásico medieval en España". *Anuario de Historia del Derecho Español*, 36, 575 y ss.

[7]. FUENTESECA DÍAZ, P. (1978). *Historia del Derecho Romano*. Madrid: Unión Gráfica, 318.

[8]. CALONGE, A. (1995). "La recepción del derecho romano". *I Congreso Iberoamericano de Derecho Romano*, Granada, 19.

- [9]. GARCÍA Y GARCÍA, A (2000). “Derecho romano-canónico medieval en la Península Ibérica”, en *Historia de la literatura jurídica en la España del Antiguo Régimen*, 1. J. Alvarado (ed.). Madrid: Marcial Pons, 79-132.
- [10]. MANZANO, J. (1948). *La incorporación de las Indias a la Corona de Castilla*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 193 y ss.
- [11]. DAZA, J. (1995). “Los principios del ‘ius commune’ en el contexto sociocultural del Nuevo Mundo”. *Seminarios Complutenses de Derecho Romano*, 7, 107-132.
- [12]. GARCÍA GALLO, A. (1960). “El pactismo en el reino de Castilla y su proyección en América” en *El pactismo en la historia de España*. L. Legaz y Lacambra, J. Sobreques, J. Lalinde (ed.) Madrid: Instituto de España.
- [13]. TORRES SANZ, D. (1982). *La administración central castellana en la Baja Edad Media*. Valladolid: Secretariado de Publicaciones Departamento de Historia del Derecho.
- [14]. GOURON, A. (1985). “Aux origines de l’influence des glossateurs en Espagne”, *Historia, instituciones, documentos*, 10, 325-346.
- [15]. GARCÍA Y GARCÍA, A. (1985). “Origen y evolución de los códigos jurídicos hasta 1500”. *Iglesia, sociedad y derecho*. Salamanca: Publicaciones de la Universidad Pontificia, 205 y ss.
- [16]. SÁNCHEZ SÁNCHEZ, G. (1922). “Sobre el Ordenamiento de Alcalá y sus fuentes”. *Revista de Derecho Privado*, 9, 353.
- [17]. GACTO FERNÁNDEZ, E. (1979). *Temas de historia del Derecho: Derecho medieval*. Sevilla: Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 61-62.



Conferencia de clausura

Moderador:

José Antonio CALVO GÓMEZ

Ponente:

Luis Manuel DE LA PRADA HERNÁNDEZ-OLIVARES

Luis Manuel de la Prada y Hernández-Olivares

Es licenciado en Derecho por la Universidad de Sevilla y abogado en ejercicio desde hace 25 años. Actúa ante todas las jurisdicciones y grados incluso Tribunales Supremo, Constitucional y Europeo de Estrasburgo.

Ha sido director de la Fundación del Premio Nobel Juan Ramón Jiménez y de la Casa-Museo Zenobia y Juan Ramón, de Moguer, comisario para actividades culturales y asesor cultural de ayuntamientos y otras instituciones.

Tiene amplia experiencia en la creación y gestión de entidades culturales. Actualmente es director de la Fundación Macías Monasterio y del Museo Naval de Palos de la Frontera.

Ha escrito numerosos trabajos (libros, capítulos de libros, artículos, ponencias, etc.) sobre Literatura (siglos XIX y XX), Historia (Medieval y Moderna) e Historia del Arte.

Ha pronunciado centenares de conferencias, discursos y lecciones magistrales en algunos de los más prestigiosos foros del mundo: Sorbona de París (Francia); Universidades de Maryland, Georgetown y Distrito Columbia de Washington, Hispanic Society de Nueva York; Universidad Lusófona de Lisboa; Instituto Cervantes de Atenas, Museo Nikos Kazantzakis de Creta (Grecia); Palacio de la Cultura de Larache (Marruecos); Centro Cultural de la Villa, Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, Asociación de Escritores y Artistas Españoles, Sociedad General de Autores de España y Residencia de Estudiantes, en Madrid, entre otros muchos.

Es miembro numerario y director de la Academia de la Hispanidad; y secretario general, también numerario, de la Academia Andaluza de la Historia y de la Asociación Ibero-Americana de Heráldica y Genealogía. Es miembro correspondiente de las Academias de Letras e Artes de Lisboa y de Ex-Libris de

Portugal, miembro de la Sociedad Ibero-Americana de Heráldica y Genealogía.

Es caballero comendador de la Orden de Sao Sebastiao dita da Frecha. Pertenece a las Reales Sociedades Colombina Onubense y Palósfila Pinzoniana, a la Pontificia, Real e Ilustre Hermandad Sacramental del Sagrario de la Catedral de Sevilla, a la de Nobles Caballeros de San Fernando, al Capítulo de Isabel la Católica, del que es vocal de su Junta de Gobierno, y a otras muchas nobles e históricas instituciones.

Estoy seguro de que su intervención no nos defraudará. Me consta su buen hacer, del que he sido testigo en otras ocasiones. Y le animo, desde este foro de diálogo, a seguir profundizando en la rehabilitación histórica de la Reina Isabel en cuya causa, lo sé, tiene un empeño personal muy bien caracterizado.

José Antonio CALVO GÓMEZ

*Director del Grupo de Investigación
Territorio, Historia y Patrimonio de la Iglesia
Universidad Católica de Ávila*



Luis Manuel DE LA PRADA HERNÁNDEZ-OLIVARES

Director de la Academia de la Hispanidad

luisdelaprada@icahuelva.es

Caput in capite. Las Cortes de Toledo de 1480: Los cimientos del Estado Moderno

1. LAS CORTES DE CASTILLA Y LEÓN: ALGUNAS NOCIONES ELEMENTALES

Originariamente, las Cortes son el órgano de representación de la sociedad estamental característica de la Edad Media. Sus precedentes son, por un lado, como órgano legislativo, los concilios mixtos de obispos y magnates de la monarquía astur-leonesa (siglos IX y X), continuadora de la visigoda[1]; y por otro, como órgano que jura a reyes y herederos, las asambleas de prelados y principales del palacio y del pueblo –*conventus pontificum majorumque palatii vel populi*– en las que se elegía rey, tal como establecía el *Forum Iudicum*[2].

Hasta fines del siglo XII parece que solo eran reuniones de notables de la nobleza y el clero. Será a finales de dicha centuria cuando comiencen a ser convocados representantes del común, al principio sin voz, debiendo atribuirse, según Colmeiro, a Alfonso IX de León la gloria de haber dado voto al estado llano en las cortes de León de 1188, pues según sus actas se reunió “*cum archepiscopo, et episcopis, et magnatibus regni mei, et cum electis civibus ex singulis civitatibus*”[3].

A partir del siglo XIV, al imponerse una restricción del voto en cortes, va evolucionando de una cámara estamental a una cámara del llamado tercer estado –referido en este caso a ciudades y villas– no exigiéndose la representación de *oratores* (clero) y *bellatores* (nobleza), en cuanto a tales estamentos, exentos de impuestos, por no ser necesarios para la aprobación de servicios a la Corona (impuestos extraordinarios para financiar guerras y otras necesidades del tesoro real), aunque es evidente que el poder de estos seguía no solo existiendo, sino creciendo, y sí se requería su presencia para actos simbólicos como la jura del rey o del heredero. Eso se entiende si tenemos en cuenta que, como dice Carretero Zamora, la finalidad de estos *ayuntamientos* de procuradores solía reducirse a:

Racionalizar y agilizar la concesión y recaudación de los servicios estableciendo unas demarcaciones fiscales a cuya cabeza sitúa una ciudad responsable de dicha concesión y recaudación, aunque, es cierto, tal situación conlleve inevitablemente la adscripción de una representatividad política, indispensable a su vez para la propia legitimidad de los subsidios otorgados a la monarquía (Carretero, 1988: 4)[4].

Mientras estuvieron separados los reinos de León y Castilla, cada uno tuvo sus propias Cortes. Al unirse bajo Fernando III el Santo (1230), comenzaron a reunirse las cortes de cada reino en la misma ciudad, aunque por separado. Con el tiempo, llegarían a fundirse en una cámara única.

Incluso la representación de los núcleos urbanos se fue restringiendo, pasando de las 49 (Burgos, 1315) o casi el centenar de ciudades y villas convocadas (Madrid, 1329, 1339) en el siglo XIV, a reducirse, en el siglo XV, a solo 17 ciudades y villas, con un claro predominio de la mitad norte de Castilla: Burgos, Soria, Segovia, Ávila, Valladolid, León, Salamanca, Zamora, Toro, Toledo, Cuenca, Guadalajara, Madrid, Sevilla, Córdoba, Jaén y Murcia, a las que se añadiría Granada en 1498. Regiones enteras no estaban representadas. Es el caso de Galicia.



Fig. 1. Mapa de las ciudades y villas representadas en las Cortes de Castilla y León.

Otro fenómeno que se registra es la progresiva falta de independencia de los procuradores, cada vez más controlados por la Corona, que interviene en la designación de los mismos, asegurándose que dichos representantes le sean adictos[5]. En cuanto al número de estos, se hacía depender de la capacidad económica de cada ciudad, si bien, desde el reinado de Juan II, se va imponiendo el de dos por cada ciudad, aunque en algunos casos se admitieron más[6].

En cuanto a su funcionamiento, se reunían siempre respondiendo a una convocatoria real y no tenían una sede fija, decidiendo el rey el lugar y tiempo de celebración, en cada caso. De cada una se redactaba un cuaderno en el que se hacían costar las peticiones que se hacían al rey y los servicios que se le prestaban. En cada uno de esos puntos debía hacerse constar si se había alcanzado la aprobación regia. En cuanto al protocolo u orden de las intervenciones, Burgos *–caput Castellae–* y Toledo *–caput Hispaniae–* se disputaban la primacía, lo que solía salvarse con una solución de compromiso, que impuso la costumbre de que el rey hablara primero y lo hiciera por Toledo, por lo que el primer procurador que intervenía era el de Burgos. Así

nos lo cuenta Horozco en su *Libro de los proverbios glosados* (1570-1580)[7]:

En unas cortes que hizo en la villa de Alcalá de Henares viendo esta contienda entre los procuradores de las çibdades de Toledo y Burgos que contendían sobre quál hablará primero. Y don Juan Nuñez de Lara, señor de Vizcaya, sostenía la voz de Burgos por quanto es cabeça de Castilla, y don Juan fijo del infante don Manuel tenía la parte de Toledo diciendo que es y fue cabeça de España. Y por esta razón todos los grandes señores que allí eran se hizieron dos partes por lo qual llegaron en las dichas Cortes a estado que no cumplía. El rey don Alfonso (XI) halló por su consejo qué había de mandar. Y mandó a los procuradores de Toledo y Burgos que callasen y que el rey dixese como dixo estas palabras: "los de Toledo farán todo lo que yo les mandare e yo así lo digo por ellos, por ende hable Burgos"... de donde claramente consta que la primera voz se da a Toledo como él lo dize él mismo toma primero la voz por Toledo y se tiene por hablado y respondido primero que por ninguna otra çibdad. Y esto dicho y prosupuesto dize que hable luego Burgos que es detrás de aver él hablado por Toledo. Y ésta fue la horden y concordancia que los reyes dieron para quitar esta diferencia (Horozco, 1994: 271).



Fig. 2. El rey Alfonso XI representado en miniatura de la *Gran Crónica de España*.

Durante el reinado de Isabel la Católica se reunieron Cortes en:

- Segovia (1474). Puesta en duda por carecer de convocatoria y de cuaderno, más bien se trató de una reunión – ayuntamiento– de unos pocos grandes y procuradores para reconocer y rendir homenaje a los Reyes Católicos, a lo que se fueron adhiriendo otros progresivamente.

– Medina del Campo-Valladolid (1475). Fueron unas Cortes itinerantes que empezaron en agosto en Medina, se interrumpieron por necesidades de la guerra, y continuaron en octubre en Valladolid. En ellas se aprobaron un servicio extraordinario y una medida excepcional de tomar la mitad de la plata de las iglesias, con obligación de devolverla a los 3 años, en ambos casos para pagar los gastos de la guerra.

– Madrigal (1476). En las que fue jurada como heredera la infanta Isabel, primogénita de los reyes. Además, para acabar con desordenes y delitos, se reinstituyó la Hermandad General de Castilla, con jurisdicción criminal, que ya aprobara Enrique IV en Tordesillas en 1466, dotándoselas de unas nuevas ordenanzas para su funcionamiento. Y se ordenaron las primeras medidas para reformar la administración de justicia y otras estructuras de gobierno, que los desórdenes del reinado anterior habían envilecido, planteándose la necesidad de reformar el Consejo, la Audiencia y la Chancillería, y reducir el exceso de las mercedes que había mermado el patrimonio real y otras medidas de carácter fiscal y monetario, todo lo cual se llevaría a efecto en las siguientes. Respecto a las minorías judía y musulmana se renovaron leyes anteriores contra la usura, sobre contratos de estos con cristianos, se limitó la jurisdicción de sus alcaldes, excluyéndose la criminal, y se ordenó que portasen en sus ropas signos distintivos para ser reconocidos.

– Toledo (1480, 1489). De las primeras nos ocuparemos más adelante. Fallecido el príncipe Juan el 4 de octubre de 1497, en estas segundas cortes se juraron, como herederos de Castilla, a los reyes de Portugal, doña Isabel, primogénita de los Reyes Católicos, y su marido don Manuel “el Afortunado”.

– Ocaña (1499). Fallecida la anterior princesa (23 de agosto de 1498), en estas fue reconocido, como príncipe de Asturias, su hijo don Miguel.

– Sevilla (1499, 1501). En las que se aprobaron servicios extraordinarios para pagar acciones de guerra en las Alpujarras y las dotes matrimoniales de las infantas Catalina y María.

– Toledo-Madrid-Alcalá (1502-1503): Que juraron como príncipes herederos a doña Juana y su marido el archiduque don Felipe de Borgoña, previéndose el caso de ausencia, desistimiento o incapacidad de doña Juana, en que el gobierno se encomendaría a don Fernando el Católico, hasta que su nieto don Carlos alcanzase la mayoría de edad. También se vio la necesidad de dictar una norma unificadora de los criterios de los tribunales, que sería el origen de las Leyes de Toro, que redactaría Juan López de Vivero o de Palacios Rubios, y que no serían publicadas hasta las Cortes que le dieron nombre, en 1505, ya después de muerta la Reina[8].

2. TOLEDO, *CAPUT HISPANIAE*

Tras tener su primera capital en Tolosa, los visigodos, expulsados por los francos de la Galia (batalla de Vouillé, 507), de la que conservaron solo la Septimania o Narbonense, se replegaron en sus posesiones hispanas, tomando como nueva capital Toledo, que ya lo era con seguridad bajo Atanagildo (555-567). Por entonces no dominaban todo el suelo peninsular, registrándose una importante presencia de vándalos en el noroeste y de bizantinos en el sureste, además de otros pueblos que no reconocían su autoridad. La anexión del reino suevo por Leovigildo (585) y la expulsión de los bizantinos por Suintila (621-631) extendió prácticamente el dominio del reino godo, ya católico, sobre la completa piel de toro. Toledo fue, pues, capital política y religiosa de toda Hispania, hasta la invasión musulmana de 711.

Los reinos cristianos que surgirían a partir de entonces se considerarán sucesores de la monarquía goda y buscarán sus legitimidades dinásticas en la descendencia de sus antiguos reyes. Por eso, cuando Alfonso VI conquista Toledo el 6 de mayo de 1085, se proclamó “*imperator totius Hispaniae*”, título que revalidaría Alfonso VII, y la posesión de la simbólica capital concedió al castellano-leonés la primacía entre todos los reinos hispánicos[9].



Fig. 3. Vista de Toledo de G. Hoefnagel (1572). *Civitates Orbis Terrarum*.

Desde el punto de vista eclesiástico, Toledo perteneció a la provincia romana Cartaginense, según la división del emperador Diocleciano, dependiendo de la sede episcopal metropolitana de Cartago Nova –Cartagena–. El dominio del emperador romano oriental Justiniano sobre dicha sede metropolitana y buena parte de aquella antigua provincia, obligó al rey godo Gundemaro a promover un sínodo de la Iglesia hispana que se celebró en Toledo en 610, en el que se acordó elegir esta ciudad como principal metrópoli de la España visigoda. Tras la reconquista de la ciudad, a súplica de Alfonso VI, el papa Urbano II, por su bula *Cunctis Sanctorum* (Anagni, 1088), concedió al arzobispo toledano Bernardo y sus sucesores el título de metropolitano y primados de España[10].

Así pues, si Burgos podía proclamarse *caput Castellae*, con toda razón podía Toledo reivindicarse como *caput Hispaniae*, tanto en lo político como en lo eclesiástico[11]. Incluso los geógra-

fos musulmanes del siglo XII hablaban de su centralidad y capitalidad[12]:

Toledo [...] es el centro de toda España, porque de Toledo a Córdoba, al SO., hay 9 jornadas; de Toledo a Santiago, sobre el Mar de los Ingleses, hay 9 jornadas; de Toledo a Jaca, al oriente, 9 jornadas; de Toledo a Valencia, al SE., 9 jornadas; y, por último, de Toledo a Almería, sobre el Mediterráneo, 9 jornadas (Al-Idrisi, 1901: 9).

Si en algún lugar había que escenificar la unidad de los reinos hispanos, está claro que ese tenía que ser Toledo.

3. CAPUT IN CAPITE: LOS REYES EN TOLEDO

Reconociendo la merced e grandísimo beneficio que Dios nuestro señor nos ha fecho en auernos dado tan grande vigor e perseuerança para auer como auemos domado e subjectado nuestros rebeldes, e por justa e poderosa guerra auer ganado la paz de los reyes nuestros comarcanos (...) e eso mismo en nos auer dado por fijo al príncipe don Iuan nuestro muy caro e amado fijo, por lo cual quedamos obligados a lo amar e seruir e cumplir sus mandamientos; y como entre todos, principalmente a los que tenemos sus vezes en la tierra dio mandamiento singular a nos dirigido por boca del sabio, diciendo: “Amad la justicia los que juzgays la tierra”; e por no incurrir en la sentencia del savio, que dize: “Juizio muy duro será fecho contra los que mandan la tierra...”, queremos con acuciosa obra executar nuestro cargo faciendo e administrando justicia. Lo cual ha menester regla (...) e esa regla es la ley. E pues tanto pro nace de la ley, cosa muy justa es que quien tiene poder de la fazer la faga con grande deliberación e sobre cosas necesarias. E nos, conociendo que estos casos ocurrían al presente (...), acordamos de enbiar mandar a las çibdades e villas de nuestros reynos que suelen enviar procuradores de Cortes en nombre de todos nuestros reynos, que enviasen los dichos procuradores de Cortes, así para jurar al príncipe nuestro fijo primogénito heredero destos reynos, como para entender de se proueer por leyes para la buena gouernación destos dichos reynos (Cuaderno de las Cortes de Toledo de 1480, Discurso Inaugural)[13].



Fig. 4. Los Reyes Católicos en un tapiz de la catedral de Lérida.

Fueron varias las estancias de los Reyes Católicos en Toledo:

- 1475, mayo. Estuvo solo Isabel, con objeto de asegurar la lealtad de la ciudad y conseguir refuerzos militares que enviar a Fernando, ya en plena Guerra de Sucesión.
- 1477, febrero. Tras vencer en la batalla de Toro, acuden a Toledo a ofrecer trofeos de guerra al sepulcro de don Juan I y a fundar San Juan de los Reyes.
- 1479, octubre-1480, agosto. Con motivo de las Cortes a que aquí nos referimos.
- 1498. Cortes para jurar a Isabel y Manuel.
- 1502, septiembre. Cortes para jurar a Isabel y Felipe. Real Pragmática sobre los libros.

La cronología de la estancia que ahora nos ocupa la resume muy bien Suárez Fernández: el 14 de octubre de 1479 llegó la Reina a Toledo con su hijo el infante don Juan. El 24 llegó Fernando con el impresionante séquito con que había visitado Barcelona y Valencia, recién coronado rey de Aragón. Los 34 representantes de las 17 ciudades y villas irían llegando para estar todos ya a finales de año. Y las sesiones se alargaron hasta final de mayo[14]. Las sesiones ordinarias tuvieron lugar en la iglesia de San Pedro Mártir[15] y la más solemne de la jura del príncipe, en la catedral primada de Santa María.

Mención especial merece el espectacular ceremonial de entrada y recibimiento que se tributaba a los reyes, del que contamos con la pormenorizada descripción que nos da el Bachiller Palma de la que se hizo en 1476[16]. El ingreso se hacía por la puerta de Bisagra –la antigua–, donde, nada más llegar, los reyes debían jurar los privilegios de la ciudad. Allí los esperaban todos los regidores, jurados y personas principales vestidos de sedas de vivos colores y enjoyados con oro, y toda la clerecía, en procesión, habían ido a recibirlos. Bajo palio de brocado de seda y oro, a caballo y dándose la mano, recorrieron los reyes las calles, al son de trompetas y atabales, hasta llegar a la Puerta del Perdón de la catedral, donde, con singular arquitectura efímera, se escenificaba un *momo* sacro, a que tan aficionada era la Reina, en el que figuraban niños ataviados de ángeles, en varios órdenes, en lo más alto, y, en medio, una bellísima doncella con vestidos refulgentes y coronada de oro, representando a la Virgen. Los niños/ángeles cantaban *Tua est potentia, tuum est regnum, Domine...* A su entrada, los esperaban cabildo y clero revestidos de pontifical y precedidos por la cruz patriarcal, que los condujeron al altar mayor, donde todos se arrodillaron para orar[17]. Algo parecido debió de ser la entrada de la Reina el 14 de octubre de 1479. Venía desde Trujillo, embarazada de más de ocho meses de doña Juana –que nacería el 6 de noviembre–, con el infante don Juan.



Fig. 5. Elefantes en el ejército de Alejandro Magno. Miniatura del *Libro de Alexandre*.

Aún más espectacular fue la entrada de don Fernando, el 24 del mismo mes, recién coronado rey de Aragón, que tan gráfica e evocadoramente nos describió en un bello texto el coordinador de este libro, profesor Calvo Gómez[18]. A semejanza de los triunfos en la antigua Roma, en que desfilaba el emperador victorioso con sus trofeos de guerra, traía en su séquito animales exóticos que causaron asombro en la población: un tigre, en un carro jaula[19], y un elefante, que hacía “muy grandes tiempos no era visto en Castilla”, como dice el *Cronicón*[20]. Estos animales, regalo del embajador de Chipre, en el imaginario colectivo de la época, hacían referencia a Oriente y al gran conquistador Alejandro Magno. Don Fernando se presentaba, de este modo, como un nuevo Alejandro, flamante rey del Levante (acababa de heredar la corona de Aragón), victorioso en las guerras y domador de la nobleza levantisca[21]. Como el rey no había podido estar en las negociaciones de Alcaçovas –dirigidas por Isabel y su tía la infanta Beatriz de Portugal, otra paz de damas–, debía ser él quien ahora protagonizara el acto de la jura de las paces con Alfonso V de Portugal, representado en Toledo, en tan singular ocasión, por su embajador extraordinario Fernando de Silva[22].

Presidiría estas Cortes el primer procurador por Toledo, Gómez Manrique, a quien los reyes nombraran corregidor de dicha capital, donde nunca antes había existido ese cargo, a

principios de 1477, con el propósito de pacificar la ciudad y asegurar su lealtad, acabando con las banderías nobiliarias y controlando al rebelde arzobispo Carrillo, cometidos que cumplió fiel y eficazmente[23]. De esta forma resumió en sus versos este mismo corregidor la labor pacificadora que hizo con la hasta entonces tan pendenciera nobleza toledana:

*Nobles discretos varones
que gobernáis a Toledo,
en aquestos escalones
desechad las aficiones,
codicias, amor y miedo.
Por los comunes provechos
dexad los particulares.
Pues vos hizo Dios pilares
de tan riquísimos techos,
estad firmes y derechos*
(Gómez Manrique)[24].

Viva encarnación del tópico de las armas y las letras, no solo era un militar esforzado y meritorio, desde el principio del lado de Isabel, abandonando a Carrillo, de quien había sido capitán de cien lanzas, cuando este prelado se pasó al bando de doña Juana; que estuviera al lado de Isabel en Guisando; que acompañara a Fernando cuando vino secretamente a Castilla a casarse con Isabel; que, en nombre de Fernando, retara a singular combate a Alfonso V y luchara por sus reyes en las principales batallas recientes[25]. No solo era un héroe, hijo y nieto de héroes, sino un gran intelectual, ideólogo político y un reconocido e inspirado poeta, sobrino del marqués de Santillana y tío de otro más famoso, Jorge, de su mismo apellido[26]. A él, el más insigne orador de su tiempo, cupo la honra de leer los discursos de inauguración y clausura de estas Cortes, siendo el primero en hacer uso de la palabra, en nombre de los reyes y de Toledo, como era habitual, para que Burgos no se enojase.

Lo primero que se hacía, siguiendo el orden tradicional, era el juramento de lealtad de los procuradores a los reyes. En este caso, se reconocía al heredero de la Corona. En respuesta, los reyes juraban respetar las leyes, costumbres y privilegios de los pueblos[27]. Y tras esto, comenzaban los trabajos y las sesiones.

4. LOS TRABAJOS DE LAS CORTES

4.1. El poderío real absoluto. La jura del heredero

Durante la Baja Edad Media, se enfrentan y llegan a diversas soluciones de compromiso dos concepciones ideológico-políticas del poder. La primera, autoritaria, defiende la *plenitudo potestatis* del *princeps*, *legibus solutus*, que no debe estar sujeto a ningún otro poder temporal, ni vinculado por norma precedente, sino que debe poder gobernar con completa libertad – *quod principi placuit, legis habet vigorem*– y con “poderío real absoluto”. Esta expresión no debe hacernos pensar en el absolutismo monárquico, propio de los siglos XVII y XVIII, sino que significa que nada debe obstar, ni nadie puede alegar nada para resistirse a obedecer una determinada orden real. Se basa en el Derecho Romano, se recoge en las Partidas[28] y responde a una teoría jurídico-política impulsada por los juristas de los que los reyes se asesoran cada vez más.

La segunda, pactista, entiende que la autoridad parte del pueblo que mantiene un contrato tácito con el monarca, por el que los súbditos se comprometen a obedecer el poder del rey y, a cambio, este debe jurar respetar sus antiguas leyes, costumbres y privilegios y ejercer dicho poder en beneficio de la comunidad, lo contrario sería constitutivo de tiranía, que justificaría la deposición del rey. Es lo que significa el principio *Rex ei us eris, si recta facis; si autem non facis, non eris*, alegado por los Trastámara para justificar el acceso al poder de un bastardo previa deposición de un rey legítimo[29]. Se considera, desde esta tesis, necesaria la colaboración legislativa entre el rey y las Cortes, porque *quod omnes tangit ab omnibus approbari debet*[30].



Fig. 6. Salvador Martínez Cubells (1877). *Educación del príncipe Juan*.
Propiedad del Museo Nacional del Prado, Palacio del Senado, Madrid.

Ninguna de las dos se impone por completo[31]. Así era frecuente que el rey dictase una norma nueva, alegando su poderío real absoluto, y que el individuo o comunidad que debía cumplirla obedeciera; pero no cumpliera dicha norma, alegando una ley, costumbre o privilegio anterior que con esta se vulneraba. Así también, cuando se juraba a un nuevo rey o a su heredero, este debía jurar que respetaría los fueros, leyes y costumbres del reino. Igual se hacía, como hemos visto, cuando el monarca entraba en la ciudad. La reina Isabel usa en numerosas ocasiones la expresión “mi poderío real absoluto”, incluso lo hace en su testamento[32]; pero, a la vez, procurará ejercer siempre el poder en beneficio del pueblo, jurará repetidas veces respetar los fueros y convocará Cortes para que reconozcan y proclamen, sucesivamente, a todos y cada uno de sus herederos, a medida que van naciendo o desapareciendo los anteriores.

En aquellas cortes que se fiçieron en la çibdad de Toledo, acordaron los grandes del reyno e los perlados, e cavalleros e ricos-omes e los procuradores de las çibdades e villas

de jurar al príncipe don Juan por sucesor destes Reynos de Castilla e de León (Pulgar, 1780: 168)[33].

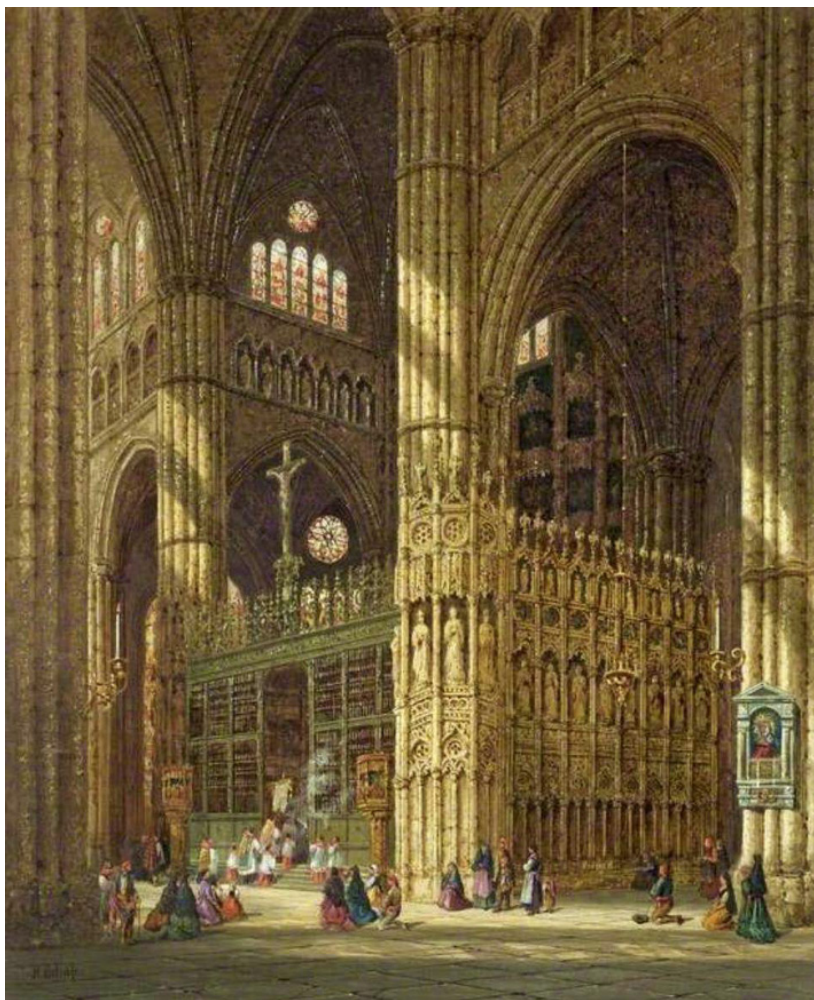


Fig. 7. Heinrich Hermann Schäfer (1815-1884).
Interior de la catedral de Toledo. Capilla Mayor.

Esta sesión solemnísimase hizo el domingo 6 de febrero[34] en la catedral, ante el altar mayor, después de la misa, concelebrada por obispos y deán y presidida por el cardenal Mendoza. Allí mismo juraron los grandes, el clero y los procuradores de las ciudades, a excepción de los de Toledo. Estos, junto con todas las autoridades municipales, fueron a hacerlo en la puerta del Perdón, abierta de par en par, para que el pueblo presencia-

ra su acatamiento[35]. Asistieron, además de los procuradores de las ciudades, todos los miembros principales de la nobleza y el clero presentes en la ciudad. Por este, no solo obispos, sino también abades y priores de las distintas órdenes. Ausencias notables fueron las de algunos grandes, como Pacheco y la mayoría de los nobles andaluces y, entre los prelados, la del arzobispo Carrillo[36]. Todos los demás cargos de la Corte, sin derecho a voto, asistieron como testigos. Otro grupo de nobles, ausentes en febrero, juraron en la residencia real el 26 de abril. Es posible que hubiera otras más retrasadas[37].

Otro problema que se plantea es el de la legitimidad del monarca. Hay dos legitimidades, la de origen, que en la monarquía hereditaria, se basa en la genealogía, y enlaza a los distintos príncipes con los reyes godos, sus antepasados, ostentándola en cada caso, para suceder, el descendiente, hijo de legítimo matrimonio, más próximo del último rey y, de no tenerlos, del anterior. Y la de ejercicio, que es la que se alcanza mediante el buen gobierno. Los Reyes Católicos defendieron siempre poseer la primera, pero por si alguien la ponía en duda alegando los derechos de doña Juana, procuraron por todos los medios conseguir y que nadie les pudiera discutir la segunda. Esta doctrina era tan actual en su tiempo como lo es ahora en el nuestro. Prueba de ello son las reflexiones contenidas en la obra de Pedro de Chichilla (†1467) *Exortacion o ynformacion de buena e sana doctrina*, dedicada al malogrado príncipe Alfonso, hermano de doña Isabel, en las que trata de justificar la deposición de Enrique IV y la entronización de Alfonso –la llamada “farsa de Ávila”–, por haber perdido el primero la legitimidad de ejercicio, aplicando los principios filosófico-políticos contenidos en las enseñanzas santo Tomás de Aquino y sus discípulos, especialmente de Egidio Romano (1243-1316), entre otros escolásticos medievales[38].

4.2. Señorío mayor de la justicia. Orden público, órganos judiciales y legislación aplicable



Fig. 8. Sucesión reyes godos y medievales. *Códice Albeldense*.
Biblioteca del Escorial, n.º 976.

La segunda prerrogativa y función del rey era el llamado *señorío mayor de la justicia*. Es el complemento necesario u otra cara de la moneda del que definimos antes como poderío real absoluto. De hecho, la legitimidad de ejercicio del poder real se basaba esencialmente en este. Al rey competía no solo un importante número de procesos y la última suplicación en todos, sino nombrar jueces y proveer todo lo necesario para mantener el reino en justicia. Si no lo hiciera, podría ser considerado tirano y perder la corona, como ocurriera al rey don Pedro. Tal fue el argumento en que se apoyó la entronización de la propia dinastía Trastámara y que se fundaba en este proverbio que recoge el Fuero Juzgo visigodo: “*Rex eius eris si recta facis, si autem non facis non eris*”[39]. Evidentemente, resultaba imposible al rey atender personalmente tan ingente trabajo, por lo que pronto se vio la necesidad de crear instituciones y nombrar jueces que le ayudasen en esta tarea[40]. Y mientras en otros reinos se vendían las plazas de jueces, en estas Cortes se prohibió la venta de judicaturas, lo que da idea de la seriedad con la

que los reyes afrontaron la tarea de proveer para estos cargos a juristas competentes, a pesar de las necesidades hacendísticas propias de un periodo de entre guerras[41].

4.2.1. *Escenificación de la justicia*

Convenía a los reyes, tras un tiempo de anarquía, guerra y falta de autoridad que impusiera el orden en los caminos y evitara disensiones en las poblaciones, que habían caracterizado el reinado anterior, demostrar que esto había cambiado y que, en adelante, estaban totalmente decididos a que imperase la ley y ningún delito quedase impune. Por eso, nos dice el cronista:

Mandaron asimismo fazer en aquella çibdad justicia de muchos onbres criminosos e robadores, que en los tienpos pasados avian cometido algunos delitos e crimines. E fue preso por su mandado aquel Fernando de Alarcón, que habemos dicho que estaba con el Arzobispo de Toledo; e traído allí fue degollado por justicia, porque confesó haber movido muchos escándalos en el reyno, y estorbado la paz (Pulgar, 1780: 167)[42].

Este Fernando de Alarcón no era un cualquiera, sino principal consejero y alquimista del arzobispo Carrillo, a cuyo consejo se atribuía la rebeldía de este contra los reyes[43]. Era un castigo indirecto y una directísima advertencia dirigidos contra este prelado que había pretendido gobernar a los reyes. Y era un aviso a todos los grandes del reino de que, en adelante, no habría valimientos, ni se admitirían ligas ni banderías nobiliarias, ni se tolerarían rebeldías como los que habían desprestigiado tanto los reinados de Juan II y Enrique IV. A la nobleza no quedaba otro camino, para conservar su estatus privilegiado en lo social y económico, que someterse en lo político a los reyes. “E con estas justicias que mandaron executar ovo gran paz e sosiego comúnmente en todo el reyno”[44].

Junto a estos actos de rigor, hubo también otros de clemencia, que si en tiempos de guerra no parecían convenientes, sí podían ser necesarios para la reconciliación, una vez alcanzada la paz, incluso exigidos por las capitulaciones de los tratados que ponían fin a los conflictos. Así dictaron los reyes un perdón general o amnistía para los que habían militado en el bando portugués[45].

Por último, también es justo premiar la lealtad. Hubo numerosos actos de este tipo; pero destacaremos solo tres: La consagración solemne, tras misa cantada en la catedral, del maestre de Santiago, Alonso de Cárdenas[46]; la concesión del marquesado de Moya a Andrés Cabrera, mayordomo mayor de Enrique IV y luego de Isabel, y su esposa Beatriz de Bobadilla, dama favorita de la Reina[47]; y el privilegio secreto otorgado a los procuradores de las ciudades y villas presentes, por el cual podían hacer hereditarios los cargos y magistraturas municipales que ostentaban.

4.2.2. *Orden público y policía: la Santa Hermandad*

No fue materia de estas Cortes, porque había quedado ordenada en las anteriores de Madrigal de 1476. Las llamadas *hermandades* eran cofradías armadas, en principio, para proteger los campos y las vías de comunicación de salteadores y nobles levantiscos, aunque sus capitanías de caballería se emplearon pronto en acciones de guerra. Con antecedentes como hermandades particulares muy anteriores, fue establecida con carácter general para todo el reino por Enrique IV en 1473; pero su efectiva puesta en marcha y regulación corresponde a los Reyes Católicos, que las dotaron de un eficiente sistema de financiación. Sus capitanías de caballería se emplearon pronto en acciones de guerra, siendo muy importantes, como ha demostrado Ladero Quesada, en la toma de Granada, guerras de Italia, y otros conflictos bélicos. Una vez iniciada con éxito la organización del ejército permanente, no tenía sentido continuar con ella, por lo que por real pragmática de los Reyes Católicos de 15 de agosto de 1498 cesaron en su funciones su capitanía general, junta suprema, jueces y veedores, y se clausuró su sistema impositivo de financiación, quedando desmontada la Hermandad General. Sin embargo pervivieron algunas hermandades particulares, como las llamadas *Viejas* de Toledo, Ciudad Real o Talavera, rehaciéndose más tarde las del País Vasco. Prueba de su éxito es que pervivieron como institución de or-

den público y militar hasta 1834, siendo el antecedente de la Guardia Civil[48].



Fig. 9. Los Reyes Católicos administrando justicia. Víctor Manzano (1860).
Palacio de Oriente, Madrid.

4.2.3. *Administración de Justicia*

La justicia es, como se ha dicho, propia del rey, como denota la expresión *señorío mayor de la justicia*. A él corresponde conocer los asuntos más importantes en última instancia, pudiendo atraer a sí cualquier asunto. Y a él le corresponde proveer al nombramiento de los que deban juzgar los demás casos y sus alzadas.

El Consejo de Castilla. De su reforma hablaremos luego. Contaba con competencias también judiciales, delegadas por el rey. Era en tales asuntos una especie de tribunal supremo, cuyas sentencias no admitían ulterior recurso.

Las Chancillerías: Valladolid (1371) y Ciudad Real (1494, trasladada a Granada en 1505). La Chancillería era un tribunal superior que disponía del sello real, de ahí su nombre, pues el *chanciller* es el custodio del sello. Estaba compuesto por un prelado, cuatro oidores, más tarde se ampliarían a ocho solo en Vallado-

lid (para asuntos civiles), tres alcaldes (para asuntos criminales) a los que se añadiría uno para los hijosdalgo (pleitos de hidalguía), un procurador fiscal y dos abogados de los pobres[49]. El reino había crecido, como también la bonanza económica y el mayor desarrollo del comercio habían aumentado en número de pleitos, por lo que la Chancillería de Valladolid estaba saturada, era insuficiente para atender todos los asuntos y estaba muy lejana de la meseta sur y Andalucía, por lo que se vio la necesidad de crear una segunda chancillería, con competencia al sur del Tajo. Se estableció esta, inicialmente, en Ciudad Real en 1494[50], permaneciendo allí hasta 1505 en que, pacificada Granada, se consideró esta capital con mayor idoneidad para contenerla y se trasladó aquí[51].

Audiencias. Había una en la sede de cada chancillería, creándose, posteriormente otras en Galicia, Canarias y Sevilla. Tenían competencias judiciales en asuntos civiles y criminales como tribunales de apelación. Sus fallos solo eran recurribles en segunda suplicación ante el Consejo. Tenían también algunas funciones gubernativas. Se limitó el número de sus escribanos. Y se ordenó el juramento que debían prestar los abogados para ejercer su oficio[52].

Alcaldes de Corte. Se nombraron 4 alcaldes para actuar como jueces, con jurisdicción en casos criminales ocurridos en 5 leguas alrededor de la Corte y se establecieron sus competencias y prerrogativas[53].

Los niveles inferiores: corregidores, jueces ordinarios, alcaldes, alguaciles y merinos. Se dictan normas para asegurar su imparcialidad y responsabilidad en su actuación. Para el mejor control de estos se establece el juicio de residencia[54]. Los pesquisidores y veedores (o visitadores, son enviados de los reyes que deben observar e informar de las irregularidades detectadas y proponer remedios) son los ojos y los oídos del rey y del Consejo, por lo que debe garantizarse su lealtad[55]. De cualquiera

de los magistrados y jueces, sea cual sea su rango, se permite la recusación[56].

4.2.4. Legislación aplicable: de la dispersión y caos a la recopilación u unificación legislativa: el Ordenamiento de Montalvo

Un gran problema para jueces y abogados era saber la ley aplicable a cada caso, por haber una multitud de ordenamientos y normas sueltas que no estaban compilados ni publicados al alcance de todos. El Fuero Juzgo, las Partidas, el Fuero Real, los fueros municipales, el Ordenamiento de Alcalá, etc., constituían un maremágnum normativo en que era fácil perderse y que daba lugar frecuentemente a que casos iguales alcanzasen diversa solución, haciéndose necesaria una unificación jurisprudencial. Se vio, pues, la conveniencia de llevar a cabo una recopilación de leyes que se publicara en un solo volumen, gracias al nuevo invento de la imprenta, de modo que cada juez pudiera disponer de un ejemplar manejable. Tan ingente y compleja tarea se encomendó al doctor Alfonso Díaz de Montalvo (Arévalo, 1405 – Huete, 1499), oidor de la Audiencia de Valladolid. Fue realizada esta labor en muy poco tiempo, y aunque no totalmente afortunada, tuvo el gran mérito de ser la primera compilación normativa accesible a los juristas de todo el país[57]. Las Ordenanzas Reales de Montalvo se publicaron por vez primera en 1484[58]. Por su utilidad práctica y no existiendo otra mejor por entonces, esta obra fue inmediata y casi universalmente aceptada y utilizada por abogados, jueces y tribunales. Sin embargo, no llegó nunca a ser promulgada oficialmente, a causa de los errores que contenía. Por tal motivo, veinte años después de la aparición de la obra de Montalvo, en el codicilo que completa su testamento, Isabel la Católica sigue diciendo:

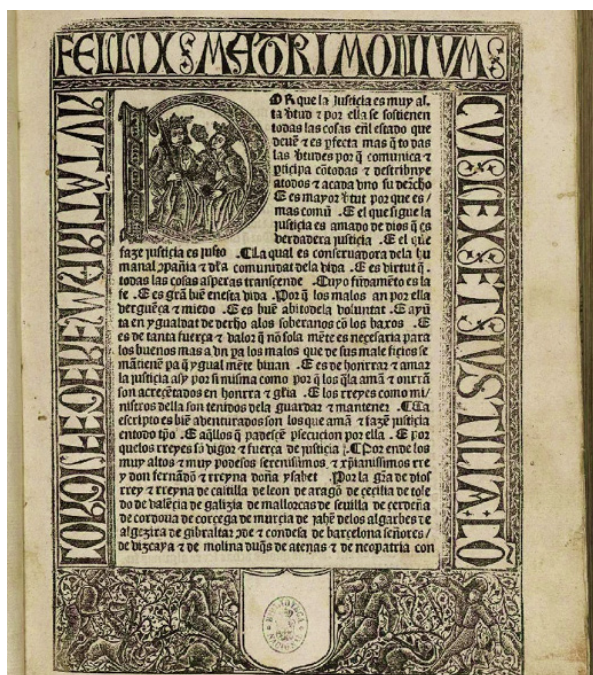


Fig. 10. Alfonso Díaz de Montalvo (1484). Ordenanzas. Huete. Edición príncipe. Biblioteca Nacional.

Yo tuve siempre deseo de mandar reducir las leyes del fuero, e ordenamientos e pragmáticas en un cuerpo, donde estuviesen más brevemente y mejor ordenadas, declarando las dudosas y quitando las superfluas, por evitar las dudas y algunas contrariedades que cerca de ellas ocurren, y los gastos que de ello se sigue a mis reinos y súbditos y naturales, lo cual a causa de mis enfermedades y otras ocupaciones no se ha puesto por obra (Isabel la Católica, Codicilo, 23/11/1504)[59].

4.3. Institucionalización del Estado: Consejo Real, secretarios reales y corregidores

4.3.1. El Consejo de Castilla

No era un órgano de nuevo cuño. Se trata de una pequeña asamblea pensada para asistir al rey en el ejercicio de sus poderes ejecutivo y judicial, controlando que dichas tareas se realizarasen conforme a las leyes e interés del reino. Era necesario, por cuanto las Cortes se reunían solo ocasionalmente y no tenían una continuidad en su funcionamiento. Al principio fue un pequeño grupo de grandes, prelados y nobles, que acompañaban al rey, y de los que este usaba, según su voluntad o necesidad. Hasta fines del siglo XIII no se registra ningún intento de

dotarlo de una organización, siendo tan ocasional como las mismas Cortes. Durante las minorías de Fernando IV y Alfonso XI se vio la necesidad de institucionalizarlo como una especie de diputación permanente de las Cortes: lo compondrían 12 consejeros elegidos por los procuradores, y debían acompañar al rey y a los regentes en todo momento (Cortes de Guadalajara de 1297). En las de Palencia (1313) se amplió su número a 20, de los que 4 serían prelados y los demás caballeros y ciudadanos elegidos por las ciudades. Debían validar todas las decisiones de los regentes. En las de Burgos (1315) se volvió a la docena, de los cuales la mitad habrían de ser hidalgos y la otra, pecheros. Al llegar los reyes a su mayor edad, prescindían de estas ordenaciones y elegían consejeros a su albedrío.

En tiempos del primer Trastámara, Enrique II, hubo varias peticiones de Cortes para que el Consejo fuera representativo de las regiones; pero no fueron atendidas (Toro, 1369 y 1371). La institucionalización del Consejo como órgano permanente se debe a Juan I, en las Cortes de Valladolid de 1385. Debían componerlo 12 miembros, 4 por cada estado (nobleza, clero y común). Su competencia se extendía a todos los asuntos de gobierno, con excepción de los que se reservaba el propio rey, que quería desentenderse de la mayoría de los asuntos para dedicarse a la dirección de la guerra. Pronto se vio la utilidad de que se incorporaran algunos juristas (Briviesca, 1387), lo que alteró de nuevo su composición, apartándose de las Cortes y vinculándose más al rey, lo que se acentúa durante el reinado de Enrique III, que excluye a los representantes de las ciudades y lo reduce a grandes –nobleza y clero– y juristas, siendo creciente el número de estos. Cayó en decadencia durante los gobiernos de Juan II (a pesar de su intento de regulación en las ordenanzas de 1442) y Enrique IV –durante uyo reinado se instrumentalizará por algunos grandes para controlar la débil voluntad del rey–. Por lo que será ahora, en estas Cortes de Toledo, cuando se acometa su definitiva organización[60].

1. Primeramente hordenamos e mandamos que en el nuestro Consejo estén e residan de aquí en adelante un perlado e tres cavalleros e fasta ocho o nueve letrados, para que continuamente se junten los días que fueren de fazer consejo, e libren e despachen todos los negocios que en el dicho nuestro Consejo se ovieren de librar e despachar (Cuaderno de las Cortes de Toledo, 1480)[61].

La novedad es que se reduce el número de plazas ocupadas por nobleza y clero, y se amplía enormemente el de las ocupadas por letrados, que tendrían en adelante todo el protagonismo en este órgano. Se nombran sus primeros componentes, correspondiendo la presidencia a un prelado de confianza de los reyes, Íñigo Manrique de Lara, a la sazón obispo de Jaén[62]. Los tres caballeros fueron García López de Padilla[63], clavero de Calatrava, Garci Fernández Manrique[64] y Sancho de Castilla[65]. Los letrados: doctor Alonso de la Cavallería, doctor Aguilar, licenciado Pero Fernández de Vadillo, licenciado Alfonso Sánchez de Logroño, doctor Rodrigo Maldonado de Talavera, doctor Juan Díaz de Alcocer, doctor Andrés de Villalón, doctor Antón Rodríguez Lillo, doctor Nuño Ramírez de Zamora[66]. Dos notas principales caracterizan esta reforma: fidelización a la Corona y profesionalización. Dos características que lo convierten en un órgano útil a la Corona y confiable, por lo que los reyes pueden decir:

Ordenamos e mandamos que todos los perlados, duques, condes, marqueses, vizcondes e ricos omes o fijos dalgo (...) e personas singulares de todas las ciudades e villas lugares de nuestros reynos (...) obedescan y cunplan las cartas que fueren libradas por los del nuestro Consejo (...) bien e tan complidamente como si fuesen firmadas de nuestros nombres (Cuaderno de las Cortes de Toledo, 1480)[67].

4.3.2. *Los secretarios reales*

Al mismo tiempo que, con la entrada de letrados y el predominio de estos en el Consejo Real, se convierte este en un órgano más técnico y, por tanto, más eficaz, se da un nuevo relieve en estas Cortes a la figura de los secretarios reales, concebidos en principio como personas de confianza del rey que actúan como enlace entre este y el Consejo[68]. Y que serán el origen de los actuales ministros del gobierno. Han de ser, tam-

bién, evidentemente, letrados de esmerada formación y escogidos tras largos años de experiencia en este tipo de funciones.

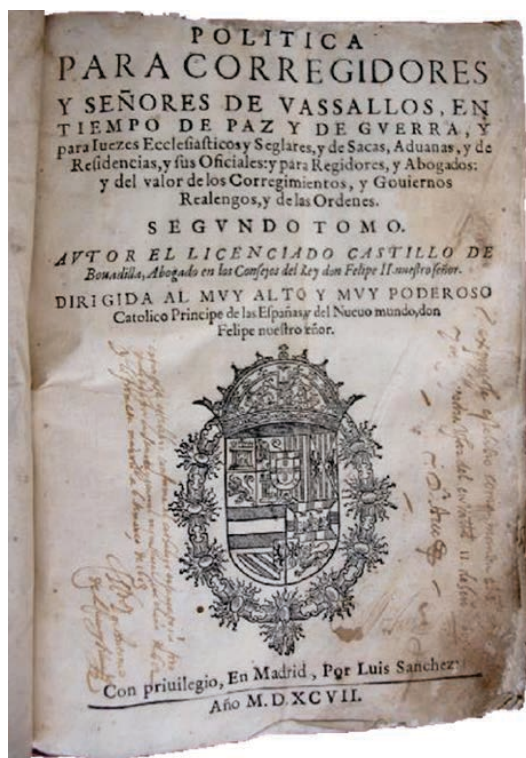


Fig. 11. Castillo de Bobadilla (1597). *Política para corregidores*, Madrid: Luis Sánchez

4.3.3. *Corregidores*

Son gobernadores con competencias ejecutivas y judiciales, nombrados por los reyes, para controlar los concejos de las principales ciudades y villas y sus comarcas. Además de la novedosa generalización de esta figura, sobre ellos se legisla que solo podrán cobrar su salario durante el tiempo que permanezcan ejerciendo personalmente su oficio, que no podrán delegar en un teniente, salvo que se les conceda expresamente dicha facultad[69].

4.4. Economía y hacienda. La recuperación del patrimonio real.

Las *Declaratorias de Toledo*, reducción de juros o revocato-

rias de mercedes que mermaban el patrimonio real[70]

Y entendieron luego en restituir el patrimonio real, que estaba enagenado de tal manera, que el rey e la reyna no tenían tantas rentas como eran necesarias, para sostener el estado real, e del príncipe e infantas sus hijos. E ansimesmo para las cosas que se requerían expender cada año en la administración de la justicia, e buena gobernación de sus reynos; porque el rey don Enrique IV había enagenado en el tiempo de la división pasada que ovo con su hermano el príncipe don Alonso. Y este enajenamiento de las rentas reales se fizo en muchas maneras, a unos se dieron maravedís de juro de heredad para siempre jamás, por les facer merced en enmienda de gastos, otros los compraron del rey don enrique por muy pequeños precios (...) E después de muchas pláticas sobre ello habidas, todos concordaron que la renta e patrimonio real debía ser restituido (Pulgar, 1780: 165)[71].

Más peliaguda resultó la cuestión de cómo hacer esto, si con una norma general revocatoria o estudiando caso por caso, para evitar injusticias. Este último fue el parecer del cardenal Mendoza, que siguieron los reyes. Cada titular tendría que traer sus títulos, estudiarse las razones por las que obtuvo la merced, y ver si se debían revocar total o parcialmente, compensar o mantener. Para tan delicada como desagradable misión la Reina eligió “al maestro Fray Hernando de Talavera, prior del monasterio de Santa María de Prado, su confesor porque era ome de gran suficiencia”, según nos cuenta el cronista Pulgar, que calcula en unos treinta cuentos de maravedís la cuantía que consiguió recaudar y también reseña la intervención personal de la Reina para que no les fuesen quitados a monasterios, iglesias, hospitales ni a las personas pobres[72].

El uso de la hacienda pública y de la fiscalidad estatal para favorecer la cultura no es exclusivo de nuestra época. Los Reyes Católicos:

Considerando quanto era provechoso y honroso que a estos sus Reynos se truxiesen libros de otras partes para que con ellos se ficiessen los hombres letrados, quisieron y ordenaron que de los libros non se pague alcabala (...) nin se pague nin lleve

almojarifazgo, nin diezmo, nin portazgo, nin otros derechos algunos (Cuaderno de las Cortes de Toledo, 1480: Ley 108)[73].

También se concedieron exenciones y privilegios a los extranjeros que se estableciesen en Castilla para enseñar a los españoles el arte de la imprenta[74]. Se prohibió usar los títulos de bachiller, licenciado o doctor a los que no fuesen graduados en los estudios generales –universidades–[75].

Por último, se dictaron leyes para mejorar la recaudación, prohibiendo a funcionarios municipales arrendar rentas reales[76]. Se suprimieron privilegios por los que se excusaban de pechos y derramas a grandes contribuyentes, para evitar que los más pobres tuviesen más carga tributaria de la que debían soportar[77]. Se restringieron las excesivas imposiciones al comercio entre las ciudades y regiones, para favorecer este. Por ser uno de los primeros textos legislativos en los que se toma clara conciencia de la unidad de los reinos de España, merece mención especial la ley 111, que empieza así:

Pues, por la gracia de Dios, los nuestros reynos de Castilla e de León e de Aragón son unidos, e tenemos esperanza que por su piedad de aquí adelante estarán en unión e permanesçerán en nuestra Corona real, que ansí es razón que todos los naturales dellos se traten e comuniquen en sus tratos e falimientos (Cuaderno de las Cortes de Toledo, 1480: Ley 111)[78].

También se favoreció la trashumancia de los ganados[79]. Y, aunque no sean normas de tipo fiscal, pero sí eran importantes para la preservación del patrimonio real las que se dictaron contra las usurpaciones por particulares de tierras realengas y comunales, estableciendo jueces y procedimientos para obtener su pronta restitución[80].

4.5. Control y desarrollo del poder local: corregidores, infraestructuras y servicios municipales

A partir de este momento se consolidó y generalizó la figura del corregidor como funcionario de designación real con competencias de gobierno y justicia en las más importantes ciudades y villas del reino –funcionaría como una especie de gobernador provincial–, que antes estaba muy restringida. Se nom-

braron para todas las que no los tenían. De esta manera la Corona se garantizaba el control gubernativo de las poblaciones y se evitaban desórdenes y banderías de estas, como los que ocurrieron en los reinados precedentes. No debió de ser ajeno a esto el gran éxito obtenido por Gómez Manrique en la pacificación de Toledo.

Un importante número de normas estuvo dedicada a regular y mejorar el funcionamiento de los concejos que regían los municipios. Se prohibió a miembros de las órdenes militares aceptar oficios municipales[81]. Estableció la obligación de los regidores de vivir en los lugares donde ejercían su cargo[82]. Adoptaron medidas para que estos y otros cargos remunerados en los concejos se hiciesen hereditarios[83] –a los procuradores asistentes a estas Cortes se les dio el privilegio de excepcionar esta medida–. En aras de la paz pública, se prohibieron los duelos y los disparos o explosiones de armas en poblado[84].

En cuanto a la dotación de infraestructuras y servicios para los municipios de Castilla, se ha dicho que las Cortes de 1480 marcaron un punto de inflexión. Se dio un plazo perentorio de 2 años a todos los concejos que no las tenían para que edificaran una casa pública de ayuntamiento o cabildo, so pena para los justicias y regidores de perder su oficio[85]. También ordenaron a los concejos la construcción de pósitos, para almacenar el grano, y otros edificios municipales para abastos y mantenimientos, pues preocupaba a los Reyes Católicos asegurar a las poblaciones el adecuado abastecimiento de pan y otros víveres esenciales[86].

4.6. *Unum regnum, una religio*: relaciones Iglesia-Estado y medidas para judíos, mudéjares y conversos

4.6.1. *Sobre la Iglesia y sus clérigos*

Se defendió el derecho de patronato regio en todas las iglesias del reino, de modo que fueran los reyes los que propusieran a los obispos entre sus naturales y no se aceptaran designaciones de prelados extranjeros no residentes[87]. En relación

con la Iglesia y sus clérigos, se insistió en lo ya legislado en las Cortes de Madrigal de 1476 de revocar y ser más restrictivos en la concesión de cartas de naturaleza a clérigos extranjeros, para asegurar que las dignidades y oficios eclesiásticos fuesen ocupados por naturales de estos reinos[88]. Se prohibió a obispos y arzobispos quedarse con impuestos de las ciudades que correspondían a la Corona. Se dictaron medidas contra los clérigos de vida o costumbres licenciosas, obligándoles a llevar hábitos decentes y tonsura[89] y a no vivir con mancebas[90]. Se prohibió la usurpación de rentas eclesiásticas[91].



Fig. 12. Miniatura del *Decamerón*, de Giovanni Boccaccio (s. XV).
Biblioteca Nacional de París.

4.6.2. Sobre las minorías religiosas

Los grandes intelectuales de entonces no conciben una unidad política sin una unidad religiosa. Asesorados por los mejores de ellos –profesores universitarios, priores de prestigiosos monasterios, prelados, insignes letrados–, los Reyes Católicos, en su política de *reforma* aspiran, en primer lugar, a restaurar el orden social, deteriorado por la anarquía del período inmediatamente precedente. Y, en segundo lugar, a avanzar en la consecución una unidad que no solo debía integrar reinos, sino sociedades, de modo que los pueblos se sintieran uno, bajo una

única dirección temporal –un solo rey– y espiritual –una misma fe–.

En la mentalidad de la época, el factor de cohesión que determinaba la pertenencia a una sociedad era la religión. Por tanto, los no cristianos eran vistos como ajenos al cuerpo social. Por una parte, los reyes los tutelaban como comunidades que vivían, trabajaban, ejercían la artesanía, el comercio, las artes, las letras y prosperaban en sus reinos, por lo que merecían su protección. Por otra, no podían desoir el clamor creciente de los cristianos viejos que veían en la convivencia con ellos peligros para su fe. Peligros que denunciaban con éxito muchos clérigos y que parecían arreciar al existir un grupo cada vez más amplio de cristianos nuevos, cuya conversión no siempre era sincera y de la que se dudaba tanto más cuanto más convivían con sus comunidades de origen. Por ello, una petición recurrente de los representantes ciudadanos era que se adoptaran leyes que separaran y distinguieran a las minorías no cristianas[92]. Ello respondía a ese antisemitismo arraigado en un sector mayoritario de la población cristiana. No era un fenómeno nuevo, sino la manifestación de un mal de fondo muy antiguo. Tampoco eran nuevas ni originales las medidas que se proponían. Ya se habían promulgado prácticamente todas en Valladolid en 1412 y en Medina del Campo en 1465. Las cortes de Madrigal (1476) y estas de Toledo solo insistieron en ellas. Las resumen muy bien la profesora Montes Romero-Camacho:

Reclusión de judíos y mudéjares en barrios apartados, la prohibición de practicar ciertos oficios y la obligación de llevar señales, al tiempo que les estaba vedado el uso de vestidos ricos, reservados al estamento nobiliario, se les prohibía tener criados cristianos, comprar propiedades territoriales por un precio mayor a los 30.000 maravedíes (80 ducados), así como ejercer todo cargo público que conllevara cualquier tipo de jurisdicción sobre los cristianos, a lo que se unió la limitación de los intereses en los préstamos (Montes Romero-Camacho: 2004, 241)[93].

Aún a pesar de estas medidas, que adoptaron obligados por el creciente clamor social, hasta 1492, los Reyes Católicos continuaron protegiendo a los judíos y tutelando sus aljamas, que recuperaron e incrementaron su bonanza económica. Les per-

mitieron y dieron facilidades para construir sinagogas y mezquitas en sustitución de las que tuvieron que abandonar[94].

4.7. Entre dos guerras: Sucesión y Granada. De la división a la unidad

Estas Cortes de Toledo se celebraron entre dos guerras, la de Sucesión, contra los partidarios de doña Juana y Portugal, y la de Granada, que ya se proyectaba. Mientras la primera había sido una guerra civil que había puesto de manifiesto la división existente en el país y las banderías y ambiciones desmedidas de la nobleza, que caracterizaron los reinados anteriores, la de Granada tendría que ser una manifestación de la paz interior y unidad alcanzadas. Todos debían colaborar poniendo cada uno lo mejor de sí para alcanzar una meta común: la reintegración de la unidad del suelo patrio y la extirpación del último reducto musulmán de la península ibérica. Se concibió como una verdadera cruzada, para lo que se pidió al papa la correspondiente bula, en cuya difusión se usaría, por primera vez, la imprenta, estableciéndose la primera en el mismo monasterio donde se reunían las Cortes: San Pedro Mártir.



Fig. 13. Bula de indulgencia de la Santa Cruzada. Impresor Juan Vázquez, San Pedro Mártir, Toledo, 1480

El proyecto granadino justificaba, en buena medida, el amplísimo conjunto de medidas generales tendentes a mejorar la capacidad de la Hacienda Real para obtener recursos suficientes para sufragar los enormes gastos que se avecinaban. Se mandaron reconstruir, reparar y abastecer las plazas fuertes y castillos de la frontera, con vistas a la situación bélica que se avecinaba[95]. Se tomaron medidas fiscales especiales, como reivindicar el quinto real de todas las presas o botines capturados a los moros[96]. Se dictaron medidas de protección y mantenimiento de privilegios para hidalgos y caballeros, por esperarse de ellos que se alistarán en los ejércitos que ya se preparaban[97]. Se prohibió el comercio y trato con el reino de Granada y sus naturales, prohibiéndose especialmente venderles pan, armas y caballos[98], a fin de aislarlos, obligarlos a consumir sus propios recursos y mermar estos para que no pudieran soportar una larga campaña bélica[99]. Se prohibió la saca de oro, plata y moneda del reino[100].

5. CONCLUSIONES: UN HITO EN LA CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO MODERNO Y DE LA UNIDAD DE ESPAÑA Y DE LA HISPANIDAD. UN PROGRAMA LEGISLATIVO PARA TODO EL REINADO

Una vez alcanzada y asentada la paz, consolidada Isabel como reina propietaria de Castilla y Fernando como flamante rey de Aragón, quisieron los Reyes Católicos realizar el acto fundacional de su nuevo reinado conjunto en que, superada la división de reinos, se consagraba la unidad de la monarquía. Eligieron para ello Toledo, capital simbólica de España, recogiendo la herencia visigoda que les legitimaba. Y el modo fue la convocatoria de unas Cortes, según la antigua tradición de Castilla, que juraron al heredero varón, reconociendo la legitimidad de origen de los reyes en su sucesor, y en las que se dictarían las normas de buen gobierno que asegurarían la legitimidad de ejercicio de los nuevos monarcas. Son pues, ante todo, estas cortes, un instrumento de legitimación en la intención de los reyes[101]. Por eso se cuidó mucho la escenificación o represen-

tación simbólica del poder real. Pero, tanto desde el punto de vista de los gobernantes como de los gobernados, también constituyó un hito fundacional en la construcción del estado moderno en nuestro país y en la cimentación de la unidad de España, por su labor práctica institucionalizadora, que dotó al reino, sus municipios y territorios de estructuras e instrumentos que harían más efectivo el gobierno de la colectividad.

Como muy bien dice Suárez Fernández, el programa legislativo de estas Cortes es tan ambicioso y omnicomprendivo que realmente se convierte en el programa legislativo de todo el reinado[102]. Por tal motivo y por la suficiencia de ingresos de la Hermandad General, entre 1480 y 1498 no se sintió la necesidad de convocar nuevas cortes, y las que se hicieron a partir de entonces están más bien justificadas por la necesidad de jurar a los sucesivos herederos. Y, aunque prácticamente ninguna de sus normas y soluciones es nueva ni original, pues ya se habían propuesto o ensayado todas en reinados anteriores, como hemos podido ver, lo que sí resulta ahora original y las hace funcionar en esta ocasión es la firme, decidida y mantenida voluntad de los Reyes Católicos de llevarlas a la práctica, sin cejar en su empeño a la menor dificultad o cambio de conveniencia, como había ocurrido con la débil voluntad de los monarcas anteriores. Solo esta firme voluntad de poder de Isabel y Fernando pudo imponer el reconocimiento de su legitimidad, vencer en la Guerra de Sucesión, domar a una nobleza levantisca, construir la unidad de reinos, garantizar el orden y la justicia, reconquistar Granada, dominar el mar y proyectar más allá del océano, a un nuevo mundo, su fe, su cultura y sus instituciones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AL-IDRISI, M. B. M. A. S. (1901). *Descripción de España*. A. Blázquez (ed.). Madrid: Depósito de la Guerra. http://fama2.us.es/flgh/media/digital/des_esp.pdf [29/07/2018].

ÁLVAREZ PALENZUELA, V. Á. (1991). "La Corona de Castilla en el siglo XV. La Administración Central". *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval* 4, 79-94. <http://e-spacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=bibliuned:ETFA1AFDA5F-B2C2-4704-9618-E2AD92DB78C5&dsID=Documento.pdf> [29/07/2018].

ANÓNIMO (1848). *Cronicón de Valladolid (1333-1539)*. Madrid: Viuda de Carlero. <https://books.google.es/books?id=2gHsjBPgY2sC> [29/07/2018].

BACHILLER PALMA (1879). *Divina retribución sobre la caída de España en tiempo del noble rey don Juan el Primero*. Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles. <https://archive.org/details/divinaretribucio00palm> [29/07/2018].

BALLESTEROS GAIBROIS, M. (1943). "Valencia y los Reyes Católicos (1479-1493)". *Anales de la Universidad de Valencia* 13, 35-47.

CALVO GÓMEZ, J. A. (2010). "La transición del reino medieval castellano al Estado Moderno peninsular: Isabel la Católica en las Cortes de Toledo de 1480". *Mater Clementissima* 1, 123-144.

CARMONA RUIZ, M. A. (1995). *Usurpaciones de tierras y derechos comunales en Sevilla y su Tierra durante el siglo XV*. Salamanca: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

CARRASCO MANCHADO, A. I. (2006). *Isabel I de Castilla y la sombra de la ilegitimidad. Propaganda y representación en el conflicto sucesorio (1474-1482)*. Madrid: Sílex.

CARRETERO ZAMORA, J. M. (1988). *Cortes, monarquía, ciudades. Las cortes de Castilla a comienzos de la Época Moderna (1476-1515)*. Madrid: Siglo XXI.

CÁTEDRA GARCÍA, P. M. (2002). *Estudio preliminar del Tratado que hizo Alarcón, alquimista del arzobispo Carrillo*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

COLMEIRO PENIDO, M. (1861-1884). *Cortes de los antiguos reinos de Castilla y León*. 2 vols. Madrid: Real Academia de la Historia. <http://www.biblioteca.org.ar/libros/132418.pdf> [29/07/2018].

CORONAS GONZÁLEZ, S. M. (1981). "La Audiencia y Chancillería de Ciudad Real (1494-1505)". *Cuadernos de Estudios Manchegos* 11, 47-139. <http://biblioteca2.uclm.es/biblioteca/ceclm/ARTREVISTAS/cem/CEM211CoronasGonzalez.pdf> [29/07/2018].

CORTÉS Y LÓPEZ, M. (1836). *Diccionario Geográfico-Histórico de la España Antigua*, tomo II. Madrid: Imprenta Real.

DÍAZ DE MONTALVO, A. (1484). *Compilación de leyes, a saber, ordenanzas reales de los Reyes Católicos*. Edición príncipe. Huete: Álvaro de Castro. <https://bibliotecadigital.jcyl.es/es/consulta/registro.cmd?id=126> [29/07/2018].

DORMER, D. J. (1683). *Discursos varios de historia; con muchas escrituras reales antiguas*. Zaragoza: Herederos de Dormer. <https://books.google.es/books?id=Jg1-DAAAAcAAJ> [29/07/2018].

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G. (2000). *Batallas e quinquagenas*, tomo III. Madrid: Real Academia de la Historia.

FLÓREZ DE SETIÉN HUIDOBRO, E. (2002). *España Sagrada*, tomo VI. *La Iglesia de Toledo*. R. Lazcano (ed.). Madrid: Revista Agustiniiana.

GAITE PASTOR, J. (2005). "La Cámara de Castilla en los siglos XVI y XVII. La instrucción de Felipe II de 1588". En *IV Jornadas Científicas sobre Documentación de Castilla e Indias en el siglo XVI*, J. C. Galende Díaz (dir.), 141-163. Madrid: Universidad Complutense.

GARCÍA RUIPÉREZ, M. (2004). “La documentación del Archivo Municipal de Toledo y los Reyes Católicos”. En *III Jornadas Científicas sobre documentación en la época de los Reyes Católicos*, 157-158. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

GORDO PELÁEZ, L. J. (2007). “Pósitos, alhóndigas y alholíes: edificios municipales de abastecimiento en Castilla durante el siglo XVI”. En *Arquitectura vernácula en el mundo ibérico: actas del congreso internacional sobre arquitectura vernácula*, A. M. Aranda Barnal (coord.), 102-114. Sevilla: Universidad Pablo de Olavide.

HERAS SANTOS, J. L. de las (1996). “La organización de la Justicia Real Ordinaria en la Corona de Castilla durante la Edad Moderna”. *Revista de Historia Moderna* 22, 105-140. <http://roderic.uv.es/handle/10550/34264> [29/07/2018].

HOROZCO, S. del (1994). *El libro de los proverbios glosados I (1570-1580)*. J. Weiner (ed.). Kassel: Reichenberger. <http://estudiosmedievales.revistas.csic.es/index.php/estudiosmedievales/article/viewFile/51/52> [29/07/2018].

JURADO MUÑOZ DE LA CUEVA, A. (2005). “Influencia, mecenazgo y protección de Isabel la Católica a la imprenta de España”, en *Isabel I y la imprenta. Consecuencias materiales en el mundo cultural de esta revolución tecnológica*, S. Cabezas Fontadilla- M. M. Royo Fernández Martínez, 31-62. Madrid: Ministerio de Cultura. <https://www.yumpu.com/es/document/view/14103611/presentacion-ahhp/5> [29/07/2018].

LADERO QUESADA, M. Á. (2005). *La Hermandad de Castilla: cuentas y memoriales (1480-1498)*. Madrid: Real Academia de la Historia.

LEAL DE MARTÍNEZ, M. T. (1959). *Gómez Manrique, su tiempo y su obra*. Refice: UFPE.

LÓPEZ DE HARO, A. (1622). *Nobiliario genealógico de los reyes y títulos de España*. Madrid: Luis Sánchez. <https://books.google.es/books?id=G2NmAAAaAAJ> [29/07/2018].

LÓPEZ DÍAZ, M. I. (2004). “Un enigma: la obra de Montalvo y los Reyes Católicos”, *ICADE: Revista de las Facultades de Derecho y Ciencias Económicas y Empresariales* 63, 89-112. <https://revistas.upcomillas.es/index.php/revistaicade/article/viewFile/6458/6269> [29/07/2018].

MARONGIU, A. (1962). “Il principio della democrazia e del consenso (quod omnes tangit ab omnibus approbari debet) nel XIV secolo”. *Studia Gratiana* 8, 555-575.

MARTÍNEZ MILLÁN, J. (2000). “De la muerte del príncipe Juan al fallecimiento de Felipe el Hermoso (1497-1506)”. En *La corte de Carlos V*. J. Martínez Millán- C. J. de Carlos Morales (coords.), vol. 1, 45-72. Madrid: Sociedad Estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V. https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/746/20145_CAPITULO1.pdf?sequence=1 [29/07/2018].

MARTÍNEZ RUIZ, E. (1992). “Algunas reflexiones sobre la Santa Hermandad”. *Cuadernos de Historia Moderna* 13, 91-107.

MONSALVO ANTÓN, J. M. (coord.) (2016). *Historia de la España Medieval*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

MONTES ROMERO-CAMACHO, I. (2004), “Judíos y mudéjares”. *Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales* 13-14, 241-274.

NIETO SORIA, J. M. (2003). “Un indulto singular: el perdón general de los Reyes Católicos a los colaboradores castellanos de Alfonso V de Portugal”. En *Os reinos ibéricos na Idade Média. Livro de Homenagem ao Professor Doutor Humberto Carlos Baquero Moreno*, vol. 1. L. A. da Fonseca- L. C. Amaral- M. F. Ferreira Santos (coords.), 703-708. Oporto: Livraria Civilização.

NIETO SORIA, J. M. (2006). “Ideología y representación del poder regio en la Castilla de fines del siglo XV”, *Estudios de Historia de España* 8, 133-168.

PALACIOS MARTÍN, B. (2003). “La educación del rey a través de los ‘espejos de príncipe’. Un modelo tardomedieval”. En *L'enseignement religieux dans la Couronne de Castille. Incidences spirituelles et sociales (XIII-XV siècle)*, D. Baloup (coord.), 29-42. Madrid: Casa de Velázquez. <https://books.google.es/books?id=YV9-sEqr23KoC> [29/07/2018].

PALENCIA FLORES, C. (1943). *El poeta Gómez Manrique, Corregidor de Toledo*, http://realacademiatoledo.es/wp-content/uploads/2013/12/files_toletum_1059_02.pdf [23/07/2018].

PÉREZ BUSTAMANTE, R.- CALDERÓN ORTEGA, J. M. (2002). *Colección diplomática del príncipe don Juan*. Madrid: Dykinson.

PÉREZ DE LA CANAL, M. Á. (1975). “La justicia en la corte de Castilla durante los siglos XIII al XV”. *Historia, Instituciones, y Documentos* 2, 383-481. <http://institucional.us.es/revistas/historia/02/06%20perez%20de%20la%20canal.pdf> [29/07/2018].

PÉREZ, J. (2001). *Los Comuneros*. Madrid: La esfera de los libros.

PISKORSKI, W. (1930). *Las Cortes de Castilla en el período de tránsito de la Edad Media a la Moderna (1188-1520)*. Barcelona: Universidad de Barcelona.

PULGAR, H. de (1780). *Crónica de los señores Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel de Castilla y Aragón*. Valencia: Monfort. https://books.google.es/books?id=ySF0nC55_NIC [29/07/2018].

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1807). *Las siete partidas del Rey don Alfonso el Sabio, cotejadas con varios códices antiguos*. Madrid: Imprenta Real. <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/las-siete-partidas-del-rey-don-alfonso-el-sabio-cotejadas-con-varios-codices-antiguos-por-la-real-academia-de-la-historia-tomo-1-partida-primer-a-0/html/> [29/07/2018].

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882). *Cortes de los Antiguos Reinos de León y de Castilla*. Madrid: Sucesores de Rivadeneira. <https://bibliotecadigital.jc-yl.es/es/consulta/registro.cmd?id=16930> [29/07/2018].

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1815). *Fuero Juzgo en latín y castellano cotejado con los más antiguos y preciosos códices*. Madrid: Ibarra. <https://books.google.es/books?id=hyRiAAAAcAAJ> [29/07/2018].

RIVERA RECIO, J. F. (1967). “Reconquista y pobladores del antiguo reino de Toledo”, *Anales Toledanos* 1, 1-55.

RODRÍGUEZ MALDONADO, S. M. (2015). *Ciudades y monarquía en Castilla a comienzos de la Edad Moderna*. Tenerife: Universidad de La Laguna.

RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, Á. (2001). “La muerte del príncipe de Asturias, señor de Salamanca”. *Revista de Estudios Extremeños* 57, 23-47.

RODRÍGUEZ-PICAVEA MATILLA, E. (2007). “Caballería y nobleza en la Orden de Calatrava: Castilla, 1350-1450”. *Anuario de Estudios Medievales* 37, 711-739.

RUIZ RODRÍGUEZ, A. A. (1985). *La Real Chancillería de Granada en el siglo XVI* (tesis doctoral), Granada: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Granada, <http://hdl.handle.net/10481/6354> [29/07/2018].

SIDRO SURGA, J. A.- QUEVEDO DONÍS, A. (1858). *La Guardia Civil. Historia de esta institución y de todas las que se han conocido en España con destino a la persecución de malhechores*. Madrid: Militar del Atlas. <https://books.google.es/books?id=mjVLcSW9IOkC> [29/07/2018].

SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (1989). *Los Reyes Católicos. La conquista del trono*, 2 vols. Madrid: Rialp.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (2004). *Los Reyes Católicos*. Madrid: Ariel.

VARONA GARCÍA, M. L. (1981). *La Chancillería de Valladolid en el reinado de los Reyes Católicos*. Valladolid: Universidad de Valladolid.

[1]. “Omnen Gothorum ordinem, sicut Toletum fuerat, tam in ecclesiam quam palatium, in Oveto cuncta statuit” el rey Alfonso II el Casto, lo que demuestra la conciencia de esa continuidad entre la monarquía goda y la asturiano-leonesa. Vid. COLMEIRO, M. (1861). *Cortes de los antiguos reinos de Castilla y León*. Parte Primera, 5. Madrid: Real Academia de la Historia.

[2]. Primus Titulus: De electione principum, lex II, 2. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1815). *Fuero Juzgo en latín y castellano cotejado con los más antiguos y preciosos códices*. Madrid: Ibarra.

[3]. COLMEIRO (1861), 101.

[4]. CARRETERO ZAMORA, J. M. (1988). *Cortes, monarquía, ciudades. Las cortes de Castilla a comienzos de la Época Moderna (1476-1515)*, 4. Madrid: Siglo XXI.

[5]. PÉREZ, J. (2001). *Los Comuneros*, 100. Madrid: La esfera de los libros.

[6]. Caso de las Cortes de Toledo de 1498 y de Ocaña de 1499, en que algunas presentaron a tres. Cf. RODRÍGUEZ MALDONADO, S. M. (2015). *Ciudades y monarquía en Castilla a comienzos de la Edad Moderna*, 18, anexo. Tenerife: Universidad de La Laguna.

[7]. HOROZCO, S. del (1994). *El libro de los proverbios glosados I (1570-1580)*. J. Weiner (ed.), 271. Kassel: Reichenberger.

[8]. COLMEIRO (1861), 458.

[9]. MONSALVO ANTÓN, J. M. (coord.) (2016). *Historia de la España Medieval*, 162. Salamanca: Universidad de Salamanca.

[10]. FLÓREZ, E. (2002). *España Sagrada*, tomo VI. *La Iglesia de Toledo*. R. Lazcano (ed.), 379ss. Madrid: Revista Agustiniiana, transcribe el texto latino de la bula, como su apéndice V. En ella se alegra el pontífice y da gracias a Dios por haberse recuperado tan importante ciudad para los cristianos, “et nos ergo miseratione supernae gratiae respondentes, quia per tanta terrarum, mariumque discrimina Romanae auctoritatem Ecclesiae supliciter expetisti, auctoritatem pristinam Toletanae Ecclesiae restituere non negamus”. Y más adelante dice a su arzobispo Bernardo: “Teque, sicut eiusdem urbis antiquitus constat extitisse pontífices, in totis Hispaniarum regnis primatem, privilegii nostri sanctione statuimus”.

[11]. Por las tres razones que da Cortés López, aunque referida a otra provincia y ciudad: *caput* por ser capital, por ser principal plaza fuerte o estratégica y por ocupar el centro de su territorio. Cf. CORTÉS Y LÓPEZ, M. (1836). *Diccionario Geográfico-Histórico de la España Antigua*, tomo II, 38-39. Madrid: Imprenta Real. El geógrafo hispano-árabe Al-Idrisi nos dice que Toledo, “fuerte ya por naturaleza, hállase rodeada de hermosas murallas y defendida por una ciudadela bien fortificada”. Cf. RIVERA RECIO, J. F. (1967). “Reconquista y pobladores del antiguo reino de Toledo”, *Anales Toledanos* 1, 7.

[12]. AL-IDRISI, M. B. M. A. S. (1901). *Descripción de España*. A. Blázquez (ed.), 9. Madrid: Depósito de la Guerra.

[13]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882). *Cortes de los Antiguos Reinos de León y de Castilla*, tomo IV, 110ss. Madrid: Sucesores de Rivadeneira.

[14]. SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (1989). *Los Reyes Católicos. La conquista del trono*, vol. 1, 371. Madrid: Rialp.

[15]. “Estando juntos los procuradores de las çibdades en Sant Pedro Mártir, según lo an de uso e de costumbre”. Cf. PÉREZ BUSTAMANTE, R.- CALDERÓN ORTEGA, J. M. (2002). *Colección diplomática del príncipe don Juan*, 35ss. Madrid: Dykinson.

[16]. BACHILLER PALMA (1879). *Divina retribución sobre la caída de España en tiempo del noble rey don Juan el Primero*, 61ss. Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles.

[17]. BACHILLER PALMA (1879), 63-64. Se refiere el Bachiller a una entrada anterior que tuvo lugar el último día de enero de 1476, en la que Fernando el Católico ofreció a la tumba de Juan I el arnés de armas y banderas de Portugal, obtenidos al derrotar a Alfonso V en Toro, con lo que se vengaba en la cuarta generación la deshonra de Aljubarrota, motivo por el que también se mandó edificar el real monasterio de San Juan de los Reyes.

[18]. CALVO GÓMEZ, J. A. (2010). “La transición del reino medieval castellano al Estado Moderno peninsular: Isabel la Católica en las Cortes de Toledo de 1480”. *Mater Clementissima* 1, 123-144.

[19]. BALLESTEROS GAIBROIS, M. (1943). “Valencia y los Reyes Católicos (1479-1493)”. *Anales de la Universidad de Valencia* 13, apéndice 35, 47, que contiene el

justificante de pago a unos “moros” por transportar un tigre desde Valencia a Toledo en octubre de 1479.

[20]. ANÓNIMO (1848). *Cronicón de Valladolid (1333-1539)*, 143-144. Madrid: Viuda de Calero.

[21]. Otros posibles simbolismos de estos animales los ofrece CARRASCO MANCHADO, A. I. (2006). *Isabel I de Castilla y la sombra de la ilegitimidad. Propaganda y representación en el conflicto sucesorio (1474-1482)*, 436ss. Madrid: Sílex.

[22]. NIETO SORIA, J. M. (2006). “Ideología y representación del poder regio en la Castilla de fines del siglo XV”, *Estudios de Historia de España* 8, 141.

[23]. GARCÍA RUIPÉREZ, M. (2004). “La documentación del Archivo Municipal de Toledo y los Reyes Católicos”. En *III Jornadas Científicas sobre documentación en la época de los Reyes Católicos*, 157-158. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

[24]. LEAL DE MARTÍNEZ, M. T. (1959). *Gómez Manrique, su tiempo y su obra*, 39. Recife: UFPE.

[25]. FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G. (2000). *Batallas e quinquagenas*, tomo III, 15ss. Madrid: Real Academia de la Historia.

[26]. Varón experimentado que frisaba, por aquel entonces, los setenta años, hermano, además, del obispo Íñigo Manrique, primer presidente del Consejo, y de Rodrigo Manrique, conde de Paredes de Nava y último maestre de Santiago, su figura fue glosada por PALENCIA FLORES, C. (1943). *El poeta Gómez Manrique, Corregidor de Toledo*, http://realacademiatoledo.es/wp-content/uploads/2013/12/files_toletum_1059_02.pdf [23/07/2018]. Se trata del discurso con el que fue recibido en la Real Academia de BB.AA. y CC.HH. de Toledo el 28 de marzo de 1943.

[27]. PISKORSKI, W. (1930). *Las Cortes de Castilla en el período de tránsito de la Edad Media a la Moderna (1188-1520)*, 112. Barcelona: Universidad de Barcelona.

[28]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1807). *Las siete partidas del Rey don Alfonso el Sabio, cotejadas con varios códices antiguos*, tomo I, 19. Madrid: Imprenta Real: “Emperador o rey puede facer leyes sobre las gentes de su señorío, et otro ninguno non ha poder de las facer en lo temporal, fueras ende si las feçiese con otorgamiento dellos. Et las que de otra manera son fechas non han nombre nin fuerza de leyes, nin deben valer en ningunt tiempo” (Ley XII del Tit. I).

[29]. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1815). *Fuero Juzgo*, 1.

[30]. MARONGIU, A. (1962). “Il principio della democrazia e del consenso (quod omnes tangit ab omnibus approbari debet) nel XIV secolo”. *Studia Gratiana* 8, 555-575.

[31]. ÁLVAREZ PALENZUELA, V. Á. (1991). “La Corona de Castilla en el siglo XV. La Administración Central”. *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval* 4, 79-80.

[32]. Por ejemplo, cuando en su testamento manda revocar las mercedes de ciudades, villas, lugares y fortalezas pertenecientes a la Corona real que no fueron hechas o confirmadas por su libre voluntad, lo cual dispone “de mi proprio motu, e cierta sciencia, e poderío real absoluto, de que en esta parte quiero usar, e uso”. Cf. DORMER, D. J. (1683). *Discursos varios de historia; con muchas escrituras reales antiguas*,

325. Zaragoza: Herederos de Dormer. Contiene la primera transcripción impresa del testamento de la Reina, 314ss.

[33]. PULGAR, H. de (1780). *Crónica de los señores Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel de Castilla y Aragón*, 168. Valencia: Monfort.

[34]. Otros dan como fecha de jura el 1 de abril: RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, Á. (2001). “La muerte del príncipe de Asturias, señor de Salamanca”. *Revista de Estudios Extremeños* 57, 37.

[35]. CARRASCO MANCHADO (2006), 445.

[36]. CARRASCO MANCHADO (2006), 446ss., reconstruye la lista de asistentes, usando las actas y la *Crónica* de Pulgar.

[37]. CARRASCO MANCHADO (2006), 450.

[38]. PALACIOS MARTÍN, B. (2003). “La educación del rey a través de los ‘espejos de príncipe’. Un modelo tardomedieval”. En *L’enseignement religieux dans la Couronne de Castille. Incidences spirituelles et sociales (XIII-XV siècle)*, D. Baloup (coord.), 29-42. Madrid: Casa de Velázquez.

[39]. Primus Titulus. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1815): *Fuero Juzgo*, 1.

[40]. PÉREZ DE LA CANAL, M. Á. (1975). “La justicia en la corte de Castilla durante los siglos XIII al XV”. *Historia, Instituciones, y Documentos* 2, 414. En este artículo se analiza este tema más extensamente.

[41]. HERAS SANTOS, J. L. de las (1996). “La organización de la Justicia Real Ordinaria en la Corona de Castilla durante la Edad Moderna”. *Revista de Historia Moderna* 22, 106.

[42]. PULGAR (1780), 167.

[43]. Sobre este curioso personaje, cf. CÁTEDRA GARCÍA, P. M. (2002). *Estudio preliminar del Tratado que hizo Alarcón, alquimista del arzobispo Carrillo*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 11-44.

[44]. PULGAR (1780), 167.

[45]. Lo estudia especialmente NIETO SORIA, J. M. (2003). “Un indulto singular: el perdón general de los Reyes Católicos a los colaboradores castellanos de Alfonso V de Portugal”. En *Os reinos ibéricos na Idade Média. Livro de Homenagem ao Professor Doutor Humberto Carlos Baquero Moreno*, vol. 1. L. A. da Fonseca, L. C. Amaral, M. F. Ferreira Santos (coords.), 703-708. Oporto: Livraria Civilização.

[46]. Resume muy bien las razones de ello el cronista PULGAR (1780), 133; y describe la ceremonia de entrega de los pendones e insignias en PULGAR (1780), 169.

[47]. Este mismo cronista, PULGAR (1780), 169, nos refiere la concesión del título y cómo ese día la Reina les hizo merced de que comiesen a su mesa. La reconstrucción de cómo debió ser la ceremonia en: CARRASCO MANCHADO (2006), 458ss. Es curioso que en las mismas Cortes en que se promulga la norma que impide a los nobles el uso de “preeminencias e insinias e cirimonias” propias de la dignidad real, se conceda el privilegio de usar alguna de ellas, como las armas reales, a estos marqueses. Cf. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 191-192.

[48]. MARTÍNEZ RUIZ, E. (1992). “Algunas reflexiones sobre la Santa Hermandad”. *Cuadernos de Historia Moderna* 13, 91ss. Aunque el mejor estudio sobre su etapa fundacional, donde también se demuestra su decisiva contribución a la Guerra de Granada y otras, es LADERO QUESADA, M. Á. (2005). *La Hermandad de Castilla: cuentas y memoriales (1480-1498)*. Madrid: Real Academia de la Historia. Como antecedente del benemérito instituto de la Guardia Civil se estudia en: SIDRO SURGA, J. A.- QUEVEDO DONÍS, A. (1858). *La Guardia Civil. Historia de esta institución y de todas las que se han conocido en España con destino a la persecución de malhechores*, 287ss. Madrid: Militar del Atlas.

[49]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 121.

[50]. CORONAS GONZÁLEZ, S. M. (1981). “La Audiencia y Chancillería de Ciudad Real (1494-1505)”. *Cuadernos de Estudios Manchegos* 11, 47-139.

[51]. RUIZ RODRÍGUEZ, A. A. (1985). *La Real Chancillería de Granada en el siglo XVI* (tesis doctoral), Granada: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Granada, <http://hdl.handle.net/10481/6354> [29/07/2018].

[52]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 122.

[53]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 124-125.

[54]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 136-137.

[55]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 137-138.

[56]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 127-128.

[57]. DÍAZ DE MONTALVO, A. (1484). *Compilación de leyes, a saber, ordenanzas reales de los Reyes Católicos*. Edición príncipe. Huete: Álvaro de Castro. <https://bibliotecadigital.jcyl.es/es/consulta/registro.cmd?id=126> [29/07/2018].

[58]. COLMEIRO, M. (1884). *Cortes de los antiguos reinos de Castilla y León*. Parte Segunda, Madrid: Real Academia de la Historia, 65.

[59]. LÓPEZ DÍAZ, M. I. (2004). “Un enigma: la obra de Montalvo y los Reyes Católicos”, *ICADE: Revista de las Facultades de Derecho y Ciencias Económicas y Empresariales* 63, 89-112.

[60]. PISKORSKI (1930), 177- 184.

[61]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 111.

[62]. Íñigo Manrique de Lara (?1422?-1485) fue, sucesivamente, obispo de Oviedo (1444-1457), Coria (1457-1475), Jaén (1475-1483) y arzobispo de Sevilla (1483-1485). Hijo de Pedro Manrique, VIII señor de Amusco III señor de Treviño y Adelantado Mayor de Castilla y Notario Mayor de León, y de doña Leonor de Castilla, descendiente por línea bastarda del rey Alfonso XI. Clérigo de probada virtud y muy leal a los Reyes Católicos, como toda su familia, fue una de las personalidades más destacadas de los reinados de Enrique IV y los Reyes Católicos, ocupando cargos de su máxima confianza. Cf. VARONA GARCÍA, M. L. (1981). *La Chancillería de Valladolid en el reinado de los Reyes Católicos*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 276.

[63]. Encabezó la minoría de caballeros que, dentro de la Orden de Calatrava, se atrevieron a volverse contra el maestre Rodrigo Téllez Girón, partidario de doña Juana “la Beltraneja”, por ser él incondicional de doña Isabel. Perteneciente al linaje

de los Padilla, el segundo más importante en la historia de dicha Orden, hijo de Pedro López de Padilla, señor de Calatañazor y Coruña del Conde, y de Leonor Sarmiento, hija de Pedro Ruiz Sarmiento, señor de Salinas y mariscal de Castilla. Y hermano de Fernando de Padilla, que había muerto en 1443, siendo maestre electo. Don García fue clavero de Calatrava (1445-1482) y último maestre de la Orden (1482-1489), que a su fallecimiento fue incorporada a la Corona. Cf. RODRÍGUEZ-PICAVEA MATILLA, E. (2007). “Caballería y nobleza en la Orden de Calatrava: Castilla, 1350-1450”. *Anuario de Estudios Medievales* 37, 716-717.

[64]. De la poderosa Casa de Lara, aunque de rama segundona, Garci Fernández Manrique (1440-1506) fue III conde de Castañeda y I marqués de Aguilar de Campoo, hijo de Juan Fernández Manrique, II conde de Castañeda, y de Catalina Enríquez de Ribera, por quien era pariente de Fernando el Católico. Casó, sucesivamente, con Leonor de Pimentel y Quiñones; Beatriz de Velasco y Brites de Almada, dama de compañía de Isabel la Católica, lo que demuestra su permanente proximidad a los reyes. Fue, como antes su padre, canciller mayor de Castilla. Padre e hijo juraron a Isabel como reina nada más subir al trono y siempre le fueron fieles, siendo uno de los presentes en las capitulaciones de Granada. Cf. LÓPEZ DE HARO, A. (1622). *Nobiliario genealógico de los reyes y títulos de España*. Madrid: Luis Sánchez, 178.

[65]. Sancho de Castilla, descendiente por línea bastarda del rey Alfonso XI, además de miembro del Consejo Real, sería ayo del príncipe Juan, sucediendo a Juan Zapata, a la muerte de este. Perteneció siempre al círculo más íntimo de Isabel la Católica. Su hijo, Juan de Castilla, clérigo, sería también consejero real, desde 1489, y capellán de la Reina. Cf. MARTÍNEZ MILLÁN, J. (2000). “De la muerte del príncipe Juan al fallecimiento de Felipe el Hermoso (1497-1506)”. En *La corte de Carlos V*. J. Martínez Millán- C. J. de Carlos Morales (coords.), vol. 1, 45-72. Madrid: Sociedad Estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V.

[66]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 111-112.

[67]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 117.

[68]. GAITE PASTOR, J. (2005). “La Cámara de Castilla en los siglos XVI y XVII. La instrucción de Felipe II de 1588”. En *IV Jornadas Científicas sobre Documentación de Castilla e Indias en el siglo XVI*, J. C. Galende Díaz (dir.), 142. Madrid: Universidad Complutense.

[69]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 136.

[70]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 166-170.

[71]. PULGAR (1780), 165.

[72]. COLMEIRO (1884), 64.

[73]. JURADO MUÑOZ DE LA CUEVA, A. (2005). “Influencia, mecenazgo y protección de Isabel la Católica a la imprenta de España”, en *Isabel I y la imprenta. Consecuencias materiales en el mundo cultural de esta revolución tecnológica*, S. Cabezas Fontadilla- M. M. Royo Fernández Martínez, 31-62. Madrid: Ministerio de Cultura. La norma concreta en: REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 179.

[74]. COLMEIRO (1884), 62.

[75]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 183.

- [76]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 179-180.
- [77]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 179-181.
- [78]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 185-186.
- [79]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 172.
- [80]. CARMONA RUIZ, M. A. (1995). *Usurpaciones de tierras y derechos comunales en Sevilla y su Tierra durante el siglo XV*. Salamanca: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 91. Estudia con más detenimiento la llamada “Ley de Toledo”. Cf. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 154-155.
- [81]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 183.
- [82]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 182.
- [83]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 159.
- [84]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 171-172. 180-181.
- [85]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 182-183.
- [86]. GORDO PELÁEZ, L. J. (2007). “Pósitos, alhóndigas y alholies: edificios municipales de abastecimiento en Castilla durante el siglo XVI”. En *Arquitectura vernácula en el mundo ibérico: actas del congreso internacional sobre arquitectura vernácula*, A. M. Aranda Barnal (coord.), 103. Sevilla: Universidad Pablo de Olavide.
- [87]. COLMEIRO (1884), 67. La abolición de los patronazgos particulares que antes fueran del realengo y su retorno al mismo en: REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 186. Y la confirmación del derecho de presentación de obispos, arzobispos y otras dignidades, en REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 190.
- [88]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 143.
- [89]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 145.
- [90]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 143-144.
- [91]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 181.
- [92]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 149.
- [93]. MONTES ROMERO-CAMACHO, I. (2004), “Judíos y mudéjares”. *Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales* 13-14, 241. También nos da el dato de que el papa Sixto IV refrendó estas medidas en su bula *Ad perpetuam rei memoriam* (Roma, 31 de mayo de 1484). La prohibición de la usura, que no era solo dirigida a los judíos, sino a todos en general, se contiene en REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 177-178. La prohibición de vestiduras ricas, salvo para el que llevase la Torá, en REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 191.
- [94]. COLMEIRO (1884), 63. Cf. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 150.
- [95]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 188-189.
- [96]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 187.
- [97]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 141.
- [98]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 170-171.
- [99]. COLMEIRO (1884), 61.

[100]. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1882), 157-158.

[101]. NIETO (2006), 140.

[102]. SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (2004). *Los Reyes Católicos*. Madrid: Ariel, 341.



Acto de clausura

Sirvan estas palabras para agradecer, como director de la Cátedra “Isabel La Católica”, el buen trabajo realizado por el profesor doctor don José Antonio Calvo Gómez y su grupo de investigación “Territorio, Historia y Patrimonio de la Iglesia” de la Universidad Católica de Ávila, en aras a la organización de esta Primera Jornada Académica sobre Isabel La Católica “Castilla a finales del siglo XV. El tiempo de la Reina”.

Sin su implicación más personal y la generosa colaboración del Obispado de Ávila, la Universidad Católica de Ávila, el Capítulo de Nobles Caballeros y Damas de la Reina Isabel La Católica, la Academia de la Hispanidad y la Fundación Ávila, no hubiera sido posible celebrar esta atractiva jornada en la que nos hemos visto inmersos en la época de la Reina Isabel.

Esperamos que este simposio constituya el brillante comienzo de un numeroso ciclo de intervenciones que nos acerquen al conocimiento profundo y realista de esta gran reina de Castilla, amante de la cultura, firme y audaz evangelizadora, germen de la unidad territorial peninsular, impulsora del descubrimiento del Nuevo Mundo y férrea defensora de los derechos de los hombres.

Excmo. y Rvdmo. Mons. don Jesús García Burillo,

Excma. Sra. Rectora Magnífica, doña María del Rosario Sáenz Yuguero,

Excmo. Sr. don Miguel Ángel García Nieto,

Excmo. Sr. don Francisco Trullén,

Excmo. Sr. don David Sanz Bas,

Ilmo. Dr. don José Antonio Calvo,

Ilmos. miembros del Capítulo de Nobles Caballeros y Damas de la Reina Ysabel la Católica,

Dignísimas autoridades presentes,

Señoras y señores, muy buenas tardes a todos.

Llegado el momento de clausurar esta Primera Jornada del seminario permanente sobre Isabel la Católica, quiero agradecer a todos los ponentes, asistentes y personal encargado de la organización y coordinación del mismo, el esfuerzo realizado para conseguir el éxito en el desarrollo del programa previsto. Mi más sincera enhorabuena a los integrantes del grupo de investigación "Territorio, Historia y Patrimonio de la Iglesia" con el profesor doctor don José Antonio Calvo a la cabeza, a la propia Universidad Católica de Ávila, a su Cátedra Isabel la Católica y por supuesto, al Capítulo de Nobles Caballeros y de la Reina y a su Academia de la Hispanidad.

Numerosas han sido las aportaciones puestas de manifiesto durante el desarrollo de estas jornadas. Hemos asistido a la presentación de nueve magníficas ponencias que nos han permitido tener una imagen fidedigna de la situación en Castilla a finales del siglo XV desde el punto de vista social, político, económico y de pensamiento; y con ello estamos preparados para asistir a la Segunda Jornada, que celebraremos, Dios mediante, el próximo año y en la que ya nos meteremos de lleno en temas de sumo interés en la vida de la Reina Católica como la guerra

de sucesión, el Pacto de los Toros de Guisando, el descubrimiento de América, el propio matrimonio de los Reyes Católicos o la política matrimonial seguida con sus hijos. En este sentido, creo que se han cumplido con creces los objetivos marcados cuando se programaron estas jornadas.

Es motivo de especial satisfacción para el Capítulo de Nobles Caballeros y Damas de la Reina Isabel la Católica y nuestra Academia de la Hispanidad, haber tenido la oportunidad de volver a colaborar con la Universidad Católica de Ávila y su Cátedra Isabel la Católica, y digo “volver” porque es ya larga, sincera y fructífera nuestra relación y, en este caso, claramente fortalecida con la celebración de este seminario permanente sobre Isabel la Católica, actuando como ligazón el grupo de investigación “Territorio, Historia y Patrimonio de la Iglesia”, que tan magistralmente dirige el profesor doctor don José Antonio Calvo.

No quiero extenderme mucho; pero no puedo dejar de destacar un hecho a mi modo de ver digno de mención, y es la irrupción, en el mundo del estudio y la investigación de la materia hoy analizada, de un nutrido grupo de jóvenes interesados por la historia, la economía y el pensamiento de esta época verdaderamente trascendental para este país en el que vivimos y del que tan orgullosos nos sentimos. Mis más sinceras felicitaciones por todo ello, pues no es fácil hoy en día ver gente tan joven con compromisos tan loables. Es una magnífica forma de reivindicar la capacidad de la juventud en la aportación de nuevos conocimientos, en la apertura de nuevos puntos de vista en la interpretación de la historia, en el pensamiento y las humanidades en general.

Hoy hemos asistido a una comunión de sentimientos verdaderamente interesantes; hoy la inquietud por esta excepcional mujer nos ha reunido a todos nosotros para conocer y entender un poco mejor el alcance de su legado y nos ha aportado gran cantidad de información que, sin duda, contribuirá más, si ca-

be, a aumentar la admiración de esta figura de importancia mundial.

Desde el Capítulo y la Academia de la Hispanidad, queremos refrendar nuestra total disposición con esta Universidad y su Cátedra Isabel la Católica para colaborar en la investigación, conocimiento y transmisión del inmenso legado dejado por esta excepcional abulense, dado que, como rezan nuestros estatutos, nos consideramos “su familia espiritual”.

Felicidades a todos por el trabajo realizado, y comenzamos desde mañana con la preparación de las Segundas Jornadas del seminario permanente de la Reina Isabel la Católica. Muchas gracias a todos.

Su modestia personal y mansedumbre admirables; del rey no sorprende que sea admirable [...], pues leemos en las historias incontables ejemplos de hombres justos, fuertes, dotados de virtud, incluso sabios. Pero ella [...], ¿quién me encontrarías tú entre las antiguas, de las que empuñaron cetro, que haya reunido juntas en las empresas de altura estas tres cosas: un grande ánimo para emprenderlas, constancia para terminarlas y juntamente el decoro de la pureza? Esta mujer es fuerte, más que el hombre más fuerte, constante como ninguna otra alma humana, maravilloso ejemplar de pureza y honestidad. Nunca produjo la naturaleza una mujer semejante a esta. ¿No es digno de admiración que lo que siempre fue extraño y ajeno a la mujer, más que lo contrario a su contrario, eso mismo se encuentre en esta ampliamente y como si fuera connatural a ella?

Esta semblanza de la Reina, la hizo Pedro Mártir de Anglería, humanista renacentista y cronista de Indias, contemporáneo de los Reyes Católicos.

Un respetuoso saludo al señor obispo, gran canciller de la Universidad; a la señora rectora magnífica; al gran maestro del Capítulo de Nobles Caballeros y Damas de la Reina Isabel; y al señor director de la Cátedra Isabel la Católica, que me acompañan en la mesa; y a todos ustedes, profesores, alumnos, señores y señoras:

Pero quiero extender este saludo y mi agradecimiento de manera singular, al director y a los componentes del grupo de investigación “Territorio, Historia y Patrimonio de la Iglesia”, por la organización y coordinación de esta jornada y por su invitación a participar en este acto de clausura.

Nuestra querida Universidad Católica de Ávila avanza con paso corto pero firme en el camino de convertirse en un referente intelectual, científico y académico en España y en el mundo, a pesar de las muchas trabas que tiene que salvar a dia-

rio, a pesar de su pequeño tamaño, y a pesar de la difícil jungla universitaria con la que debe competir. Y, en ese crecimiento y búsqueda de la excelencia, un factor indispensable, como rasgo de distinción, es la investigación, que otorga el marchamo de calidad a la institución y reviste de autoridad a los profesores que la realizan.

Por eso es muy de agradecer el trabajo, el tiempo, el sacrificio y la dedicación de un grupo de extraordinarios profesionales de varias disciplinas, que han unido sus esfuerzos en este grupo de investigación, cuyos frutos estamos empezando a disfrutar y al cual auguro un largo recorrido de éxitos compartidos de los que, sin duda, nos sentiremos orgullosos todos, pues no en vano se trata de un grupo de gente muy joven, a la que debemos suponer una exitosa trayectoria, en la que, con sus investigaciones, profundizaran en el estudio de nuestro territorio, nuestra historia y el patrimonio de la Iglesia; pues a pesar de su juventud, tienen acreditada una robusta formación, trufada con multitud de publicaciones, estudios y trabajos; y están dirigidos por el profesor doctor José Antonio Calvo, persona de reconocido prestigio en los claustros universitarios.

Quiero tener una palabra de agradecimiento profundo al gran maestro y a los nobles caballeros y damas del Capítulo de la Reina Isabel, por su incansable y loable empeño en divulgar la figura de la Reina Católica, en promover en el orden espiritual su insigne figura y en perseguir el fin de conseguir su beatificación y posterior santificación por la Santa Sede.

Señor gran maestro: están haciendo ustedes una extraordinaria labor de preservación de la memoria de la Reina que, a los abulenses especialmente, nos llena de orgullo; y entendemos necesaria, en estos tiempos que nos ha tocado vivir, donde el agnosticismo, el ateísmo, el esnobismo, la banalidad, la inmoralidad, la indecencia, la injusticia, y la falta de honestidad, parecen campar a sus anchas.

Organizaciones como esta, y universidades como la nuestra, son cada vez más necesarias como fondo de conciencia para recuperar y no olvidar los valores que deben sostener una sociedad avanzada que no camine hacia su autodestrucción. Muchas gracias por tanto y mucho ánimo para perseverar en esta misión.

Que la Universidad Católica de Ávila y el grupo de investigación “Territorio, historia y patrimonio de la Iglesia” hayan decidido focalizar esta jornada en la figura de la reina Isabel me parece un gran acierto, en un momento muy oportuno; que entiendo deberá tener continuidad en el tiempo a fin de profundizar y desentrañar lo que se ha venido llamando “El tiempo de la Reina”, que sin duda fue una etapa histórica trascendental, que transformó la sociedad, la Iglesia, las instituciones y la política de la época; y que con su inteligencia y audacia, logró abrir la influencia de nuestro país al mundo entero.

Habiendo pasado por aquí expertos acreditados en la figura de la Reina, no seré yo quien tenga la osadía de añadir un argumento más a lo ya expuesto; pero quiero terminar mi intervención agradeciendo, una vez más, la invitación a participar en esta clausura, agradeciendo a todos su trabajo que, sin duda, va en beneficio del conocimiento de este magno personaje, y animando al grupo de investigación a que sigan descubriendo y arrojando luz sobre las muchas sombras que, todavía, cubren aspectos desconocidos de nuestro pasado histórico.

Y termino haciendo uso de una semblanza sobre la Reina que nos dejó Andrés Bernáldez, conocido como “el Cura de Los Palacios”, eclesiástico e historiador contemporáneo de los Reyes Católicos, que explica muy bien su visión de la Reina:

“Fue mujer esforzada, muy poderosa, prudentísima, sabia, honestísima, casta, devota, discreta, verdadera, clara, sin engaño. ¿Quién podría contar las excelencias de esta cristianísima y bienaventurada reina, muy digna de loa por siempre? Allende de ella ser castiza y de tan nobilísima y excelentísima progenie

de mujeres reinas de España, como por las crónicas se manifiesta, tuvo ella otras muchas excelencias de que Nuestro Señor la adornó, en que excedió y traspasó a todas las reinas así cristianas que antes de ella fueron, no digo tan solamente en España más en todo el mundo, de aquellas por quien (por sus virtudes o por sus gracias o por su saber o poder) su memoria y fama vive [...] de aquellas por sola una cosa que tuvieron o hicieron vive y vivirá su memoria; pues ¡cuanto más ha de vivir la memoria y fama de reina tan cristianísima que tantas excelencias tuvo y tantas maravillas Nuestro Señor, reinando ella en sus reinos, por ella hizo y obró!”.

Muchas gracias.

Excmo. Mons. don Jesús García Burillo, obispo de Ávila y gran canciller de la Universidad Católica de Ávila,

Excmo. Sr. don Miguel Ángel García Nieto, senador del Reino de España y miembro de la Fundación Teresa de Ávila,

Excmo. Sr. don Raúl Baz Terrón, gran maestre del Capítulo de Nobles Caballeros y Damas de la Reina Isabel,

Excmo. Sr. don Francisco Trullén Galve, director de la Cátedra Isabel la Católica,

Autoridades, señoras y señores

Felicito y manifiesto mi agradecimiento al grupo de investigación “Territorio, Historia y Patrimonio de la Iglesia” y a su director, el profesor don José Antonio Calvo por la organización de esta jornada académica. A doña Beatriz Jiménez por todo el trabajo de organización y gestión.

Mi agradecimiento al Capítulo de Nobles Caballeros y Damas de la Reina Isabel y su institución cultural, la Academia de la Hispanidad por su colaboración y trabajo en la difusión de la cultura hispánica y el incomparable legado espiritual y cultural de nuestra Reina Isabel la Católica, así como el impulso de su causa de beatificación.

Tengo el honor de ser miembro de la Academia de la Hispanidad desde el año 2009. Me concedieron el inmerecido, pero agradecido reconocimiento, en un emotivo acto que tuvo lugar en Madrigal de las Altas Torres, junto con don Manuel Fraga e Iribarne.

Agradezco las palabras dirigidas a la Universidad por don Miguel Ángel García Nieto, reconozco sus halagos, pero soy consciente de que aún tenemos mucho camino por recorrer en nuestra universidad.

Como ha dicho el secretario, don Francisco Trullén, en el curso 2009 se creó la Cátedra de Isabel la Católica en nuestra

universidad. Desde entonces se han realizado algunos actos académicos y culturales, como el acto inaugural que se celebró en este mismo Palacio Los Serrano y que contó con la brillante intervención de don Gonzalo Anes y Álvarez de Castrillón, director de la Real Academia de la Historia y de doña María Rosa Calvo Manzano. Algunos de ustedes estuvieron presentes, como don Miguel Ángel García Nieto, entonces alcalde de Ávila, y José María Gómez Gómez, como gran maestro del Capítulo.

Creamos la cátedra con la finalidad de promover y difundir las investigaciones y estudios culturales y artísticos sobre la Reina Isabel la Católica y su proyección universal a través del hecho de la hispanidad.

En esta jornada han participado un importante elenco de expertos en Derecho, Economía, Historia, Arte, Filosofía y Literatura, para desentrañar una etapa extraordinaria, a finales del siglo XV, que sin duda fue distinta por la transformación que se operó, tanto en la política como en la sociedad, en la Iglesia y en las instituciones, por la firme decisión de la Reina Isabel la Católica.

Gracias a la celebración de esta jornada vamos a relanzar esta Cátedra Isabel la Católica con la misión de difundir el legado histórico y espiritual de la Reina, dándolo a conocer a tantos jóvenes universitarios. De esta jornada van a surgir muchos proyectos, que pueden ser realidad, como la difusión de la historia de España y especialmente en la época de los Reyes Católicos. Desde la universidad, queremos contribuir a dar a conocer nuestra historia y nuestro legado espiritual.

La Reina Isabel es una de las mujeres más grandes de la historia universal, pero también de los personajes más manipulados y peor interpretados y juzgados de nuestra historia.

La reconquista y con ella la unidad nacional, el descubrimiento de América y la reforma de las órdenes religiosas (que cortó de raíz el protestantismo en España) son hechos de tal

magnitud que bien vale la pena meditar en el foco que los produjo.

La reconquista supuso ocho siglos de grandes esfuerzos que forjaron un temperamento en la España cristiana de entonces, con sus luces y sus sombras, hasta alcanzar una unidad religiosa y territorial. La reforma católica se adelantó casi un siglo y en forma original en los reinos de España, unidos bajo los Reyes Católicos. España se había convertido en una gran potencia y en el país del catolicismo del futuro, siendo en cierto sentido la patria espiritual de la restauración católica y de la contrarreforma.

Para Francisco López de Gómara, la llegada a las tierras del Nuevo Mundo, había sido “el más grande acontecimiento después de la creación del mundo, si se exceptúa la Encarnación y la muerte de Aquel que lo había creado”.

Mucho se ha escrito sobre la Reina, y se sigue escribiendo, pero de lo que no cabe duda y es un hecho incuestionable, es su grandísimo interés en la obra evangelizadora desde el inicio del descubrimiento.

La Reina Isabel fue una grandísima evangelizadora, como demuestra su proyección en América, y creo que esto también hay que reivindicarlo y darlo a conocer. La vida espiritual comprometida fue el hilo conductor de todos los actos de la soberana.

Aunque el proceso de beatificación y el reconocimiento de sus virtudes heroicas vayan lentos en la Iglesia, probablemente para todos los presentes es conocido que Isabel fue una gran reina y una gran santa, algo en lo que también hay que trabajar. Como dice el padre Tarsicio de Azcona: “El aspecto de la vida de la reina que da brillo a todas sus cualidades humanas es su hondura espiritual. La vida espiritual, consciente y comprometida, fue el hilo conductor de la vida de la soberana. Fue una mujer cristiana, con una gran fuerza interior, que desafió a su tiempo y se anticipó siglos, en la cuestión de los esclavos.”

Creo que todos estamos comprometidos con Isabel la Católica. Mientras yo ejerza como rectora de la Universidad Católica de Ávila, don Jesús García Burillo como gran canciller, don José Antonio Calvo como director del grupo de investigación y don Francisco Trullén como secretario general, pueden contar con nuestra ayuda incondicional en esta tarea o misión que tenemos en común.

Termino nuevamente con la felicitación a los organizadores y, como ya se ha dicho, espero que estas primeras jornadas tengan unas segundas y unas terceras, y que el seminario sea un seminario permanente de estudio, porque merece la pena y hay mucho que hacer. Muchas gracias.

Felicito a la Universidad Católica de Ávila, al Capítulo de Nobles Caballeros y Damas de la Reina Isabel y su Academia de la Hispanidad, al grupo de investigación “Territorio, Historia y Patrimonio de la Iglesia” y a cuantos habéis intervenido en esta primera jornada académica, dedicada a la Reina Isabel la Católica con motivo del aniversario de su nacimiento, a don José Antonio Calvo y a todos los ponentes, entre los que se encuentra don Luis Manuel de la Prada Hernández-Olivares, cuya espléndida conferencia acabamos de escuchar.

Me siento muy satisfecho por la “refundación” del Capítulo de Nobles Caballeros y Damas de la Reina Isabel, una asociación de fieles con un nombre que se adapta perfectamente a la cultura y al objetivo histórico que quiere conseguir; también mi satisfacción por el nombramiento del doctor don José Antonio Calvo como consiliario, porque ambos han dado lugar a estas jornadas que apuestan por investigar y destacar la grandeza de esta gran mujer, que se nos ha puesto de relieve a través de las semblanzas que nos acaban de presentar.

Ha sido esta la puesta en marcha de un seminario permanente de análisis e interpretación de cuanto representa Isabel la Católica como mujer, madre, creyente y reina excepcional, del final del Medievo castellano; una etapa extraordinaria que ha dado en llamarse “El tiempo de la Reina”, en el que se operó una importantísima transformación en la política y en la sociedad, en el derecho internacional, y en la Iglesia y otras instituciones, así como en una nueva era para un Nuevo Mundo.

Junto a mi felicitación, auguro para este grupo de investigación “Territorio, Historia y Patrimonio de la Iglesia” un fecundo trabajo, que sirva de aportación al conocimiento de una personalidad abulense de Madrigal de las Altas Torres, verdadera antorcha y mujer excepcional, Sierva de Dios en camino de canonización.

Ahora, permítanme que les haga una breve síntesis del estado de la causa de canonización, un asunto de notorio interés para el fin que se propone esta jornada y el equipo de investigación que la ha realizado.

En el año 1958, se nombró en Valladolid un postulador diocesano y se creó una comisión histórica, después de haber sido autorizada la apertura de la causa de beatificación por la congregación de Ritos. El proceso se abrió en Valladolid el 26 de noviembre de 1971, y a él se aportaron los 27 volúmenes que publicó la comisión histórica. Se aprobó el proceso *super scriptis* el 30 de marzo de 1974, por lo que desde entonces Isabel es considerada como Sierva de Dios.

La congregación aprobó la *Positio historica super vita, virtutibus et fama sanctitatis* en 1990. La documentación recogida en esta *Positio* disipa toda duda sobre posibles sombras vertidas respecto a la vida y actuación de Isabel, relacionadas con el exilio de las comunidades judías en España, que provocaron la suspensión del proceso de beatificación de la Reina el 28 de marzo de 1991. Tales estudios revelan la absoluta corrección moral de la Reina en todas sus actuaciones.

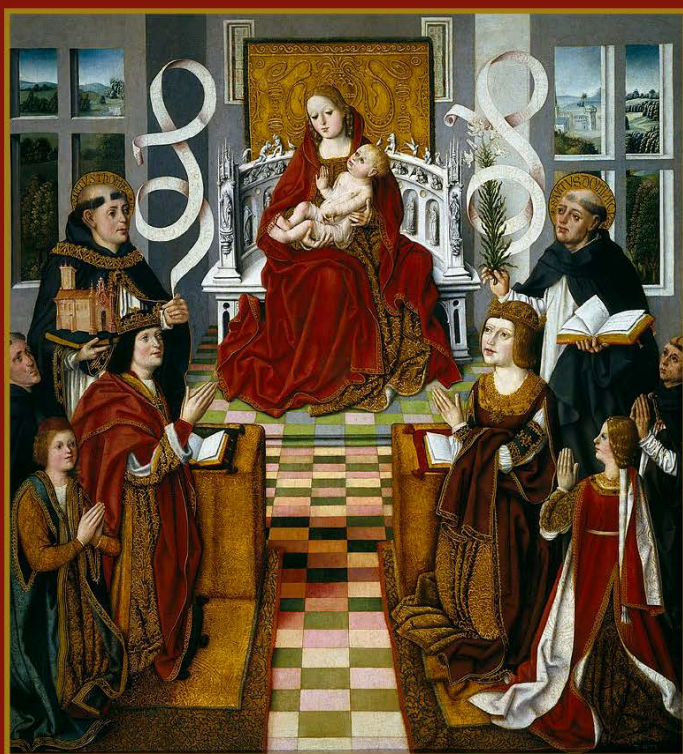
En estos años han solicitado la beatificación de Isabel la Católica 105.600 fieles, entre los que se encuentra Su Majestad el rey de España y otras importantes personalidades. El 13 de septiembre de 2001, el cardenal Rouco, presidente de la Conferencia Episcopal Española, solicitó al Santo Padre, en nombre de los obispos españoles, la prosecución de la causa de canonización de la Sierva de Dios Isabel I, reina de Castilla y León.

Nada deseáramos tanto como que esta causa siguiera su curso y llegara a feliz término, en principio a su primera fase, el llamado proceso acerca de las virtudes.

Quiera Dios que el esfuerzo de investigación desarrollado para la celebración de la presente jornada, y las que vendrán posteriormente, sea un aporte que ilumine el momento actual de la política, la sociedad y el humanismo, y pueda colaborar

con el proceso que está llevando la congregación para la Causa de los Santos sobre la persona de Isabel la Católica.

Quedamos emplazados para las próximas actividades sobre la Reina, que nos irán comunicando tanto los responsables del Capítulo de Nobles Caballeros y Damas como los miembros del grupo de investigación sobre el Territorio, la Historia y el Patrimonio de la Iglesia. Con este deseo, doy por clausuradas las primeras jornadas sobre Isabel la Católica. Muchas gracias.



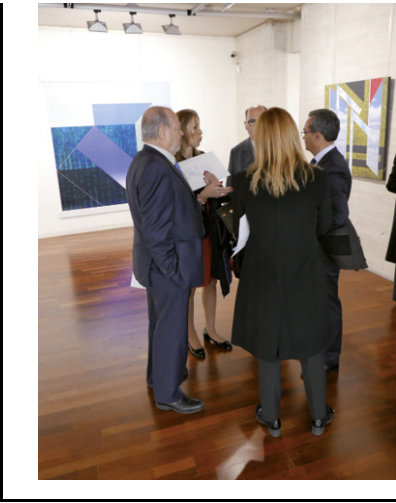
Anexo gráfico



Participantes en la jornada.



Participantes en la jornada.



Participantes en la jornada.



Participantes en la jornada.



Inauguración de la jornada.



Documentación.



José Antonio Calvo.



Victoriano Martín y Francisco Trullén.



Victoriano Martín.



Inauguración.



Inauguración.



Inauguración.



Segunda mesa.



Daniel Jesús García.



Beatriz Jiménez.



Segunda mesa.



Segunda mesa.



Tercera mesa.



David Sánchez.



José María Gómez.



Cuarta mesa.



Peana Chivite.



Juana Sánchez-Gey.



Lourdes de Miguel.



Conferencia de clausura.



Luis Manuel de la Prada.



Conferencia de clausura.



Conferencia de clausura.



Acto de clausura.



Acto de clausura.



Acto de clausura.



Acto cultural.



Participantes en la jornada.

Colección Humanidades

Con la colaboración de:

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE ÁVILA, CAPITULO DE NOBLES CABALLEROS Y DAMAS DE LA REINA ISABEL LA CATÓLICA,
ACADEMIA DE LA HISPANIDAD, OBISPADO DE ÁVILA, FUNDACIÓN ÁVILA



ÍNDICE

Cubierta	1
Portadilla	2
Ficha técnica	3
Portada	5
Créditos	6
ÍNDICE	7
Nota de los editores	9
Inauguración de la Primera Jornada Académica sobre Isabel la Católica	11
Patricia Rodríguez Calleja	12
Lydia Jiménez Jiménez	14
María Dolores Ruiz-Ayúcar Zurdo	18
Presentación de la Jornada	19
José Antonio Calvo Gómez	20
Conferencia inaugural	25
Victoriano Martín Martín	26
La revolución de las comunidades de Castilla y la teoría del consentimiento	27
Referencias bibliográficas	31
La monarquía bajomedieval peninsular	32
Daniel Jesús García Riol	33
Beatriz Jiménez Jiménez	34
Nobleza y monarquía en la Castilla del siglo XV	36

1. Introducción	36
2. El largo camino hacia la monarquía autoritaria	40
3. El faccionalismo como mal endémico de la nobleza castellana	44
4. Los maestrazgos de las órdenes militares	49
5. Los reyes católicos y la sumisión de la nobleza	55
Referencias bibliográficas	62
La intervención de la monarquía en la gestión eclesial durante el siglo XV	68
1. Introducción	68
2. Juan I (reg. 1379-1390)	71
3. Enrique III (reg. 1390-1406)	77
4. Juan II (reg. 1406-1454)	78
5. Enrique IV (reg. 1454-1474)	84
6. Conclusiones	88
Referencias bibliográficas	89
Las Bellas Artes en Castilla	95
David Sánchez Sánchez	96
José María Gómez Gómez	98
La imagen de la monarquía. El ideario artístico de Isabel la Católica	101
1. Precedentes artísticos. La corona Castilla en el siglo XV	103
2. La creación de la imagen real	109
3. La imagen religiosa	120
Referencias bibliográficas	127
Lengua y literatura española en época de los Reyes Católicos	133

1. Poesía	144
2. La prosa didáctica o doctrinal y la novela	153
3. El género dramático	167
Referencias bibliográficas	181
Economía y sociedad a finales de la Edad Media	184
Moderador	185
María Peana Chivite Cebolla	187
Juana Sánchez-Gey Venegas	188
Lourdes de Miguel Sáez	189
El surgimiento de una nueva era. Herencia y evolución de la economía a finales del siglo XV	190
1. Contexto histórico	191
2. Factores clave y primeras medidas	193
3. Herencia y evolución de la economía	195
3.1. Política Monetaria	196
3.2. Política fiscal: Saneamiento y orden en la Hacienda	201
3.3. Políticas de regulación del comercio e internacionales	205
4. Conclusión	207
Referencias bibliográficas	208
Algunas mujeres humanistas en tiempo de Isabel la Católica	215
1. El cardenal Cisneros	218
2. Mujeres humanistas	221
Referencias bibliográficas	225
Rupturas y continuidades del pensamiento jurídico a finales de la Edad Media	227

1. Los cambios y conservaciones en la transición a la época moderna	227
2. La influencia del derecho en el pensamiento político de la Baja Edad Media	231
3. La recepción del ius commune y la unificación del derecho	233
4. La labor legislativa de los monarcas a finales de la Edad Media	236
5. Conclusiones	242
Referencias bibliográficas	242
Conferencia de clausura	245
Luis Manuel de la Prada y Hernández-Olivares	246
Caput in capite. Las Cortes de Toledo de 1480: Los cimientos del Estado Moderno	249
1. Las cortes de Castilla y León: algunas nociones elementales	249
2. Toledo, caput hispaniae	254
3. Caput in capite: los reyes en Toledo	256
4. Los trabajos de las Cortes	261
4.1. El poderío real absoluto. La jura del heredero	261
4.2. Señorío mayor de la justicia. Orden público, órganos judiciales y legislación aplicable	264
4.2.1. Escenificación de la justicia	266
4.2.2. Orden público y policía: la Santa Hermandad	267
4.2.3. Administración de Justicia	268
4.2.4. Legislación aplicable: de la dispersión y caos a la recopilación u unificación	270

legislativa: el Ordenamiento de Montalvo	
4.3. Institucionalización del Estado: Consejo Real, secretarios reales y corregidores	271
4.3.1. El Consejo de Castilla	271
4.3.2. Los secretarios reales	273
4.3.3. Corregidores	274
4.4. Economía y hacienda. La recuperación del patrimonio real. Las Declaratorias de Toledo, reducción de juros o revocatorias de mercedes que mermaban el patrimonio real	274
4.5. Control y desarrollo del poder local: corregidores, infraestructuras y servicios municipales	276
4.6. Unum regnum, una religio: relaciones Iglesia-Estado y medidas para judíos, mudéjares y conversos	277
4.6.1. Sobre la Iglesia y sus clérigos	277
4.6.2. Sobre las minorías religiosas	278
4.7. Entre dos guerras: Sucesión y Granada. De la división a la unidad	280
5. Conclusiones: un hito en la construcción del Estado Moderno y de la unidad de España y de la hispanidad. Un programa legislativo para todo el reinado	281
Referencias bibliográficas	282
Acto de clausura	294
Francisco Trullén Galve	295
Raúl Baz Terrón	296
Miguel Ángel García Nieto	299

María del Rosario Sáez Yuguero	303
Jesús García Burillo	307
Anexo gráfico	310
Contracubierta	325